

REINHOLD OLVIDADOS

El Mago de la Espada

Richard Baker



Lectulandia

Esperus, el rey de Cobre era un temible nigromante que gobernó en esta parte del Mar de la Luna hace siglos, que sobrevivió como un lich no muerto y que tiene como esclavos a los muertos de los túmulos.

Demasiadas cosas que deberían permanecer muertas y enterradas bajo la piedra se levantan y recorren los Altos Páramos una vez profanadas sus tumbas. Nadie debe abrir una tumba en una tierra reclamada por Hulburg, y se considera alta traición apoderarse de cualquier cosa de valor hallada en un túmulo. Es una de las pocas leyes que los harmach aplican a raja tabla. Pero alguien les está robando.

Lectulandia

Richard Baker

El mago de la espada

Reinos Olvidados: Espadas del Mar de la Luna. Libro 1

ePub r1.0

Huygens 21.03.14

Título original: *Swordmage*
Richard Baker, 2009
Traducción: Emma Fondevila
Ilustración de portada: Raymond Swanland
Diseño de portada: Matt Adelsperger

Editor digital: Huygens
Digitalizadora: Maperusa
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

18 Úktar, Año de la Estatua Robada (1477 DR)

Era otoño avanzado en Myth Drannor, una brillante y fría mañana que esparcía el polvo de las primeras nieves del año en los claros del bosque. Los colores del otoño se difuminaban rápidamente, pero el bosque de Cormanthor seguía envolviendo la ciudad con una gloriosa capa en la que se mezclaban el rojo, el oro y el naranja. El sol relucía sobre las doradas copas de los árboles, y el cielo era perfecto y claro. En las sombras, bajo los árboles, Geran Hulmaster ponía toda su fuerza y su saber en combatir al mago elfo Rhovann Disarnnyl, batiéndose con espada, conjuros y varita mágica. El acero relucía y resonaba en el aire de la mañana cuando Geran paraba rayos de crepitante fuerza blanca o cuando apartaba los velos destellantes de locura con los que Rhovann trataba de engatusarlo.

Geran vestía el capote gris perla bordado con hilo de plata de la Guardia de la Coronal, pero él era humano, alto y esbelto, y llevaba la larga cabellera negra sujeta con un anillo de plata. Esgrimía un hermoso sable de acero elfo, arma grácil y robusta levemente curvada hacia la punta. Era más larga y pesada que la mayoría de aquellas armas, pero en sus manos la hoja saltaba y bailaba como un estoque. Mantenía libre la mano izquierda para lanzar conjuros, y combatía como lo hacían los magos de la espada elfos de acuerdo con la tradición de las espadas cantoras. Rhovann, en cambio, no era espadachín. Sólo contaba con su varita de caoba y era arma más que suficiente para el mago elfo.

Los duelos no estaban permitidos en Myth Drannor; este encuentro era ostensiblemente una invitación para demostrar la pericia de los defensores de la ciudad en un torneo. Una pequeña multitud observaba atentamente para garantizar que se respetaran las formas. Dariel Selsherryn, el elfo del sol espada cantora que le había enseñado a Geran su magia, estaba presente para secundarlo. Dariel observaba con mirada contrariada pues se daba cuenta de que el enfrentamiento había dejado de ser una confrontación de habilidades para convertirse en un duelo real. Junto a Dariel estaba Alliere que contemplaba pálida y preocupada el enfrentamiento de Geran y Rhovann. Alliere era una esbelta doncella elfa de la luna, de belleza sin igual no mucho mayor que el propio Geran; en su cabellera azul medianoche relucía una fina tiara de diamantes como estrellas en un velo oscuro. Geran no era más que un pirata humano, un vagabundo que había llegado a Myth Drannor y se había ganado un lugar en el servicio de la Coronal, pero eso no había sido obstáculo para que ella lo amara, y a la luz dorada de esta mañana perfecta, el miedo que sentía por él la tenía petrificada. Pero Rhovann —un orgulloso y apuesto elfo de la luna de una Casa encumbrada— también la amaba y se sentía agraviado por el afecto que ella le

profesaba a Geran. Este era el motivo por el cual el mago de la espada humano y el mago elfo luchaban con pasión de leones a causa de algún insulto trivial que había mediado entre ellos.

Rhovann lanzó con su varita una poderosa andanada de fuego, y los espectadores dieron un respingo de alarma. Geran se protegió con un conjuro, pero a pesar de todo, las llamas violáceas le lamieron la cara y las manos y le chamuscaron la capa. Las llamaradas mágicas abrieron surcos en la helada y las hojas muertas que cubrían el suelo empezaron a despedir vapor y humo en torno a los pies del mago de la espada. En lugar de retroceder, Geran evocó mentalmente un conjuro de translocación, fijó sus símbolos y silogismos firmemente en sus pensamientos y pronunció con rabia una única palabra arcana:

—*¡Seiroch!*

En un abrir y cerrar de ojos se colocó al lado de Rhovann que, durante un instante crucial, lo había perdido de vista entre el vapor y el humo. El elfo de la luna giró sobre sí e hizo amago de alzar su varita, pero Geran fue más rápido. Impulsó la espada hacia arriba para desarmarlo y la varita salió dando vueltas por el aire y golpeó a Rhovann en pleno rostro. Su enemigo dio un grito, se tambaleó y cayó de rodillas.

Geran dio un salto y Rhovann se encontró con la punta de su acero en el pecho.

—*¡Ríndete! ¡Estás vencido!* —gritó el mago de la espada.

Sostenía la espada con firmeza a pesar del olor acre del humo que le llenaba las fosas nasales y la garganta, y del ardor de su piel chamuscada. Rhovann se arrodilló sobre el delgado manto de nieve con el bello rostro lleno de sangre. Sus ojos brillaban de odio y mostraba los dientes en una sonrisa feroz. La varita de caoba yacía en el suelo entre el hombre y el elfo.

—No me rendiré, perro humano —dijo entre dientes, extendiendo la mano hacia la varita.

Sin un momento de vacilación, Geran apartó la varita de la mano de Rhovann y la hizo salir despedida sobre las hojas muertas y la nieve. El elfo hizo una mueca airada, y algo oscuro y asesino surgió en el corazón de Geran. Todas las miradas desdeñosas, todos los insultos velados, todas las observaciones sarcásticas que Rhovann le había dedicado alguna vez se unieron arrollándolo como una negra ola. Era como si la ira, el odio y el desprecio que sentía por su rival lo hubieran puesto en manos de algo a lo que no podía resistirse.

Rhovann hizo otro intento de recuperar la varita, pero con gesto frío y deliberado, Geran se inclinó y descargó un golpe de su espada que le cortó a Rhovann la mano a la altura de la muñeca. La sangre salpicó las hojas heladas. Geran oyó los gritos de horror de los espectadores y el alarido de ira y terror de su adversario.

Con gesto sombrío se preguntó por qué había hecho eso. Era perfectamente

consciente de que mutilar a Rhovann de esa manera era algo monstruoso. Sabía perfectamente que Alliere y Dariel y los demás elfos que asistían al duelo estarían horrorizados por lo que había hecho. Sí, algo absolutamente abominable lo había llevado a hacer aquello. En una ocasión, cuando tenía nueve o diez años, su padre le había dado un hermoso laúd de juguete con incrustaciones de marfil, un regalo que le había traído de un viaje a Deepingdale. Geran recordaba cómo había apartado la vista del tambor, fascinado por la flexibilidad de la frágil madera. Y entonces, deliberadamente, a sabiendas de lo que iba a pasar, había forzado el instrumento. Lo había hecho sólo para ver cómo se rompía.

Miró a Rhovann, acurrucado en torno a su muñón sangrante. La mano del elfo yacía en el suelo muy cerca de la varita, con la palma hacia arriba y los dedos pálidos extrañamente contraídos. Geran alzó su espada lentamente, y observó con atención la cara del mutilado elfo. Sin saber *por qué*, sentía que a continuación iba a sacarle un ojo, casi como si, una vez arrojado a un insondable abismo, quisiera explorarlo hasta el fondo, regodeándose en esa negra compulsión hasta quedar saciado.

—¡Geran, no! ¡Ya basta! —gritó Dariel. El grácil espada cantora puso fin al duelo plantándose de un salto en el claro y se interpuso entre ambos contendientes. Según las antiguas reglas, eso significaba la derrota de Geran, ya que después de todo, Dariel era su segundo y había intervenido. Pero Geran tenía la sensación de que las reglas ya habían quedado a un lado, ¿acaso alguno de los presentes sostendría que Rhovann había ganado?

Geran sintió que su brazo se retraía para asestar un nuevo golpe con la espada, y entonces Dariel lo sujetó por los hombros y lo apartó.

—¡Ya basta, Geran! —Dariel le gritó a la cara—. ¿Has perdido el juicio? ¡Eso ha sido una crueldad!

Geran se quedó mirando a su mentor sin poder articular palabra. La furia negra y asesina se disipó con tanta rapidez como había llegado, y le dejó débil, vacío. La espada se le escapó de las manos y, sacudió la cabeza y trató de desalojar de su mente el impulso destructivo que se había apoderado de él. Se preguntó por qué lo había hecho. Es cierto que despreciaba a Rhovann, pero debería haberse contentado con superarlo, especialmente cuando había sido el mago el instigador de todo aquello. Habría bastado con dar medio paso y apartar la varita de un puntapié, o tal vez con cruzar la espada sobre el cuello de Rhovann para exigirle una rendición. De esa manera, el juez de la Coronal que estaba presente seguramente habría puesto fin al duelo.

—No tenía intención de mutilarlo, Dariel —dijo por fin.

El elfo espada cantora dio un hondo suspiro.

—A estas alturas, las intenciones cuentan poco. Serás juzgado por esto, Geran Hulmaster, y me temo que con severidad.

Varios de los amigos de Rhovann estaban atendiendo al mago herido y miraban a Geran con furia contenida. Geran se dio la vuelta lentamente y se frotó la cara con la mano temblorosa. Cuando volvió a alzar la vista, se encontró con la mirada de Alliere que lo contemplaba desde el lugar desde donde había presenciado el combate. Pálida como la nieve se tapaba la boca con las manos mientras sus ojos eran la viva expresión del horror. El pañuelo de seda que iba a conceder al ganador yacía a sus pies sobre la nieve embarrada. Al cruzarse sus miradas, Alliere apartó la suya.

—¿Qué he hecho? —murmuró Geran. Dio dos pasos hacia ella y le tendió la mano—. Alliere, yo no quería... no sé...

—Oh, Geran —dijo ella en voz baja mientras de su garganta brotaban sollozos entrecortados—. ¿Cómo pudiste hacer semejante cosa? —retrocedió varios pasos, salió corriendo y desapareció entre las sombras de los árboles. Geran dio un paso hacia ella pero luego se detuvo. Alliere lo había mirado con auténtico miedo. ¿Qué podía decir o hacer para explicarse ante ella?

Geran se preguntó si su intención, al descargar aquel golpe había sido herir a Rhovann o a sí mismo.

—Geran Hulmaster, acompáñame. —El juez de la Coronal, un elfo de la luna de expresión adusta que vestía los colores de la corte real, se acercó a Geran con una mano sobre la empuñadura de su espada. Otros dos guardias velares esperaban allí cerca, con expresión igualmente sombría—. Debes comparecer ante la Coronal que es la que debe decidir sobre esta cuestión.

El mago de la espada miró hacia el lugar por donde se había marchado Alliere, pero ya había desaparecido.

UNO

11 Ches, Año del Intemporal (1479 DR)

La travesía del Mar de la Luna fue húmeda y accidentada; tres arduos días de remontar blancas olas y atravesar la rociada en medio de los fríos y furibundos vientos de los albores de la primavera. Cuando el azotado barco de cabotaje consiguió ponerse al amparo de los Arcos, los hombres estaban ateridos, cansados y empapados. Los barcos al servicio de los reyes y los nobles solían dar acomodo a sus pasajeros en camarotes y poner camareros a su disposición, pero éste era el barco de un simple mercader de la zona. Era un barco de carga que para dormir sólo ofrecía a sus pasajeros un sitio en la cubierta. Por fin, al filo del crepúsculo, amarró junto al muelle que había al pie de la calle del Tablón. Los estibadores subieron a bordo para empezar a descargar la mercadería: sacos de harina, barriles de vino e incontables cajones y envoltorios de mercancías que iban de Vespín hacia el sur. Mientras los estibadores hacían su trabajo, los dos únicos pasajeros del barco —uno de ellos un hombre de pelo oscuro de unos treinta años y el otro, un halfling bien vestido— bajaban la pasarela hasta el muelle con sus propias alforjas.

—De modo que esto es Hulburg —dijo el halfling. Era de estatura media para su raza, alrededor de un metro treinta y cinco, y bajo su empapado capote verde se adivinaba una complexión sorprendentemente vigorosa. Llevaba varias dagas: dos al cinto, una en la bota derecha y una cuarta sujeta con la empuñadura hacia abajo en una gran vaina entre los omóplatos. En su rostro de facciones aguzadas había una expresión dura y desconfiada. El agua fría le había pegado las rojizas trenzas al cuero cabelludo, y él empezó a escurrirlas una por una—. No creo que vaya a gustarme mucho.

—Los asuntos que me traen no dan para mucho, Hamil —respondió Geran. Éste, por supuesto, aventajaba mucho al halfling en estatura a pesar de ser apenas un poco más alto que la mayoría de los humanos. Tenía la complexión ágil y esbelta, y los largos y musculosos brazos de un espadachín nato. Sus manos eran grandes y fuertes, encallecidas por las largas horas de práctica. Llevaba la espada que se había ganado en la Guardia de la Coronal, una larga hoja de manufactura elfa con empuñadura de hilo de mithral, en una vaina suspendida sobre la cadera izquierda. El corte del pelo negro dejaba despejados los ojos grises de mirada aguda para no obstaculizar la visión en combate pero por detrás le cubría hasta los hombros. El espadachín tenía la costumbre de morderse el labio cuando estaba enfrascado en sus pensamientos, tal y como lo hacía en ese instante—. Ya nos hemos perdido el funeral de Jarad. Dame unos cuantos días para arreglar sus asuntos y ver a mi familia antes de seguir camino.

—De todos modos, supongo que podríamos esperar a que mejore el tiempo antes

de volver a cruzar hacia el sur. —Dijo Hamil con resignación mientras se volvía a mirar el Mar de la Luna. Grandes olas seguían rompiendo al otro lado de los espectaculares Arcos que marcaban la división entre las aguas más mansas del puerto y el mar abierto. Las elegantes costillas de piedra se elevaban decenas de metros hacia el cielo para volver a caer, como si se tratara de la trayectoria de una docena de guijarros plasmada en piedra gris pálido. El halfling se los quedó mirando un momento y añadió—: No parecen propios de este lugar, ¿tierra cambiante?

—¿Los Arcos? Sí, son tierra cambiante. Según me contaron, surgieron del fondo del mar en una sola noche en el Año del Fuego Azul. Destruyeron un barrio de la ciudad antigua, en la Cabecera Oriental, pero le proporcionaron a Hulburg el mejor puesto de la costa norte del Mar de la Luna.

—Supongo que es hermoso, pero nada comparable a las Garras de Manto de Estrellas —dijo Hamil, encogiéndose de hombros. Faerun estaba sembrada de tales maravillas. Hacía apenas dos días, habían navegado por debajo de un islote de piedra cubierto de bosques, que flotaba en los cielos tormentosos a sesenta kilómetros de Mulmaster. Ya hacía tiempo que las ciudades se habían acostumbrado en la medida de lo posible a las tierras cambiantes—. ¿Adónde vamos, pues, Geran?

El espadachín estudió la zona costera de la ciudad para orientarse. Había nacido en Hulburg, pero se había marchado hacía más de diez años, y desde entonces ésta era la segunda vez que volvía.

—Veamos, ¿adónde...? —dijo para sí. A lo largo de sus viajes había visto docenas y docenas de ciudades, y le sorprendía ver lo mucho que se parecía Hulburg a las demás, después de una ausencia tan prolongada.

La ciudad se extendía por encima de una colina de escasa altura, que daba a una bahía recogida entre dos altas cabeceras distantes tres kilómetros una de otra: el cabo Keldon al oeste y el cabo Oriental al este. El sol se estaba poniendo y había por doquier fogones encendidos en hogares de piedra y cocinas al aire libre, de los cuales se elevaban hacia el cielo serpenteantes columnas de humo que disipaban los fuertes vientos primaverales. Hulburg era una ciudad joven que se alzaba sobre las ruinas de otra más grande y más antigua. Insolentes almacenes nuevos y amplios complejos mercantiles llenaban el distrito portuario, y divagaban por calles tortuosas y mal pavimentadas que se extendían como raíces salvajes entre los escombros y los caminos de la ciudad antigua. Más allá del puerto y de sus astilleros vallados, se elevaba una población cuyos talleres y casas estaban contruidos con piedras sacadas de las ruinas cercanas o, a veces con los cimientos de edificios mucho más antiguos. La mayoría tenía plantas altas con pesada estructura de madera y techos cubiertos con tablones de los que Hulburg tenía amplia oferta en los boscosos valles de las montañas Galena; los escarpados promontorios y las colinas que rodeaban la ciudad eran demasiado rocosos y ventosos para que los árboles pudieran arraigar en ellos.

Geran miró hacia el norte siguiendo la calle del Tablón y vio la antigua torre gris de Griffonwatch que dominaba la ciudad. Estaba a kilómetro y medio del puerto, encaramada en un saliente rocoso de la cumbre oriental. No estaba muy bien situada para guardar la ciudad de los ataques por mar, ya que no había sido ése el objetivo por el cual Angar Hulmaster había levantado ahí su torre. Griffonwatch daba al norte, hacia el interior, como defensa contra los salvajes orcos, ogros y demás monstruos que habitaban los desolados páramos y colinas de Thar. Muchos de los edificios y almacenes que daban al puerto o que se apiñaban a lo largo de la calle del Tablón eran nuevos para Geran, pero al menos, el viejo castillo no había cambiado.

Se sorprendió pensando que había echado de menos ese lugar. «Ya es la segunda vez que vuelvo para enterrar a alguien, nunca a festejar un nacimiento. ¿A qué se debe?»

—Estoy empapado, y este viento es demasiado frío —observó Hamil—. ¿Vamos a quedarnos aquí de pie mucho rato, Geran?

—¿Qué? Ah, sí, es cierto. —Geran miró a uno y otro lado por la bulliciosa calle de la Bahía. Había en ella más gente de la que podía recordar. Grupos de porteadores, de estibadores vociferantes y de mercaderes acompañados de sus criados iban y venían. La mayor parte parecían de fuera, hombres que lucían los colores de compañías mercantiles o barcos de cabotaje extranjeros—. Perdóname, todos estos almacenes son nuevos. La ciudad ha crecido mucho en ocho años.

—Si tú lo dices. A mí me parece el fondo de la nada.

Geran hizo un gesto desdeñoso.

—Eso era precisamente lo que yo pensaba mientras me criaba aquí. No veía la hora de marcharme. —Se cubrió la cabeza con la capucha y dejó que el pico de la misma le ocultara la cara. La verdad, no esperaba que lo reconocieran fácilmente, pero por el momento no le apetecía demasiado hablar con cualquiera con quien pudiera toparse—. Antes de nada busquemos dónde comer algo. He estado mareado tres días y necesito llenar el espacio de debajo de mis costillas.

El halfling alzó la vista hacia Geran y señaló con un gesto la vieja torre gris que se cernía sobre la ciudad.

—¿No te darán de comer allí?

—Lo harían. —Con las piedras de Hulburg bajo los pies, Geran empezaba a recordar el motivo por el que había ido. Jarad Erstenwold estaba muerto, asesinado. Hasta que realmente puso los pies en Hulburg, esa noticia se había mantenido en segundo plano. Las dificultades de un viaje de seiscientos kilómetros desde Tantras habían servido para ocupar sus pensamientos los diez últimos días, pero una vez llegado a su destino, ya no podía seguir huyendo de la razón por la que estaba allí. Suspiró y se pasó los dedos por el pelo mojado—. Dame una hora junto a un buen fuego y con una copa de rojo vino sembiano en la mano. Entonces estaré preparado.

—Como desees. —Hamil le echó una mirada inquisitiva, pero no dijo nada más. Como todos los halfling, procesaba rápido los alimentos y casi nunca le faltaba el apetito. No iba a despreciar una comida para asentar el estómago.

Los dos pasaron revista rápidamente a la colección de tabernas y cervecerías que había cerca de los muelles y como lo que vieron no les pareció tentador, subieron por la calle Mayor hacia el distrito comercial. Las grandes compañías mercantiles hacían sus negocios en los patios cerrados junto al puerto, pero a lo largo de la calle Mayor tenían su lugar de trabajo los tenderos, proveedores y artesanos de la ciudad y allí estaban también las mejores tabernas y cantinas de Hulburg. Geran pasó por dos lugares que recordaba bien y se decidió por uno que no conocía, una cervecería llamada *El Dragón Durmiente*. La piedra limpia, las maderas oscuras y un letrero pintado con colores brillantes la identificaban como nueva. Además, no estaba allí la última vez que Geran había estado en Hulburg.

—Esta servirá —le dijo a Hamil mientras se deslizaba por la puerta delantera.

El salón estaba atestado de ruidosos parroquianos. La mayoría parecían extranjeros: mercaderes thentianos y melvantianos vestidos con los jubones, los chaquetones acolchados y los gorros cuadrados propios de esas ciudades. Mulmasteritas con dobles tahalíes y espadas de duelista sobre la cadera, e incluso unos cuantos artesanos enanos de expresión adusta cargados de pieles y de hierro. Había un puñado de hulburgueses entre la multitud, se los distinguía porque su vestimenta era mucho más simple que la de los mercaderes y comerciantes de las demás ciudades. La mayor parte de la gente de Hulburg prefería un sencillo capote con capucha, una guerrera y calzas, antes que la moda menos práctica de las ciudades más grandes, ya que Hulburg todavía tenía algo de ciudad fronteriza y su gente daba prioridad al abrigo y a la comodidad, poniéndolos por encima de la elegancia.

—¿De dónde sale tanto forastero? —se preguntó Geran en voz alta—. La ciudad está llena de ellos.

—Es indudable que la mayoría de los nativos tuvo el buen juicio de marcharse, tal como hiciste tú.

—Humm. —Geran meneó la cabeza. Hulburg, cuando él partió diez años antes para ver Faerun, era un lugar pequeño y apartado, pero al parecer las cosas habían cambiado. Tenía la sensación que en el corto paseo desde los muelles había visto más forasteros que hulburgueses nativos: hombres y mujeres vestidos con los colores de los mercaderes ambulantes, los gremios y las compañías de todo el Mar de la Luna—. No hace tanto tiempo que me fui. Apenas hace diez años. Ocho en realidad.

—*Has pasado demasiado tiempo con los elfos en Myth Drannor* —le respondió Hamil sin hablar. Era un halfling con conocimientos espectrales, y su gente podía comunicarse con el pensamiento cuando quería—. *Creo que te han embrujado, Geran. Diez años es mucho tiempo tanto para los humanos como para los halfling.*

Se te ha olvidado cómo contamos el tiempo los demás.

Geran frunció el entrecejo, pero nada dijo. Los dos compañeros escogieron una mesa en un rincón apartado del salón y se las ingenieron para consumir una buena merienda a base de estofado, pan negro y pescado ahumado. *El Dragón Durmiente* les cobró cinco peniques de plata por la comida, pero al menos incluyeron una jarra de un vino pasable del sur, aunque Geran dudaba de que hubiera estado jamás a más de ciento cincuenta kilómetros de Sembia. Se sirvió dos jarros y paró. No quería dormirse antes de terminar el viaje. Ya habría tiempo para eso después.

—No has dicho demasiado sobre tu amigo Jarad —dijo Hamil después de un rato.

—¿Jarad? No, supongo que no. —Geran volvió a prestar atención a su menudo compañero—. Fue mi amigo más íntimo durante la infancia. En una época los dos fuimos los jóvenes reyes de esta ciudad. Cazábamos en todas las colinas y los valles en quince kilómetros a la redonda, explorábamos docenas de ruinas antiguas, nos abríamos camino sisando, pidiendo y engatusando por las calles, nos metimos en más problemas de los que puedas imaginar. Aprendimos a manejar la espada y nos enzarzamos en algunas peleas que debimos haber evitado, pero de un modo u otro, siempre salíamos airosos. Mirya, la hermana de Jarad, y mi prima Kara iban casi siempre con nosotros. Los cuatro éramos inseparables. —Geran sonrió aunque los recuerdos le resultaban dolorosos—. Puede que Hulburg parezca insignificante comparada con Tantras o Mulmaster, pero fue un buen lugar para crecer.

—¿Jarad se quedó en Hulburg cuando te marchaste?

—Así fue. Yo estaba ansioso por probar suerte en el mundo. No podía soportar la idea de quedarme encerrado en esta ciudad, pero Jarad no veía las cosas de la misma manera. Fue entonces cuando me fui a estudiar a Thentia. Después viajé a Procampur para formarme allí con los maestros espadachines y me encontré con los Escudos del Dragón. Incluso visité Myth Drannor y viví entre los elfos durante algún tiempo, como bien sabes. Jarad se quedó aquí y llegó a capitán de la Guardia del Escudo, la Guardia del harmach. Más de una vez traté de convencerlo para que se reuniera conmigo en Tantras o en Procampur, pero él nunca fue tan inquieto como yo. Solía decirme que tenía demasiado de qué ocuparse aquí, en Hulburg, pero creo que simplemente le gustaba más estar aquí que en cualquier otro lugar. No veía razón para marcharse. —Geran apuró su jarro y lo dejó sobre la mesa—. Pues bien, creo que ya es hora de visitar a mi familia.

Dejaron algunos cobres sobre la mesa y salieron. El sol se había puesto y el viento agitaba las contraventanas y las puertas con ráfagas de un frío cortante. Los carteles crujían y se movían. Los escasos candiles que se veían en las calles se sacudían y fundían y la gente corría a refugiarse en los portales arrebujándose en sus capotes.

—Encantador —dijo Hamil con un estremecimiento. El halfling procedía de las

cálidas tierras meridionales y nunca se había habituado al frío de estos territorios norteños—. No puedo creer que la gente elija lugares como éste para vivir.

—En invierno es peor —respondió Geran.

Giró a la derecha y avanzó por la calle Mayor, tratando de olvidarse del frío. Después de todo, era un nativo de Hulburg y no estaba dispuesto a permitir que Hamil viera que a él también le molestaba. Llegaron a una pequeña plaza junto a la Casa del Aquilatador, un antiguo y ruinoso edificio donde los funcionarios del harmach supervisaban el negocio del polvo de oro y las licencias mineras, y bajaron por la escalera que llevaba al Puente Medio y al Camino de la Ceniza. En una época, esa parte de la ciudad había sido cedida a varias fundiciones, pero hacía unos sesenta años que Lendon Hulmaster había hecho trasladar el olor y el humo de los hornos un kilómetro y medio hacia el este, para que el viento se los llevara lejos de la ciudad. Después de eso, un populoso distrito de talleres y casas adosadas mal construidas conocidas como las Escorias habían ocupado el lugar de las fundiciones.

Geran recordaba las Escorias como un vecindario escasamente habitado y miserable pero parecía que había cambiado a peor desde que había estado allí por última vez. Los extranjeros habían ocupado todas las casas o chozas semiderruidas. Hombres sucios y de mirada aviesa se reunían en torno a las hogueras mirando a los dos viajeros a su paso. ¿Quién es esta gente? Volvió a preguntarse Geran. ¿Mineros que no tienen una explotación? ¿Jornaleros contratados por uno de los gremios o por las empresas mercantiles? ¿O acaso más desarraigados que, al parecer, se habían juntado como las hojas secas llevadas por los vientos de la mala suerte? Las ciudades de Faerun estaban llenas de esos hombres, especialmente en los años transcurridos desde la Plaga de los Conjuros.

—Geran —dijo Hamil con su voz silenciosa. El espadachín percibió la llamada de alerta de su pequeño compañero y redujo el paso. Siguió la mirada de Hamil y vio a, una banda de cinco hombres montando guardia en la calle. Tres estaban apoyados en la puerta desvencijada de una cervecería decrepita, y otros dos estaban junto a una hoguera al otro lado de la calle. Llevaban porras y cuchillos, y cada hombre llevaba en la mano izquierda un guantelete de cuero teñido de rojo y envuelto en cadenas—. *Cadenas Rojas. Esclavistas.*

—Ya los veo —respondió Geran.

Los Cadenas Rojas, una compañía esclavista de la ciudad de Melvaunt, tenían muy mala fama en todo el Mar de la Luna. Se había topado con ellos unas cuantas veces en el Vast, pero jamás habría esperado encontrarlos en Hulburg. Los harmachs habían ilegalizado la esclavitud, una ley que se aplicaba con toda severidad mucho antes de que él naciera. La expresión de Geran se endureció, pero siguió caminando. Se dijo que quizás los cadeneros tuvieran algún cometido legítimo en Hulburg. Y aunque no fuera así ¿quién era él para poner objeciones? Los guardias del Escudo se

encargarían de ellos si armaban jaleo.

—No tan rápido, amigos. —Uno de los cadeneros, un tipo bajo, corpulento, con la cabeza rapada y un bigote lacio, se apartó de la entrada de la cervecería y les salió al paso. Sonreía de medio lado, pero su mirada era dura y fría—. No creo haberos visto por aquí antes. Tenéis que pagar el derecho de paso.

Geran frunció el entrecejo. Ya se había enfrentado a situaciones como ésta anteriormente, pero jamás en Hulburg. Fuera como fuere, no era proclive a pagar a los matones en ninguna circunstancia mientras tuviera un buen acero sobre la cadera.

—¿Derecho de paso? ¿Qué derecho debo pagar exactamente y quién los recauda? El cadenero de la cabeza rapada estudió a Geran con sonrisa de escualo.

—Hay muchos indeseables por ahí, ya sabes. Soy Roldo. Mis muchachos y yo nos ocupamos del orden en las Escorias. El pago de derecho os permite pasar sin problema, amigos míos. Todos pagan.

Hamil puso los ojos en blanco.

—¿Y a cuánto asciende ese derecho? —preguntó.

—¿Cuánto tenéis? —preguntó otro de los esclavistas.

—Una cantidad de la que no estoy dispuesto a desprenderme.

—Entonces pásame tu bolsa, hombrecillo, y veré cuánto puedes pagar. —El cadenero Roldo escupió en el suelo—. Al fin y al cabo somos tipos razonables.

Geran estudió a los cadeneros que los rodeaban. Eran cinco y tal vez hubiera más en la cervecería o en algún otro lugar próximo, y la mayoría daba la impresión de saber usar las porras que llevaban al cinto. Lo más fácil sería seguirles el juego y conformarlos con un par de peniques de plata, pero la idea de pagar un derecho de paso en su propia ciudad no iba con él. «Además —se dijo—, tal vez no sean tan razonables como dicen».

Deliberadamente, Geran dejó caer su bolsa de lona y replegó el capote por encima del hombro dejando ver el sable que llevaba sobre la cadera. Para una banda de rufianes, una cosa era asediar a dos viajeros cualesquiera y otra muy distinta enfrentarse a un hombre armado con una espada que quizá supiera utilizar. Esperando que los cadeneros vieran las cosas de ese modo, apoyó la mano en la empuñadura.

—Creo que nos ocuparemos de nuestra propia seguridad —dijo despreocupadamente—. Ahora, si no os importa...

Una sombra cruzó por la cara del esclavista, y su pretendido humor se desvaneció. Frunció el entrecejo y a una señal suya los cadeneros se pusieron de pie y empezaron a rodear a Geran y Hamil.

—No lo entendéis, amigos —dijo Roldo con voz ronca—. La mitad de los que cavan zanjas y revuelven en la mugre de esta ciudad llevan espada, pero todavía no he conocido a ninguno que sepa qué hacer con ella. Todos pagan. Y vuestro derecho de paso se está encareciendo.

«No tanto como piensas», dijo Geran para sus adentros. Pensó que tal vez podría amagar con marcharse para ver si los cadeneros trataban de detenerlo, pero también podía esperar a que alguno de ellos hiciera algún movimiento. Pero no veía a dónde los llevaría ninguna de las dos cosas y no había razón para esperar a que los esclavistas dieran el primer paso. Respiró hondo y miró a Hamil.

El halfling alzó los ojos hacia él.

—*¿Ahora?* —preguntó en su habla silenciosa.

—*Yo puedo ocuparme de la cervecería si tú te encargas del otro lado de la calle* —respondió Geran—. *Trata de no matar a ninguno si puedes evitarlo.*

—*Eso está hecho* —respondió Hamil.

Entonces, sin mediar palabra, las manos del halfling volaron a su cinto y se hicieron con un par de dagas. Con un solo movimiento las arrojó y cada una se clavó en la rodilla de un cadenero. Antes de que uno u otro tuvieran ocasión de gritar, Hamil ya tenía en la mano el gran cuchillo de combate que llevaba a la espalda y se lanzó a por los dos que estaban junto a la hoguera sin el menor ruido. Al parecer, a éstos no se les había pasado por la cabeza la posibilidad de ser atacados por alguien que no abultaba más que un niño de diez años. Según todas las apariencias, el halfling simplemente se había vuelto loco.

—*¿Qué Nueve Infiernos?* —gruñó el jefe de la banda.

Echó mano a su propio cuchillo, una buena pieza de acero de casi medio metro de largo. Los dos hombres que estaban sobre los escalones de madera de la cervecería sacaron sus porras y bajaron ruidosamente a la calle, pero Geran fue más rápido.

Para cuando el jefe llevó la mano al mango de su cuchillo, Geran ya había desenfundado. El acero elfo, grabado con una triple rosa, estaba muy bien equilibrado por una empuñadura con forma de rosa de acero. La había ganado al servicio de la coronal Ilsevele poco después de su llegada a Myth Drannor, y respondía a su mano mejor que cualquier otro acero que hubiera tenido jamás. Describió un arco ascendente con la punta y con un fluido movimiento abrió una profunda herida a lo largo del antebrazo de Roldo. El hombre maldijo y se apartó sosteniéndose el miembro herido. La sangre corría profusamente entre sus dedos.

—*¡Apresadlos, muchachos!* —dijo con gesto avieso.

Los dos hombres de los escalones se lanzaron sobre Geran precipitadamente. El espadachín retrocedió varios pasos, despejó la mente con la rapidez de la práctica prolongada y encontró la invocación que buscaba.

—*Cuillen mhariel* —susurró en elfo, tejiendo un escudo de conjuros con sus palabras y su voluntad.

Hilos fantasmagóricos de pálida luz azul plata relucieron a su alrededor, aparentemente no más sólidos que jirones de niebla. Entonces Geran, sin ceder terreno, hizo frente al primer hombre que se disponía a golpearlo en la cabeza con su

porra. El mago de la espada paró el pesado golpe por encima de su cabeza interponiendo su espada en plano, después le hizo a su oponente un buen corte en la pantorrilla que le hizo perder pie. El cadenero se desplomó con un gruñido sorprendido.

El segundo hombre se abalanzó sobre él un instante después. Geran giró sobre sí, hizo a un lado al otro con un quite que le sacudió la mano cerca de la empuñadura y machacó la nariz del esclavista con la rosa del pomo de su espada. Se oyó un crujido acompañado de gran profusión de sangre mientras el tipo retrocedía y caía sentado en medio de la calle.

En la calle se oyó un agudo silbido. Geran vio de refilón un virote de ballesta justo antes de que le diera en el lado derecho del pecho, pero su escudo de conjuros resistió. El proyectil rebotó en una llamarada plateada que relució en las sombras de la calle y cayó sobre las piedras del pavimento. El jefe de los cadeneros se quedó boquiabierto con una pequeña ballesta descargada en su mano sana.

—¡Maldita sea! ¡Es un mago! —dijo el primero de los esclavistas que estaba junto a Geran.

Se puso en pie con torpeza, retrocedió rápidamente y arrastró la pierna herida. Luego se volvió y desapareció en la oscuridad de la noche. El hombre de la nariz rota siguió su ejemplo y le siguió a ciegas. Al otro lado de la calle los dos cadeneros que quedaban se apartaron de Hamil tan rápido como se lo permitía su cojera y abandonaron el combate.

Geran dejó que se fueran. Si pensaban que era un mago y no querían saber nada más de él, no iba a ser él quien les pusiera pegas. Avanzó hacia Roldo. El hombre estaba tensando la cuerda de su ballesta para hacer otro intento, pero Geran se lo impidió y le asestó un buen golpe de plano con la espada en un lado de la cabeza. El golpe le abrió la cabeza a Roldo y lo hizo caer sin sentido sobre los escalones de madera de la cervecería.

—Eso por disparar cuando no estaba mirando —gruñó el espadachín.

Tuvo la tentación de darle algún otro motivo para que se acordara de él, pero se contuvo. Había por lo menos media docena de espectadores asomados a las ventanas y puertas de la cervecería, y era posible que algunos no fueran muy amistosos.

Hamil se le acercó lentamente mientras guardaba sus cuchillos uno por uno y hacía un repaso de la escena.

—Dejaste que los demás se marcharan casi sin un rasguño.

—Estoy dispuesto a corregir eso si los vuelvo a ver. ¿Has encontrado todos tus cuchillos?

—Siempre estoy dispuesto a prestarlos durante un tiempo, pero exijo que me los devuelvan cuando se acaba el baile. —El halfling se agachó para limpiar los rastros de sangre del último en la guerrera del cadenero inconsciente que tenía a sus pies—.

¿De modo que así es como se divierte la gente por la noche en Hulburg?

—No —dijo Geran—, no es así.

Volvió la espada a su vaina y miró las antiguas torres grises del castillo que dominaba la ciudad. En algunas ventanas se veían luces mortecinas, las otras permanecían a oscuras. Al parecer, los esclavistas de la Cadena Roja se creían dueños de las calles. ¿Qué demonios le había pasado a Hulburg mientras él estaba ausente? ¿Cuánto tiempo llevarían así las cosas?

Recogió su bolsa y respiró hondo.

—Vamos Hamil —dijo—. Creo que ya va siendo hora de que averigüemos qué está pasando aquí.

DOS

II Ches, Año del Intemporal

El castillo llamado Griffonwatch no era un verdadero castillo. La mayor parte de sus torres y salas estaban protegidos por las empinadas laderas de la colina sobre la cual se asentaba y no necesitaba de una gruesa muralla para su defensa. Sólo en la cara septentrional más baja estaba realmente fortificado, con una resistente verja y una muralla con torres que protegían el acceso al patio de armas, los barracones y las edificaciones residenciales. Geran siempre lo había tenido por una casa desvencijada, llena de corrientes de aire y parcialmente abandonada que casualmente estaba hecha de piedra con el curioso agregado de una muralla, a modo de castillo para proteger la puerta principal.

—Debo felicitar a los constructores —dijo Hamil—. Fueron a elegir el lugar más alto, frío y ventoso de toda esta miserable ciudad para su obra maestra. —Una vez los visitantes superaban la línea de los tejados de la ciudad que rodeaba el castillo, el camino de acceso a éste estaba totalmente expuesto al viento del noroeste, y los descoloridos estandartes flameaban ruidosamente con el implacable viento.

Las puertas de Griffonwatch estaban abiertas. El paso de Hamil se hizo vacilante en cuanto entraron en el pasadizo en forma de túnel que atravesaba la muralla.

—Nunca me gustaron estas cosas —musitó el halfling.

Tenía una aversión instintiva a cualquier cosa que oliera a emboscada, y la entrada principal de cualquier castillo bien construido estaba pensada como una gigantesca trampa para sus enemigos. Unas troneras amenazantes dominaban el acceso al castillo y el pasadizo propiamente dicho. Estaban oscuras y vacías, pero allí en tiempos de guerra, se apartaban arqueros vigilantes, dispuestos a derribar a los atacantes en cuanto asomaran.

—Vamos, Hamil —dijo Geran con tranquilidad, dándole a su amigo una palmada en el hombro—. Por lo menos protege del viento.

En el extremo interior del pasadizo, el rastrillo del castillo bloqueaba el paso casi totalmente. La pesada verja contaba con una pequeña puerta de vaivén. Allí esperaban los guardias del Escudo. Llevaban cotas de malla hasta la rodilla debajo de pesadas capas de lana y cascos de acero rematados con un borde de piel para dar calor. Ambos iban armados con picas, armas perfectas para lanzar a través del rastrillo contra los enemigos del otro lado, y junto a la pared había un par de ballestas.

—Alto —dijo el mayor de los guardias, un sargento de cara redonda y roma como el extremo de un martillo—. Vuestro nombre y ocupación.

Geran se apartó de la sombra de la puerta y alzó la mano para retirar la capucha

que le cubría la cabeza.

—Soy Geran Hulmaster —dijo—. Y estoy aquí para ver al harmach y visitar los miembros de mi familia que estén aquí esta noche, sargento Kolton.

El sargento abrió los ojos asombrado.

—¡Geran, por mi honor! ¡Debe de hacer cinco años! —Abrió torpemente la pequeña puerta del rastrillo y les franqueó el paso—. ¡Adelante, señor, adelante!

A pesar del humor de perros que tenía desde el encuentro con los Cadenas Rojas, Geran sonrió. Siempre le había caído bien Kolton, y no pudo evitar el disfrutar con la sorpresa del hombre.

—Ocho años, Kolton. No he estado aquí desde la muerte de mi padre.

—Lord Bernov era un buen hombre. Las cosas hubieran sido distintas por aquí si él no hubiera muerto. —El rostro del curtido soldado se suavizó con los recuerdos, posiblemente de alguna campaña o escaramuza en la que había cabalgado junto al padre de Geran... y luego, una mueca sombría se cernió sobre sus facciones cuando cambió el curso de sus pensamientos. Suspiró y miró a Geran de cerca—. Mi señor, no sé cómo decirte esto... —empezó.

Geran cortó su discurso con un pequeño gesto de la mano.

—Ya me he enterado de lo de Jarad, si era eso lo que ibas a decirme. Mi madre me escribió en cuanto lo supo. —La madre de Geran vivía ahora en un convento cerca de Thentia, pero todavía tenía muchos amigos en Hulburg. Se había enterado de lo de Jarad unos días después de que el capitán de la Guardia del Escudo fuera encontrado muerto en los Altos Páramos. Geran había recibido su carta en Tantras, hacía apenas quince días, y había partido hacia Hulburg sin pérdida de tiempo.

—Lo siento, señor —dijo Kolton—. Sé que era buen amigo tuyo. También era un buen capitán. Lamentamos mucho su muerte.

Se quedaron un momento en silencio. El viento gemía entre las paredes de piedra, y los estandartes del castillo se sacudían con fuerza. Geran se estremeció de frío y miró a Hamil. El halfling esperaba pacientemente bien arrebujado en su capote.

—Perdóname —dijo Geran—. Sargento, éste es mi amigo y compañero de armas, Hamil Alderheart de Tantras. Es un huésped de la casa.

—Por supuesto, señor —dijo Kolton—. Dejad aquí vuestro equipaje, caballeros. Me ocuparé de que lo suban inmediatamente a vuestras habitaciones.

—Gracias, Kolton. —Geran dejó en el suelo su bolsa de lona e hizo algunos movimientos con el dolorido hombro—. Una cosa más... Hamil y yo tuvimos problemas en las Escorias de camino hacia aquí. Una banda de Cadenas Rojas encabezada por un tipo que se hace llamar Roldo trató de cobrarnos un derecho de paso.

—Nosotros nos resistimos —dijo Hamil—, siguieron rudas palabras y es posible que uno o dos hayan recibido alguna cuchillada.

—... y sí, cruzamos aceros con ellos. No matamos a ninguno, pero pensé que la Guardia del Escudo debería saberlo.

El sargento hizo una mueca.

—Con que os habéis topado con Roldo. Lo lamento, pero no voy a derramar ni una lágrima por los cortes o magulladuras que podáis haberle dejado. Él y sus matones llevan meses causando problemas en las Escorias.

—Y entonces ¿por qué no los habéis expulsado?

—Tiene que haber asesinato o incendio premeditado para que podamos intervenir, mi señor. Contamos con menos de ciento noventa guardias del Escudo, y eso es muy poco para proteger Griffonwatch, mantener los puestos de avanzada y una o dos patrullas en los Altos Páramos. Hemos dejado el mantenimiento del orden en la ciudad a la Guardia del Consejo. Los hombres del harmach sólo intervienen en caso de grandes delitos.

Geran miró a Kolton con expresión inquisitiva. Creía haber oído perfectamente lo que había dicho el sargento, pero no le encontraba mucho sentido. ¿Ciento noventa guardias del Escudo? Debería haber por lo menos el doble de hombres en la Guardia del harmach. Y jamás había oído hablar de la Guardia del Consejo, eso debía de ser algo nuevo. Una ciudad llena de mercaderes extranjeros, bandas recorriendo las calles y ahora esto... tenía la impresión de que necesitaba ponerse al día, y de repente sospechó que la información que iban a darle no iba a gustarle mucho. Le venían a la cabeza muchas preguntas, pero se decidió por una.

—¿Y qué es la Guardia del Consejo? ¿A quién responde?

—El cuerpo de seguridad que depende del Consejo Mercantil. —La cara roma de Kolton no decía mucho, pero el tono de su voz era duro—. Se ocupan de las cuestiones del Consejo e imponen la ley en los casos comunes dentro de la ciudad propiamente dicha para que la Guardia del Escudo no tenga que molestarse en esas cosas. Eso tengo entendido.

—*Si permiten a los Cadenas Rojas andar por las calles abiertamente, no serán muy buenos en su trabajo* —le comentó Hamil a Geran—. *O bien son incompetentes sin remedio o les pagan para no ver esas cosas. Yo sé por cuál de las dos cosas apostaré.*

—¿Con quién debo hablar para que la Guardia se ocupe de los cadeneros? —preguntó Geran.

Kolton soltó una risotada irónica.

—Capitán Zara, en la Casa del Consejo, pero no debes esperar mucho de él. Parece que a Zara le lleva mucho tiempo comprobar los hechos para imputar cargos a alguien, en especial si ese alguien está en la nómina de un gremio o de una Casa. Tal vez sea diferente si lo dices tú, al fin y al cabo eres pariente del harmach.

—Lo hablaré con mi tío. —Diez días de arduo viaje habían hecho mella en él, y

todo este jaleo dejaba a Geran exhausto y hasta le producía un incipiente dolor de cabeza. Alzó la mirada hacia los estandartes que coronaban la puerta. El más alto era un estandarte azul con una estrella blanca de siete puntas; según las tradiciones de Griffonwatch, sólo ondeaba cuando el señor de Hulburg estaba en casa—. ¿Hay algún motivo para que no pueda verlo ahora?

—Ninguno en absoluto —respondió Kolton. Se volvió hacia su compañero—. Orndal, quedas a cargo de la vigilancia. Llama a Sarise de la sala de guardia para que ocupe mi lugar y comunica al chambelán que lord Geran ha llegado con un huésped. Lord Geran, te llevaré hasta el harmach.

Geran asintió y el sargento de la Guardia del Escudo los condujo a él y a Hamil a través del patio de armas hasta unos anchos escalones de piedra que subían entre los barracones, establos, armerías y almacenes de la Guardia del Escudo. Según la experiencia de Geran, un tercio o más de los soldados estaban apostados en diversas torres de vigilancia o patrullando en los páramos del norte de Hulburg en todo momento, en previsión de incursiones orcas y de monstruos fruto de conjuros en el lejano norte. Otros tendrían licencia y estarían con sus familias en la ciudad, o pasando el tiempo en tabernas y cervecerías. Fuera como fuere, la mayor parte de los barracones estaban oscuros y vacíos.

Hamil lo iba estudiando todo con interés mientras seguían al guardia.

—Ya sé que Grigor, el harmach, es tu tío —le dijo a Geran—. ¿Quién más vive aquí?

—La nuera de Grigor, Erna, y sus hijos. Erna es la viuda de mi primo Isolmar, el hijo de Grigor. Fue muerto en un duelo hace unos cuatro años. Supongo que Natali y Kirr son ahora los herederos del harmach. Pero todavía son muy jóvenes. —Llegaron a un segundo patio por encima de los barracones y almacenes, donde había una gran sala. Kolton subió presuroso los escalones y abrió las pesadas puertas de madera para darles paso. El salón que había al otro lado era una sala de banquetes que hacía, a veces, de sala de audiencias del harmach. Era muy austero para lo que son las ciudades meridionales, y el viento silbaba por alguna grieta próxima a las vigas—. Mi tía Terena también vive aquí —continuó Geran—. Es la hermana de Grigor.

—¿Y tu padre era hermano de Grigor?

—Sí. Terena tiene dos hijos: mi prima Kara y Sergen, que es hijastro suyo de su segundo matrimonio.

Hamil asintió. Su pueblo era muy particular en lo de los parentescos. Él hacía árboles genealógicos y los recordaba con gran facilidad, una conveniente ventaja en los complicados tratos y rivalidades de la mercantil Tantras. Geran, en cambio, hacía tiempo que se había dado cuenta de que era incapaz de establecer con exactitud quién era pariente de quién. Tenía que valerse de las notas en un diario. Era ésta una razón más para apreciar a Hamil como socio.

—Lady Kara partió hoy mismo hacia la torre de la Colina del Cuervo —dijo el sargento Kolton—. Puede que no regrese esta noche. Sergen pasa casi todo su tiempo en la villa que tiene en el cabo Oriental, pero ahora está aquí. Por aquí, caballeros.

Subieron por una escalera que había al fondo de la sala, donde esperaban otros dos guardias del Escudo. Kolton se dirigió a ellos brevemente. —Geran no conocía muy bien a ninguno de los dos, pero ellos lo reconocieron y le dieron la bienvenida—. Después, el sargento les condujo por otro tramo de escalera a la tercera parte del castillo. No era una auténtica muralla exterior sino simplemente un pequeño patio que coronaba la colina. Los edificios que allí había eran la residencia de los Hulmaster, de modo que a los visitantes, por lo general, no se les permitía pasar de la gran sala y de las cocinas que estaban debajo, sin una invitación o una escolta. El patio estaba rodeado de una galería techada que unía varios edificios menores: una capilla, una biblioteca, una pequeña cocina y la propia Torre del Harmach, que era una torre de piedra de buen tamaño situada en el punto más alto de la cima.

—Esperad aquí —dicho esto, Kolton llamó a la puerta de la biblioteca y entró. Geran y Hamil esperaron un momento en el patio hasta que el sargento volvió a aparecer—. El harmach os verá ahora.

—Gracias, Kolton —respondió Geran.

El corpulento sargento hizo la breve inclinación de cabeza, que en Hulburg equivalía a una reverencia.

—Es un gusto tenerle en casa, señor.

Tras respirar hondo, Geran se introdujo en la biblioteca del castillo. En realidad, era un lugar pequeño, atestado, pero contenía sin duda la mayor colección de libros en setenta kilómetros a la redonda. También hacía las veces de estudio de harmach; cuando Geran pensaba en su tío, siempre lo imaginaba en esa habitación. Recordaba el olor de su niñez, el olor almizclado del papel húmedo y el aroma más penetrante del humo de pipa. Hamil y él pasaron por la pequeña antesala y entraron en el estudio.

—Tío Grigor —saludó.

—Vaya, es una sorpresa inesperada.

—Grigor Hulmaster estaba sentado detrás de un escritorio cubierto de papeles junto a un ventanal de vidrio emplomado. Era un hombre de setenta y cinco años, alto y delgado, cargado de hombros y con la cabeza calva salvo por una pequeña franja de pelo que iba desde detrás de una oreja hasta la otra. Apoyado contra su butaca había un bastón con pomo redondeado; tenía los ojos opacos y llorosos. Se puso en pie con dificultad y escrutó a Geran.

—¿Eres tú realmente, Geran? ¿Cuánto hace desde la última vez que estuviste en Griffonwatch?

Geran se acercó y cogió la mano de su tío; un frío temblor debilitaba el apretón

del harmach.

—Hizo ocho años el verano pasado, tío.

—Entonces desde la muerte de tu padre. Realmente tus viajes por el sur deben de haberte llevado a extrañas y lejanas tierras pero, como suele decirse, cuanto más lejos va el viajero, tanto más añora su hogar. Me alegra volver a verte, Geran. —El anciano sonrió y se volvió hacia Hamil—: ¿Y quién es este muchacho?

—¿*Muchacho*? —inquirió Hamil a Geran en su habla silenciosa, aunque sin dejar traslucir su indignación.

—Este es mi amigo y camarada Hamil Alderheart, tío Grigor. Es un halfling del bosque de Chondal, radicado después en Tantras. Él y yo pertenecíamos a la Compañía del Escudo del Dragón, y juntos llevamos la Compañía de la Vela Roja de Tantras. Según dice, tiene treinta y dos años.

—¿Un halfling? —Grigor lo miró más de cerca y meneó la cabeza—. Te ruego me perdones, buen hombre. No pretendía ser irrespetuoso. Mi vista no es tan buena como solía.

Hamil se obligó a sonreír e hizo una graciosa reverencia.

—No tiene importancia —dijo con cierta crispación.

El harmach no tiene buen aspecto, pensó Geran. En realidad, Grigor nunca había sido un hombre fuerte. Era trabajador y culto, pero se había pasado la vida trabajando con la cabeza y no con las manos, y nunca le había interesado mucho viajar. Cuando era joven, una caída a caballo le había roto una cadera y ni siquiera los conjuros curativos de los clérigos habían conseguido curarlo del todo. Cuando el tiempo era frío y húmedo —algo que en Hulburg abundaba en cualquier época del año—, el anciano sufría fuertes dolores.

Geran se preguntó si ahora saldría alguna vez de Griffonwatch. Seguramente le resultaría difícil subir y bajar las escaleras.

—Seguro que te has enterado de lo de Jarad —dijo Grigor en voz baja—. Las malas noticias llegan rápido y lejos por lo que parece.

—Me enteré en Tantras. He venido a presentar mis respetos.

—Es algo terrible, Geran. Jarad era un buen hombre, un buen capitán de la Guardia del Escudo, un valioso consejero... y además un amigo. Todavía no puedo creer que haya muerto. —El harmach suspiró y se pasó una mano por la cara.

—¿Puedes contarme lo que sucedió? ¿Cómo murió Jarad?

—Eso sólo lo saben bien sus asesinos. Fue hallado en los Altos Páramos, cerca de uno de los antiguos túmulos. Estaba solo. Sé que Kara fue hasta allí a estudiar el lugar; tal vez ella pueda decirte más.

—Entonces se lo preguntaré cuando la vea.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—No lo sé.

Geran no había venido con idea de estar mucho tiempo, pero ahora, en el viejo castillo, oyendo el ruido del viento frío y recuperando el aspecto, los ruidos y los olores del hogar, se encontraba con que los viejos recuerdos lo asediaban. Era raro que sus pasos jamás lo hubieran llevado a Hulburg en los largos meses transcurridos desde aquel postrero día en Myth Drannor. ¿De qué huía?, se preguntó. Tal vez se hubiera dejado embrujar en Myth Drannor, tal como creía Hamil, pero aquello se había terminado. Había perdido aquel largo sueño que había sido su vida durante cuatro años en la ciudad de los elfos y había acabado en un momento tenebroso que todavía no conseguía entender. Su corazón seguía añorando el otoño en Myth Drannor y la risa melodiosa de Alliere pero aquello ya no le pertenecía. Geran, castigándose en silencio, cerró los ojos para apartar de su mente la imagen de ella. No le hacía ningún bien pensar en ella, pero a pesar de todo, se empeñaba en hacerlo.

Geran frunció el entrecejo, Grigor interpretó el gesto como de disgusto y alzó la mano.

—Sólo quiero decir que eres bienvenido y puedes quedarte todo el tiempo que quieras —dijo el anciano señor—. Aquí habrá siempre un lugar para ti, Geran.

—Perdóname, ha sido un largo viaje —respondió Geran. Esbozó una leve sonrisa a su tío—. No tengo en Tantras ningún asunto que no pueda atenderse solo aproximadamente durante diez días. El tiempo que pase aquí puedo emplearlo en volver a tomar contacto con los míos.

—Bien —dijo Grigor— pero te ruego que tengas cuidado, Geran. El poder del harmach no es tan amplio como solía en Hulburg. Hay gente en Hulburg que no le debe lealtad alguna a los Hulmaster, mucho más que cuando tú te criaste aquí. No fue ningún accidente que Jarad muriera solo en los Altos Páramos. Cuando pongas un pie fuera de los muros de Griffonwatch, debes guardarte las espaldas.

Hamil hizo un esbozo de reverencia.

—Para eso estoy yo aquí, lord Grigor —observó—. No me sirve de nada un socio muerto, de modo que mi mayor interés es no perderle ojo. ¿Por qué otro motivo iba a aventurarme tan lejos de la civilización?

Grigor sonrió, pero su tono era serio.

—Si eres amigo de los Hulmaster, maese Alderheart, tal vez sea necesario que tú también te guardes. —Alzó la vista hacia Geran y señaló la puerta del estudio—. Pasemos a asuntos más agradables. O mucho me equivoco o tienes dos primos jóvenes que estarán ansiosos por reunirse contigo. Supongo que estarán en el gran salón resistiéndose a los esfuerzos de su madre para mandarlos a la cama.

El anciano lord cogió una capa que colgaba a un lado de la puerta, se la colocó sobre los hombros y, con ayuda de su bastón, se dirigió al pasillo y de allí al patio. Geran y Hamil lo siguieron. El viento suspiraba y gemía entre los aleros de los edificios del viejo castillo, y las linternas que iluminaban el camino se bamboleaban

bajo su influjo. Pequeños pozos de luz amarillenta se balanceaban y giraban perezosamente bajo las grietas de la madera.

—He estado pensando en hacer que cierren esto —observó Grigor—. Es una caminata heladora en las noches de invierno.

Así los condujo al interior de la pequeña torre situada frente al alto patio; era un simple edificio cuadrado y bajo de construcción un poco más robusta que el resto de las plantas superiores del castillo. Cuando el harmach llegó a la puerta, ésta se abrió desde dentro y un hombre de ojos oscuros con una perilla negra y puntiaguda, y una capa carmesí le salió al encuentro. Llevaba un hombre armado a cada lado.

—Ah, buenas noches, tío —dijo con una ligera inclinación de cabeza—. Iba a... —reparó en Geran y abrió los ojos sorprendido. Sonrió, una sonrisa lenta y significativa, y dejó escapar un pequeño resoplido—. Vaya, por todos los demonios, mirad lo que ha traído el viento hasta nosotros. ¡Primo Geran, eres el último con quien esperaba encontrarme cuando abrí esta puerta!

—Sergen —respondió Geran—. Tienes buen aspecto. —Su primastro, si podía decirse así se preguntó, estaba realmente muy bien vestido, con un jubón rojo ricamente bordado en oro, botas negras de caña alta y de fino cuero y un estoque con empuñadura de oro al cinto. A decir verdad, se parecía más a un príncipe mercader de Sembia o de Vast que a un hijo de la septentrional Hulburg. Geran recordaba a Sergen como un joven sombrío, retraído, susceptible y muy dado a encontrar defectos en los demás. Sin embargo, este hombre tenía una mirada aguda y despierta y exhalaba una gran confianza en sí mismo—. Ah, este es Hamil Alderheart, mi amigo y socio. Hamil, éste es mi primo Sergen Hulmaster.

El halfling inclinó la cabeza.

—Mucho gusto en conocerle, señor.

—Lo mismo digo —replicó Sergen pero sus ojos volvieron rápidamente a Geran. Se acarició la puntiaguda barba y frunció el entrecejo—. Hace años que no te veo, Geran. ¿Dónde te has escondido?

—Sobre todo en Tantras. Hamil y yo somos propietarios de la Compañía de la Vela Roja que se ocupa del comercio entre Turmish y Vast: madera, plata, lana y lino.

—Ah, es cierto, ya lo había oído. Pero... ¿por qué tenía yo idea de que estabas en Myth Drannor?

Geran frunció el entrecejo. La pregunta parecía inocente, pero percibió cierta insidia en la voz de Sergen.

—He vivido allí cuatro años, pero ya hace un año que abandoné Myth Drannor.

Sergen abrió más los ojos.

—¡Ah, cierto! Recuerdo haber oído algo de eso... una especie de duelo, por causas amorosas, un rival mutilado, una historia sórdida que acabó con tu exilio del reino de los elfos. Dime, Geran ¿hay algo de cierto en todo eso?

Geran guardó silencio un largo instante antes de responder.

—Todo es cierto.

Los ojos oscuros de Sergen brillaron con una chispa burlona.

—¡Con que sí! No lo habría creído de no haberlo dicho tú. —El desenvuelto noble sonrió para sí y apoyó una mano en el hombro de Geran como gesto de camaradería—. Bueno, estoy ansioso de oír tu versión de la historia, primo. Estoy seguro de que hay circunstancias atenuantes. Ahora, si me disculpas, tengo una cena a altas horas esta noche y debo irme. Geran, debes prometerme que no te marcharás sin hacerme una larga visita.

Sergen saludó al harmach Grigor con una inclinación de cabeza y cruzó a toda prisa la muralla exterior seguido por sus guardaespaldas.

Grigor lo siguió con la vista.

—Un hombre competente tu primo Sergen —dijo en voz alta—. Listo y ambicioso. Tiene grandes planes para Hulburg. Con que sólo se haga la mitad de lo que tiene pensado, estaremos en vías de volver a ser una gran ciudad. Pero me temo que hay un sesgo de crueldad en su corazón.

—*Los sueños de un dragón* —dijo Hamil en su habla silenciosa—. *Conocemos bien a los de esta clase ¿verdad? Tantras, Calaunt y Procampur están llenos de hombres como éste.*

Pero Hulburg no, pensó Geran. Al menos no solía estarlo.

El harmach salió de sus cavilaciones y avanzó hacia la puerta.

—No hay motivo para quedarnos aquí, al frío —dijo el anciano—. Vamos, Geran, debes ver a tus primos Natali y Kirr. Han oído algunas historias sobre el hulmaster que se lanzó a conocer el mundo. Para ellos eres una especie de leyenda aunque tú no lo sepas.

El mago de la espada apartó la mirada de su primo que se alejaba. Tenía la sensación de que no tardaría mucho en volver a verlo, lo deseara o no. Le dedicó a su tío una sonrisa irónica.

—No soy ninguna maravilla, pero supongo que he visto unas cuantas cosas maravillosas en mis viajes —dijo—. Trataré de no decepcionarles.

TRES

12 Ches. Año del Intemporal

Dos horas antes del ocaso, la fortificación de los orcos empezó a bullir. Los guerreros se levantaban de sus jergones, se estiraban y bostezaban, sacando a relucir sus amarillentos colmillos en medio de la penumbra reinante. Las hembras prendían los fogones, alimentaban al ganado y ponían en marcha su larga ronda de idas y venidas. Los jóvenes iban de un lado para otro, trayendo agua y leña para el fuego, vaciando las bacinillas y atendiendo a las flacuchas cabras, ovejas y aves de corral encerradas en la fortaleza de basta construcción. A los orcos no les gustaban las horas más luminosas del día y, por lo tanto, la fortificación descansaba desde poco después del amanecer hasta muy avanzada la tarde. Sólo los exploradores, los centinelas y los jóvenes encargados de cuidar los rebaños en los campos de los alrededores permanecían despiertos en las horas de alta insolación de la mañana y el mediodía.

El Jefe Guerrero Mhurren se desembarazó de las pieles y las mujeres que acompañaban su sueño y se cubrió el musculoso torso con una cota de malla corta hecha de anillas de acero. Por lo general se levantaba antes que la mayoría de sus guerreros, ya que tenía una veta de sangre humana y la luz del sol le molestaba menos que al resto de su tribu. Entre los Cráneos Sangrientos, a un guerrero se lo valoraba por su fuerza, su fiereza y su agudeza. Para un guerrero sus antepasados humanos no eran una mancha siempre y cuando fuera tan fuerte, aguantador y ávido de sangre como los orcos de pura raza. Los semiorcos que eran más débiles que sus camaradas no duraban mucho entre los Cráneos Sangrientos ni en ninguna otra tribu de orcos. Sin embargo, a menudo se comprobaba que un poco de sangre humana le daba a un guerrero la mezcla de astucia, ambición y autodisciplina necesaria para llegar lejos, como había sido el caso de Mhurren. Estaba al frente de una tribu que contaba con dos mil lanzas y era el jefe más fuerte de Thar.

Yevelda se incorporó tras apartar las pieles. Era su esposa favorita, una tigresa que tenía más de humano que de orco, más o menos como él. Para lo que era la mayoría de mujeres de la tribu, Yevelda era esbelta como una rama de sauce; compensaba su complexión menuda y sus facciones despejadas con reflejos felinos de una intensidad pura y feroz. Con un cuchillo en la mano, era más letal que muchos guerreros machos que la doblaban en estatura. Ni siquiera cuando Mhurren la llevaba al lecho de pieles bajaba la guardia frente a ella. Yevelda sacudió a las dos esposas menores, Sutha y Kansif, para despertarlas.

—Arriba, vosotras —dijo Yevelda—. Ocupaos de las cocinas y de que se atienda a nuestros huéspedes. Juzgan a nuestro esposo por la mesa que ofrecéis. No me decepcionéis.

Las esposas menores abandonaron rápidamente el lecho. Yevelda había demostrado más de una vez su rapidez para castigar a una, a otra o a ambas si le hacían repetir las cosas. Kansif era una hembra de orco pura a la que la mujer semiorca le inspiraba terror y, por lo tanto, se desvivía por complacerla. Sutha, en cambio... Sutha era una mujer mucho mayor y más astuta, la primera de las tres que había compartido el lecho de pieles de Mhurren y una sacerdotisa de voluntad indomable. Era mestiza, fuerte y no le hacía nada feliz haber sido suplantada por Yevelda como favorita de Mhurren. El jefe sospechaba que Sutha estaba mezclada en varios complots contra Yevelda, pero no servía de nada intervenir. Lo natural era que si la favorita no podía mantener a las esposas menores en su sitio, entonces no era apta para ser la favorita. Al salir, Sutha se rozó con él y con una sonrisa taimada, le pasó la mano por la gruesa cota de malla que le cubría el pecho, y se apartó con rapidez, suficiente para no dar a Yevelda ocasión de castigarla.

Mhurren sonrió complacido al observar cómo sus esposas menores se vestían y salían a toda prisa de sus habitaciones. A continuación se dirigió a la tronera y apartó la pesada cortina. El día era brillante y atisbos de vegetación verde salpicaban las colinas grises y los páramos que rodeaban la Fortaleza de Calavera Sangrienta. Thar era una tierra dura en la que a duras penas se podía criar a unos enclenques rebaños de ganado, pero con la llegada de la primavera no tardarían en abrirse los pasos y podría enviar partidas de caza a los valles montañosos y a las tierras escalonadas del otro lado. Sería bueno para los guerreros tener algo que hacer. Entre sus orcos había demasiados que se aburrían y se inquietaban después del largo invierno, lo cual solía traer problemas.

Miró hacia la izquierda e hizo una mueca. El campamento de los vaasanos estaba todavía allí, asentado al amparo de un peñasco a menos de un kilómetro de las murallas de la fortaleza. En medio de las tiendas humanas, se alzaba una pequeña torre de hierro salida de la nada por la magia del señor de Vaasa. Los humanos les habían dado grandes muestras de respeto, enviando emisarios con hermosos regalos, y sus exploradores habían contado una escolta de casi doscientas lanzas para el señor que mandaron a hablar con él, una señal de la importancia del hombre. Sin embargo, persistía el hecho de que si las negociaciones llegaban a tomar un cariz indeseado, Mhurren no estaba seguro de poder mantener a los vaasanos apartados de su fortificación, no con el tipo de magia que dominaban los humanos vestidos de negro.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —gruñó.

Yevelda se estiró encima de las pieles, y dejó ver su cuerpo desnudo para recordarle por qué era su favorita. Aunque la pregunta no había sido dirigida a ella, la contestó de todos modos.

—Pronto lo sabrás —dijo con su sordo ronroneo—, pero si quieres adivinarlo, pregúntate esto: ¿De qué carece el vaasano?

Mhurren hizo una mueca de fastidio. Además de sus miembros rectos y suaves y de su morena belleza, la sangre humana de Yevelda la había bendecido con la misma ambición feroz y la misma curiosidad presta de las que él gozaba. Tenía una mente tan aguda como la suya y daba la impresión de que se sentía con derecho a ayudarlo a gobernar a los Cráneos Sangrientos. A decir verdad, Yevelda podría ser lo bastante inteligente, fuerte y despiadada como para gobernar la tribu sin él, pero no era muy corriente que una mujer, por excepcional que fuera, gobernara como reina sobre los guerreros orcos.

—Están aquí para engatusarme y para que ataque a los Machacacráneos —conjeturó—. Los estúpidos ogros no tienen juicio suficiente para dejar tranquilos a los vaasanos, de modo que mandan a este hombre, Terov, para que averigüe cuál es el precio de una alianza contra el rey Guld y su banda de zoquetes.

—¿Qué pedirías a cambio de tu ayuda?

—Oro, pieles, vino, buen acero... y cierta garantía de que los vaasanos realmente van a combatir. Maldita sea, si estoy dispuesto a dejar que los ogros hagan picadillo a mis guerreros mientras los vaasanos se quedan sentados y miran como nos matamos los unos a los otros.

Yevelda se puso boca abajo y alzó la mirada hacia él.

—Depende de qué guerreros, ¿no? Se me ocurren dos a los que no me importaría perder de vista.

Mhurren lanzó una risotada.

—Es cierto. Los guerreros están inquietos, y no estaría mal encontrar alguien con quien combatir. Estos locos están a punto de lanzarse unos contra otros. Sin embargo, no puedo permitir que la tribu piense que los vaasanos me tomaron por tonto. Eso se tomaría por una debilidad. —Estiró una mano y la palmeó en el torneado costado—. Lo tantearé para ver cuál cree él que es mi precio.

Se puso el correa de la arma y salió de su guarida. Seis fieros guerreros de la Guardia del Cráneo marcados con cicatrices faciales lo estaban esperando.

—¡Kai! ¡Kai! —gritaron al ver aparecer a Mhurren al tiempo que golpeaban el suelo de piedra con el asta de sus lanzas.

Sin decir una palabra más, lo rodearon y lo escoltaron a través de los tortuosos pasadizos y atestadas cámaras de la fortificación; golpeaban brutalmente y apartaban a empujones a los que se ponían en su camino. Mhurren no podía poner en duda su lealtad. Él se aseguraba de que su guardia personal saqueara a su antojo al resto de la tribu. De ocurrirle algo a él, los guerreros de la Guardia del Cráneo no sobrevivirían mucho tiempo. Y para asegurarse de ello, hacía años que había hecho que Sutha les lanzara terribles maldiciones y apremios a todos los Guardias del Cráneo con su magia de sacerdotisa. Sin embargo, cabía la posibilidad de que Sutha no estuviese muy contenta con él en este momento, si tenía en cuenta que Yevelda ocupaba el

primer lugar entre sus esposas... sería prudente hacer que uno de los magos de batalla o de los sacerdotes de Gruumsh comprobara los conjuros que garantizaban la lealtad de los guardias. Claro, siempre y cuando encontrara a un lanzador de conjuros en el que pudiera confiar.

Se dijo que no importaba, que la cuestión era seguir siendo jefe todo el tiempo posible, y engendrar un hijo lo bastante fuerte para sucederlo, tratar de no matarlo, ni de dejar que el cachorro lo matara a él, antes de que estuviera preparado. Pero para eso faltaba mucho tiempo.

El Jefe Guerrero entró en la gran sala de la fortaleza; era una estancia alargada, de techo bajo, con gruesas columnas que sostenían una simple bóveda de piedra. Estaba iluminada por cuatro pesados braseros llenos de carbones encendidos. Las paredes estaban llenas de trofeos que la tribu se había cobrado a lo largo de los años: los cráneos burdamente conservados de cientos de enemigos teñidos de rojo para dar la impresión de que estaban siempre frescos y ensangrentados. Enanos, humanos, goblins, orcos, ogros, gnolls e incluso un puñado de gigantes, todos tenían su representación entre los huesos allí expuestos. Los sacerdotes de la tribu conocían la historia de todos ellos. Algunos eran poderosos enemigos a los que habían vencido los Cráneos Sangrientos. Los había que eran enemigos de los que habían caído bajo el hacha o la lanza de un legendario jefe Cráneo Sangriento. Pero la mayoría provocaban más desprecio que respeto. Los cráneos de mujeres y niños recogidos cerca de lugares como Glister, Hulburg o Thentia llenaban las paredes, enemigos burlones demasiado débiles para defender a sus familias y sus haciendas de las incursiones de los Cráneos Sangrientos. Decenas de guerreros orcos y sus mujeres dormían en esa habitación y empezaban apenas a despertarse cuando Mhurren y los guardias hicieron su aparición.

—¡Kai! ¡El Jefe Guerrero! ¡El Jefe Guerrero! —gritaban los guardias del cráneo y apartaban a puntapiés y empujones a los orcos incautos que encontraban a su paso.

Mhurren se dejó caer en el asiento, que hacía las veces de trono, sobre un estrado al final de la habitación, con una mano apoyada en una espada corta que llevaba en el costado. Más de una vez había sido atacado en ese mismo asiento, y eso le había enseñado a tener el acero a mano. Buscó entre los guerreros presentes y encontró a uno que le pareció apto.

—Huwurth, coge cinco lanzas y trae al vaasano —ordenó—. Dile que le convoco y que estoy dispuesto a escucharlo. Dale tiempo para que se prepare y deja que traiga dos manos de guardaespaldas si lo desea. Si quiere más, dile que no. Vuelve si se niega.

Huwurth, un joven líder, asintió.

—Ya voy, jefe —dijo.

A pesar de su juventud era bastante listo y paciente, una rara combinación.

Reunió a cinco guerreros de su banda y salió con ellos del recinto. Huwurth era lo bastante listo para pasar por alto cualquier ofensa que pudieran hacerle los humanos mientras estuviera cumpliendo con el encargo de Mhurren. Otros líderes y luchadores enloquecidos sencillamente no podrían haber entrado en el campamento sin encontrar un motivo de gresca con un humano: que los mirara mal, o que desviara la vista demasiado rápido o que les diera la espalda; cualquier gesto sería una manera novedosa de invitar al combate.

Mhurren se dispuso a esperar, cavilando con el mentón apoyado en el puño mientras estudiaba a los guerreros que lo observaban. Hubo una pequeña conmoción a su derecha, y el sacerdote de guerra Tangar apareció con su grupo de acólitos. Para llegar a sacerdote de Gruumsh, el Vigilante debía arrancar un ojo, de ahí que Tangar y sus seguidores tuvieran todos un grueso parche de cuero cosido entre la mejilla y la ceja. Era evidente que el sacerdote de guerra había salido a toda prisa de sus habitaciones, porque sus acólitos todavía se afanaban por colocarle la armadura mientras entraba en el salón. Indudablemente, Tangar no concebía que Mhurren celebrase una audiencia sin estar él presente.

—¿Has enviado a por el vaasano? —preguntó el clérigo.

El jefe de guerra lo miró con expresión ceñuda.

—Voy a escuchar lo que tenga que decir, sacerdote —respondió. No le gustaba la idea de tener al sacerdote de Gruumsh fisgoneando por encima de su hombro, pero no podía evitarlo. Decidió entretenerse ocupándose de los deberes de un jefe y miró al guardia del cráneo que tenía más cerca.

—Voy a celebrar juicio —dijo—. ¿Hay algún guerrero entre los presentes que tenga algún conflicto que exponer ante mí?

Un guerrero robusto, de cara llena de cicatrices se adelantó y dejó caer su lanza al suelo.

—Yo hablaré —dijo con un gruñido—. Soy Buurthar.

—Te veo, Buurthar —respondió Mhurren—. Has depuesto tu lanza. Habla.

Buurthar asintió e hizo un breve discurso explicando cómo los hijos jóvenes de otro guerrero habían descuidado sus labores como pastores lo cual había provocado la pérdida de dos de sus ovejas.

—Digo que Gaalsh debe darme dos de sus ovejas ya que sus perezosos hijos fueron descuidados con las mías. Gaalsh dice que es probable que las ovejas que faltan hayan sido capturadas por un tigre rojo, y que por lo tanto no me debe nada. ¿Cuál es tu sentencia, Jefe?

Mhurren tenía que decidir sobre peleas como ésta todos los días. Si no había un jefe autoritario que lo hiciera, uno de los orcos implicados mataría al otro, y los hermanos o hijos del guerrero muerto matarían a su vez, y antes de que pasara mucho tiempo, por la fortificación correría la sangre de los orcos enfrentados. Gaalsh, el otro

guerrero, no se encontraba en la fortaleza de Cráneo Sangriento, de modo que Mhurren sentenció contra él.

—¡Oíd mi palabra, todos vosotros! Hasta que alguien encuentre alguna señal de este tigre, Gaalsh debe darle a Buurthar dos de sus ovejas. ¡Ahora, recoge la lanza y vete!

El veterano recuperó su lanza y sonrió satisfecho. Mhurren dudaba de que algún tigre se hubiera hecho con las ovejas, pero no quería acusar a un guerrero que no estuviera presente, de robar el ganado de otro. Escuchó otros dos litigios entre guerreros hasta que Huwurth y sus acompañantes llegaron a la gran sala.

Delante de ellos caminaba un humano de aventajada estatura que vestía una armadura de placas de ébano y ocultaba su rostro bajo un yelmo negro que llevaba adosados a los lados los cuernos dorados y curvos de un carnero. Lo seguía un único sirviente vestido con una guerrera y una oscura capa gris: una mujer humana con el pelo rojizo cortado al modo de los guerreros. Llevaba ante los ojos una ligera máscara negra, pero el resto de la cara descubierto. Los protegían seis caballeros vaasanos con fina cota de malla negra.

A un gesto de la mano de Mhurren, los orcos que estaban ante su trono se apartaron arrastrando los pies, dejando espacio para que los humanos se acercasen. El señor vaasano se mostraba confiado y avanzaba entre las filas de guerreros orcos como si nada le importara menos, que acabar con cincuenta lanzas clavadas en la espalda si Mhurren decidía hacerlo matar. El caballero negro se detuvo a escasa distancia del trono y alzó la mano para despojarse del yelmo. Quedaron al descubierto su rostro afeitado, de piel pálida y su pelo gris como el acero. Sus ojos eran de un profundo color rojo sangre.

—¿Eres el jefe guerrero Mhurren? —preguntó, hablando aceptablemente el idioma de los orcos.

—Soy Mhurren. ¿Quién eres tú, vaasano, y qué quieres de los Cráneos Sangrientos?

—Soy Kardhel Terov, fellthane de los Caballeros de Warlock, y estoy aquí para ofrecerte poder, jefe guerrero, el poder para convertirte en rey de todo Thar. Todas las tribus de estas tierras te llamarán amo y harán lo que tú ordenes.

—¡Ya somos la tribu más fuerte de Thar! —gritó airado Tangar, el sacerdote—. ¿Quién osa hacernos la guerra? ¡Ni uno solo, humano!

Mhurren pensó que a veces el fanatismo resulta útil. El clérigo le ahorró a él el trabajo de levantar la voz. Alzó la mano para evitar que el sacerdote siguiera hablando ya que no quería provocar realmente una pelea con los vaasanos sin descubrir al menos por qué estaban allí.

—¿Poder? ¿Qué poder? —dijo despectivo.

—Puedo darte los Dagas Ardientes, los Machacacráneos y los Garras Rojas —

dijo Terov—. Te llamarán señor, te rendirán tributo y marcharán bajo tu mando. Puedo armar a tus guerreros con mil cotas de malla de buen acero. Puedo darte diez caballeros de Warlock que pongan a tu servicio su magia de batalla. Además, tengo el control de algunos poderosos monstruos de la alta montaña: mantícoras, gigantes, quimeras, hasta uno o dos jóvenes dragones. Estarán a tus órdenes. Dime, jefe guerrero Mhurren ¿qué harías con semejante ejército?

Mhurren soltó una risa áspera.

—Asolar Glister, aplastar Hulburg y Phlan, obligar a Thentia y Melvaunt a pagarnos tributo... y si también nos das barcos de guerra, supongo que podríamos atravesar el Mar de la Luna y quemar Myth Drannor de paso. ¿Por qué no?

La boca del Caballero de Warlock se plegó en una sonrisa glacial.

—No creo que tengamos que expulsar a los elfos de su bosque... todavía. En cuanto al resto, que así sea. Te daré las ciudades que mencionaste para que las saquees y tomes esclavos a voluntad.

—No las puedes entregar porque no son tuyas, humano.

—Pero son tuyas y puedes tomarlas, jefe de los Cráneos Sangrientos. Podrías apoderarte de Glister sin mi ayuda, tal vez de Hulburg también, pero las demás no están a tu alcance. Puedo cambiar eso. ¿Te interesa? ¿O debo acudir a Guld de los Machacacráneos o a Kraashk de los Garras Rojas y hacerlos reyes a ellos en lugar de a ti?

La risa del jefe guerrero se extinguió en su garganta. Mhurren se inclinó hacia delante en su trono y miró al vaasano con desprecio.

—Te burlas de mí, vaasano —dijo lentamente—. Suponiendo que puedas hacer todo lo que dices ¿por qué habrías de hacerlo? ¿Qué quieres a cambio?

Kardhel Terov echó una mirada a la atestada cámara de audiencias y pasó a la lengua humana.

—*Me han dicho que entiendes vaasano, cosa que hacen muy pocos de tus guerreros* —dijo en esa lengua—. *Mi precio es un juramento de lealtad al Alto Círculo de Fellthanes, juramento hecho sobre mi anillo de hierro.*

—*¿Vienes a mi fortaleza y esperas que me arrodille ante ti?* —dijo Mhurren entre dientes, hablando en humano.

Se levantó de su asiento y se apoderó de la lanza del guardia del cráneo que tenía más cerca. Con un grito feroz, lanzó el arma con toda la fuerza de su ira directa al corazón del vaasano.

La pesada lanza con cabeza de hierro atravesó el aire y alcanzó a Terov en el centro del pecho... y rebotó, haciéndose astillas. El Caballero de Warlock retrocedió un paso y gruñó ante el peso de la lanza, pero ése fue todo el daño que sufrió. La repentina furia de Mhurren se desvaneció. Conocía bien su fuerza. Arrojada desde diez pasos de distancia, la lanza debería haber atravesado al humano y asomado

medio metro o más por su espalda. En lugar de eso, se había deshecho como una rama seca.

Los orcos que lo rodeaban rugieron de ira y sorpresa ante la brujería que había tenido lugar ante ellos. Algunos se apartaron asustados mientras otros corrían para ahogar a los vaasanos bajo una negra marea de lanzas antes de que pudieran usar más magia. Pero la mujer del velo negro situada detrás del Caballero de Warlock hizo un rápido movimiento transversal con la mano y bisbiseó algunas palabras en algún idioma sibilante. Una ráfaga arrolladora de llamas negras como el ébano aparecieron en torno al grupo de los vaasanos, aullando y arremolinándose para impedir que los guerreros Cráneo Sangriento pudieran llegar a los humanos. Un guerrero del fondo de la sala arrojó otra lanza, pero la alcanzaron las llamas negras de la hechicera y quedó convertida en cenizas en el aire.

—¡Contén a tus guerreros, Mhurren! —gritó Terov—. ¡Estamos protegidos por una magia poderosa y cualquiera que se acerque morirá!

Mhurren rabiaba por poner a prueba la amenaza del vaasano, pero triunfó su último vestigio de paciencia. Siempre podría ordenar más tarde a sus hombres que se lanzaran sobre los humanos, pero era evidente que Terov quería hablar, y había mostrado suficiente respeto por la fuerza de Mhurren al protegerse con magia antes de entrar en la sala de audiencias.

El jefe guerrero hizo una señal a los orcos que llenaban la estancia y dijo:

—¡Esperad, guerreros! Veamos cuánto duran sus conjuros.

Los Cráneos Sangrientos mostraron los colmillos y gruñeron frustrados, pero obedecieron y lentamente se apartaron del torbellino de negras llamas. Un bosque de puntas de lanza rodeó al pequeño grupo de los vaasanos, a la espera de que el conjuro de la mujer del velo negro diera muestras de debilitarse. Mhurren volvió a centrar su atención en Terov.

—No sé cuánto durarán los conjuros de la mujer —dijo—, pero si quieres salir vivo de esta habitación, convénceme de que te perdone la vida antes de que desaparezcan. ¡Escoge con cuidado tus siguientes palabras, vaasano!

Terov alzó el puño a modo de respuesta. Un pesado cintillo de hierro tallado con terribles runas rodeaba su dedo anular.

—*¿Sabes lo que es esto?* —preguntó en vaasano.

—*Tu anillo* —gruñó Mhurren. Había oído historias de los Caballeros de Warlock y de sus peculiares métodos para asegurarse la obediencia. Se decía que un anillo de hierro no podía quitarse una vez que el portador se lo ponía por libre voluntad—. *¿Y qué? Es sabido que todos los Caballeros de Warlock llevan uno.*

—*Es un anillo de pacto. Estoy ligado por aquello que juro. Y también queda ligado el que me hace un juramento a mí. Si me tomas como señor feudal, se te considerará un señor de Vaasa y te daré un anillo para que tú puedas vincular a*

otros con sus juramentos. *Me enviarás guerreros cuando te lo pida y tú me pagarás anualmente los diezmos a los que te haya comprometido tu juramento. Ésas son las cosas que un señor vasallo debe a su señor feudal. A cambio, yo quedaré obligado a acudir cuando me llames, a honrar las leyes y juicios que impongas en tus tierras y a respetar los juramentos de vasallaje que obtengas de otros. Y, quizá lo más importante, lo que conquistes en mi nombre será para ti.* —Terov dejó caer la mano a un costado y se quedó observando la reacción de Mhurren. El jefe semiorco lo miraba con furia, pero sin decir nada, de modo que el vaasano continuó—. *Hoy te ofrezco Thar, pero con el poder que puedo darte, todo el norte del Mar de la Luna sería tuyo para que lo gobiernes como te plazca... sólo con unas cuantas pequeñas excepciones.*

—*¡Ja! Me lo imaginaba.* —Mhurren enseñó los dientes—. *Está bien. ¿Cuáles son esas pequeñas excepciones?*

El Caballero de Warlock se encogió de hombros.

—*Si tomo alguna ciudad grande o pequeña bajo mi protección, no podrás saquearla. Le impondré un tributo adecuado y te pagaré lo que te corresponde, pero una vez dada mi palabra a alguien, te obligaré a respetarla.*

Mhurren volvió a su trono y se sentó nuevamente. Resultaría fácil decir que no a este Kardhel Terov, o mejor aún, hacer que sus guerreros lo apuntaran con sus armas y lo acorralaran por su desvergüenza... eso, si de verdad podían vencer la poderosa magia que los vaasanos dominaban. Por otra parte, si Terov cumplía su oferta, Mhurren sería el jefe más fuerte en cientos de kilómetros a la redonda. Tener a tribus como los Machacacráneos o los Garras Rojas como vasallos en vez de enemigos, le daría capacidad suficiente para dominar Thar y cualquier ciudad a diez días de marcha. Y la posibilidad de exigir juramentos inquebrantables a quienes lo rodeaban, resultaría realmente útil.

—*¿Qué nos ofrece el humano, jefe guerrero?* —preguntó el sacerdote Tangar—. *¿Nos insulta? ¡De buena gana derramaría su sangre en el altar del Poderoso!*

Mhurren hizo caso omiso de Tangar y habló a Terov.

—*Reclamo las tierras desde el Promontorio del Gigante, Sulasspryn y Glistar hasta el mar, como mi reino* —dijo. Era una definición amplia de Thar, realmente amplia, pero Terov asintió—. *Y antes de aceptar tus condiciones, deberás darme una prueba de tu sinceridad: las armas y armaduras que mencionaste, y los servicios de los Machacacráneos y los monstruos bajo tus órdenes, para que pueda arrasarlo la ciudad de Glistar. Cuando Glistar caiga en manos de los Cráneos Sangrientos, sabré que dices la verdad y tú y yo prestaremos juramento.*

Mhurren se reclinó en su asiento, satisfecho de sí. Si las promesas del vaasano no se materializaban, entonces no tomaría Glistar. Y si Terov se atenía a su palabra y Glistar caía en manos de los Cráneos Sangrientos, ese día Mhurren decidiría si prestar

o no juramento. Hacía ya mucho tiempo que ningún orco se proclamaba rey de Thar, y si él conseguía la destrucción de Glister, sería el más grande de todos los jefes de Thar desde hacía siglos... puede que incluso un rey.

—*Me parece justo* —concedió Kardhel Terov—, *pero estarás comprometido a mí, rey Mhurren si te doy tus armas y armaduras, y también Glister.* —Hizo una leve inclinación de cabeza y se irguió para hablar a continuación en orco—. Dispondré que las armas sean enviadas desde Vaasa en el plazo de diez días. Además, un Caballero de Warlock vendrá al día siguiente para ponerse a tu servicio. Él transmitirá tus órdenes a los gigantes y demás monstruos que responderán a tu llamada.

Mhurren se puso de pie, bajó del podio, y se acercó al humano hasta donde se atrevió, dado que las llamas seguían rodeando a los vaasanos. Escrutó atentamente la cara del hombre, tratando de leer algo de sus intenciones. Kardhel Terov sostuvo su mirada sin pestañear.

—*Como digas, entonces* —dijo el jefe guerrero—, *pero dime una cosa más: ¿por qué estás interesado en Thar? ¿Qué ganas haciendo de mí tu aliado?*

Kardhel Terov ofreció un esbozo de sonrisa.

—*Vaasa es un país que no tiene acceso al mar* —respondió—. *Montañas infranqueables rodean nuestras tierras por todos lados, excepto al sudeste, y allí la tierra de Damara se interpone en nuestro camino natural de expansión. La mayor parte de los míos tienen los ojos puestos en la conquista de Damara, pero yo soy más paciente que ellos. Creo que Vaasa tendrá un crecimiento más rápido abriendo el comercio con las tierras del oeste y llenando nuestros cofres de oro. El Mar de la Luna está apenas a sesenta kilómetros de nuestras planicies meridionales. Si consigo abrir una ruta comercial segura a través de las montañas y páramos de Thar hasta Hulburg o Thentia o Melvaunt, enriqueceré enormemente mis tierras. Para ello necesito que haya un único y fuerte jefe en Thar, que pueda proteger el comercio vaasano de cualquier otro jefe o monstruo que pueda sentirse tentado a interferir.*

—*¿Y yo soy el jefe al que habéis elegido para este... honor?*

—*Los Cráneos Sangrientos fueron mi primera elección, pero recurriré a otro jefe y a otra tribu si es necesario. Estoy dispuesto a pagar muy bien a ese jefe por servir a mi causa, pero a cambio exijo lealtad.* —La mirada de Terov era tan fría como la piedra—. *Nuestros juramentos de vasallaje son ineludibles, rey Mhurren, tanto del vasallo al señor feudal como del señor feudal al vasallo. Tú ayudarás a que Vaasa se enriquezca, y a cambio te ayudaremos a construir un reino que durará no sólo una vida, sino siglos.*

Mhurren se quedó pensando largo rato, entrecerrando los ojos.

—Muy bien —dijo por fin, volviendo a la lengua de los orcos para que los guerreros pudieran entender lo que decía—. No me fío de ti, vaasano, pero la promesa que me haces puede tener cierto asidero. Sopesaré la verdad de tus palabras

ante las murallas de Glister.

CUATRO

12 Ches. Año del Intemporal

Cuando el reloj de la torre de la Casa del Aquilatador dio las nueve, Geran abandonó Griffonwatch y descendió por el sinuoso sendero que conducía a la ciudad. Las nieblas matutinas todavía cubrían las calles de abajo, pero el sol brillaba y el cielo estaba despejado en lo alto. El fiero viento por fin había cesado, y el día prometía ser templado y bueno para lo que suele ser la primavera en el Mar de la Luna. Había dejado a Hamil a su aire durante la mañana. El halfling tenía intención de pasar el día atendiendo a los asuntos de la Vela Roja y Geran prefería dejarle aquello a Hamil para poder recorrer durante el día las calles de la ciudad. Quería ver todo lo que había de nuevo, de diferente y lo que había desaparecido en Hulburg y, lo más importante, quería ver todo lo que permanecía intacto. En los años que había pasado fuera había agotado sus recuerdos y necesitaba volver a reunir las imágenes, los sonidos y las voces familiares.

Geran respiró hondo y echó atrás los hombros mientras andaba, disfrutando de la frescura del aire. Se había pasado la noche anterior, sus buenas dos horas, retomando el contacto con sus jóvenes primos Natali y Kirr antes de que su madre los mandara a la cama. Cuando Erna decidió poner fin a las inagotables preguntas de los muchachos, él ya estaba casi agotado. Natali era una chica esbelta que se parecía a su padre, Isolmar. Tenía el pelo negro y lacio de los Hulmaster y una curiosidad gatuna. Kirr era un revoltoso jovencito de siete años cuyo cabello dorado-rojizo debía a su madre, Erna. A diferencia de su hermana mayor, parecía más inclinado a medir su mundo tratando de romperlo trozo por trozo. Y, tal como Grigor le había advertido, quería saberlo absolutamente todo sobre los lugares en los que había estado y cualquier cosa que hubiera hecho relacionada con la aventura, la magia y el peligro.

Isolmar habría estado orgulloso de ellos, pensó Geran. Era una verdadera pena que hubieran perdido a su padre siendo tan pequeños, pero eso era algo bastante común en las tierras del Mar de la Luna. Guerras, monstruos, peleas y el duro trabajo en esas duras tierras dejaba huérfanos a gran número de niños, muchos de los cuales quedaban en condiciones más penosas. Por lo menos Natali y Kirr tenían a su madre y a los parientes de su padre para cuidar de ellos, así como un castillo lleno de hombres y mujeres que habían jurado servir a los Hulmaster. Por lo que pudo ver, los sirvientes y doncellas que trabajaban en el castillo querían a los dos jóvenes Hulmaster como si fueran sus propios hijos.

Llegó al cabo del sendero, que era una pequeña plaza llamada el Paso del Harmach. Las carretas tiradas por mulas traqueteaban sobre el empedrado, un trasiego permanente hacia el norte y hacia el sur. Los que se dirigían al norte iban a

los campamentos mineros y madereros situados más allá del valle de Winterspear con provisiones de todo tipo: carne en salazón, sacos de harina, barriles de cerveza, hormas de queso, mantas, herramientas y todo lo que podían necesitar los hombres que vivían en el campo. Los que iban hacia el sur entraban en la ciudad desde las granjas del valle. En esa época del año, todo lo que tenían eran huevos, productos lácteos y carne para vender en los mercados de la ciudad. Pasarían meses antes de que llegaran las cosechas estivales.

No reconoció a ninguno de los que iban hacia los campamentos. A juzgar por su acento y su forma de vestir, la mayoría venía de otras ciudades del Mar de la Luna. Vio a muchos mulmasteritas y melvauntianos, e incluso a unos cuantos teshanos. Geran meneó la cabeza, sorprendido otra vez por lo llena que parecía la ciudad.

—¿Y ahora adónde? —se preguntó.

Se quedó un momento pensativo y se dirigió al norte siguiendo el Camino del Valle. Dejó atrás el Paso del Harmach, la zona entre Griffonwatch y el Winterspear, restos de la vieja ciudad, transformada en ruinas cubiertas por vegetación, con algún edificio, aún en pie, que había sobrevivido. La mayor parte de la ciudad apiñada en torno al puerto y de los distritos septentrional y occidental del Viejo Hulburg, seguían en ruinas a excepción de los mejores emplazamientos, como una taberna llamada *El Bock del Troll* que estaba en la linde de la ciudad.

Cuando el Camino del Valle por fin salía de las ruinas del Viejo Hulburg y se encaminaba hacia el norte internándose en las tierras de labranza de Winterspear, Geran se dirigió hacia el oeste por el Puente Quemado. Hacía siglos, había un hermoso y robusto puente que cruzaba el Winterspear sobre cinco arcos de piedra. En época de Lendon Hulmaster, se había colocado un simple caballete de madera sobre las ruinas de los antiguos arcos de piedra para unir más directamente Griffonwatch con la Torre de Daggegard, unos reducidos barracones y una torre de vigilancia que había en la margen occidental del río. Geran se detuvo encima del puente para asomarse al pretil y ver correr el agua por debajo. El deshielo primaveral acababa de empezar; en cuestión de semanas el Winterspear habría crecido unos tres metros, rugiendo con la voz de las altas planicies nevadas de Thar y de los lejanos glaciares de las Galena.

Siguió su camino desde Daggegard a lo largo del Camino de Keldon, encaminándose hacia el sur mientras rodeaba la ciudad. Por encima de él se elevaba el extraño bosque de piedra al que la gente de Hulburg llamaba simplemente las Agujas. Columnas altísimas, en forma de garrotes surgían a los lados de la cadena montañosa que marcaba la linde occidental de la ciudad, irrumpiendo en algunos casos a través de los viejos cimientos de las antiguas ruinas. Las Agujas también eran tierra cambiante, al igual que los espectaculares Arcos que protegían el lado oriental del puerto de Hulburg. Ambas cosas eran legados inexplicables de la Plaga de

Conjuros que se había abatido sobre Faerun hacía ya casi un siglo. Hitos extraños como las Agujas o los Arcos eran frecuentes en muchos territorios; roca y raíz del extraño Abeir que atravesaron la carne de Toril cuando los dos mundos, separados durante mucho tiempo, se fusionaron en una década de catástrofes inimaginables que siguieron al Año del Fuego Azul. Geran había oído que muchas de esas erupciones del paisaje de Ageiran, en otras tierras, estaban infestadas de todo tipo de extrañas monstruosidades o guardaban maravillas jamás soñadas de magia viva, pero las Agujas eran simplemente pilares de malaquita enmarañados, aflautados, silenciosos e inertes. Allí no se ocultaban peligros extraños ni magia letal.

De la sombra de las Agujas descendió rápidamente al distrito comercial que se encuentra al pie del cabo Keldon, donde media docena de depósitos de mercancías se apretujaban cerca de los muelles del puerto. Allí Geran redujo el paso y empezó a prestar atención. El complejo de almacenes de la Casa Sokol de Phlan llevaba muchos años en Hulburg, pero había otros nuevos pertenecientes a la Casa Veruna de Mulmaster y a la Compañía de la Doble Luna, de Thentia. Tomó hacia el este al llegar a la calle del Carro y se encontró con un edificio nuevo y sorprendente, el del Consejo Mercantil, no muy distante de los almacenes. Delante del mismo había un par de guardias cubiertos con corazas de hierro y armados con picas cortas: la Guardia del Consejo, pensó. No le gustaba la idea de un cuerpo armado en Hulburg además de la Guardia del Escudo, pero la ciudad parecía llena de mercenarios.

Geran continuó su camino entre una multitud cada vez más espesa a lo largo de la calle del Carro. El triángulo que formaban las calles atestadas entre el puerto, la plaza de Angar y el Puente Bajo era el corazón de Hulburg. Había escribientes corriendo de un lado para otro portando legajos y plumas. Los estibadores cargaban al hombro barriles de cerveza o sacos de harina y los llevaban a alguna parte. Los niños corrían y gritaban entre los carros de bueyes y los estibadores.

—Parece que Hulburg ha dejado de ser un lugar perdido —se dijo Geran en voz baja—. ¿Acaso el harmach se refería a esto al hablar de los diseños de Sergen para la ciudad?

Giró hacia la calle del Tablón y sus pasos se hicieron vacilantes. Ni siquiera se había dado cuenta de que se estaba dejando llevar por sus pies, pero allí estaba, a no más de tres metros de un emblema familiar: un martillo y una gavilla suspendido encima de una puerta. El cartel era viejo y destartado, pero todavía pudo distinguir las palabras desdibujadas: ABASTECIMIENTOS ERSTENWOLD.

El frente de la tienda era viejo y había soportado los embates del tiempo, pero estaba cuidado. Junto a los escalones de madera había cestos llenos de las últimas manzanas del otoño. A su derecha, anexos a la tienda, había un gran patio y un almacén. Dos generaciones de Erstenwold se habían ganado la vida decentemente abasteciendo de alimentos, ropa, lona, mantas de lana y herramientas de hierro a los

barcos que hacían escala en Hulburg y a los mineros y leñadores que trabajaban en las colinas del norte y del este. La familia de Jarad todavía podía atender a sus necesidades, y al menos eso resultaba tranquilizador.

Dudó un momento, y estudió el frente de la tienda mientras los viandantes lo sorteaban para seguir su camino. ¿A qué esperas?, se preguntó. Torció la boca con una mueca de irritación y con decisión puso el pie en los escalones de madera que llevaban a la puerta. Dos pasos rápidos, abrió la puerta y entró.

La tienda de Erstenwold consistía en un largo mostrador de madera que iba de un extremo a otro de la sala. Unos tablones gruesos y pulidos de madera dura brillaban bajo los pies, viejos y manchados. La luz atenuada del día se filtraba por la fila de ventanas de gruesos cristales que había en la parte superior de la pared del fondo. La tienda estaba llena de amuras y arneses que despedían olor a cuero nuevo, y a lo largo de las paredes se alineaban barriles, sacos y cajones. Un par de clientes, leñadores venidos a la ciudad para renovar sus provisiones, supuso Geran, negociaban con un dependiente que estaba detrás del mostrador.

Todo está más o menos como siempre, dictaminó Geran. Conocía el establecimiento de los Erstenwold casi también como sus propios aposentos en Griffonwatch. No había mucho movimiento, pero eso no era raro. Si no llegaban barcos ni grandes caravanas de abastecimiento de las inmediaciones, allí los días podían pasar con una lentitud sorprendente.

—¿Puedo ayudarle, señor?

Una mujer de pelo oscuro entró en la tienda por la puerta que había detrás del mostrador frotándose las manos contra el delantal. Era alta y delgada, de facciones fuertes y aguzadas y grandes ojos de un sorprendente azul glacial. Llevaba el pelo peinado hacia atrás en una austera trenza, pero unas pecas danzaban sobre sus mejillas y sobre el puente de la nariz, como haciendo contrapeso a su expresión adusta. Al ver que Geran no respondía inmediatamente, se acercó un paso más con una leve expresión de fastidio.

—¡Eh! Le pregunté si... —pero se paró de repente. Volvió a mirarlo y sacudió la cabeza como para echar fuera su confusión—. ¿Eres tú? —dijo por fin.

—Soy yo —dijo Geran—. Hola, Mirya.

—Geran Hulmaster. —Mirya Erstenwold cruzó los brazos sobre el pecho, mirándolo con mirada penetrante—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me... me he enterado de lo de Jarad. Tenía que venir. —Geran apoyó las manos sobre la gastada madera del mostrador y bajó la vista—. Mirya, lo siento. Lo quería como si fuera mi propio hermano.

Mirya mantuvo un largo silencio. Después suspiró y se alisó el delantal.

—Ya lo sé, Geran.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—No —respondió la mujer—. Lo enterramos el pasado quinto día, junto a mi madre y mi padre. Ya está. No tienes por qué preocuparte por nosotros.

Geran hizo una mueca. En otra época, Mirya no habría usado ese tono con él. Por su decimoséptimo verano, aproximadamente, Geran había reparado por fin en que la hermana de su mejor amigo, una chica que los había seguido a los dos por todo Hulburg y páramos circundantes, era lista, fuerte, esbelta y grácil como una princesa elfa... y que en sus ojos había un brillo como el reflejo del sol en el agua. Había sido su primer amor, y él lo había sido para ella. Pero aquella joven despreocupada, de sonrisa fácil y risa suave era apenas un recuerdo, igual que el muchacho inquieto que era él por entonces.

—No dejó a nadie detrás ¿verdad? —preguntó—. Quiero decir que no tengo idea de haber oído que se hubiera casado.

—Jarad estaba comprometido con Niamene Tresterfin. Tenían pensado casarse a mediados de verano.

—¿La hija de Burkel Tresterfin?

—Eso es.

Geran se acordaba de Niamene, una chica menuda y bonita, tal vez cinco o seis años más joven que Jarad. La granja de los Tresterfin era un buen trozo de tierra en el Valle de Winterspear, cuatro o cinco kilómetros al norte de la ciudad. Niamene era apenas una adolescente cuando Geran se marchó de Hulburg, pero parecía que había crecido durante su ausencia. Pensó que era extraño cómo podían cambiar las cosas en diez años.

—¿Cómo está? —preguntó por fin.

—¿Cómo va a estar? Con el corazón destrozado. Ella y toda su familia. Burkel y su mujer querían mucho a Jarad, y él también a ellos. Habría sido una buena unión.

—No lo sabía.

—No era probable que te hubieras enterado. —Mirya bajó la vista hacia el mostrador. Los leñadores habían terminado de hablar con su dependiente que ahora estaba atareado tomando nota de su pedido en un libro. Después de haber comprobado que no había nada que requiriera su atención, la mujer volvió a mirar a Geran—. ¿Y dónde andas metido ahora?

—Tantras. Hace unos años me uní a una banda de aventureros llamada la Compañía del Escudo del Dragón. Tymora nos sonreía y ganamos una pequeña fortuna antes de tomar derroteros separados. Mi camarada Hamil y yo compramos una parte de una pequeña empresa comercial, la Compañía de la Vela Roja. Compramos y vendemos cargamentos en el Vast.

—Creo haber oído que estabas viviendo en Myth Drannor.

Sintió un escozor en los dedos, al revivir el tacto crujiente de las doradas hojas secas en el cabello negro de Alliere, mientras ésta reía y escapaba de él. Pensó que

era extraño que sus dedos recordaran algo que su corazón no quería recordar. Bajó la vista para volver a borrar el recuerdo.

—Sí, durante un tiempo, pero ya llevo más de un año en Tantras —dijo. Hizo una pausa y cambió de tema—. Escucha, Mirya, ya sé que dijiste que no puedo hacer gran cosa, pero...

Ella cruzó los brazos y lo miró fijamente.

—No tienes que preocuparte por mí, Geran Hulmaster. Llevas años fuera y seguramente volverás a marcharte pronto. Pásate una hora junto a la tumba de Jarad si crees que es tu deber, visita a tu familia, recorre a caballo los Altos Páramos si te gustan las vistas. Después, vuelve al lugar, sea cual sea, en el que tengas tu casa. No tienes nada más que hacer por aquí.

Geran dio un paso atrás. Después de todo, Mirya tenía motivos para estar enfadada con él. Le había roto el corazón al marcharse de Hulburg hacía diez años. Siempre había tenido la intención de volver una vez visto algo de Faerun. Pero después de aquellos primeros años con los Escudos del Dragón, se había sentido como embrujado en Myth Drannor, absorbido por una vida de ensueño que le había hecho sentirse como uno más entre la Bella Gente, y que le había desvaído y alejado recuerdos de infancia. Todavía se estaba despertando de aquel extraño sueño.

—Mirya, no sé qué decir —suspiró. No podía pensar en nada más.

—¡Madre! ¡Madre! He acabado mis cartas. ¿Puedo ir a jugar a tirar piedras con Dori y Kynda?

Geran miró hacia la puerta que daba a la vivienda familiar, en la que había una niña de cabello oscuro. Llevaba un vestido de lana azul de mangas largas y ya se estaba echando una capa de lana marrón sobre los hombros ante la perspectiva de salir. Le dirigió una rápida sonrisa y una reverencia al notar que él la estaba mirando.

—¿Qué? ¿Puedo? —repitió.

«¿Mirya tiene una hija?» Geran parpadeó sorprendido. Por eso Mirya llevaba el pelo peinado en una larga trenza. En Hulburg eso era propio de las mujeres casadas. ¿Cuándo había sido?, se preguntó. Sabía que no tenía de qué sorprenderse. Al fin y al cabo ¿qué podía esperar después de diez años?

La cara de Mirya se suavizó por un momento.

—Sí, ve, Selsha. Pero estate de vuelta a mediodía. Esperamos un pedido importante de la destilería, y tendrás que ayudar en la tienda mientras me ocupo de ello.

—¡Gracias, madre!

Selsha salió corriendo por donde había venido. Sus pasos resonaron en el pasillo y una puerta se cerró de golpe.

—¿Tienes niños? —preguntó Geran—. Nunca lo supe.

—Sólo Selsha —respondió la mujer mientras miraba hacia donde había estado su

hija, con la mezcla de amor y atisbo de preocupación que parecen tener siempre las madres—. Selsha sabe que me basta. Es una maravilla, todos los días es una prueba para mí.

—¿Qué edad tiene?

—Cumplió los ocho el mes pasado. —Mirya se volvió a mirarlo—. Nació dos años después de que te marcharas de Hulburg.

Geran asintió. En otras palabras, Mirya estaba diciendo: no es tuya. Eso significaría unos meses después de su regreso a casa para los funerales de su padre, pero Geran sólo se había quedado en Hulburg un par de días antes de volver a marcharse. En esa ocasión no había visto a Mirya.

—Es preciosa. ¿Estás... quiero decir... quién es...?

—No, no estoy casada. Su padre no es nadie que conozcas ni nadie a quien vayamos a volver a ver. —Una sombra se extendió sobre su rostro y apartó la vista de él—, pero nos tenemos la una a la otra y nos apañamos.

Geran pensó que había algo más. ¿Acaso se habría enamorado de otro después de que él se marchara y todo para que volvieran a romperle el corazón? Bueno, no tenía mucho sentido especular sobre ello. Mirya había dejado claro que no era asunto suyo. Era extraño, pero la idea de que ella hubiera seguido con su vida después de que él marchara a buscarse la suya, le producía una especie de amargo resentimiento.

«No tienes derecho a sentirte así —se dijo—. Después de todo, la dejaste. ¿Se suponía que debía hacer voto de castidad y quedarse sola hasta que decidieras volver a caerte por aquí?» Además, el fantasma de Alliere todavía seguía rondándolo.

—Debería irme —dijo por fin—. Me gustaría... bueno, pasaré a despedirme antes de abandonar la ciudad.

Ella se encogió de hombros y se disponía a decir algo, pero en ese momento alguien abrió la puerta de un empujón. Tres hombres con cota de malla y tabardos de color verde y blanco entraron en la tienda. Uno arrastró la mano sobre el mostrador de madera mientras avanzaba hacia Mirya, otro cerró la puerta y se apoyó contra ella con los brazos cruzados, y el tercero empezó a pasearse junto a los barriles y los sacos apilados a lo largo de la pared del fondo. Estudió a Geran mientras fingía interesarse por la mercancía que estaba a la venta.

—Veamos, señora Erstenwold —dijo el primer hombre—. Al parecer has olvidado pagar los derechos del Consejo este mes. Venimos a modo de amistoso recordatorio.

La expresión de Mirya se volvió tensa. No se movió de donde estaba.

—No he pagado ningún derecho porque no me he asociado al Consejo Mercantil —dijo—. Ni tengo intención de hacerlo, de modo que tú y tus hombres podéis marcharos cuando se os antoje.

—¿Estás segura de eso, señora Erstenwold? —preguntó el primer hombre. Era un

tipo grandote, de cara redonda, con todo el aspecto de un rotundo jamón—. Corren tiempos difíciles. Será complicado hacer negocios sin la protección del Consejo.

Hizo un gesto al hombre que caminaba junto a la pared del fondo; éste sacó una daga de su cinto y abrió un saco de grano molido. El contenido cayó al suelo con un leve sonido sibilante.

—Ya basta —dijo Geran. Se volvió e hizo frente a los hombres de verde y blanco—. Os ha pedido que os marchéis, de modo que marchaos.

—Éste no es problema tuyo —dijo Mirya entre dientes.

—La señora Erstenwold tiene razón: no es tu problema, extranjero —dijo el jefe de los tres. Dejó de prestar atención a Mirya para centrarse en Geran. Se cuadró frente a él y puso la mano en la empuñadura de la espada que llevaba al cinto—. ¿Por qué no cierras la maldita boca y piensas en algún otro lugar donde deberías estar?

Geran le dedicó una sonrisa glacial y lo miró con dureza. Ésta era otra cosa que jamás había visto en Hulburg. «Es la segunda vez en dos días que veo a extraños portando acero en mi propia ciudad», pensó.

—¿De quién son los colores que luces? —le preguntó al hombre.

El hombre de cara colorada lo estudió un momento antes de responder.

—Los de la Casa Veruna. Lady Darsi está ayudando al Consejo Mercantil a imponer el orden en esta miserable ciudad. Todos los que quieren hacer negocios en Hulburg van a participar de una manera u otra. Ahora bien, estás empezando a fastidiarme, extranjero. Te lo digo por última vez. Apártate y deja que acabe mi conversación con la señora Erstenwold o las cosas se van a poner feas para ti y para ella.

—¡Geran, no estás contribuyendo a mejorar las cosas! —dijo Mirya con rabia.

Él no le hizo caso.

—No me moveré —dijo.

Pasando por alto las miradas funestas que intercambiaron los tres hombres, Geran vació su mente de distracciones y se concentró en las sílabas arcanas secretas que había estudiado durante tantos meses en los valles de Myth Drannor bajo la luz de las estrellas.

No bastaba con conocer las palabras. Para invocar la magia, era preciso comprender las extrañas asociaciones de pensamiento que daban a las palabras antiguas su poder y, a continuación, lanzar el poder concentrado de la propia voluntad sobre la combinación de símbolo y significado.

—*Theillalagh na drendir*. —Las palabras de elfo antiguo sonaron altas y claras, y su tono, vigoroso y confiado.

Un desvaído velo de niebla violácea se formó a su alrededor, se hizo más fuerte y brillante, y tomó forma de cientos de escalas de fuerza que resplandecían como el diamante y que reverberaban y descendían como una cascada desde sus hombros

hasta las rodillas. Los elfos magos de la espada denominaban al encantamiento las Escalas del Dragón, y era una armadura tan eficaz como la mejor armadura de placas hecha por enanos.

—¿Has oído eso, Bann? —dijo el hombre de Veruna que estaba al fondo de la tienda, retrocediendo dos pasos—. ¡Es hechicería elfa! ¡Es una especie de mago!

—Quietos, muchachos —dijo el que llevaba la voz cantante, Bann, o algo así, supuso Geran. Su voz era firme, pero entornó los ojos y tuvo que reprimir un leve estremecimiento. Lentamente sacó el arma, un pesado espadón con empuñadura de cesta, y tuvo buen cuidado de apuntar al reluciente suelo de madera—. Los magos son sólo hombres. Pueden sangrar y morir como todos los demás.

—Eso ya lo veremos —replicó Geran—. ¡*Ilyeith sannoghan!* —Describió un arco con su espada elfa al pronunciar el conjuro, y sobre el acero levemente curvo empezaron a crepitar danzarinas chispas blanco-amarillentas, casi como si hubiera parado un rayo relampagueante. Con voz tan tranquila como la muerte, prometió—: El siguiente hombre que dañe la propiedad de Erstenwold lo lamentará el resto de su vida.

Los guardias de Veruna intercambiaron miradas y vacilaron. Al parecer ninguno quería ser el primero en probar el acero de Geran, al menos mientras los velos reverberantes de la magia lo envolvieran y las chispas relucientes danzaran como luciérnagas a lo largo de su espada. El llamado Bann miró a Geran con ferocidad.

—Lo justo es justo —dijo con ronco acento—. Nosotros te hemos dicho a quién pertenecen nuestros colores. ¿A quién pertenecen los tuyos, mago?

—A mí —dijo Geran con desprecio.

Se puso en guardia y alzó la espada.

—¡Basta ya! —gritó Mirya—. ¡No permitiré estas tonterías en mi tienda! ¡Lleaos vuestras rencillas a la calle! ¡Todos!

Ni uno solo se movió. Mirya resopló contrariada, avanzó unos pasos siguiendo el mostrador y señaló a Geran.

—Por los rugientes Nueve Infiernos. No lleva ningún color porque es Geran Hulmaster, pariente del harmach —les dijo a Bann y a los otros hombres de Veruna—. ¡Pensad en eso antes de atacar!

Geran hizo un gesto de disgusto y se apartó.

—Quédate a un lado, Mirya. Sé lo que me hago. Esto terminará enseguida.

—¿El sobrino del harmach? —dijo el que estaba junto a la puerta con expresión ceñuda—. Bann, no estoy seguro de esto. Alguien hirió a los cadeneros anoche. Oí decir que había sido él. ¿Qué hará la gente de la ciudad si lo herimos?

—Mientras sea él quien elija pelear, no habremos quebrantado ninguna ley —dijo Bann.

—¡Sí, pero lady Darsi pedirá vuestras cabezas si le ponéis un dedo encima sin su

permiso! —intervino Mirya.

Ese dardo dio en el blanco. El hombre de Veruna parpadeó y el desconcierto se reflejó en su cara. Siguió mirando un instante más, con rabia, a Geran, giró ostensiblemente sobre sus talones y volvió a envainar el acero.

—Tal vez te sorprendería, señora Erstenwold —le dijo a Mirya mientras señalaba la puerta con un gesto airado—. Vamos, muchachos. Volveremos en otro momento, cuando la señora Erstenwold no esté tan ocupada.

El hombre de Veruna salió de la tienda, pero miró una vez más a Geran antes de salir a la calle echando chispas. Los otros dos lo siguieron. Geran vio que se detenían y hablaban en la calle antes de marcharse. Suspiró y desvaneció los conjuros que estaba manteniendo. Con un fluido movimiento volvió la espada a su vaina.

—Supongo que se ha acabado por ahora —dijo.

Mirya miraba a los guardias de Veruna que se alejaban con una expresión de decidido rechazo.

—¿Y desde cuándo eres mago? —preguntó.

Geran se encogió de hombros.

—Sé unos cuantos escudos y evocaciones, pero no soy mago. Lo único que domino es la magia de la espada.

Los ojos de la mujer se fijaron en el acero que Geran llevaba al cinto y lo estudiaron a él más atentamente.

—He oído historias sobre la magia de la espada de los elfos —dijo por fin Mirya—. Pensaba que los elfos no estaban por la labor de compartir su magia con extraños. ¿Está encantada la espada?

—El relámpago fue un conjuro mío, no de la espada. Pero, ya que lo preguntas, sí, la espada está encantada. La gané al servicio de la Coronal —se detuvo, sin saber muy bien qué añadir.

La gente de Hulburg sólo conocía a los elfos y sus costumbres por lo que contaban los mercaderes de Hillsfar o Mulmaster, y los pobladores de esas ciudades tenían motivos para temer la ira de los elfos. En consecuencia, los elfos también eran considerados seres míticos y peligrosos en Hulburg.

«Voy a tener que cuidarme de decir demasiado sobre el tiempo que pasé en Myth Drannor», pensó. Hizo una mueca y prosiguió.

—Los hombres de Veruna seguramente no te molestarán durante un tiempo. Ya he tratado antes con los de su calaña.

—Bueno, eso ya es algo —dijo Mirya en tono sarcástico—. ¿Y qué crees que pasará cuando vuelvan después de que te hayas ido otra vez? Yo te lo diré, Geran Hulmaster: me harán pagar a mí por tu insensato comportamiento. Eso es lo que pasará.

—Si sirve de algo, diles que me metí en esto sin que tú lo pidieras —dijo

cortante. Geran esperaba, al menos, un poco de gratitud por sus molestias—. Al fin y al cabo es la verdad.

—No es tan simple, y tú lo sabes. —Mirya asió con rabia su delantal—. Has estado fuera diez años y seguramente volverás a irte antes de que acabe el mes. ¡No necesito que armes una gresca y luego te hagas a la mar y me dejes a mí el fregado!

Geran dio un bufido.

—Si pides perdón a un matón, lo estás invitando a que te robe otra vez. Deberías saberlo, Mirya.

—¡No has estado aquí y no tienes la menor idea de lo que sucede en esta ciudad! —le soltó Mirya—. Y no es sólo mi propio cuello lo que me preocupa. ¿Y si a esos mal nacidos se les ocurre darme una lección haciendo daño a Selsha? ¿Cómo voy a seguir viviendo si dejo que le hagan daño por mi obstinación? ¿O por la tuya?

—Está bien. Me aseguraré de no implicarte en mis peleas, pero que el diablo me lleve si voy a quedarme quieto mientras esos matones mulmasteritas amenazan a mis amigos delante de mí. Te prometo que me aseguraré de que mis peleas queden zanjadas antes de marcharme.

Geran sacudió la cabeza y se marchó como un basilisco. Trató de no dar un portazo al salir, pero no tuvo mucho éxito. Mirya le gritó algo, pero él tomó el camino de Griffonwatch y se marchó sin volver la cabeza.

Esclavistas en las Escorias, la Guardia del Escudo apartada del mantenimiento de la ley de la ciudad y matones vestidos con los colores de compañías foráneas extorsionando a los hulburgueses nativos. Y como trasfondo de todo ello, Jarad Erstenwold que había sido asesinado en los Altos Páramos por saqueadores de tumbas. Geran iba rumiando todo esto en silencio mientras se abría paso por las estrechas calles. Tenía la impresión de que atender a los asuntos de Jarad le iba a llevar más tiempo del que había pensado.

CINCO

13 Ches, Año del Intemporal

Al día siguiente del encuentro en Erstenwold, Geran se levantó temprano y se pasó media hora practicando sus artes con las armas, en un pequeño patio poco frecuentado en la cara sur del castillo. Cuando terminó, volvió a sus habitaciones, se refrescó con un agua tan helada que le hizo castañetear los dientes y se vistió. Después, antes de dejar sus aposentos, cogió un libro de gran tamaño, escrito en elfo, que llevaba en su equipaje. Geran dedicó una hora a estudiar las palabras y símbolos del libro de conjuros, memorizando las frases y signos arcanos para desencadenar su magia de forma rápida y segura cuando la necesitara. Teniendo en cuenta lo que había visto hasta ese momento sobre el estado de las cosas en Hulburg, parecía prudente estar listo para lo que fuera.

Con los conjuros de magia de la espada bien fijados, Geran dedicó unos momentos a renovar los encantamientos de protección, como solía hacer a diario. Rápidamente retejió las custodias de percepción aguda y deflexión, defensas capaces de salvarlo de una daga en la espalda o de ayudarlo a salir de una escaramuza inesperada. Sus escudos de batalla eran mucho más poderosos, por supuesto, pero no podía mantenerlos durante mucho tiempo; las custodias las podía llevar activadas todo el día, como una cota de malla ligera e invisible. Volvió a colocar el libro de conjuros en el arcón que había al pie de su cama y, por la fuerza de la costumbre, susurró un conjuro de cierre.

—Muy bien —dijo en voz alta—. Ahora, a desayunar algo.

Bajó ágilmente la escalera que llevaba desde su antigua habitación al gran salón de la Torre del Harmach, donde la familia solía hacer sus comidas. Hamil se le había adelantado y ya había terminado de desayunar. El halfling estaba enfrascado en un juego de dientes de dragón con el joven primo de Geran, Kirr, que reía de gozo cada vez que encontraba una oportunidad de colocar uno de sus propios marcadores encima de los de Hamil. El halfling se las ingeniaba para dar al chico muchas oportunidades para robarle sus piezas.

Hamil alzó la vista hacia Geran con un gesto compungido.

—Parece que he caído en las manos de un maestro de la estrategia —dijo—. Estoy seguro de que este jovencito llegará a convertirse en el general más grande desde Azoun de Cormyr. Los territorios vecinos deberían negociar la paz ahora, cuando sus condiciones todavía son generosas.

—¡Es cierto! —declaró Kirr—. ¡Vaya! ¡Has perdido otra, Hamil! —dijo, colocando una ficha roja encima de una de las blancas de Hamil.

—¡Eh!... Pero ¿cómo? ¡Demonio de muchacho! ¡Ésa será la última! —le soltó el

halfling en una explosión de fingida indignación.

El chico rió, encantado con su propia astucia. Su hermana mayor, Natali, miraba a Hamil con desconfianza mientras disponía sus propias piezas para la siguiente partida. No se le escapaba que el halfling se estaba dejando ganar, pero tenía la prudencia suficiente de no decirlo antes de tener ella misma ocasión de jugar con él.

Geran meneó la cabeza. Ni en cien años se le habría ocurrido que Hamil tuviera semejante debilidad por los niños. Se sirvió un buen plato de tortas de miel, beicon y huevos de la mesa de servicio y se sentó cerca de los jugadores para observarlos mientras comía.

—Una advertencia, Kirr —dijo entre bocado y bocado—. Si Hamil vuelve a perder pero sugiere la posibilidad de jugar por dinero la siguiente partida, dile que no.

El halfling dio un bufido.

—¡Ni siquiera yo soy tan tramposo, Geran!

—¿Se juega a los dientes de dragón en Tantras, Geran? —preguntó Natali; era más tranquila que su hermano, pero en dos cortas veladas Geran había descubierto que tenía una curiosidad ilimitada y que jamás olvidaba una palabra que hubiera oído. Mientras que Kirr estaba constantemente en movimiento, y no paraba de ponerse en pie, de sentarse y de jugar con las piezas cuando no era su turno, Natali permanecía tan quieta como un halcón que acecha a un ratón.

Geran asintió.

—Así es. Y la gente juega a los dientes de dragón en la mayor parte de los lugares que he visitado. En el Mar de la Luna se lo considera un juego de niños, pero si bajas a Turmish o a Airspur, encontrarás a hombres hechos y derechos jugando toda la tarde. Hacen gala de jugar bien y a veces apuestan bolsas de oro en las partidas. Lo que difiere de un lugar a otro son las marcas que llevan las piezas, pero el juego es más o menos igual en todas partes.

—¿Y de dónde vienen las marcas de las piezas?

Geran sonrió, preguntándose por qué suponía que él podía saberlo.

—Tengo entendido que hace mucho tiempo eran runas del alfabeto de los enanos, pero fueron cambiando con los años. Los dientes de dragón es un antiguo juego enano. Se dice que antiguamente los mercaderes enanos usaban las runas y las piezas para hacer tratos y para sacar cuentas.

La jovencita estudió atentamente las piezas de marfil con expresión intrigada.

—¿Cómo se pueden hacer tratos jugando a los dientes de dragón?

—No lo sé, Natali. Tal vez un enano podría explicártelo.

Se oyeron unos pasos rápidos y ligeros, y al alzar la vista Geran vio a una mujer rubia con cota de malla que subía los escalones de dos en dos. Geran pasó las piernas por encima del banco y se puso de pie.

—¡Kara! ¡Qué alegría verte!

Kara Hulmaster sonrió abiertamente al verlo y atravesó el salón corriendo para darle un abrazo capaz de aplastarle las costillas.

—¡Geran! ¡Estás aquí! —dijo riendo. Medía poco más de un metro sesenta, pero tenía unos hombros anchos y fuertes, y la complexión de una acróbata; cuando lo abrazó, Geran tuvo dificultades para respirar—. ¡Hacía años que no te veía!

—Demasiados, ya sé —admitió.

Le devolvió el abrazo y se apartó para echarle una mirada. Su pelo era más claro de lo que recordaba, descolorido año tras año por los largos meses a la intemperie bajo el sol, y tenía unas incipientes patas de gallo, que revelaban la frecuencia con que se reía. El rostro de Kara era más bien cuadrado, con la nariz fina y estrecha de los Hulmaster, pero sus ojos eran sorprendentemente luminosos y tenían el misterioso reflejo azulado de la marca del conjuro que había heredado de su padre. Una marca azul en forma de serpiente, hermosa y siniestra al mismo tiempo, se enroscaba en su antebrazo izquierdo y le cubría el dorso de la mano. Dos o tres generaciones antes, alguien del linaje de su padre, había estado en contacto con la virulenta e incontrolada Plaga de Conjuros y había sido modificado por ella. Por lo que Geran sabía, el padre de Kara no había tenido contacto con ella, pero la Plaga de Conjuros seguía derroteros caprichosos. Indudablemente, el harmach Grigor jamás habría permitido que su hermana Terena se casara con un hombre del que se supiera que llevaba el defecto de una marca de conjuro, pero nadie había sido consciente del peligro hasta que la marca se había manifestado en Kara cuando no tenía más de trece años.

—Me enteré de lo de Jarad —le dijo—. He venido a presentar mis respetos y a ver si hay algo que requiera mi atención.

—Tendría que haberme imaginado que vendrías —dijo Kara con un suspiro—. Lo siento, Geran, me habría gustado que estuvieras aquí por un motivo más feliz. —Echó una mirada hacia la mesa y vio a Hamil con Kirr y Natali—. ¿Quién es tu amigo?

—Perdón, Kara, éste es Hamil Alderheart. Hamil, ésta es mi prima Kara Hulmaster.

Hamil se levantó, asió la mano de Kara y la besó levemente.

—Es un placer conocerte, lady Kara —dijo. Si lo sorprendió su marca del conjuro, tuvo buen cuidado de no demostrarlo—. Geran me ha contado mucho sobre ti pero sus palabras no te hicieron justicia. Soy tu humilde siervo.

Kara enarcó una ceja.

—Vaya, gracias, maese Alderheart.

Geran puso los ojos en blanco. Hamil no perdía ocasión de tratar de encantar a una bella mujer, sin tener en cuenta su raza ni su jerarquía. Era simplemente su forma de ser. Geran había sabido incluso de anteriores intentos por su parte de cortejar a mujeres humanas, aunque el halfling prefería a mujeres que no midieran más de

metro y medio; en realidad, Kara era un poco alta para él. El mago de la espada carraspeó y dijo:

—Kara, he oído que estabas pasando revista a los puestos fronterizos cuando llegamos. ¿Todo en orden?

Kara se encogió de hombros.

—Todo está sorprendentemente tranquilo. He andado tres días rondando las torres de vigilancia y no he visto ni oído nada. Por lo general, las tribus envían a sus exploradores y cazadores en cuanto se produce el deshielo. Sea como sea, hasta que el harmach no nombre a un nuevo capitán de los Guardia del Escudo, yo le sustituyo, de modo que he querido echar una mirada personalmente.

—Yo he hecho algo parecido estos dos últimos días. La ciudad no es lo que yo recordaba.

—Han cambiado muchas cosas en los últimos años. —Kara iba a añadir algo, pero se lo pensó mejor—. ¿Y qué vas a hacer hoy? —preguntó en cambio.

—Voy a acercarme al cabo Keldon para visitar la tumba de Jarad. Debería haberlo hecho ayer.

Kara hizo un pequeño gesto afirmativo.

—Iré contigo, si quieres. Puedo mostrarte dónde está.

—Me encantará tu compañía —le dijo Geran.

Terminó rápidamente su desayuno y se despidió de Natali y Kirr. A continuación, Kara, Hamil y él se pusieron sus capotes y se encaminaron al establo.

Engancharon un par de caballos a una vieja calesa de dos ruedas que encontraron en la vieja cochera. Hamil se acomodó en el asiento trasero detrás de Geran y Kara para no ir los tres apretados en el delantero. Kara se hizo con las riendas, atravesaron las puertas de Griffonwatch, y se adentraron en la luminosa mañana. Era otro día frío y despejado, con una estimulante brisa del oeste que hacía cabrillar el Mar de la Luna. El repicar de los cascos sobre las piedras y el tintineo de los arneses los precedía mientras avanzaban por el camino que bajaba serpenteando por los riscos de Griffonwatch.

Geran observó el bullicio de la ciudad, mientras Kara tomaba el mismo camino que él había recorrido el día anterior. La ciudad parecía tan llena como entonces.

—¿Qué hace aquí toda esta gente? —se preguntó en voz alta—. ¿Han encontrado alguna veta de oro sin que yo me haya enterado? ¿Están huyendo de alguna guerra? Tiene que haber *algo*.

Kara le dedicó una de sus agudas miradas.

—Es sobre todo por las concesiones madereras —dijo—. Una idea de mi hermanastro. Hace unos años instó al harmach Grigor a conceder derechos de tala en los bosques de Hulmaster a mercaderes de fuera. Todas las ciudades del Mar de la Luna están desesperadas por la madera, especialmente desde que Myth Drannor tomó

los bosques de Elven Court bajo su protección.

—Nosotros comerciamos madera en el Vast algunas veces —comentó Hamil—. No está mal que la demanda en Sembia haga subir los precios en todas partes. —Geran se volvió a mirar a Hamil y el halfling se encogió de hombros—. Mientras tú andabas paseando por la ciudad, yo pasé el día hablando con los dependientes y encargados de los comercios. Me interesaba ver si a las Velas Rojas les convendría hacer algún negocio por aquí. Sembia es diez veces más grande que todo el Mar de la Luna y tiene igual necesidad de madera... con o sin matices. Deberíamos pensarlo.

—¿Qué empresas tienen representación aquí en este momento? —le preguntó Geran a Kara.

—La Casa Veruna de Mulmaster, la Compañía de la Doble Luna, la Casa Jannarsk de Phlan, y unas cuantas otras que acudieron para hacerse cargo del negocio maderero —dijo Kara—. Traen en barco a trabajadores pobres de las ciudades más grandes para cortar la madera, conducir las carretas, trabajar en los aserraderos y en los muelles. Y, como es lógico, esos trabajadores traen a otros consigo: sastres y tenderos, herreros y carreteros, cerveceros y cocineros... En los últimos dos años, el harmach también ha hecho concesiones mineras, y las grandes casas y compañías mercantiles se están aprovechando de ellas lo más rápido que pueden.

—Parece que les está yendo bien —observó Hamil—. El harmach debe estar haciendo una fortuna con tanta renta.

Kara negó con la cabeza.

—No tanto como podría pensarse. Para liquidar antiguas deudas, el harmach tuvo que pedir prestadas importantes sumas a los gremios mercantiles y tuvo que arrendar las concesiones por una miseria a modo de pago. Los mercaderes de fuera se llevan la mejor parte de lo que talan en nuestros bosques y extraen de nuestro suelo, descontando, por supuesto, los llamados «derechos de explotación» que Sergen y su Consejo Mercantil recogen de todo el negocio.

Llegaron al Puente Quemado y atravesaron la poco segura estructura de madera. Tenía una cubierta desvencijada, y el eco de los cascos resonó en las sombras del puente. Geran se frotó la barbilla, pensando. No le gustaba la idea de explotar la tierra de los Hulmaster de esa manera, especialmente si el harmach no obtenía unos beneficios adecuados por los derechos que concedía, pero no le correspondía a él realmente decir si era o no una buena idea.

—¿Qué conexión tiene Sergen con el Consejo Mercantil?

—Es el recaudador de los derechos... el representante del harmach en el Consejo. El tío Grigor le encargó hacer las concesiones, negociar los precios y administrar el negocio resultante.

—¿De modo que tu primo decide qué propiedades se pueden licitar, quién puede optar a una concesión, cuánto debe pagar al harmach y cuánto al Consejo que él

preside? —comentó Hamil silenciosamente—. *Si fuera un hombre corrupto, sería una tentación terrible. Sin embargo, estoy seguro de que no es así.*

Geran se volvió a mirar a su amigo pero no respondió. Él no estaba tan seguro de que Sergen fuera incorruptible. Un harmach más joven y fuerte podría haber estado más atento y controlar los innobles impulsos que alguien, en el lugar de Sergen, pudiera tener... pero Grigor ya no era joven y parecía que había delegado en Sergen la atención de sus propios intereses.

Siguieron en silencio durante un tiempo y volvieron a subir. La carretera pasaba serpenteando por las lúgubres agujas del lado occidental de la ciudad y luego se ceñía a los flancos del cabo Keldon, el promontorio azotado por el viento que protegía a Hulburg y a su bahía. El cementerio de la ciudad estaba en lo alto de la larga y desnuda colina. Hacía mucho tiempo, las ruinas que rodeaban Hulburg habían estado infestadas de muertos vivientes, por eso la gente decidió enterrar a sus muertos en el suelo seguro de la cima de la colina, fuera de posibles influencias que habían pervivido de días anteriores a la refundación de la ciudad, cien años atrás. Los tristes recordatorios de piedra y los castigados mausoleos del cementerio, se hicieron visibles al acercarse el coche a la cima.

—Kara —dijo Geran en voz baja—, ¿qué puedes contarme sobre la muerte de Jarad? El harmach dijo que lo habían encontrado solo en los Altos Páramos. Eso es todo lo que sé.

Kara lo miró brevemente, luego suspiró y volvió a fijar la atención en el camino.

—Un pastor lo encontró junto a la entrada de un túmulo en los Altos Páramos orientales, a unos ocho o nueve kilómetros de la ciudad. En los últimos meses hemos tenido una serie de profanaciones de criptas. Alguien se ha estado dedicando a abrir túmulos y tumbas en busca de tesoros funerarios, supongo. Ya sabes lo peligroso que puede ser eso en Hulburg, de modo que Jarad empezó a buscar a los culpables. Pensamos que finalmente sorprendió a los profanadores con las manos en la masa, pero lo vencieron y mataron.

—¿No iba nadie con él? —preguntó Hamil.

—No, estaba solo. No sé si dio por casualidad con los ladrones de tumbas, si decidió montar guardia en un túmulo que pensaba que podrían visitar o si oyó algún rumor que lo llevó hasta ese sitio.

El halfling asintió, con aire pensativo. Kara condujo el coche hasta las puertas del cementerio y detuvo el tiro. Tras poner el freno se bajó y Geran y Hamil la siguieron.

—Por aquí —les dijo.

El sol brillaba sobre la colina y el viento removía la alta hierba y la hacía silbar. Siguieron a Kara por filas de sencillas lápidas de piedra, algunas caídas tras décadas de humedad y embate de los elementos, otras brillantes y nuevas. Se detuvo junto a un féretro de piedra elevado, rematado por un pesado sepulcro de piedra blanca y

nueva. En su tapa estaba grabado el emblema del sol de Amaunator. El sencillo epitafio cincelado cuidadosamente al pie de la tumba rezaba:

—Jarad Erstenwold, Capitán de los Guardia del Escudo. Su valor, compasión y fidelidad no serán olvidados.

—Tío Grigor pagó el monumento —dijo Kara en voz baja—. Tenía la más alta opinión de Jarad. Ha sido un duro golpe para él.

Geran guardó silencio un buen rato con la mano apoyada sobre la fría piedra. Le resultaba imposible creer que Jarad descansara realmente bajo aquella pesada losa. Kara y Hamil se miraron y se apartaron un poco para dejarlo a solas con su viejo amigo.

—Jarad —susurró Geran.

Tenía la sensación de que debía decir algo más, tal vez derramar unas lágrimas o tratar de encontrar la sombra de una sonrisa en un buen recuerdo, pero en su corazón no había nada más que dolor sordo y frío. Rozó con los dedos el símbolo del sol que había encima de la tumba, siguiendo el dibujo erráticamente. No recordaba que Jarad hubiera sido, jamás, seguidor de Amaunator; Jarad no era un hombre particularmente religioso. ¿Acaso sería algo que el harmach había elegido por su cuenta? ¿O Mirya? ¿O los Tresterfin? Al fin y al cabo, estaba comprometido cuando lo mataron.

Me pregunto si habría venido a su boda, pensó Geran con tristeza. Confiaba en que así hubiera sido, pero desde aquel terrible día en que se había marchado de Myth Drannor, había evitado todo lo que le recordaba lo que antes era. A lo mejor no habría aparecido, después de todo.

—Siento todo esto, Jarad —le dijo a la fría piedra—. Te merecías mejor trato por mi parte. Creo que todos los de aquí se lo merecían.

Oyó el ritmo de unos cascos sobre la piedra y alzó la vista. Alguien venía hacia el cementerio en una simple carreta. Apartó eso de su mente y apartó la mano de la piedra.

—Hace diez años habría perseguido hasta el fin del mundo a los que te mataron —murmuró en voz baja—. Creo que querrías que me ocupara de las cosas antes de irme. Veré qué puedo hacer, y si mientras tanto doy por casualidad con los hombres con los que te topaste en los Altos Páramos, tanto mejor.

Unos pasos se acercaban removiendo la alta hierba. Geran volvió a alzar la vista. Mirya Erstenwold estaba allí mirándolo, con un pequeño ramo de flores silvestres en las manos. Bajó los ojos al suelo y dijo:

—Lo siento, no era mi intención interrumpirte.

—No es nada. —Geran reparó en un pequeño jarrón de piedra al pie de la tumba, cerca de donde él estaba. Allí había un escueto ramo de flores mustias y descoloridas. Se apartó unos cuantos pasos para dejarle sitio—. Ya me marchó.

—No es necesario. —Se arrodilló al pie de la tumba y empezó a retirar las flores

secas del jarrón—. He conocido a tu amigo Hamil. Parece un buen hombre.

—Entonces es que todavía no lo conoces muy bien.

Mirya le dedicó una mirada desolada. Colocó las flores frescas y estuvo un rato arreglándolas.

—He estado subiendo hasta aquí una vez al mes desde que murió mi madre —dijo sin mirarlo—. Es un lugar bonito en verano. A veces traigo a Selsha y merendamos aquí.

—¿Conocía bien a Jarad? —preguntó Geran.

—Ya lo creo. —Mirya cerró los ojos y asintió—. Solía cenar con nosotras una o dos veces cada diez días, y siempre se pasaba por la tienda. Estuvo llorando durante días cuando le dije que había muerto.

La firme resolución de Geran se hizo trizas ante la idea de que una niña con el corazón roto no volviera a ver a un ser querido y no pudiera entender por qué no volvía a casa. Sintió como si un cuchillo helado se le hubiera clavado en mitad del pecho. Era un hombre hecho y derecho, y había tenido su cuota de muerte e infortunio, pero la pena de una criatura le resultaba difícil de soportar. Se dejó caer contra una vieja tumba cubierta de moho que había junto a la de Jarad y se cubrió los ojos con la mano.

—Ay, Mirya. Lo siento —suspiró—. Si hubiera estado aquí...

Mirya lo miró en silencio, y su expresión severa se suavizó.

—Geran, lo que le pasó a Jarad no fue culpa tuya. Es cierto que las cosas podrían haber sido diferentes de haber estado tú aquí, en Hulburg. Pero si no te hubieras marchado a probar suerte en el sur ¿quién sabe si no hubiera muerto otra persona porque no estabas tú a su lado? ¿Y quién podría haber muerto por no vivir esas personas? Y aun si hubieras vuelto a casa hace años, el destino podría haberos puesto una trampa a ti y a Jarad. Vaya, si yo no... —Mirya se detuvo y suspiró. Se puso de pie y se frotó las manos contra la falda—. De todos modos no tiene sentido pensar en lo que podría haber sido.

Geran miró entre sus botas la dura hierba que crecía junto a una lápida de piedra desgastada, tan antigua que la inscripción era unos surcos ininteligibles sobre la piedra. Sabía que Mirya tenía razón, y no había forma de saber qué curso hubieran tomado los acontecimientos si él hubiera hecho elecciones distintas... el duelo contra Rhovann en el claro de Myth Drannor, por ejemplo. Sabía que no tenía motivo para culparse por haberle fallado a Jarad, pero era la forma más simple y directa de canalizar su dolor.

—Sé que tienes razón —dijo—. Lo sé. Pero en cierto modo no puedo evitar sentir que esto no tendría que haber sucedido. —Dio un puntapié a la hierba, se enderezó y se pasó la mano por los ojos—. Voy a marcharme.

Ella lo miró brevemente a los ojos y le sonrió tímidamente.

—Cuídate, Geran Hulmaster.

Geran respiró hondo, se volvió y se encaminó al coche donde lo esperaban Kara y Hamil. Ellos observaron cómo se subía al asiento, recogíendose la capa para dejar libre el brazo de la espada.

—Ya podemos irnos —le dijo a Kara—. Estoy listo.

Kara asintió.

—Podemos volver todas las veces que quieras —dijo, y asió las riendas.

—¡Geran, espera! —Mirya corrió hasta el coche, recogíendose las faldas. Se detuvo y se lo quedó mirando, obviamente considerando lo que iba a decirle. Por fin habló—: Escucha. Tal vez no tenga ninguna importancia lo que voy a decirte, pero pensé que debías saberlo.

—¿De qué se trata? —preguntó él.

—Hace varios días me pareció ver algo... Jarad tenía una daga de factura elfa que llevaba a menudo consigo. Era una pieza preciosa con empuñadura de hilo de plata y un pomo con la forma de un ramito de acebo. Creo que se la diste tú.

Geran se inclinó hacia delante en el asiento.

—Sí, es cierto. Yo le mandé esa daga poco después de llegar a Myth Drannor. En realidad no era nada, sólo una daga corriente de Guardia de la Coronal, pero quería enviarle algo hecho por los elfos, algo para demostrar que había visitado su ciudad. Cuando éramos muchachos hablábamos a menudo de ir allí algún día.

—Puede que para ti no fuera nada, pero Jarad la consideraba un tesoro. Siempre la llevaba al cinto. —La voz de Mirya bajó de tono—. Creo haber visto esa daga en el cinto de un mercenario de nombre Anfel Urdinger. Está al servicio de la Casa Veruna. Él y unos cuantos más vigilaban Erstenwold desde el otro lado del río. Tal vez estuvieran vigilando mi negocio para calcular lo que debía pagar al Consejo Mercantil.

Hamil miró a Geran.

—Si se trata de un diseño corriente, como dices, puede ser o no la misma daga. E incluso si lo es, es posible que este hombre Urdinger la obtuviera de otra persona, que la ganara a los dados, la comprara, la robara. ¿Quién sabe?

—Ya, tu amigo podría estar en lo cierto —reconoció Mirya—, pero de una cosa estoy segura: Jarad no dudaba en interferir en los negocios del Consejo Mercantil cuando se lo proponía, y eso significa interferir en los negocios de la Casa Veruna. Si tienes pensado empezar a hacer preguntas, podrías empezar haciendo preguntas sobre si la Casa Veruna tiene intereses en los robos de tumbas en los Altos Páramos.

—Mirya, deberías haberme hablado de esto —dijo Kara con el ceño fruncido—. Si hay algún motivo para sospechar de Urdinger, tengo que saberlo. ¿Te das cuenta de lo que estás insinuando? Si tienes razón, los hombres armados de la Casa Veruna tendieron una emboscada y mataron a un capitán de la Guardia del Escudo. Eso es un

ataque directo al harmach.

—Tú estabas en los puestos del norte, Kara —respondió Mirya—. Además, lo que vi no prueba nada, incluso aunque tuviera razón, como dijo Hamil. Urdinger podría declarar que se encontró la daga de mil maneras. Lo único que tengo son mis sospechas.

Geran miró a Mirya a los ojos.

—Yo me tomo en serio tus sospechas, Mirya. Recordaré lo que me dijiste y mantendré los ojos muy abiertos en lo relativo a ese tal Urdinger. Tendrá que responder a algunas preguntas.

Kara cambió de postura en su asiento para mirar tanto a Geran como a Mirya. Su armadura chirrió y tintineó.

—Geran, debes andarte con cuidado —dijo—. No puedes desafiar a ese hombre en la calle, independientemente de las sospechas de Mirya. La ley del harmach rige para ti así como para todos los habitantes de Hulburg, especialmente para ti ya que no podemos darnos el lujo de que piensen que los Hulmaster están por encima de la ley en esta ciudad. Además, podrías caer en las redes de la Casa Veruna. Alguien lo preparó todo para que Isolmar se enfrentara a un duelista profesional hace años. Quienquiera que haya sido el que hizo eso con el propio hijo del harmach Grigor, no vacilaría en tenderte a ti una trampa similar.

—Entiendo lo que dices, Kara. No daré ningún paso en falso, no temas.

Geran se reclinó en su asiento y señaló el camino que bajaba a la ciudad.

—Ahora, antes de ir a buscar a este hombre de Veruna, quiero echar un vistazo al lugar donde fue encontrado Jarad. ¿Podrías llevarme al túmulo?

Kara asintió inmediatamente y dio un golpecito con las riendas. Los caballos se pusieron en marcha y partieron al trote por las viejas piedras cubiertas de musgo. Cuando salieron por la puerta del cementerio y empezaron el descenso, Geran se volvió a mirar hacia la colina y a las solitarias lápidas de piedra entre la crecida hierba. Mirya estaba allí con las flores mustias, descoloridas, en la mano, mirando cómo se alejaban, hasta que una curva del camino la ocultó a su vista.

SEIS

13 Ches. Año del Intemporal

Ya era cerca del mediodía cuando el chambelán de Sergen Hulmaster le informó de que el carruaje de lady Darsi llegaba por el largo paseo que conducía al ancho porche de su villa. Sergen salió de su baño, permitió que las ayudantes que había elegido para la mañana lo secaran y le echaran un albornoz sobre los hombros, y las despidió con un gesto ausente. Cuando las jóvenes salieron a toda prisa, se ató el cinturón del albornoz, se calzó las zapatillas calentadas junto al fuego y se puso un batín afelpado para protegerse del frío. Entonces se dispuso a atender a su huésped.

Darsi Veruna esperaba en el gran salón de la casa, bebiendo a sorbos una copa de vino caliente con especias, que le habían servido los sirvientes de Sergen. Vestía un largo vestido verde de invierno con un ligero ribete de piel de armiño en cuello y puños, y un sombrero a juego sobre el largo cabello dorado.

—Ah, estás aquí, Sergen —dijo con voz profunda y melodiosa—. ¿Te he apartado de tus diversiones matinales?

Sergen le restó importancia con un gesto.

—No es nada, querida mía. A decir verdad, estoy bastante aburrido de mis ayudantes.

Se acercó a la mesa de degustación que sus sirvientes preparaban a diario, comiera allí o no, y se sirvió también una copa del vino con especias. Un gran fuego, bien alimentado, y pieles de oso ayudaban a mantener a raya el frío de comienzos de primavera, pero una copa de vino templado era lo mejor para entrar definitivamente en calor. Se sacudió el pelo todavía húmedo.

—¿Qué te trae a mi humilde morada? —inquirió—. ¿En qué puedo serte útil, milady?

Darsi sonrió al oír sus palabras y, tras sentarse junto al fuego en un hermoso sofá turkishano, se quitó el sombrero. Su doncella lo cogió de sus manos, en silencio, y se volvió a apartar. La cabellera era su rasgo más valioso, una espléndida cascada de pelo color oro fundido que caía en suaves ondas un palmo por debajo de un esbelto cuello. Veinte años antes había sido una belleza apabullante, una seductora de ojos verdes con rostro en forma de corazón y unas facciones perfectas. Los hombres habían matado por una oportunidad de hacerle la corte. Todavía era una mujer excepcionalmente atractiva, pero la tersura de la juventud había abandonado sus facciones y en su cara se empezaban a marcar unas arrugas incipientes.

—Bueno, mi señor Hulmaster, parece ser que tu primo Geran, ausente durante tanto tiempo, consideró apropiado impedir a mis hombres recaudar los derechos del Consejo en la tienda de una pequeña almacenista de la calle del Tablón... Erstenwold

para ser más exactos. Además, acabo de recibir una nota de tu hermana pidiendo una explicación por la conducta de mis guardias.

Sergen hizo una mueca.

—Esa historia ya había llegado a mis oídos. ¿Qué le dirás a mi querida hermana?

—Le diré que los hombres que trabajan para mí tienen instrucciones estrictas de acatar todas las leyes locales y que si es cierto que mis hombres se comportaron según se dice, fue sólo por iniciativa propia y para su propio provecho personal. En caso de que se demuestre su mal comportamiento, por supuesto, los despediré de inmediato.

—Ya veo. —Sergen soltó una risita baja y prolongada. La situación, en realidad, no tenía nada de divertido pero la audacia de las mentiras de Darsi Veruna merecía una muestra de aprobación. Por supuesto, ella había estado perfectamente al tanto de lo que hacían sus hombres, pero Kara jamás podría *probarlo*. Y sin pruebas fehacientes, el harmach y sus agentes no tenían la fuerza política necesaria para acusar a una compañía mercantil como la Casa Veruna de conducta dudosa. Sin duda, Kara presentaría cargos en nombre del tío de ambos, y lo más probable es que tuviera mucha credibilidad, pero Darsi Veruna se limitaría a ofrecer dos o tres chivos expiatorios y la Casa Veruna seguiría con sus asuntos—. Me pregunto qué dirá a eso mi hermanastra —dijo en voz alta.

—No creo que le guste —replicó Darsi. Aunque sus modales eran fríos y reposados, Sergen la conocía lo suficiente para reconocer el tono levemente airado de su voz como signo de profundo fastidio—. Tal vez, debería reducir mis esfuerzos por aplicar los edictos del Consejo. Si se descubre a mis hombres en flagrante intento de extorsión o en alguna de sus actividades menos edificantes, hasta tu viejo y vacilante tío tendrá que hacer algo.

La expresión de Sergen se volvió seria.

—Los asuntos del Consejo no son tan importantes, Darsi, pero la búsqueda del libro no debe retrasarse. ¿Es preciso que te recuerde con quién estamos tratando?

—Una apuesta peligrosa, a mi parecer. La Casa Veruna ha invertido mucho para abrir esta ciudad perdida, Sergen. Hemos hecho un buen trabajo aquí, pero hemos gastado una fortuna para llegar a esto. Si tu tío decide ponerme obstáculos, mi familia podría pagar un precio muy alto.

—Cuando yo sea harmach, se te compensará por todo lo que te ha podido costar, querida Darsi.

En ese momento, Sergen comprendió cuál era la verdadera preocupación de la mujer. Los Veruna eran nobles de Mulmaster, la poderosa ciudad-estado del otro lado del Mar de la Luna. Como varias otras familias importantes de Mulmaster, su poder se basaba en la rentabilidad de sus empresas comerciales en toda la región. Los traspiés que la familia experimentara en Hulburg incidirían negativamente en Darsi y

perjudicarían su posición entre sus contactos de alta cuna despiadadamente competitivos. Era hora de recordarle lo que se jugaban.

—¿Cuánto oro iría a parar a los cofres de la Casa Veruna si tus rivales tuvieran que hacer frente de pronto a una tarifa ruinosa? ¿O si se te diera la oportunidad de comprar sus licencias de explotación maderera o minera? La posibilidad de grandes ganancias merece correr un modesto riesgo, querida mía. La fortuna sonrío a los osados. Si mi plan funciona, transformarás a la Casa Veruna en la compañía mercantil más poderosa del Mar de la Luna antes de que termine el año.

—Pero primero tienes que convertirte en harmach. —Darsi Veruna cruzó las manos sobre su regazo y lo miró durante un instante con sus ojos felinos, sopesando sus posibilidades. Sergen sostuvo su mirada sin vacilar. Por fin, ella inclinó levemente la cabeza, reconociendo que él tenía razón. Veruna era la compañía más poderosa de Hulburg, pero era una entre tantas en Mulmaster. Podía costarle una pequeña fortuna poner a Sergen en el trono, pero si lo conseguía, le daría una tremenda ventaja sobre sus rivales—. Y hablando de eso, cuéntame sobre tu primo Geran.

—Un absoluto estúpido que nunca tuvo que ganarse nada en la vida —dijo Sergen. No tenía el menor aprecio por ninguno de los llamados «auténticos» Hulmaster, aunque había reclamado ese nombre desde los doce años—. No te preocupes por Geran. Se marchó de Hulburg hace diez años. Pronto volverá a irse.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? —inquirió Darsi—. ¿Qué ha estado haciendo?

—Supuestamente, después de marcharse a ver mundo, dio con una banda de aventureros que se hacían llamar la Compañía del Escudo del Dragón. Se hizo con una pequeña fortuna saqueando una torre perdida en el Vast. —Sergen removió el vino en la copa para hacer aflorar las especias. Había hecho indagaciones en los últimos años para averiguar adonde había ido a parar su supuesto primo—. Hace siete años compró la parte de uno de los propietarios de la Compañía de la Vela Roja de Tantras y consiguió un pequeño éxito como mercader especulando en cargamentos de diversos tipos en el Mar de las Estrellas Caídas.

—La Vela Roja —murmuró Darsi—. Sí, he oído hablar de ella. Sigue.

—El padre de Geran, Bernov Hulmaster, resultó muerto en una escaramuza hace sólo un año y medio. Geran vino a casa para el funeral, pero se quedó apenas unos días antes de volver a Tantras. Su madre se retiró al convento de Ilmateran, cerca de Thentia, poco después de eso. Entonces Geran desapareció durante varios años y dejó la Compañía de la Vela Roja en manos de sus socios. Nadie sabía adonde había ido, pero hace un año, el último de Uktar, reapareció en Tantras. Supe que había estado en Myth Drannor, donde se había ganado el favor de la Coronal. Hubo rumores de que había sido exiliado repentinamente. Oí historias de una pelea con un rival, un duelo

por una princesa elfa, incluso rumores de alguna maldición que pesaba sobre él y que obligó a la Coronal a expulsarlo. —Sergen esbozó una sonrisa aviesa—. Todavía no conozco toda la historia, pero parece claro que Geran abandonó Myth Drannor bajo una nube. Deberías haber visto su cara cuando le pregunté por ello.

—Mis hombres me dijeron que había usado magia cuando se enfrentó a ellos en la tienda de Erstenwold —dijo Darsi, mirando su copa con expresión concentrada—. Dijeron que llevaba una espada de acero elfo, y he oído que usó la misma especie de *magia* de espada contra los Cadenas Rojas a los que él y su pequeño amigo halfling hirieron en las Escorias. ¿Se trata de algo que aprendió en Myth Drannor?

Sergen se encogió de hombros.

—Sospecho que los informes son exagerados pues no tengo noticias de que demostrara semejante habilidad. Dudo de que Geran tuviera las aptitudes o la disciplina necesarias para aprender magia, pero supongo que podría haber encontrado una espada encantada en sus viajes.

—Entonces ¿qué significa su regreso para ti? —preguntó Darsi.

—Casi seguro que nada. Espero que Geran se canse muy pronto de Hulburg y vuelva a Tantras, a Myth Drannor o a cualquier otro sitio que no sea éste. Aquí no hay mucho que pueda retenerlo. En menos de diez días se habrá ido.

—Es lo más probable —concedió Darsi con una voz agradable—, pero ¿y si decide quedarse? ¿Qué pasa si te encuentras compartiendo tus responsabilidades familiares con otro Hulmaster que no es una zorra marcada por un conjuro? ¿Hay alguna posibilidad de que Grigor pueda decidir que Geran sería mejor regente que tú para su nieto Kirr? O, lo que es lo mismo, un mejor harmach.

Sus ojos lanzaron un destello cruel al lanzar el anzuelo.

—¡Eso es impensable! —le soltó Sergen—. He estado en el miserable, sórdido pozo de basura que es esta ciudad durante años, atendiendo el negocio que Grigor era demasiado estúpido o descuidado para atender por sí mismo. Sin mí la familia estaría sin blanca y Hulburg seguiría siendo un pequeño lugar dejado de la mano de los dioses.

—Geran tiene sangre Hulmaster, y tú no.

—No tienes que recordármelo.

Sergen se apartó del fuego y miró con rabia la fila de luminosas ventanas que daban a la ciudad. Había llegado a Hulburg cuando tenía doce años, cuando su padre, Kamoth, un mercader y aventurero de Hillsfar, se casó con la hermana viuda del harmach, Terena. El matrimonio no fue bien. A Kamoth lo pillaron tramando algo contra el harmach y abandonó Hulburg para escapar de la prisión o la muerte. A Sergen lo dejó con su familia postiza y siempre fue un intruso en Griffonwatch. Nadie lo había acusado nunca abiertamente de deslealtad pero había oído las habladurías, y sintió sobre sí las miradas de desconfianza durante toda su

adolescencia. Hacía años que había tomado la decisión de triunfar donde Kamoth había fracasado, pero para ello tuvo que tomar el nombre de la familia que había arruinado a su padre. Ahora estaba preparado para dejar de lado toda falsa apariencia y coger lo que le correspondía por derecho.

—¿No ayudaría que a Geran le sucediera una desgracia? —preguntó Darsi.

Sergen negó con la cabeza.

—Demasiado obvio —dijo—. Todos recuerdan demasiado bien cómo terminó Isolmar Hulmaster y cómo han sacado del medio a Jarad Erstenwold. ¿Qué pensarían si otra persona próxima al harmach muriera en circunstancias misteriosas? Aunque yo no tuviera nada que ver con ello, las sospechas naturalmente recaerían sobre mí.

Darsi se levantó del sofá y se acercó a Sergen, apoyándole una mano en el hombro.

—Puede llegar a ser inevitable, si Geran sigue metiendo las narices en lo que no le importa.

Sergen la miró por encima del hombro.

—Tal vez deberíamos poner a un espía para que observe sus movimientos.

—Hummm, creo que tengo al espía justo. —Darsi le rodeó el pecho con los brazos y se apretó contra su espalda—. Voy a llamar a Umbryl y la voy a poner sobre el rastro de tu primo. Si resulta que es conflictivo, no tendrá ocasión de ver sus garras antes de que lo ataque.

—Asegúrate de que tu mascota esté bien enterada de que no debe matar a Geran a menos que tú se lo ordenes —respondió Sergen. Se volvió de frente a Darsi, le rodeó la cintura con los brazos e inclinándose hacia delante la besó en el cuello—. Vaya ¿estás segura de que viniste para hablar de mi primo? ¿No tendrías alguna otra cosa en la cabeza?

Darsi le introdujo las manos por debajo de la ropa y lo acarició.

—He interrumpido tu baño. Lo menos que puedo hacer es ayudarte a terminarlo.

SIETE

13 Ches, Año del Intemporal

Todavía era temprano cuando Geran, Kara y Hamil volvieron a Griffonwatch e hicieron traer de la cocina un pequeño saco de alimentos para llevarlo consigo. Devolvieron la calesa a la cochera y el tiro de caballos a la cuadra, pues no había caminos para subir a los Altos Páramos y los pocos senderos que penetraban en las colinas y los páramos eran demasiado difíciles para una carreta o un coche. En lugar de eso, eligieron caballos de los establos de la Guardia del Escudo y los ensillaron. Kara tenía su propio caballo en Griffonwatch, una gran yegua ruana llamada *Bailarina* a la que había entrenado durante años. Geran eligió un fuerte bayo castrado, y para Hamil encontraron una yegua de pequeño tamaño y paso seguro. Por lo general, a los halfling les gustaban más los ponis que los caballos, pero Hamil había pasado tiempo suficiente entre animales más grandes para montarlos con facilidad a pesar de su escasa estatura.

Una hora antes del mediodía volvieron a ponerse en marcha. Esta vez, en lugar de girar en el Puente Quemado, siguieron el Camino del Valle hacia el norte, manteniéndose sobre la orilla derecha del Winterspear. El río era poco profundo y rápido, y corría sobre un lecho rocoso formando un torrente que se iba estrechando a medida que penetraban más en el interior. En el extremo meridional del valle se agrupaban algunas granjas entre bosquetes de abedules y fresnos, pero a medida que seguían hacia el norte, las granjas se hacían más escasas y dispersas.

A unos cinco kilómetros de Griffonwatch, el camino atravesaba un terraplén defensivo, ahora, cubierto por la vegetación.

—El Terraplén de Lendon —le explicó Geran a Hamil—. Mi abuelo lo construyó hace más de cincuenta años, cuando eran frecuentes las incursiones de los orcos en el Valle de Winterspear. —Señaló hacia el otro extremo del valle—. Entre aquellas colinas occidentales está el lago Hul, de modo que el terraplén tiene menos de tres kilómetros.

Hamil examinó las antiguas fortificaciones.

—Parece ser que ha sido poco utilizado últimamente.

Geran asintió.

—No ha habido grandes incursiones de orcos en el valle de Winterspear desde que mi padre era joven. Los Altos Páramos son una buena muralla.

Un poco más allá de las viejas fortificaciones, Kara giró hacia el este siguiendo la huella de una carreta, que los llevó más allá de los largos campos de pastoreo y las cuadras de una granja lechera. El camino se convertía en un sendero, y empezaba a subir una cuesta empinada por el lado del valle. Los árboles y arbustos se volvían

cada vez más escasos a medida que iban ganando altura, y pronto tuvieron que empezar a abrirse camino por las escarpadas praderas y afloraciones rocosas de la cima de la colina. Desde la altura pudieron seguir la ancha cinta del Winterspear hasta los distantes tejados de Hulburg. Atravesaron la cresta y se encontraron en los Altos Páramos propiamente dichos. Al norte, se extendía una larga línea de dunas grises que se perdía en la distancia; hacia el este, las extensas dunas avanzaban kilómetros y kilómetros hasta que empezaban a ascender por las laderas boscosas de las montañas Galena, unos treinta kilómetros más allá.

Un viento desapacible soplaba con fuerza y silbaba entre la alta hierba y el brezo, empujando la vegetación de un lado al otro. Bajo un cielo azul y despejado, en la distancia, se alzaba una muralla de tierra que, inútilmente, batallaba contra el viento. Hamil contempló el panorama.

—¿Esto es lo que llaman la Gran Tierra Gris de Thar? Según parece, no hay mucho que ver.

—Aquí, cerca del Mar de la Luna, los páramos van a dar a las escarpadas cañadas y valles que nosotros llamamos Altos Páramos —le respondió Kara. El viento le revolvió el pelo sobre la cara, pero ella se lo apartaba, haciendo caso omiso al crudo frío—. Pero si sigues unos cuantos kilómetros hacia el norte o hacia el oeste, sin duda estarás en Thar.

—¿Qué extensión tiene? —preguntó el halfling.

—Por el oeste, desde aquí hasta las montañas Espinazo del Dragón y el camino del otro lado, hay unos trescientos kilómetros. —Kara se volvió y señaló hacia su derecha, donde las montañas cerraban el horizonte—. Hasta las montañas, unos treinta kilómetros más. Vaasa está al otro lado de las Galena a unos cien al este de nosotros.

Hamil señaló con la mano las dunas que tenían ante sí.

—¿Y hacia el norte?

—Unos doscientos kilómetros hasta llegar a Glister —dijo Geran—. Hay una extensión de peligrosas tierras cambiantes, revueltas por la Plaga de Conjuros en medio del páramo, y a un par de días a caballo de Glister, otra extensión de tierra cambiante de cientos y cientos de kilómetros. Allí habita todo tipo de monstruos modificados por la plaga, y a veces, bajan a Thar. No conozco a nadie que haya descubierto nunca lo que hay al norte de eso, pero supongo que, finalmente, se llega a los Grandes Glaciares y a las nieves eternas.

—¿Y no vive nadie allí?

—Sólo orcos y ogros y sus tribus, en general, se reparten por la zona septentrional de los páramos —respondió Geran—. Pastores y cabreros traen a sus rebaños a pastar aquí arriba en verano, pero la tierra no sirve para mucho más. El suelo es delgado y pobre y no drena bien. Tendrás que tener cuidado con tu montura. No es un buen

terreno y hay miles de lugares donde un caballo puede partirse una pata.

El halfling se quedó un momento en silencio, y trató de estudiar el panorama. Geran podía adivinar lo que estaba pensando; la idea de tanta tierra, tan ancha, tan abierta y, sin embargo, tan desolada seguramente era algo nuevo para él. Hamil se había criado en los bosques cálidos al sur del Mar de las Estrellas Brillantes; la costa norte del Mar de la Luna debería parecer el mismísimo fin del mundo. En cambio, a Geran le resultaban estimulantes el aire frío y limpio, y el abierto panorama. Era una tierra dura, sin duda, pero una tierra sencilla. En este lugar, las complejidades y la confusión de la vida no pesaban tanto sobre su espíritu.

Miró a Kara. Desde que, a los trece veranos, se le había manifestado la marca del conjuro, había encontrado refugio en estos lugares desolados y solitarios. Geran y Jarad solían venir a los Altos Páramos a saborear la sensación de independencia y libertad que ofrecían estas tierras salvajes. Pero Kara había pasado todo el tiempo que podía en esos territorios salvajes en torno a Hulburg simplemente porque no había allí nadie que apartara la vista de la deformidad de su marca del conjuro. Hacía tiempo que Geran se había dado cuenta de que la marca de Kara no era peligrosa, pero había demasiada gente en los alrededores de Hulburg, y en cualquier parte, que miraba con recelo y desconfianza a las personas marcadas por la plaga. No se extrañaba que Kara hubiera seguido buscando la soledad de las alturas, en los años que él había estado fuera.

Siguieron adelante, y cabalgaron más hacia el este que hacia el norte, manteniendo un paso cauteloso. Por supuesto, no crecían árboles en los Altos Páramos, pero en pequeñas hondonadas y lugares protegidos, crecía una vegetación gruesa y baja, y a veces se encontraban pequeños refugios de piedra y tepe que los pastores usaban en los meses más cálidos. De vez en cuando, se topaban con torrenteras estrechas y profundas de empinados bordes, y pasaban por viejas cárcavas y redondeados túmulos. Rodearon una hondonada de tierra cambiante de altas paredes que medía sesenta metros de profundidad. Sus lados eran de reluciente piedra azul con extraños surcos en forma de espiral. Geran recordaba bien aquel sitio; una tarde de verano, cuando tenía quince años, él y Jarad exploraron sus profundidades descolgándose con cuerdas, y descubrieron profundas grietas habitadas por repulsivas criaturas de alas plateadas semejantes a las anguilas. Tuvieron que subir con antorchas humeantes para evitar que aquellas cosas molestas, les hicieran pedazos a mordiscos.

Media hora después llegaron al borde de un campo lleno de túmulos, una ancha extensión de pequeños montículos funerarios. Las lindes meridionales de Thar estaban sembradas de antiguas tumbas de gente perdida hacía tiempo. Había cientos de túmulos a un día de viaje de Hulburg. A veces, eran docenas separados por cientos de metros, y en ocasiones, un túmulo solitario velaba, desolado, la llanura vacía.

Geran jamás supo por qué era así.

Kara se paró en los estribos para orientarse mientras estudiaba el campo de túmulos. Éste estaba ordenado; los túmulos formaban filas bajas, como si fueran soldados montando guardia contra el frío viento del norte. Miró a la izquierda, luego a la derecha e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Aquí es —dijo—. Seguidme.

La siguieron hasta uno de los túmulos más grandes. Hacía tiempo que alguien había excavado su entrada, dejando al descubierto, en la pared, una abertura baja y negra. El túmulo tenía algo más de diez metros de ancho y casi seis de altura; la mayoría eran bastante más pequeños, por eso Geran supuso que alguien importante debía de estar enterrado allí. Kara se dejó caer de la montura, palmeó a Bailarina en el morro y con la cabeza gacha y los ojos en el suelo, se dirigió lentamente al espacio abierto que había ante la negra entrada del túmulo, Geran y Hamil también desmontaron y esperaron un momento mientras la exploradora estudiaba las piedras cubiertas de musgo y la hierba dura que crecía entre ellas.

—Aquí —dijo por encima del hombro—. Este es el lugar donde encontraron a Jarad.

Geran sintió que se le encogía el corazón, pero se obligó a seguir adelante. Llegó junto a Kara y miró el lugar que ella señalaba. No podía ver mucho, pero eso no le sorprendió, Kara siempre había sido mucho mejor que él para seguir un rastro. Hamil se les unió, se puso a cuatro patas y pasó levemente los dedos por el suelo.

—La Guardia del Escudo me avisó en cuanto se enteraron de que habían encontrado a Jarad —dijo Kara en voz baja—. Ese mismo día examiné cuidadosamente la escena. Ahora ya no puedes ver demasiado, ha pasado casi un mes y ha llovido mucho desde entonces. Pero allí, todavía se puede ver la impresión en el brezo, y un poco de herrumbre de su cota de malla. Ya llevaba aquí unos dos días cuando lo encontraron.

Geran respiró hondo y se puso de pie para echar una mirada a la hondonada.

—¿Qué impresión sacas, Kara?

—Jarad llegó cabalgando desde el lado sur del túmulo y amarró su caballo detrás de esas rocas. —Señaló un grupo de piedras grises y tojo a dos tiros de arco de la puerta, más o menos por donde ellos habían venido—. Se acercó al túmulo a pie, rodeó la zona brevemente y escogió un lugar donde poder agacharse y observar la puerta... por allí, entre los tojos. Allí hay una depresión que proporciona buena cobertura. Os la enseñaré.

Los condujo a un punto situado a unos cuarenta metros de la entrada del túmulo, se desvió y llegaron a un matojo de maleza espinosa.

—Esperó aquí un rato, tal vez una hora. Entonces una partida de cinco jinetes, cuatro hombres y una mujer, se acercó al túmulo desde el sur y desmontó justo frente

a la puerta, allí. Sobrevino una pelea; creo que Jarad hirió a dos hombres antes de que lo mataran, justo donde fue encontrado su cuerpo. Nadie lo movió.

—¿Estás segura de todo eso? —preguntó Hamil.

—Ya os lo dije, estudié bien la escena.

Geran sonrió sin rastro de humor.

—Lo que Kara no te dice, Hamil, es que es la mejor rastreadora desde Melvaunt a Vaasa, pero ya lo digo yo por ella. Puedes tomar todo lo que ha dicho como un hecho irrefutable. Aunque no me sorprendería que hubiera descubierto algunas piezas más del rompecabezas que todavía no ha mencionado porque no sabe muy bien cómo encajarlas.

—Todo lo que queda son conjeturas —dijo Kara—. Por ejemplo, no puedo decirte por qué vino a este túmulo precisamente y esperó aquí. Tampoco puedo decirte si los jinetes eran las personas a las que esperaba.

—Puede que hubiera supuesto a qué túmulo era más probable que vinieran los profanadores de tumbas —sugirió Hamil—. O, lo que es más probable, que alguien se lo hubiera dicho. Vino a este túmulo porque esperaba encontrar a alguien aquí.

—Creo que tienes razón, Hamil —Kara dedicó al halfling una larga mirada—, pero eso nos lleva a preguntarnos si la fuente de información de Jarad fue sincera o le mintió para tenderle una emboscada. Sea lo uno o lo otro, no explica por qué salió Jarad de su escondite. Desde allí podría haber visto con facilidad que lo superaban en número. Al ser cinco contra uno, Jarad hubiera permanecido a cubierto. Vosotros mismos podéis verlo: si me agacho debajo de esta maleza, no podéis verme desde el frente del túmulo. Tendríais que estar encima de mí para saber que estoy aquí.

Geran cerró los ojos y se sorprendió al imaginar el encuentro: la negra entrada en la pared baja y redondeada del túmulo, los caballos nerviosos amarrados en línea, un cielo cubierto y una lluvia oscura, el viento frío silbando y ondeando la alta hierba. Jarad echado boca abajo entre el tojo, frío y húmedo, un hombre fuerte con una larga trenza de color paja, con expresión ceñuda, que se debate entre ir en busca de ayuda o resolver la cuestión él mismo. ¿Había sido una escaramuza repentina y furiosa en el valle que había delatado su presencia? ¿O habría retado a los intrusos exigiendo su rendición? ¿Y quiénes eran los asesinos? ¿Una banda de aventureros que pasaban por ahí o algunos desaprensivos de la ciudad? ¿Acaso hombres al servicio de algún gremio o compañía mercantil?

—Jarad siempre confiaba en el brazo con que manejaba la espada —dijo Geran por fin—. Tal vez temiera que los profanadores de tumbas se le escaparan, si se alejaba para volver con más hombres. O tal vez pensó que podría espíarlos, quedarse con sus caras y cogerlos más tarde en la ciudad.

—*O tal vez no pensó que los jinetes fueran enemigos* —le dijo Hamil a Geran en su habla silenciosa.

A Kara le habló en voz alta.

—Kara, esta mañana dijiste que la profanación de tumbas era especialmente peligrosa en Hulburg. ¿Por qué?

—Esperus, el Rey de Cobre —respondió Kara—. Era un temible nigromante que gobernó en esta parte del Mar de la Luna hace siglos, sobrevivió como un lich no muerto y tiene como esclavos a los muertos de los túmulos. Demasiadas cosas que deberían permanecer muertas y enterradas bajo la piedra se levantan y recorren los Altos Páramos una vez profanadas sus tumbas.

—Es una de las pocas leyes que los harmach hacen cumplir a raja tabla —añadió Geran—. Nadie debe abrir una tumba dentro de los límites de las tierras que pertenecen a Hulburg. Y se considera alta traición reunir algo de valor enterrado en un túmulo.

—Supongo que es lo más sensato. —Hamil echó una mirada al túmulo y al páramo que rodeaba el antiguo montículo. Meneó la cabeza—. Un lugar endiabladamente solitario para morir.

Permanecieron un momento en silencio, examinando la escena. Era ya media tarde y Geran pensó que deberían partir, aproximadamente, en una hora si querían llegar a Hulburg antes de que oscureciera. Si había algo que pudieran encontrar allí, no podía imaginar qué podría ser. Kara ya había examinado el terreno hacía veinte días, y si no había encontrado nada entonces, no iba a encontrarlo él ahora. El viento cambió otra vez de dirección e hizo que la hierba que cubría el túmulo se inclinase en el otro sentido, dejando ver el color verde plateado de la parte inferior de las hojas. Se estremeció y en ese momento reparó en la estrecha y oscura entrada del túmulo.

—Kara —dijo—, ¿sabes si alguien entró o salió del túmulo?

La exploradora asintió.

—Sí, los jinetes, después de haber matado a Jarad, pero no hay mucho dentro: sólo un corto pasadizo que termina en una pared de piedra. Si eran profanadores de tumbas, no hicieron gran cosa en el lugar antes de darse por vencidos.

—Echemos una mirada de todos modos —sugirió Geran.

Inició la marcha hacia la entrada baja y cubierta de maleza. Estaba medio hundida en el lateral del montículo. Parecía más un sótano para refugiarse de la tormenta que una puerta propiamente dicha. El pasadizo olía a cerrado. Buscó una moneda de cobre en el bolsillo que llevaba al cinto y pronunció las palabras de un simple conjuro de luz, uno de los conjuros más elementales que conocía. La moneda empezó a irradiar una luz amarillenta, haciendo que la oscuridad se replegara hacia la colina. Sosteniendo la moneda ante sí, Geran se agachó y pasó bajo el pesado dintel de piedra, con la mano derecha así la empuñadura de la espada. Hamil lo siguió de cerca, y Kara quedó rondando la puerta con cara de preocupación.

Tal como ella les había anticipado, había un pasadizo recto que de pronto giraba a

la derecha y terminaba en una burda pared de piedras que impedía el paso. Geran la estudió; había algo raro. Estaba seguro. Muchos túmulos estaban bloqueados por paredes similares en la entrada; los que habían enterrado a sus jefes y héroes en estos lugares, simplemente, los emparedaban una vez acabados los ritos fúnebres, después enterraban el pasadizo, que habían usado para llevar al muerto y a sus pertenencias hasta la cámara mortuoria. Se arrodilló y palpó el suelo junto a la base de la pared. Esquirlas de roca y piedras sobrantes cubrían una fina capa de tierra húmeda.

—Hamil, echa una mirada a esto —dijo Geran—. Creo que esta pared ha sido echada abajo y reconstruida otra vez.

El halfling se acercó y estudió las piedras apiladas.

—Tienes razón. Toda la tierra y el moho de entre las piedras ha sido retirado.

Kara se asomó por encima de su hombro.

—Sí, ya lo vi. Me pareció que no tenía mucho sentido. ¿Por qué habrían de reconstruir la pared los profanadores de tumbas después de salir?

—Eso mismo me pregunto yo —murmuró Geran. ¿Tal vez querían impedir el paso a la gente? ¿O acaso habían querido dejar algo encerrado dentro? Encontró una grieta profunda y llena de tierra entre las piedras de la pared y colocó en ella la moneda para tener las manos libres—. Está bien, preparaos. Voy a mover unas cuantas piedras para echar una mirada al otro lado.

—Geran, eso podría ser peligroso —le advirtió Kara—. Ya conoces la ley del harmach.

—Ya lo sé, pero alguien derribó esta pared y la volvió a levantar hace poco; no veo que seamos los primeros en abrir este túmulo. —Geran encontró una piedra suelta cerca del techo y empezó a removerla para quitarla—. Además, si alguien quería ocultar algo peligroso dentro, dudo que se hubieran tomado la molestia de volver a apilar las piedras. Habrían salido corriendo en busca de sus caballos para huir. Creo que esta pared se levantó para que no pasáramos nosotros, y que probablemente la levantaron los mismos que mataron a Jarad. Quiero saber por qué.

Kara lo miró desolada, pero se acercó y le ayudó a arrancar las piedras de la pared. Hamil se apartó y empezó a retirar las piedras que quitaban para dejar el camino despejado. En pocos minutos Geran se las arregló para abrir un agujero de tamaño considerable cerca del techo. Una ráfaga de aire frío con el característico olor a putrefacción salió por la abertura.

—Ahí adentro huele a algo muerto —dijo Kara con gesto de asco—. Tal vez no deberíamos retirar más piedras.

Geran hizo una pausa y escuchó atentamente. Hacía frío y el aire olía a corrupción... pero no percibió que nada sobrenatural esperara en la oscuridad del otro lado. Hamil y él tenían mucha experiencia con viejas criptas y tumbas, incluso algunas en las que acechaban muertos desasosegados. Creía conocer la presencia de

tales criaturas cuando las tenía cerca, pero para asegurarse, cogió su moneda luminosa, la aplicó a la abertura que habían hecho y echó una mirada al otro lado. Todavía no podía ver mucho, pero atisbó la continuación del pasadizo.

—Unas cuantas más —decidió.

—Si un tumulario os salta encima y os clava las garras en la cara, no digáis que no os previne —musitó Kara, pero se puso a la labor, y retiró otra piedra.

Lo mismo hizo Geran, y, finalmente, pudo aplicar el hombro a lo que quedaba del muro y derribarlo casi todo con un golpe terrible que levantó una gran nube de polvo y tierra. Tosiendo, retrocedió y esperó a que se asentara la polvareda.

A la escasa luz amarillenta del conjuro, vieron que el pasadizo seguía un poco más allá hasta una cámara funeraria. Era posible que en una época escondiera el tesoro funerario de un importante jefe, pero estaba claro que había sido vaciada hacía tiempo, probablemente por los mismo hombres que habían excavado la entrada al módulo, supuso Geran. La tumba en sí misma era una simple depresión en el suelo de losas sueltas, cubierta por una lápida de piedra burdamente cortada. Los tres compañeros se distribuyeron por la cámara y estudiaron la estancia en silencio.

—*Esto no me gusta nada, Geran* —le comunicó Hamil mentalmente—. *Dijiste que en esta tierra los muertos no descansan bien. No deberíamos estar aquí.*

—*Aquí hay algo que no encaja* —le contestó Geran.

Había estado dentro de unos cuantos túmulos hacía tiempo, en su mayoría túmulos abiertos mucho antes y en cuyo interior sólo había ratones y polvo. Después de todo, la prohibición del harmach no regía para tumbas que ya habían sido abiertas por otro persona, pero en ésta había algo que no encajaba... el aire era frío, y el olor a muerte se mantenía con una potencia fuera de lo común. Se preguntó por qué seguía oliendo de esa manera cuando tenía siglos de antigüedad.

—Alguien ha estado aquí recientemente —dijo Kara. Se arrodilló y con la mano abierta abarcó algunas de las ásperas piedras del suelo—. Los mismos hombres que estuvieron fuera con Jarad. Lo sé por las huellas de las botas. Y aquí, hay un montón de sangre seca.

Geran se dio cuenta de que era la lápida de la tumba. Se acercó y se puso en cuclillas junto a la pesada piedra que la cubría.

—O sea que alguna antigua partida de profanadores de tumbas excavó en el túmulo y se llevó todo lo que había en esta tumba —conjeturó en voz alta—, pero o bien no sacaron nada del cuerpo que había debajo de la lápida, o bien volvieron a colocarla una vez terminado el trabajo. Ni lo uno ni lo otro me parece probable.

Kara echó una mirada desde donde se encontraba y frunció el entrecejo.

—No, no lo es —coincidió. Se acercó a él y examinó el lugar con sus propios ojos—. Esta piedra fue arrastrada y colocada aquí recientemente.

—Ya me parecía —respondió Geran, y alzó la vista hacia Kara y Hamil—. Estad

preparados por si me equivoco.

Entonces cambió de postura, metió los dedos debajo del borde de la lápida, la tanteó para calcular el peso y en un susurro dijo:

—*¡Sanhaer astelie!*

Una fuerza mágica afluyó a sus miembros y con gran impulso se puso en pie, y se elevó con el poder de sus largas piernas, y apartó la pesada losa del agujero húmedo que había debajo. Un hedor insoportable lo invadió todo.

—¡Maldición! —dijo Hamil entre dientes.

Sólo quedaba un puñado de huesos del jefe, quienquiera que fuera el que habían enterrado allí, pero encima del antiguo esqueleto había otros dos cadáveres, los de una mujer joven con un vestido de lana roja desgarrado, y el de un hombre de anchos hombros con una cota de malla. La piel de la mujer estaba oscura y tirante, y sus ojos ciegos estaban fijos en el techo. Le habían cortado el cuello. La guerrera del soldado estaba teñida de sangre por una herida que tenía justo debajo de las costillas, que había dejado un largo rastro rojo oscuro debajo de la prenda.

El olor era fuerte y desagradable, Geran se retiró rápidamente y se cubrió la boca y la nariz. Lo mismo hicieron Kara y Hamil.

—Dos de los asesinos de Jarad, supongo —dijo por fin desde debajo de su mano.

Kara también se tapaba la nariz con la mano.

—Creo que ella es la mujer que estaba con los jinetes. Sus zapatos coinciden con las huellas que encontré fuera y que hicieron que me preguntara por qué alguien iría a los Altos Páramos con unos zapatos más adecuados para una sala de baile. En cuanto al guerrero, podría ser uno de los hombres heridos en el enfrentamiento. Es posible que Jarad pudiera herir de muerte a uno de sus atacantes antes de caer.

—¿Conoces a la mujer? —preguntó Geran.

—No —Kara negó con la cabeza—, podría ser cualquiera. —Se arrodilló y miró el cadáver de cerca—. Está vestida como una mujer de ciudad y tiene las manos atadas a la espalda.

—¿Y qué nos dices del guardia, Kara? —preguntó Hamil.

—Mira la cota de malla —respondió Geran por ella—. Tiene rayas horizontales, al estilo mulmano —aquello no significaba mucho, sin embargo era un estilo poco habitual. Ninguno de los fabricantes de Melvaunt o de Thentia hacía ese tipo de armaduras; se usaban más en la ciudad de Mulmaster. Se dio cuenta de que en días pasados, había reparado en la presencia de mercenarios que llevaban cota de malla de estilo mulmano y no le había prestado demasiada atención. Al fin y al cabo, miles de hombres de armas usaban esa armadura.

La exploradora examinó el cuerpo del hombre.

—Ni una moneda ni una joya que pueda ver. No se molestaron en quitarle la armadura, pero sus armas han desaparecido. Una antigua cicatriz en la mejilla. —De

repente se puso rígida y se incorporó—. Maldita sea, creo que he visto antes a este hombre. Es un poco difícil de determinar en este estado, pero esa cicatriz... Sé que lo he visto antes.

Geran echó una mirada a Hamil y volvió a mirar a Kara. Esperó en silencio, dándole tiempo para rebuscar en su memoria sin ser interrumpida. Después de un rato, Kara dio un suave bufido y asintió.

—Es un hombre de la Casa Veruna. Lo he visto por la ciudad, normalmente en compañía de otros de la misma casa. La mayor parte de ellos son mulmasteritas y usan cotas de malla como ésta. Como es lógico, dejó sus colores en casa. Aquí no hay nada que permita identificarlo positivamente como perteneciente a la Casa Veruna.

—De modo que lo arrastraron, muerto o moribundo, hasta aquí y dejaron el cuerpo en el interior del túmulo, pero ¿por qué mataron a la mujer? —se preguntó Geran en voz alta—. Dudo que formara parte de la emboscada, no lleva ropa de combate.

—Había dejado de serles útil —dijo Hamil con tono fúnebre—. Los hombres de Veruna la trajeron hasta aquí como prisionera, tal vez con el fin de atraer a tu amigo Jarad hasta este lugar. Una vez muerto él, ella pasó a ser un testigo incómodo. Ésa fue su desgracia, supongo.

—Sólo sabemos que hubo aquí un hombre de Veruna, y lo tenemos enterrado a nuestros pies —respondió Kara—. No podemos afirmar con certeza que también hubiera otros hombres de esa Casa.

La acritud se reflejó en la cara de Geran.

—Tengo marcadas sospechas sobre eso, especialmente después de lo que me contó Mirya sobre la daga de Jarad.

Kara hizo una mueca, pero no rebatió las palabras de Geran. Se limitó a mirar los dos cadáveres. Sus ojos celestes lanzaron destellos bajo la escasa luz reinante.

—Lo que no entiendo muy bien es por qué dejaron fuera a Jarad —dijo—. Si se tomaron el trabajo de enterrar aquí dos cuerpos ¿por qué no tres? ¿Por qué dejar a Jarad fuera, donde pudieran encontrarlo? Si se hubieran limitado a arrastrar su cuerpo hasta aquí, todavía estaríamos buscándolo.

—Es muy simple —dijo Hamil—. Querían que lo encontraran. Los asesinos querían hacer llegar un mensaje, algo más notorio que una desaparición no resuelta. Pero ¿por qué enterrar a estos dos aquí, donde los pudieran encontrar? Habría sido mejor llevárselos y enterrarlos en otro lugar.

—Tal vez habría resultado embarazoso si se hubieran encontrado con alguien en los Altos Páramos mientras cargaban con los cadáveres. —Conjeturó Geran—. O tal vez les dio pereza. O puede que hayan pensado que la ley del harmach impediría que nadie entrara a mirar dentro del túmulo. —Meneó la cabeza—. Podría ser cualquier cosa. Está bien, salgamos a respirar aire fresco mientras tratamos de resolver el

enigma.

Salieron de la sala mortuoria, llegaron hasta la entrada y volvieron al brillante sol de la tarde. El viento era fresco y olía maravillosamente después del olor a muerto del interior. Geran dio varios pasos por la oquedad que había en torno al túmulo, se estiró con avidez antes de darse cuenta de que alguien estaba de pie junto a sus caballos y los observaba.

—¡Hamil! —llamó entre dientes.

El halfling se detuvo detrás de él, y lo mismo hizo Kara. Miraron al hombre que los observaba. No era humano, eso saltaba a la vista. Su piel tenía un fuerte color terracota y de la frente le salían dos cuernos negros. Estaba vestido con una chaqueta larga de color escarlata brillante bordada con hilo de oro y dejaba ver una camisa blanca con volantes. Llevaba los amplios bombachos de seda negra por dentro de unas botas cortas de fino cuero.

—Deberíais ser más cuidadosos —dijo con voz ronca—. Actualmente hay hombres peligrosos por aquí. Podrían haber esperado a que salierais y tenderos una emboscada.

Geran apoyó una mano sobre la empuñadura de su espada y lentamente se apartó de sus amigos.

—Bueno, al parecer somos afortunados por haberte encontrado a ti y no a ellos.

—Yo no he dicho que no sea peligroso —replicó el extraño. Llevaba un bastón corto, con runas talladas, colgado a la altura del codo, pero lo mantenía a un lado. Señaló con la cabeza el túmulo que tenían detrás—. ¿Habéis encontrado algo ahí dentro? ¿Algo así como un libro?

—¿Un libro? No, sólo cadáveres —dijo Hamil con gesto indiferente. Se colocó detrás de Kara para que no se viera la mano en la que llevaba el cuchillo.

El hombre astado lanzó un bufido de impaciencia.

—Bueno, claro. Los túmulos suelen estar repletos de ellos.

Geran entrecerró los ojos. Podía distinguir algunos de los sigilos que había grabados en aquel bastón y no le gustaba lo que veía. O mucho se equivocaba o se enfrentaban a un formidable hechicero. Entre las runas estaban los símbolos del fuego y del rayo relampagueante.

—¿Quién eres? —le preguntó Geran desafiándolo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Al hechicero se le dilataron las fosas nasales.

—Quién soy es algo que sólo a mí me incumbe. En cuanto a lo que estoy haciendo aquí, te diré que estoy buscando algo, pero si este túmulo está vacío, parece que estoy en el lugar equivocado. No os molestaré más.

Miró de soslayo, se dio la vuelta y empezó a desandar el camino por el que había venido.

—¡No tan rápido! —le gritó Kara corriendo tras él—. ¡En nombre del harmach,

no des un paso más! ¡Tendrás que responder a algunas preguntas!

El hechicero se volvió irritado.

—Creo que no —dijo, y dio un golpe con su bastón en el suelo—. ¡*Arkhu zanastar!* —gritó, y dio un salto en el aire.

Su chaqueta escarlata ondeaba mientras él subía hacia el cielo.

Kara lanzó una maldición y corrió hasta donde *Bailarina*, nerviosa, piafaba y golpeaba el suelo con los cascos. Cogió el arco que llevaba en la silla, pero cuando recuperó el arma, el astado hechicero no era más que un punto distante en el cielo que avanzaba a toda prisa por encima de los páramos hasta que llegó a una pequeña elevación y se perdió de vista.

—Maldita sea —dijo con rabia—. Si esa... *persona*... no tuvo nada que ver con esto, yo soy un orco. ¿Y qué era? ¿Una especie de diablo?

—No —dijo Hamil, moviendo la cabeza—, un tiplin. Vienen del lejano oriente. Tienen algo de sangre infernal en las venas, pero no son auténticos diablos.

—Por otra parte, ese tipo era evidentemente un hechicero de no poca destreza —añadió Geran—. Creo que deberías estar contenta de no haber tenido el arco a mano. Si le hubieras disparado, podría habérselo tomado mal.

—No me importa quién o qué sea. No estoy dispuesta a quedarme mirando mientras viola las leyes del harmach —replicó Kara. Volvió a guardar el arco sin dejar de mirar al punto por donde había desaparecido el hechicero. Sus luminosos ojos brillaban de ira y se volvió para tranquilizarse. Después de un momento se sacudió y miró a Geran—. Al menos deberíamos llevar los cadáveres a Hulburg para darles un entierro decente. No me gusta la idea de dejar a la mujer ahí a merced de Esperus, y tengo intención de preguntar a Darsi Veruna cómo fue que acabó muerto uno de sus hombres en el lugar en que fue asesinado Jarad. De todos modos, todavía no me ha dado una respuesta satisfactoria sobre lo que pasó en Erstenwold.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha ya que la tarde se nos está echando encima —respondió Geran. Tendrían que envolver bien los cadáveres para que los caballos no se encabritaran, y el hecho de tener que compartir el caballo retrasaría su regreso a la ciudad—. No me gustaría estar en los páramos cuando anochezca.

—¿Cuál será nuestro siguiente paso? —le preguntó Hamil a Geran.

—No estoy seguro —reconoció—, pero creo que seguiré el consejo de Mirya y trataré de averiguar por qué los mercenarios de Veruna muestran un interés tan repentino por los túmulos.

OCHO

14 Ches. Año del Intemporal

En las frías horas que anteceden al amanecer, la nieve empezó a caer en torno a Hulburg. Cuando Geran se despertó y miró por la ventana, las cumbres de las colinas más altas estaban cubiertas de una fina capa blanca y unos copos gordos y húmedos caían en las torres y tejados del castillo. Realizó sus ejercicios matinales en una especie de frenesí, paraba y empezaba varias veces mientras practicaba sus formas. La nieve en primavera no era nada insólito en las orillas septentrionales del Mar de la Luna, pero no solía durar.

El aire frío lo despertó totalmente y despejó las últimas sombras de sueño de su mente. Había sido una larga cabalgada el regreso a Hulburg desde el túmulo la tarde anterior, y una noche aún más larga de explicaciones, ya que Kara insistió en dejar por escrito lo que recordaban del descubrimiento hecho dentro del montículo antes de dejar que Geran y Hamil se retiraran a descansar. También había puesto empeño en apuntar sus descripciones del siniestro mago con el que se habían encontrado. Geran no tenía ni idea de lo que saldría de todo aquello. Sinceramente dudaba de que alguno de la Casa Veruna fuera a admitir que el hombre muerto estaba en el túmulo por algo relacionado con la Compañía, y en cuanto al hechicero, tenía dudas de que la Guardia del Escudo pudiera arrestar y retener a semejante criatura contra su voluntad. Parecía poco probable que tuviera algo que ver con el asesinato de Jarad o con las muertes del mercenario de Veruna y de la mujer, simplemente porque Geran no podía imaginar por qué iba a volver a la escena del crimen a preguntar si habían encontrado un libro. Finalmente dejó el tema con un encogimiento de hombros. Por los Altos Páramos circulaban a veces gentes extrañas. Podrían volver a verlo o quizá no, pero no tenía mucho sentido buscarlo.

Geran se aseó rápidamente, se vistió y bajó a desayunar al gran salón de la familia, sin dejar de darle vueltas a los acontecimientos. Cuando hubo terminado el desayuno —y algunas partidas de dientes de dragón con sus sobrinos—, Geran decidió qué haría a continuación.

—Creo que me gustaría hacer algo provechoso hoy —dijo, poniéndole a Hamil una mano en el hombro—. Si has acabado de recibir las lecciones de gran estrategia de Kirr, ¿por qué no vienes conmigo?

—¿Algo provechoso? —preguntó Hamil, enarcando una ceja—. Muy bien, vamos.

—¡Pero si estaba ganando, Geran! —protestó Kirr.

—¡Tonterías! —replicó Hamil—. Estabas a una pieza de caer en mi insidiosa trampa. Ya verás cuando reanudemos la partida.

El halfling le hizo una reverencia a su pequeño contrincante y siguió a Geran por la escalera del servicio hacia las profundidades de las cocinas del castillo. Al cabo de un rato, los dos viajeros llegaron a la lavandería, donde un par de chicas trabajaban junto a una gran tina de agua caliente, lavando la ropa blanca del castillo.

—De modo que se trata de la colada —dijo el halfling con tono sombrío—. Está bien, supongo que tengo que hacer algo para ganarme la cama y la comida.

—Un poco de trabajo honrado no te haría nada mal —le respondió Geran. Intercambió unas palabras con las jóvenes que hacían la colada y ellas lo dirigieron a un gran almacén que había por allí. Estaba lleno de baúles viejos repletos de ropa vieja. Geran se despojó del cinto donde llevaba la espada y empezó a revolver en los baúles. El mago de la espada encontró una vieja túnica raída y una capa de color gris que desafiaba cualquier descripción. Los levantó y les echó un vistazo.

—Esto servirá —dijo.

—¿Para limpiar los establos? —preguntó el halfling.

—No es mala idea, pero no pensaba en eso. Estaba pensando que podríamos buscar trabajo como carreteros, y la Casa Veruna sería un buen lugar donde encontrarlo. Y preferiría que no me reconocieran. Toma, pruébate esto.

Geran y Hamil no tardaron en encontrar prendas de trabajo desconjuntadas para disfrazarse razonablemente de trabajadores corrientes. Se pararon junto a la armería de la Guardia del Escudo y Geran reemplazó su espada élfica por un tipo espada corta que podría llevar un pobre carretero para defenderse de los bandidos. Hamil encontró una ballesta muy usada. A continuación visitaron los establos y prepararon una simple carreta de carga y le ataron un par de mulas. De esta guisa salieron de Griffonwatch y se encaminaron a la ciudad, incorporándose al tráfico de carretillas y carretas que recorría el Camino del Valle en medio de la nieve húmeda.

Permanecieron al este del río y bajaron hacia el Puente Bajo, cruzaron hasta la calle de la Bahía y siguieron por los muelles más allá de los astilleros de varias compañías mercantiles: la Doble Luna, la Casa Sokol, la Casa Marstel. Llegaron a continuación al recinto de la Casa Veruna y entraron por sus puertas al patio que era un hervidero de actividad. Como la mayor parte de las compañías comerciales que operaban en Hulburg, Veruna poseía varios almacenes dentro de un recinto rodeado por una robusta valla. Dentro de éste había barracones, oficinas, establos y una herrería, así como las casas de piedra y madera de los empleados de la compañía, una ciudad dentro de la ciudad.

—Parece bastante corriente —dijo Hamil silenciosamente—. *Esto podría ser la Vela Roja en Tantras. ¿Qué es lo que buscamos?*

—A los mercenarios —respondió Geran. Miró a su alrededor, estudiando el lugar. Un puñado de hombres armados, vestidos con los tabardos verdes y blancos de la casa, vigilaban los negocios que tenían lugar en el patio; parecían aburridos y

desinteresados—. *Supongo que la mayor parte de las operaciones de Veruna que se desarrollan aquí serán perfectamente legítimas, de modo que no estoy preocupado por lo que hay en los almacenes o para dónde van. Estoy más interesado en los mercenarios. Obsérvalos bien. Quiero encontrar a ese hombre, Urdinger, y quiero ver si alguno de ellos va a partir hacia los Altos Páramos para rebuscar en los túmulos cuando piensen que nadie los está vigilando.*

El halfling asintió.

—*Eso podría llevar días* —advirtió—. *Y resultará un poco sospechoso si nos quedamos aquí sentados todo el día esperando oír a los guardias decir algo.*

—*Ya lo sé* —replicó Geran.

Vio al grandote armado de Veruna, Bann, el tipo al que se había enfrentado en la tienda de Mirya Erstenwold, y tuvo buen cuidado de bajarse la capucha para ocultar la cara y no mirar al hombre. El mercenario encabezaba a media docena de hombres de Veruna y pasaron delante de la carreta sin mirar siquiera a Geran antes de salir a la calle de la Bahía, atentos a lo suyo.

—*¿Reconoces a esos hombres?* —preguntó Hamil.

—*Ví a uno de ellos en la tienda de Mirya. Vamos, podríamos ver si hay trabajo. Nos daría una buena ocasión para mantener el lugar vigilado y seguro que encajaremos bien.*

Por suerte, buen número de los carreteros de la ciudad eran halflings; no era muy corriente que un humano y un halfling trabajaran juntos, pero tampoco tan extraño como para despertar sospechas, o al menos eso esperaba Geran. Además, había observado en los últimos días, que la mayor parte de las carretas que salían de la ciudad llevaban, al menos, dos hombres. Siempre resultaba conveniente tener a alguien que echara una mano portando una ballesta y vigilara por si había algún problema.

Se bajó de la carreta y se encaminó hacia el empleado de Veruna más próximo. El tipo era un hombre alto, encorvado, de cabello ralo y llevaba un pesado capote verde para protegerse de la nieve.

—*Bien hallado* —dijo Geran con voz ronca—. *Tengo una carreta y un tiro para alquilar. ¿Tienes algún trabajo para mí?*

—*Un momento.* —El empleado de Veruna llevaba un pequeño libro y lo consultó con un gesto de fastidio—. *Pronto necesitaré llevar un cargamento de provisiones hasta un campamento al pie de las colinas. Se pagan cinco monedas de plata, además de forraje y estabulación para los animales, y una comida caliente para ti.*

—*Me parece bien. ¿Adónde debo ir?*

—*Irás con algunas otras carretas. Los otros carreteros saben el camino. No te apartes de ellos y todo irá bien.* —El empleado miró a Geran—. *No te he visto antes. ¿Eres nuevo en la ciudad?*

Geran se encogió de hombros.

—Oí que había trabajo y buena paga por aquí.

—Necesitamos todos los carreteros que podamos conseguir. —El hombre señaló un almacén al otro lado del recinto—. Lleva tu carreta hasta allí y dile a Koger, el tipo bajito con la capucha marrón, que has sido contratado para la caravana de la Colina del Troll. Tendrás que echar una mano con la carga y la descarga.

Geran asintió con resignación y volvió a la carreta.

—Estamos contratados —le dijo a Hamil—. Mantén los ojos y los oídos bien abiertos y veremos lo que podemos averiguar.

El halfling hizo una mueca.

—Espero que, al menos, nos paguen bien.

Los dos camaradas se pasaron los cinco siguientes días alquilando su carreta a la Casa Veruna y llevando provisiones de todo tipo a las minas y aserraderos que tenía la Compañía en las colinas al este de la ciudad. Geran y Hamil realizaban una jornada de trabajo más o menos honesta por lo que les pagaban, y procuraban sacar un poco más de dinero de los empleados, ya que Geran no quería llamar la atención por trabajar demasiado poco o por trabajar demasiado por la paga. Como había esperado, el trabajo le dio una oportunidad excelente de examinar por sí mismo la extensión de los negocios de Veruna, y de observar de cerca a sus mercenarios. Los mercenarios no prestaban mucha atención a los carreteros que constantemente entraban y salían del recinto, y Geran y Hamil encontraron muchas oportunidades para hacer preguntas a los demás carreteros y escuchar a los mercenarios sin despertar demasiadas sospechas.

Geran reunió mucha información sobre la Compañía Mercantil y sus mercenarios. Una noble familia de Mulmaster era dueña de la Casa; las posesiones de Hulburg estaban en manos de lady Darsi Veruna, que vivía en una pequeña villa señorial en las laderas del cabo oriental de la ciudad y sólo en raras ocasiones visitaba los locales de trabajo. Geran y Hamil no pudieron encontrar ningún motivo legítimo para llevar un cargamento hasta su residencia y no pudieron verla, pero se enteraron de que siempre iba acompañada de varias doncellas, sirvientes y guardias. Un cuadro de mercaderes que respondía ante lady Veruna supervisaban los negocios de Veruna en las tierras de Hulburg. El jefe del establecimiento de Hulburg era un hombre corpulento, de barba negra, llamado Tharman Kurz, cuya impositiva forma de ser y su mal carácter, creaban no pocos problemas a los empleados. A maese Tharman se le había dado el mando, pero el numeroso contingente de mercenarios que vigilaban los negocios de Veruna no respondían a los mercaderes de la Casa. Constantemente, pequeños grupos y bandas de mercenarios vestidos con el verde y el blanco de la Casa iban y venían de los locales de Hulburg y demás posesiones de Veruna, escoltando, a veces, carretas cargadas de provisiones hasta los campamentos, o de madera, pieles y metales

preciosos de vuelta a los locales mercantiles; y organizando, otras veces, patrullas para realizar recados por cuenta propia.

En la tarde del último día, cuando estaban terminando de descargar una partida de tablones de madera dura en los almacenes de Hulburg, media docena de mercenarios de Veruna entró a caballo en el depósito. Lo encabezaba un hombre delgado, con cara de halcón, que llevaba el pelo rojo a modo de furiosa barba anaranjada sobre el cráneo. Vestía una armadura ligera esmaltada de color negro debajo de su capote de la Casa Veruna, y una cresta dorada coronando el yelmo que llevaba colgado de la silla de montar. El pelirrojo llegó hasta la residencia del jefe comercial, desmontó de un salto y entregó las riendas a su valet; el resto de los hombres bajó de sus monturas. Geran observó al mercenario por encima de su tiro de mulas mientras daba palmaditas maquinalmente en el cuello del animal más próximo. El mercenario se estiró brevemente y volvió la cabeza a uno y otro lado como para combatir el entumecimiento de un largo viaje a caballo.

—¿Quién es éste? —preguntó Hamil en voz baja desde el pescante de la carreta.

El halfling ponía cuidado en no mirar directamente a los mercenarios.

—No lo sé —respondió Geran.

Miró a su izquierda, donde uno de los carreteros de Veruna con los que habían venido estaba desenganchando a su propio tiro y lo llamó:

—Dime, Barthold... ¿Quién es ese capitán?

El otro miró en la dirección que le señalaba.

—¿Ése? Es Urdinger. Está a cargo de los hombres de armas. Más te vale andarte con cuidado con él, tiene muy mal genio. Según se dice, dejó sin sentido a un carretero por haber dejado caer una carga en un barranco cerca de la Colina del Troll. ¿Por qué te interesa?

Geran estaba demasiado lejos para ver si el capitán de Veruna llevaba una daga de factura elfa al cinto. Miró con más atención, tratando de ver mejor, y se dio cuenta de que estaba mirando al capitán con demasiado interés. Rápidamente volvió la vista hacia el otro carretero e hizo una mueca forzada.

—Creo que oí la misma historia en el lago Sterritt. Me preguntaba si sería el mismo hombre.

Urdinger entró en la oficina del jefe comercial y el resto de los guardias se dispersaron. Geran y Hamil acabaron su trabajo, recogieron su paga y salieron lentamente del recinto de Veruna. El mago de la espada tenía el gesto adusto, absorto como iba en sus pensamientos. Había observado a Urdinger lo suficiente para reconocerlo cuando volviera a verlo, pero con eso no quedaba resuelto qué hacer a continuación. Ninguno de los hombres de Veruna parecía haber notado hasta el momento que los estuvieran espiando, pero si se enfrentaba al capitán de sus mercenarios, sería difícil ocultar su identidad, entre otras cosas. Podía tratar de

descubrir cuál era el lugar favorito de Urdinger para beber y tratar de fingir un encuentro casual con él, o tal vez enfrentarse a él cuando no estuviera el resto de sus hombres... pero si el capitán de Veruna simplemente negaba cualquier participación en el profanamiento de tumbas o en el asesinato de Jarad Erstenwold, sería difícil obligarlo a decir la verdad.

Geran optó por suponer que Urdinger había participado en ambas cosas, pero ¿qué interés tendría la Casa Veruna en los túmulos? ¿Se trataba sólo de unos mercenarios que buscaban un dinero fácil saqueando las tumbas de los muertos olvidados, haciendo caso omiso del peligro que eso implicaba? ¿O era algo que Urdinger había ordenado hacer a sus hombres por algún motivo personal?

—Bueno ¿y ahora qué? —preguntó Hamil, interrumpiendo las cavilaciones de Geran—. ¿Una noche de bien dormir para que podamos volver a trabajar mañana? Si llegamos a los almacenes al amanecer, creo que podríamos hacer dos viajes de ida y vuelta antes de que oscurezca y duplicar nuestra paga.

—Creo que eso de hacer de carreteros se ha acabado.

—Pensé que jamás te oiría decir eso. Bien, entonces. ¿Qué propones a continuación? ¿Esperar a ese tal Urdinger y tenderle una emboscada? ¿O seguimos a esos mercenarios de Veruna para ver adónde van cuando dejan los campamentos?

—Es probable que algunos patrullen los territorios salvajes en torno a los campamentos, por si aparecen monstruos o merodeadores —respondió Geran. Chasqueó la lengua y dio un golpecito con las riendas para dirigir a las mulas hacia el Puente Bajo—. No tiene mucho sentido seguirlos. Y aunque estuviéramos más o menos seguros de estar siguiendo al grupo correcto en el momento adecuado para cogerlos con las manos en la masa, es endiabladamente difícil seguir a hombres a caballo en los Altos Páramos sin que te vean. No, creo que vamos a tener que tenderles una trampa.

—Podríamos hacer circular el rumor de que alguien ha abierto un túmulo y ha encontrado algo —dijo Hamil, pensando en voz alta—. Si el rumor hablara de riquezas importantes tendrían que investigar. Podríamos apostarnos cerca del túmulo en cuestión y esperarlos.

—No es mala idea, pero la mitad de Hulburg podría caerse por allí. —Geran recibió la idea con una lúgubre sonrisa. Pocos nativos de Hulburg se atreverían a desafiar la ley del harmach abriendo una tumba, pero estos días la ciudad estaba llena de forasteros pobres y desesperados. Además, no había ninguna ley que prohibiera saquear montículos funerarios que ya hubieran sido abiertos—. Tendríamos que sacar del medio a docenas de hombres antes de que aparecieran los que buscamos. Tendríamos que apilarlos como leña detrás del túmulo para no espantar al resto.

Hamil se rió y meneó la cabeza.

—Ya veo. No hagas caso.

—Mañana hablaremos con mi tío —decidió Geran—. Seguro que él sabe qué tumbas han sido profanadas. Tal vez podamos encontrar algo que las vincule a todas, si examinamos más túmulos funerarios visitados por los hombres de Veruna.

Para poner la guinda a la artimaña, Geran y Hamil recogieron unos cuantos barriles de carne en salazón y algunos sacos de harina y los llevaron de vuelta al castillo. Los carreteros solían entregar provisiones en la guarnición con suficiente frecuencia, así que nadie les prestó especial atención. Dejaron la carreta en los establos de los Guardia del Escudo y volvieron a sus habitaciones para darse un baño, que buena falta les hacía, cambiarse de ropa y disfrutar de una noche de sueño reparador en una cama caliente.

Por la mañana, Geran se levantó, hizo sus ejercicios, se vistió y, a continuación, se reunió con Hamil en el gran salón. Después de desayunar, ambos atravesaron el pequeño patio que había frente a la Torre del Harmach hasta llegar a la biblioteca. Caía una llovizna fría y pertinaz, una especie de aguanieve. Como la vez anterior, se encontraron a una pareja de la Guardia del Escudo ante la puerta del harmach. Un puñado de empleados y chambelanes iba de un lado a otro, ocupándose de los negocios del castillo. Geran y Hamil esperaron apenas un momento antes de que les permitieran entrar a ver al anciano.

Grigor Hulmaster estaba sentado ante su escritorio, estudiando una pila de pergaminos cuando ellos llegaron.

—¡Ah, Geran! ¡Maese Hamil! —dijo el anciano con tono afectuoso—. La verdad que se os ha visto poco últimamente. Tengo entendido que habéis corrido una aventura con Kara hace unos días, y esperaba la oportunidad de preguntaros sobre eso.

—Dudo que pueda añadir mucho a lo que Kara, seguramente, te ha contado ya —dijo Geran, sentándose en la butaca que le señalaba su tío—. Quería ver con mis propios ojos el lugar donde habían matado a Jarad, de modo que nos dirigimos a los Altos Páramos a echar un vistazo.

Pasó a describir lo mejor que pudo la exploración del túmulo, incluido el descubrimiento de los dos cadáveres y el encuentro con el extraño hechicero. Grigor escuchaba atentamente, sin interrumpir. Puede que el harmach ya no fuera joven, pero tenía buena memoria y jamás olvidaba los detalles de una historia. Geran sabía que su tío se plantearía sus propias preguntas, después de haberse tomado tiempo suficiente para sopesarlo todo.

Cuando Geran hubo terminado, Grigor se reclinó en su butaca de cuero.

—¿No os preocupó la idea de entrar en el túmulo? Ya sabes lo peligroso que es.

Geran miró a su tío a los ojos.

—Alguien había retirado aquellas piedras recientemente y quería saber por qué. Kara no quería perturbar el túmulo mortuorio, pero yo pensé que no había demasiado

riesgo.

—Y las cosas demostraron que tú tenías razón. Kara no suele dejarse llevar por su intuición, pero me alegro de que tú te fiaras de la tuya. —Grigor lanzó un hondo suspiro—. Ya sabía yo que Darsi Veruna y el resto del Consejo Mercantil tenían motivos para querer sacar del medio a Jarad, pero no tenía motivos para creer que los mercenarios de Veruna pudieran estar metidos en los saqueos de tumbas que Jarad estaba investigando.

—Y hablando de eso, me gustaría saber exactamente qué túmulos han sido profanados y cuándo —dijo Geran—. Seguramente Jarad descubrió algo que los conectaba y tuvo una razón para elegir ése y montar guardia allí.

—¿Crees que los Veruna no habrán terminado de saquear los túmulos? —preguntó el harmach.

—Hemos pasado los últimos días vigilando a los mercenarios de Veruna —dijo Hamil—. Hay pequeñas bandas de hombres armados de Darsi Veruna entrando y saliendo constantemente de los campamentos y de los almacenes. Según cálculos aproximados, casi un tercio de los hombres de Veruna, treinta o cuarenta mercenarios en total, en grupos de unos seis hombres, participan en alguna actividad que los mantiene alejados de las minas, los aserraderos y las caravanas de carretas de la Compañía. —El halfling miró a Geran y después nuevamente al harmach—. No creemos que todos anden patrullando los territorios salvajes al mismo tiempo.

El harmach permaneció sentado en silencio largo rato. Por fin habló.

—Suponiendo que vuestras sospechas sean fundadas, maese Hamil ¿qué te incumbe a ti? No has prestado juramento a mi servicio... y Geran tampoco. No hay motivo para que carguéis con los problemas de Hulburg.

—Como ya dije antes, milord Harmach, estoy aquí para cuidar de mi socio —Hamil señaló a Geran con la cabeza—. Hace algunos años, cuando Geran y yo éramos miembros de la Compañía del Escudo del Dragón, Geran me salvó la vida poniendo en gran peligro la suya. Le estoy reconocido por ello. Y no sólo eso, Geran es mi amigo, y donde él pelea, peleo yo también. —El halfling hizo una pausa—. Además, parece ser que muchos de los forasteros de esta ciudad conocen demasiado bien a tus hombres. Tal vez nosotros podamos obtener respuestas que la gente no daría a tus Guardia del Escudo.

—En eso tal vez tengas razón, maese Hamil —Grigor fijó sus lacrimosos ojos en Geran—, pero Geran, eso no explica por qué has hecho tuya esta lucha. Jamás te culpé por haber decidido probar suerte en otra parte. No tienes que pagar ninguna deuda a Hulburg.

—No tengo ningún asunto urgente que atender en Tantras, y creo que me quedaré un poco más. —Geran sostuvo la mirada a su tío—. Resulta que no estoy satisfecho con las preguntas que no tienen respuesta, tío, y no me gusta lo que he visto hasta

ahora de esta Compañía Mercantil de Mulman a la que parece ser que Sergen le ha vendido Hulburg. Todo este asunto me huele muy mal.

—Y también a mí —respondió el harmach con una firmeza sorprendente en la voz—. Bien, pues... tengo por aquí los informes sobre la profanación de tumbas. —Abrió un cajón de su mesa y a continuación otro—. Ah, aquí están.

El viejo señor echó una mirada a los papeles y se los pasó a Geran. Casi todos habían sido escritos por Jarad, resúmenes simples y directos de cada profanación que había descubierto.

—Que sepamos hubo otros cinco casos antes del encuentro de Jarad —dijo Grigor—. Claro que tal vez haya más que todavía no hemos descubierto. Hay cientos de túmulos dispersos entre Thentia y las ruinas de Sulasspryn, y la mayor parte están tan apartados de los caminos y de las tierras de pastoreo, que nadie se enteraría jamás si hubieran sido abiertos.

Geran los examinó rápidamente y se los pasó a Hamil. Ya los leería con más atención después, pero primero quería saber dónde se habían producido los intentos de robo. Miró los atestados estantes del estudio del harmach.

—¿Todavía tienes el mapa de Wolther, tío?

—Por supuesto —respondió Grigor. Se puso de pie trabajosamente, con un leve jadeo y arrastrando los pies se acercó a un estante donde había docenas de grandes cajas de cuero cubiertas de polvo. Pasó sus frágiles dedos por encima de todas ellas, musitando algo entre dientes, y por fin se decidió por una caja a la que dio un golpecito antes de recogerla y llevarla hasta el escritorio—. Es éste.

Geran esperó mientras Grigor abría la caja con cuidado y sacaba el gran mapa de pergamino amarillento. Lo extendió sobre su mesa y Geran y Hamil se pusieron de pie para verlo mejor. El mapa mostraba las colinas y los valles de los alrededores de Hulburg con exquisito detalle, salpicado de lagos y pantanos y surcado por pequeños torrentes y viejos senderos. Había pequeñas marcas triangulares sobre las tierras que rodeaban el valle de Winterspear.

—Mi padre contrató al cartógrafo Wolther para hacer el mapa de las tierras de los Hulmaster —le explicó Grigor a Hamil—. De eso hace más de cincuenta años, pero jamás se ha hecho una representación más precisa de las tierras en torno a Hulburg.

—¿Qué son los triángulos? —preguntó el halfling.

—Son mojones de demarcación —respondió Geran—. Ya has visto algunos, esas piedras pintadas de blanco que hay en los Altos Páramos. Verás que las cartas de Jarad empiezan mencionando el mojón más próximo a cada uno de los túmulos profanados. Ve leyéndolos, Hamil.

El halfling volvió a las cartas de Jarad.

—El primero es, veamos, «Dieciocho nornordeste, ochocientos metros sureste, a la derecha del pequeño promontorio». ¿Le encuentras sentido?

—El mojón de demarcación está a dieciocho kilómetros nornordeste de Griffonwatch. Desde el mojón, el túmulo está a ochocientos metros al sureste.

Geran encontró el símbolo de demarcación en el viejo mapa y lo marcó cuidadosamente con una chincheta. Hamil leyó el resto, y Geran los fue marcando. Cuando acabó, no parecía haber un patrón evidente. Algunos de los túmulos estaban al este del valle de Winterspear, otros al oeste, y no demasiado próximos entre sí.

—Al parecer, no sirve de mucho —dijo Geran.

—¿Qué esperabas ver? —preguntó el harmach.

Geran suspiró.

—No lo sé —admitió—. Esperaba que surgiera algo obvio al examinar todos los lugares en conjunto. —Miró a Hamil—. ¿Qué te parecería dormir bajo las estrellas esta noche?

El halfling le contestó con una mueca.

—Da la impresión de que va a llover todo el día, por si no lo habías notado.

—Si salimos pronto, supongo que podríamos visitar todos estos lugares antes del mediodía de mañana, de modo que sería una sola noche a la intemperie en los Altos Páramos. Y hay bastantes refugios de pastores y chozas por allí arriba, de modo que es posible que tengamos un techo sobre nuestras cabezas.

—Creo que nos iría mejor si vigiláramos a los de Veruna —dijo Hamil con amargura—. Propongo que salgamos a espiar las tabernas que frecuentan sus hombres de armas y nos dejemos caer por allí unas cuantas noches. Tendríamos que ponernos cómodos, comer bien, gastar dinero en profusión y fingir que nos divertimos, pero estoy dispuesto a hacer sacrificios. Me parece que ofrecen mejores perspectivas que andar por ahí a caballo en busca de túmulos abandonados.

—Aceptaremos tu sugerencia si los túmulos no nos dicen nada. —Geran miró a su tío—. ¿Nos puedes prestar papel y tinta? Me gustaría copiar las referencias.

—Por supuesto.

Grigor le dio a Geran un pequeño diario y el mago de la espada copió cuidadosamente las notas de Jarad sobre los túmulos que había encontrado abiertos. Por las descripciones de su amigo le pareció que ya conocía dos de ellos, pero la distancia y la dirección podían resultar engañosas en los Altos Páramos. Geran no quería pasarse horas cabalgando en círculos buscando un mojón o un túmulo por no haberse molestado en anotar algo.

Cuando acabó, guardó la libreta en el bolsillo de su chaleco.

—Gracias, tío —dijo—. Nos pondremos en camino. Espero volver mañana.

El harmach le dio la mano.

—Mantente vigilante, Geran. Hasta pronto.

NUEVE

19 Ches, Año del Intemporal

Unas columnas de humo anaranjado llenaban el cielo de la noche por encima de la ciudad minera de Glistar. Para lo que suelen ser las ciudades humanas, ésta era poco más que un campamento permanente y un centro de comercio al pie de las colinas que rodean Thar. Pocas mujeres y niños vivían allí; era un lugar donde hombres duros y desesperados iban a trabajar y a arrancar oro al terreno; un oro para llevar a continuación a las llamadas tierras civilizadas donde labrarse una vida mejor. Eso no mermó en absoluto el placer del jefe guerrero Mhurren por el saqueo de Glistar. Sus fosas nasales aspiraban con fruición el humo: madera, grano, paja y lana ardiendo en las ruinas de la ciudad, y a eso se sumaba también el olor a carne quemada. Por supuesto, era carne de ganado, ya que la población había abandonado la ciudad ante la inminente llegada de los Cráneos Sangrientos y sus aliados. Unos cuantos gritos que resonaban en las calles cenagosas, llenas de humo, daban idea de que no todos los habitantes de la ciudad habían conseguido huir, pero ese entretenimiento mantendría ocupados a los guerreros de Mhurren durante bastante tiempo.

—Un buen comienzo —le dijo Sutha.

Estaba detrás de él, vestida con una cota de malla y lucía al cuello, con una cadena, el símbolo de Luthic, la Madre Cueva. Ambos estaban rodeados por guardias de la Calavera que estaban atentos a cualquier peligro. Mhurren había dejado de mala gana a Yevelda en la Fortaleza de Cráneo Sangriento. No podía dejarlas a las dos solas mientras iba a la guerra, pues estaba seguro de que, de haberlo hecho, al volver las habría encontrado a una o a las dos muertas. Además, la magia de sacerdotisa que dominaba Sutha era indiscutiblemente útil en el campo de batalla.

—¡Los muy pusilánimes huyeron nada más vernos!

Mhurren asintió.

—Hicieron muy bien en abandonar la empalizada y la ciudad. Superamos a los humanos y a los sucios enanos diez a uno. Los habríamos matado a todos en una hora.

Señaló el baluarte no conquistado en la cima de la empinada colina donde se levantaba la ciudad. Era un basto fuerte de piedra conocido como el Yunque. Era poco más que una gruesa muralla de piedra que rodeaba la cima de la colina y tenía una puerta bien defendida y una única torre cuadrada.

—Allí es donde se harán fuertes y lucharán. Otras tribus antes que nosotros han saqueado la ciudad, pero ninguna ha tomado el Yunque. Glistar no está destruida mientras no caiga. —Hizo una mueca feroz ante la perspectiva y sacudió su lanza—.

¡Adelante, Cráneos Sangrientos! Quiero oír personalmente los vagidos de las ovejas en su pequeño corral de piedra.

Encabezó la marcha por debajo de la puerta abierta de la empalizada y a través de las calles cenagosas de la ciudad. Glister estaba sobre un promontorio rocoso en el centro de un valle de paredes escarpadas a la sombra de las montañas Galena. Los edificios eran casas bajas y almacenes de paredes gruesas contruidos con piedra y tepe, con unos cuantos edificios de madera medio podrida diseminados entre medio. Éstos eran los que estaban incendiados, ya que los de piedra y tepe ardían mal, una medida defensiva más en una ciudad cuya ubicación se había escogido más por su fácil defensa que por su confort. Mhurren dudaba de que hubiera mucho digno de robar en las partes de la ciudad que habían sido abandonadas a la horda de los Cráneos Sangrientos, pero, por el momento, se conformaba con dejar que sus guerreros y sus aliados se divirtieran. Pronto tendrían que trabajar de verdad.

Oyó fuertes pisadas acompañadas de gruñidos y maldiciones que llegaban de una calle lateral. Reprimió un gruñido de fastidio. El sacerdote tuerto Tangar llegó hasta él como un basilisco, mostrando los dientes con furia.

—¡Nos han traicionado! —rugió el siervo de Gruumsh—. ¿Dónde están los viejos, los débiles, las mujeres y los niños? ¡Han escapado! ¡Los vaasanos los han advertido de nuestro ataque!

Mhurren sonrió despectivo, con cuidado de no mostrar los caninos. A pesar de lo mucho que lo irritaba el sacerdote, no podía arriesgarse a un enfrentamiento abierto con Tangar y sus seguidores.

—Yo no pretendía sorprenderlos, Tangar —respondió con más paciencia de la que le habría gustado—. Tenemos muchas lanzas. Por supuesto que los picapedreros y los cabreros se enteraron de nuestra marcha, pero no temas, no habrán ido muy lejos. —Los exploradores le dijeron a Mhurren que una parte de la población de Glister había huido por las sendas que llevan hacia el sur, a Melvaunt y a Hulburg, pero los nuevos aliados de Mhurren, los de la Garra Roja, estaban vigilando esos caminos. Los humanos que esperasen poner a salvo su oro y a sus familias serían presa fácil para la caballería del lobo. Señaló la fortaleza con su espada—. La mayor parte de la gente de Glister se ha refugiado tras las murallas del Yunque con su oro y sus mujeres. No, no han ido lejos.

Llegó a un almacén destartalado en el extremo más alto de la ciudad, a no más de ochenta metros aproximadamente de la entrada del Yunque. Desde allí tenía una visión clara del reto que los esperaba. Un sendero estrecho llevaba hasta las fuertes puertas de madera claveteadas de hierro. Las murallas del fuerte no eran muy altas, unos seis metros más o menos, pero a excepción del sendero que llevaba hasta la puerta, la subida era una cuesta escarpada y desnuda que acababa a los pies de la muralla, y Mhurren podía ver las formas oscuras de los arqueros y lanceros ocultos

tras las almenas, dispuestos a repeler el asalto. Seguramente la población de Glister tenía alimentos y agua en abundancia para soportar un asedio de un mes o más. Los humanos y enanos que vivían en este lugar remoto, siempre esperaban el ataque de alguna tribu de orcos o de ogros, y se ocultaban tras sus murallas hasta que los sitiadores eran presas del hambre o del aburrimiento y empezaban a pelearse los unos con los otros.

Mhurren no tenía intención de repetir los errores de los jefes que lo habían precedido. No habría sitio contra el Yunque.

Lo que él se proponía era tomar por asalto el fuerte, antes del amanecer.

—Traed aquí al vaasano —les dijo a sus guardias de la Calavera.

Uno de los guerreros inclinó su lanza en señal de saludo y salió a la carrera perdiéndose en medio del humo y la oscuridad. Unos minutos después regresó con Terov, el Caballero de Warlock. El humano vestía su armadura de batalla de placas negras y el yelmo de cabeza de carnero, a pesar de cargar tanto acero, parecía cómodo. Varios caballeros vaasanos acompañaban a su señor, probablemente para protegerlo de cualquier malentendido repentino con los aliados los Cráneos Sangrientos.

El humano alzó la vista hacia las murallas, calculando la probabilidad de una flecha desde las almenas, y a continuación se volvió de espaldas a los defensores con gesto de desprecio.

—Bien hecho, jefe guerrero Mhurren —dijo—. Has encerrado al tejón en su guarida. ¿Lo vas a ahumar para que salga o tienes otra cosa en mente?

—Todavía no hemos puesto a prueba nuestra nueva malla vaasana —le respondió Mhurren.

Había seguido con su propia armadura, hecha de pesadas placas en forma de amenazadoras caras demoníacas, sobre la cota de malla que usaba rutinariamente, y todo porque no quería que sus guerreros pensaran que se había acercado demasiado a los vaasanos. Pero ochocientos de sus mejores lanceros habían cambiado sus armaduras de cuero y sus bastas camisas de escamas por los resistentes yelmos, cotas de malla y grebas de los vaasanos. Como los de Glister no habían defendido su empalizada ni su ciudad, Mhurren no había tenido todavía ocasión de ver cómo resistían en combate, pero sabía reconocer el buen acero, y Terov no había puesto límites a su promesa.

—Voy a tomar el Yunque antes del amanecer.

Terov asintió.

—Tus guerreros han venido aquí a combatir, y todavía no lo han hecho. Es mejor darles ocasión, antes de que decidan que se conforman con haber quemado la ciudad.

—Nos entiendes bien —respondió Mhurren a regañadientes.

—¿Cómo puedo ayudar?

Mhurren señaló hacia la puerta.

—Primero quiero enceguecerlos. Usa tu magia para invocar niebla o humo, a fin de que Guld y sus hombres puedan acercarse sin ser acribillados por las flechas. Después, a una señal mía, quiero que tus mantícoras y wyverns se ocupen de los que defienden las almenas al norte, allí.

El Caballero de Warlock asintió.

—¿Y los gigantes?

—Con mis Cráneos Sangrientos. Guld podría forzar la puerta, pero la muralla norte es el ataque efectivo.

—Será como dices, entonces. Conjuraré una niebla. Haz llegar tus órdenes a nuestros jefes de monstruos y se ocuparán de que los voladores hagan lo que tú dices.

Terov volvió a mirar las almenas y se alejó seguido de sus guardias.

Mhurren gruñó satisfecho y se volvió de espaldas al fuerte.

—¡Mensajeros! —llamó.

Unos guerreros jóvenes, que todavía no habían crecido lo suficiente para soportar escudo contra escudo la revista de la tribu, se pusieron en pie de un salto, dispuestos a cumplir su cometido. Mhurren dio rápidamente sus órdenes, hizo que cada mensajero las repitiera dos veces y los puso en camino; envió la mayoría a los jefes de banda de los Cráneos Sangrientos, dos al ogro Guld, dos a Kraashk de los Garras Rojas, y otros a los monstruos de los vaasanos. A continuación se dispuso a esperar. No haría nada hasta recibir la noticia de que sus órdenes habían sido transmitidas.

Los mensajeros fueron regresando uno por uno. Abajo, en la ciudad, empezaron a oírse ruidos de movimiento entre el rugido y el crepitar de las llamas, las fuertes pisadas de las armaduras y los gritos de las ásperas voces a través de la oscuridad se oía el eco de los látigos de los jefes y sacerdotes que azotaban y aporreaban a los insaciables saqueadores, para apartarlos de las magras riquezas que habían reunido, y los volvían a poner en orden de batalla.

—Se acerca el amanecer —dijo Sutha.

Mhurren miró hacia el este. Un suave resplandor gris perla empezaba a iluminar el cielo. Faltaba poco más de una hora para el amanecer.

—No importa. —Miró a sus tambores y dijo—: Dad la primera señal.

Los tambores cogieron sus baquetas y de sus enormes instrumentos surgió un largo y lento redoble. Cada uno de los tambores de guerra tenía alrededor de un metro y medio de diámetro, y una voz tan profunda y potente que podía llegar a kilómetros de distancia en las condiciones idóneas. En el estrecho valle de Glistar, los altos acantilados de piedra que rodeaban la ciudad se apoderaban del dum-duuum y lo repetían mientras toda la ciudad parecía estremecerse. Entonces Mhurren bajó la mano y los tambores callaron.

Desde un punto a su derecha, oyó la voz de un humano realizando alguna

invocación. Una antorcha solitaria salió volando de las sombras de un edificio y fue a caer en el suelo a poca distancia de la puerta. Por un momento, la antorcha quedó allí consumiéndose en el suelo, Mhurren frunció el entrecejo y se preguntó si aquel gesto insignificante era toda la magia que Terov era capaz de ofrecer. Entonces, la antorcha empezó a humear intensamente, y en unos instantes empezó a producir oleadas de un humo espeso, gris amarillento, que se fue acumulando en el lugar en que yacía hasta ocultarlo rápidamente. Otras dos antorchas surcaron el cielo de la noche y aterrizaron en la ladera, al pie de la muralla, y también empezaron a humear. En poco tiempo, la muralla que daba al lugar donde estaba Mhurren quedó oscurecida por una nube cada vez más grande. Se oyeron gritos de consternación de los enanos y humanos que defendían la muralla.

—Es el turno de Guld —dijo Mhurren—. La segunda señal. ¡Ahora!

Nuevamente empezaron los tambores con su redoble ominoso, y docenas de grandes bramidos le respondieron. Los ogros salieron corriendo de sus escondites, y se lanzaron en tropel sendero arriba hacia la puerta. Cada uno medía casi tres metros de altura y tenía los brazos largos y vigorosos, y las piernas cortas y zambas. Muchos llevaban enormes escudos de piel, más grandes que un hombre o un orco adultos, y abrían el camino a sus compañeros. Los Machacacráneos no llevaban mucha armadura ya que confiaban en su tamaño y en su grueso pellejo como protección contra flechas y lanzas. En medio de la fuerza de asalto, una docena de enormes bestias llevaba un burdo ariete: un tronco de árbol de nueve metros de largo. Desaparecieron entre el humo, y un momento después se oyó el primer golpe contra la puerta del Yunque: *¡boom!* De la humareda salían sibilantes flechas perdidas. Algunas daban en carne de ogro, otras simplemente desaparecían en la noche.

—¡Preparados! —les dijo Mhurren a sus guardias de la Calavera, e indicó a continuación a sus tambores—: ¡La tercera señal, *ahora!*

Los tambores de guerra pasaron del ritmo lento y pesado a un redoble frenético, un segundo tambor se incorporó a cada uno de los otros y tocó furiosamente. Mhurren dio un salto y empezó a correr hacia la muralla seguido de sus guardias. Desde las calles oscuras que había al norte del Yunque, cientos de orcos Cráneos Sangrientos avanzaron como un negro torrente, resbalando y trepando por las empinadas laderas hacia la muralla de la fortaleza. Junto a los orcos, cinco gigantes de las colinas marchaban a poderosas zancadas. Mhurren lo había sincronizado bien, el asalto ogro sobre la puerta había atraído hacia allí a muchos de los defensores; en el lado sur del Yunque (donde estaba la torre) los Garras Rojas hacían llover sus flechas sobre las almenas, hacían demostración propia y dejaban las murallas, a las que se enfrentaban los Cráneos Sangrientos, peligrosamente desguarnecidas. Los que aún permanecían dieron la voz de alarma y empezaron a disparar con sus arcos lo más rápido que podían contra la horda que se aproximaba, y los orcos respondieron

con una marea embravecida de gritos de guerra y amenazas de rabia asesina.

Una flecha perdida salió silbando de la oscuridad; se clavó en el escudo de Mhurren que siguió corriendo sin prestarle atención. Cerca de él, uno de sus guardias de la Calavera dio un chillido repentino y cayó al suelo agitando las piernas. Un arquero hábil o afortunado le había atravesado un ojo. Los defensores empezaron a tirar pesadas piedras desde las almenas. Aun cuando no acertaran a ningún orco de forma directa, las piedras rebotaban y salían rodando ladera abajo con fuerza suficiente para quebrarles las piernas o romperles las costillas a los guerreros que no las veían llegar.

El jefe guerrero, sosteniendo el escudo encima de su cabeza, llegó a la relativa seguridad del pie de la muralla.

—¡Los rezones! —gritó—. ¡Daos prisa, perros!

Lo empinado de las laderas hacía que las escalas fueran casi inútiles contra las murallas del Yunque, de modo que los Cráneos Sangrientos llevaban ganchos y cuerdas con nudos. Docenas subieron por ellas a las murallas. Los gigantes de las colinas, algunos de los cuales estaban furiosos por las muchas flechas que llevaban clavadas, portaban ganchos mucho más pesados unidos a cadenas que no podían cortarse con un simple golpe de espada. Lanzaron sus ganchos y en un instante, los orcos empezaron a subir en tropel por las cuerdas y cadenas, ayudándose con los pies contra la pared de piedra. Los primeros guerreros que iniciaron el ascenso fueron interceptados por flechas o aplastados por piedras lanzadas desde lo alto, y Mhurren maldijo para sus adentros. Era un buen plan, pero todavía podía salir mal si...

—¡Cuidado con las mantícoras! —gritó, presa del pánico, una voz humana por encima de su cabeza.

El jefe guerrero se atrevió a echar una mirada por debajo de su escudo, justo a tiempo para ver a tres de los monstruos de grandes alas bajando en picado desde la oscuridad del cielo. Cada uno de ellos abrió totalmente las alas y frenó su vuelo para golpear con su larga cola de púas metálicas, comparable a mortíferos virotes de ballesta. Unas cuantas flechas lanzadas precipitadamente trataron de alcanzar a los monstruos que se alejaban batiendo las alas. A continuación, un par de wyverns pasaron en vuelo rasante sobre las almenas, lanzaron dentelladas con sus potentes mandíbulas y derribaron a los hombres con sus musculosas colas.

Un desdichado humano fue cogido por una garra y salió volando hacia la profundidad de la noche. Mhurren sonrió ferozmente, dejó a un lado el escudo, asió la cuerda que tenía más próxima e inició su propio ascenso. Durante el tiempo que los monstruos voladores estuvieron acosando a los defensores, los Cráneos Sangrientos siguieron trepando.

—¡Cuerdas arriba, Cráneos Sangrientos! ¡No les deis ocasión de recuperarse! —gritó y se impulsó hacia arriba.

Un puñado de defensores volvió a lo alto de la muralla y tiraron más piedras a los orcos que se afanaban al pie de la pared. El rezón de al lado del suyo fue cortado de repente, e hizo que varios guerreros se precipitaran al suelo. No era una distancia como para matarse, pero Mhurren no tenía el menor interés en experimentarla. Dos de las mantícoras se lanzaron otra vez y descargaron otra andanada de golpes con sus colas. El hierro chocaba en algunos casos con la piedra y en otros se hundía en la carne con un sonido espantoso.

Sorprendido, Mhurren llegó a la cima de la muralla y se subió a ella sin que nadie le molestara. Rápidamente, se apartó de la cuerda para dejar sitio al Cráneo Sangriento que venía detrás y sacó una corta hacha de combate de su cinto, el escudo y su lanza los había dejado abajo, en el suelo. Ya había docenas de Cráneos Sangrientos sobre las almenas, y su número se hacía cada vez mayor.

—Ya son nuestros —dijo Mhurren con voz ronca.

—*¡Muere, orco!* —gritó un enano cerca de él, dispuesto a enterrar su hacha con ambas manos en el cuello de Mhurren con un potente enviñón.

El jefe guerrero se colocó de un salto dentro del arco del hacha del enano y golpeó a éste en la cara con el mango de la suya. Se oyó el crujir del hueso y saltó la sangre. El enano dio un aullido y retrocedió, pero Mhurren lo siguió y lo hizo picadillo con una andanada de golpes cortos y furiosos. Con un alarido triunfal dejó que la sed de sangre se apoderara de él y se lanzó de cabeza contra el primer grupo de guerreros enzarzados que vio. Luchó con el hacha, con el puño de cota de malla, a puntapiés y puñetazos e incluso dio un frenético mordisco a un infortunado humano que empujaron hacia él. El pobre desgraciado salió gritando con una oreja menos que Mhurren escupió al suelo.

Miró en derredor buscando otro contrincante, pero no había más guerreros dispuestos a hacerle frente. Mhurren rugió frustrado y lentamente sacudió su rabia. No había nadie más con quien combatir, los Cráneos Sangrientos habían tomado la muralla. Sus guerreros corrían hacia la atestada muralla exterior del Yunque, donde la población del fuerte gritaba y lloraba aterrorizada. Al otro lado del camino, los ogros de Guld habían atravesado la puerta y se habían puesto a la labor en el pequeño fuerte, cuyo techo había quedado indefenso tras los estragos hechos por los wyverns.

—Ya está —dijo en voz alta—. ¡Por la negra lanza de Gruumsh, el Yunque es nuestro!

Mhurren bajó al patio. Le corría sangre por el brazo y le goteaba por los dedos. En un momento de la refriega, había recibido una cuchillada en el brazo izquierdo, aunque no podía recordarlo. Así era la locura de la batalla. Y, eso serviría para aumentar su considerable prestigio ante los guerreros. No olvidarían que había dejado algo de su sangre en las murallas del Yunque.

—Ya tienes tu victoria, jefe guerrero, Glister es tuyo. —Terov, el Caballero de

Warlock, se acercó, abriéndose camino entre los muertos y los heridos. La cara del vaasano permanecía oculta bajo su yelmo astado, pero Mhurren podía sentir la confianza del hombre—. ¿Estás satisfecho con nuestro acuerdo?

—Has hecho todo lo que dijiste que harías —le respondió el jefe—, pero ahora creo que podría haber tomado Glister sólo con los Cráneos Sangrientos. Era una plaza débil.

—Puede ser —concedió Terov—, pero me pregunto cuántos más de tus guerreros habrían muerto tomando esta fuerte plaza. Sin ogros para derribar la puerta ni mantícoras para limpiar las almenas, ni magia vaasana para enceguecer a los defensores en el momento crucial. Creo que podría haber resultado demasiado costoso para tu gusto... especialmente si seguías teniendo a los Garras Rojas como rivales y tal vez celosos de tu éxito.

—Suficiente —dijo Mhurren—. Ya sé lo que has hecho por mí, Terov.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿estás satisfecho con nuestro acuerdo?

El jefe guerrero observó la carnicería del fuerte tomado y sonrió fríamente.

—Creo que le estoy tomando el gusto. Podríamos estar a las puertas de Hulburg dentro de diez días, y ésa sí que es una ciudad que merece un saqueo.

El Caballero de Warlock asintió.

—Y puedes... si se niega a pagarte tributo. Pero yo tengo un uso previsto para Hulburg, de modo que si el harmach accede a tus demandas, no la destruirás.

Mhurren frunció el entrecejo.

—¿Y si prescindo de ti?

—Tú y tus Cráneos Sangrientos podéis seguir vuestro camino, pero creo que los Machacacráneos y los Garras Rojas ya no os responderán. Y tampoco los gigantes, las mantícoras ni los wyverns. Dudo de que tengáis la fuerza necesaria para arrasar Hulburg sin la ayuda que puedo proporcionarte.

A Mhurren no le gustaba la idea de someterse al humano, pero Terov no mentía. Le gustase o no, necesitaba la ayuda del vaasano si aspiraba a seguir adelante con sus conquistas.

—Has estimulado el apetito de mis guerreros por el pillaje, Terov. Ahora que han saboreado una victoria como ésta, pedirán otra.

El Caballero de Warlock se mantuvo imperturbable.

—Como te he dicho, Mhurren, necesitaré Hulburg a menos que se nieguen a entregarse, pero no tengo nada pensado para Thentia. No puedo prometerte que podrás marchar sobre Thentia este año, pero si los orcos me ayudáis a someter a Hulburg, pondré Thentia en tus manos a la mayor brevedad. Y ahora te lo pregunto por última vez: ¿estás satisfecho con nuestro trato?

El jefe de los Cráneos Sangrientos miró hacia el este. Ya estaba saliendo el sol. Sus guerreros estaban escogiendo nuevos trofeos para el gran salón de la Fortaleza de

los Cráneos Sangrientos; tenían más al alcance de la mano. Cerró el puño izquierdo y observó las gotas de sangre que caían al suelo.

—Está bien, Terov —dijo finalmente—. Estoy satisfecho. Prestaré el juramento.

DIEZ

21 Ches. Año del Intemporal

Geran decidió dirigirse primero al túmulo más lejano para a continuación, recorrer los demás en el camino de regreso a Hulburg. Después de aprovisionarse en las cocinas del castillo y de elegir nuevas monturas en los establos de la Guardia del Escudo —un vigoroso corcel negro para Geran y un poni grande y desgredado para Hamil— volvieron a ponerse en camino. Esta vez cabalgaron más de doce kilómetros valle arriba antes de subir a las tierras altas que quedaban hacia el oeste. Después de un breve descanso y un almuerzo frío a base de salchichón y queso curado, se aventuraron en los páramos propiamente dichos y dejaron atrás el valle de Winterspear.

Durante su anterior incursión en los Altos Páramos con Kara, habían viajado hacia el noreste desde Hulburg, encaminándose hacia las estribaciones de las Galena. Esta vez avanzaban en dirección noroeste, siguiendo un camino más o menos directo hacia campo abierto, por encima de Thar. Eran estas tierras más secas y con menos vegetación que los Altos Páramos orientales. La lluvia proveniente del oeste, por lo general, pasaba sobre las colinas desnudas de este lado del valle de Winterspear como niebla húmeda, ventosa que, realmente, no se transformaba en lluvia hasta que encontraba la imponente muralla de las montañas Galena. Bajo sus pies empezaban a aparecer afloramientos de roca desnuda, gris y húmeda, y la vegetación se hacía más rala y dura. Mientras pasaban, Geran le señaló a Hamil dos de los antiguos mojones de demarcación. La pintura blanca de las viejas piedras había desaparecido casi por completo.

A algo menos de cinco kilómetros del lugar al que habían subido al salir del valle de Winterspear, llegaron a una falla dentada de piedra rosada y estriada que atravesaba la tierra como un tortuoso y titánico escalón de tres metros de altura y varios kilómetros de extensión: una franja de tierra cambiante que dividía el páramo. Siguiéndola se llegaba a un punto donde la elevación y la caída naturales del terreno acababan a menos de un metro del punto más alto de la sinuosa pared rosada. Geran y Hamil desmontaron para conducir sus caballos cuidadosamente hasta la cima. La extraña piedra se extendía a lo largo de kilómetros como un tortuoso camino, pero no tenía más de quince metros de ancho. Con cuidado fueron atravesando la zona y volvieron a bajar a los páramos naturales del otro lado. El fuerte y persistente viento hacía aletear sus empapados capotes.

—Tengo que reconocer que mi determinación de seguirte por estos páramos desolados se desvanece rápidamente, Geran —le gritó Hamil en medio del constante y fúnebre quejido del viento cuando volvieron a montar—. A estas alturas

francamente me importa un bledo la relación que puedan tener los Veruna con los túmulos.

—Ya no falta mucho —respondió Geran—. Seis o siete kilómetros más y encontrarás refugio contra la lluvia y el viento.

—Así le llamas a un túmulo mohoso, húmedo y apestoso que probablemente estará lleno de tumularios y ladrones fantasmas de almas —dijo el halfling con un estremecimiento—. ¿Qué demonios esperas encontrar allí?

—Si lo supiera, no tendría que ir a mirar. —El mago de la espada se permitió esbozar una sonrisa ante las quejas de su compañero.

Al fin y al cabo, Hamil iba detrás de él y no podía verla. Cuando se giró en la silla para dirigirse a él, vio algo por el rabillo del ojo. Encima de la muralla de tierra cambiante que habían dejado atrás, entrevió una forma oscura, algo grande y gatuno que se deslizaba rápidamente por encima de la piedra extraña antes de saltar y perderse de vista.

—¡Detrás de nosotros! —le dijo a Hamil entre dientes.

Refrenó su caballo y lo hizo girar a la derecha, llevándolo a un lugar desde donde poder ver mejor el camino por el que habían venido.

—¿Qué? —Hamil miró rápidamente por encima del hombro. Volvió a mirar al frente y repasó la zona que les rodeaba en busca de posibles amenazas, antes de seguir la mirada de Geran y agacharse para coger el arco que llevaba a la altura de la rodilla—. ¿Qué has visto?

—No lo sé —dijo Geran rápidamente. Ahora por detrás de ellos sólo se veían algunos jirones de niebla. Se quedó mirando largo rato, abarcó todo el panorama sin centrarse realmente en nada, y dejó que su vista se hiciera cargo de todo... sin resultado. Fuera lo que fuere lo que había visto, había desaparecido, aunque tenía la sensación de que en el páramo, había algo además de ellos—. Parecía una especie de gran felino, tal vez un tigre rojo o un leopardo de las rocas, pero era negro, y me pareció que tenía las patas más largas que un tigre o un leopardo.

—¿Son comunes aquí, en los Altos Páramos?

—No, no lo son —admitió Geran—. Los tigres rojos prefieren los bosques, y los leopardos cazan en los valles y pasos elevados. He visto uno o dos tigres más cerca de las montañas, pero no por aquí. No es el lugar donde suelen vivir.

Esperaron y observaron durante otros diez minutos, examinando ansiosamente el páramo. No apareció nada. Finalmente Geran suspiró y se frotó los ojos.

—Tal vez fuesen visiones.

—Ni por un instante me creería eso.

—Yo tampoco. Bueno, sigamos. Si hay algo que nos sigue el rastro, sólo cabe tener los ojos bien abiertos y confiar en que pierda pronto su interés.

Geran sabía que cuando cerrara los ojos para dormir esa noche estaría pensando

en una veloz sombra de formas felinas deslizándose por los páramos hacia él. Si no encontraban un refugio o una choza con una puerta bien sólida, tal vez tuvieran que montar guardia.

Siguieron cabalgando una hora más sin ver el menor vestigio de sombras oscuras persiguiéndolos, y por fin encontraron el mojón de demarcación que Geran estaba buscando. Estaba próximo al borde de otro viejo campo de túmulos en el que había una veintena de túmulos bajos, cubiertos de hierba, esparcidos a intervalos irregulares en cientos de metros. El mago de la espada consultó las notas que había tomado en el estudio del harmach, marcó cuidadosamente la dirección desde el mojón y avanzó lentamente hacia el norte. Pasaron por varios túmulos viejos, a punto de derrumbarse, y encontraron aquel que habían profanado, exactamente donde lo habían señalado los apuntes de Jarad.

Era un túmulo relativamente grande e intacto, redondo y en forma de cúpula, con una empinada escalera en el centro que descendía directamente entre grandes plintos de piedra. Montones cenagosos de tierra húmeda y piedras sueltas rodeaban la escalera revelando su reciente excavación. Los dos viajeros desmontaron, ataron sus caballos y Geran decidió retirar las alforjas del suyo.

Hamil lo observó.

—¿Tienes pensado quedarte mucho tiempo? —preguntó con cara preocupada.

—No sé lo que vi allí en la pared de piedra —dijo Geran—, pero si algo asusta a nuestros caballos, preferiría tener el petate y la cena conmigo y no dando tumbos por todo el Thar.

—Buena observación —replicó el halfling, y siguió el ejemplo de Geran.

Los dos viajeros dejaron sus alforjas junto a la escalera que descendía hacia el fondo del túmulo, se internaron en la penumbra y bajaron a tientas por los estrechos escalones de piedra.

—*Aumie* —dijo Geran en voz baja, invocando un simple globo de luz para iluminar el camino.

Los escalones los llevaron a una pequeña antecámara, embarrada y húmeda tras los meses expuesta a la intemperie. El aire olía a cerrado, pero el mago de la espada pasó por debajo de un arco de poca altura y siguió adelante, con una mano en la empuñadura de su espada. Como el túmulo ya había sido saqueado, era poco probable que hubiera no muertos montando guardia por allí, pero no estaba dispuesto a que le sorprendieran desprevenido en caso de estar equivocado.

Por lo que vieron, el túmulo estaba formado por tres exiguas cámaras con unos arcos bajos que daban paso de una a otra. No se había enterrado un gran tesoro funerario con su ocupante, que descansaba bajo un pesado sarcófago de piedra que llevaba grabado el símbolo de Lathander, la antigua deidad del amanecer. Todavía se lo adoraba bajo la advocación de Amaunator, aunque Geran siempre había preferido a

Tymora y Tempus, deidades de la suerte y la batalla protectoras de los aventureros. Se acercó más a la cripta de piedra y echó una mirada al interior. Se encontró con los huesos decrépitos de una persona importante muerta hacía tiempo y todavía envuelta en los restos de lo que había sido su sudario.

—Los profanadores no se llevaron gran cosa —observó Hamil, poniéndose de puntillas para echar una mirada al viejo esqueleto—. Mira, todavía tiene un par de anillos en los dedos. ¿Por qué los habrán dejado?

—Son de cobre y no tienen piedras preciosas.

—Sí, pero si te tomas el trabajo de excavar las escaleras, ¿por qué no ibas a recoger hasta el último penique?

—Puede que el tesoro tuviera alguna maldición. O tal vez haya un fantasma u otra cosa desagradable rondando —dijo Geran.

Hamil frunció el entrecejo y se apresuró a retroceder un paso. Geran decidió examinar el suelo más de cerca para asegurarse de no haber pasado nada por alto. Golpeó las viejas losas con el pie, por si algo revelaba la presencia de criptas ocultas por debajo de ésta, pero el terreno parecía sólido. Prestó atención luego a las paredes y llegó a la conclusión de que lo que había allí era lo que se veía. Había una antigua inscripción tallada en la pared por encima de la cabecera del sarcófago. Se acercó y pasó la mano sobre las runas.

—¿Es escritura enana? —preguntó Hamil.

—Son runas Dethek, pero no es enano, es tesharan antiguo. Los tesharanos fueron los primeros humanos que se asentaron en las tierras al norte del Mar de la Luna. Usaban el alfabeto enano. —Geran estudió los trazos minuciosamente—. Creo que dice: «Aquí yace Evanderan, supremo»... ¿consejero?, ¿príncipe? No conozco esa palabra... «a Thentur, guardián del»... algo más... «sirviente de Lathander». Después viene una especie de plegaria a Lathander. Al parecer, eso es todo.

—Bueno, Evanderan es un tipo críptico, y tengo la sensación de que no ha sido muy abierto con sus secretos —dijo Hamil—. ¿Qué más estamos buscando, Geran?

El mago de la espada hizo un gesto de incertidumbre.

—Creo que no hay mucho más que ver aquí. Vamos al siguiente túmulo. Debería estar unos cinco o seis kilómetros hacia el nordeste.

Salieron del túmulo de Evanderan, se encontraron con que nada había molestado a sus cabalgaduras mientras estuvieron dentro, y las volvieron a ensillar. Fueron al siguiente túmulo y lo encontraron más o menos igual que el primero: una estructura redondeada en forma de cúpula, con una escalera empinada excavada en el techo. Este se encontraba solo en un pequeño altozano. No había ningún otro túmulo en las inmediaciones. Una vez más, ataron cuidadosamente a sus caballos y descendieron al fondo del túmulo.

Después de explorar durante una hora los angostos pasadizos y cámaras mohosas

de este segundo túmulo, no encontraron más de lo que habían hallado en la tumba de Evanderan. Igual que la vez anterior, Geran y Hamil buscaron exhaustivamente pasajes secretos, pero el túmulo no tenía nada digno de mención. Los Altos Páramos estaban llenos de montículos mortuorios similares.

Geran volvió a salir al exterior. Por fin, había dejado de llover pero el cielo seguía plomizo y amenazante. Dos túmulos bien corrientes, sin perspectivas de fortuna considerable para los presuntos ladrones, y tampoco habitados por espectros ni por tumularios odiosos. Suponía que la mayor parte de los túmulos que quedaban intactos en los Altos Páramos serían tan poco interesantes como éstos; probablemente, las leyendas del oro y los tumularios pecaban de muy exageradas.

—Quizá encontremos algo más interesante en el siguiente —dijo para sus adentros.

Cuando habían recorrido poco más de un kilómetro y medio, pasaron por una pequeña choza de pastores situada en un declive protegido. Geran tiró de las riendas y echó una mirada al lugar. La noche se les echaba encima, y todavía pesaba sobre él la sombra amenazadora que había visto antes.

—Acampemos aquí —le sugirió a Hamil—. No queda mucho tiempo de luz, y preferiría tener un techo sobre mi cabeza esta noche, que dormir al descubierto.

El halfling miró con desagrado la pequeña estructura. Estaba hecha de piedras apiladas unas sobre otras y unidas con tierra seca a modo de rudimentarias paredes, el techo estaba hecho de tepes.

—Si te parece... —dijo.

Ataron a los caballos cerca de la choza, encendieron un fuego con un pequeño haz de leña que habían traído consigo y prepararon una cena sencilla mientras el sol se ponía. A continuación, Geran trazó cuidadosamente sigilos y conjuros de custodia en torno a la choza. Había aprendido unas cuantas cosas por el estilo en Myth Drannor, y aunque no confiaba mucho en sus intentos, supuso que no le haría ningún daño intentarlo. Una vez hecho esto, los dos viajeros aseguraron la puerta y extendieron sus petates sobre las desnudas estructuras de madera que había dentro del refugio.

Pasaron la noche tranquilos, aunque Geran se despertaba a cada ráfaga o sonido extraño que llegaba de la oscuridad. Una o dos veces, los caballos olieron algo que no les gustaba y piafaron inquietos, pero nadie se los llevó ni trató de comérselos. Por la mañana seguían allí, enteros e intactos. Geran asó algo de tocino sobre las brasas y levantaron el campamento. La mañana era neblinosa y húmeda, pero no había viento, y Geran albergó cierta esperanza de que despejara al avanzar el día.

—¿Más túmulos hoy? —preguntó Hamil, bostezando.

—Tres, espero. —Geran se estiró, después describió un círculo para estudiar los alrededores, orientarse y encontrar el siguiente túmulo. En un momento dado se detuvo con expresión perpleja.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Hamil.

—El primer túmulo estaba al borde de todo un campo de montículos funerarios —dijo Geran—. Debía de haber un par de docenas en un radio de menos de dos kilómetros en torno al que estaba abierto, pero en torno al segundo no había ninguno. Estaba solo.

—¿Es eso poco habitual?

—No, supongo que no. Hay muchos túmulos en los Altos Páramos que no tienen otros cerca. Es sólo que... ¿por qué cabalgar una hora para encontrar otro túmulo que abrir cuando había muchos otros a mano? ¿Por qué pasar por alto aquellos túmulos e ir en busca de un segundo?

—¿Habrán abierto ése antes para pasar a continuación al que visitamos en primer lugar? —conjeturó Hamil—. Tal vez tenían pensado abrir más de los túmulos del campo grande.

Geran sacó su anotador de bolsillo y volvió a comprobar las notas que había tomado en el estudio de su tío.

—Puede ser, pero la apertura del primer túmulo fue descubierta antes que la del segundo. Los profanadores de tumbas empezaron por un túmulo rodeado de muchos otros y a continuación, fueron a otro diferente situado a varios kilómetros de distancia.

—Ya ves, es probable que los mulmasteritas estuvieran saqueando criptas al azar. Puede que haya sido pura casualidad que eligieran una u otra. Que sepamos, podrían echar los dados para decidir qué túmulo abrir.

Geran miró a su amigo desde su altura.

—¿De veras lo crees?

—No, la verdad es que no —dijo Hamil con un suspiro—. Volvamos al primer túmulo y echemos otra mirada. Tiene que haber una razón para que hubieran elegido ése entre todos los demás que había en ese campo.

—Me admira tu actitud tan concienzuda.

—He decidido cobrarte por mis servicios y espero cobrar por hora. Puedes tomarte todo el tiempo que quieras.

Geran se rió y le dio a Hamil una palmada en el hombro.

—En ese caso, será para ti una decepción saber que el tercer túmulo que tengo intención de visitar está más o menos en esa dirección. No necesitamos desviarnos mucho para visitar la tumba de Evanderan.

Los dos viajeros ensillaron sus caballos y pasaron la mañana recorriendo la distancia que los separaba del primer túmulo que habían visto.

Mientras se acercaban, Geran prestó más atención a los demás túmulos que había alrededor del de Evanderan. Algunos eran muy antiguos, poco más que montones de piedra y tepe que ya hacía tiempo que se habían derrumbado. Otros eran montículos

largos, rectangulares, como si alguien hubiera enterrado hacía tiempo la totalidad de la morada de un jefe bárbaro. El túmulo en el que Jarad había estado emboscado era de ese tipo. Volvieron al montículo mortuorio del lathanderiano y desmontaron, echando una mirada en derredor. La mañana ya iba tocando a su fin, pero el cielo parecía a punto de aclarar. Al oeste se veía una brillante franja amarillenta que marcaba el final de las nubes de lluvia.

—Creo que va a estar despejado y frío cuando desaparezcan las nubes —observó Geran.

Hamil no respondió de inmediato. Estaba estudiando el túmulo más próximo con toda atención.

—Geran —dijo—. ¿Tienen algún significado los diferentes estilos de los montículos? El de allí es grande y rectangular, pero el siguiente es un montón truncado de piedras, como un mojón diferente. ¿Los habrán levantado distintos pueblos?

—No lo sé. —Geran se rascó el mentón. Ahora que Hamil lo decía parecía evidente, pero nunca antes le había llamado la atención—. Parece probable. Es evidente que algunos están mucho más erosionados que otros. Supongo que deben de ser varios siglos más antiguos. En realidad, podrían no ser humanos. En algunos podrían estar enterrados enanos, u orcos, o incluso ogros.

—Éste es un túmulo del mismo tipo que el que vimos ayer. Mira, los dos son redondos, no demasiado grandes, recubiertos de piedra labrada y los dos tienen escaleras de entrada cerca del centro del túmulo. —Hamil alzó la mirada hacia él—. Los hombres de Veruna podrían estar buscando túmulos de ese tipo.

Geran asintió.

—Y además, ésta era la tumba de un lathanderiano, y también había un símbolo de Lathander en el sarcófago del segundo túmulo. —Sacó su anotador y comprobó los apuntes sobre los túmulos restantes, después echó una rápida mirada al cielo para comprobar el estado del tiempo—. El siguiente de la lista está aproximadamente a siete kilómetros. Si nos damos prisa, podemos visitarlo y nos quedaría tiempo para llegar al siguiente antes de que se haga de noche.

Se encaminaron al sur, tomando indirectamente la dirección de Hulburg a campo traviesa para ahorrar tiempo. Por el momento ninguna otra sombra negra y misteriosa les seguía el rastro, eso si en algún momento los había perseguido. Alrededor de mediodía, hicieron un alto para tomar un refrigerio con las provisiones que tenían a mano. Las nubes se habían alejado hacia el este, y el viento había empezado a amainar. Tal vez hubiera sido más prudente dar un poco más de descanso a sus cabalgaduras, pero la curiosidad acuciaba a Geran. Estaba deseando ver qué les revelaba el tercer túmulo.

Una hora más de camino los llevó al tercer túmulo de la lista. Este estaba en una

pequeña hondonada, no lejos de un montón de piedras antiguas que en una época podría haber sido un círculo de menhires. En cuanto Geran puso el ojo encima al antiguo montículo funerario, hizo una mueca y refrenó a su caballo. Junto a él, Hamil hizo lo mismo. Se miraron el uno al otro y lentamente se acercaron.

Era un túmulo circular, pequeño, con paredes de piedra burdamente labrada. Alguien había excavado la vieja escalera que había en su centro, dejando montones de tierra negra y húmeda, y pequeños montones de piedras para marcar el lugar.

—Bien, bien —murmuró Geran—. Es posible que tuvieras razón, Hamil.

—Será mejor entrar y asegurarse —replicó el halfling.

Como en los casos anteriores, ataron los caballos y treparon a la cima del túmulo de escasa altura. Geran volvió a hacer su conjuro luminoso y descendieron al fondo del túmulo. Éste presentaba más daños; varias entradas antiguas habían sido selladas con piedra y mortero por los que lo habían construido, y los restos de rocas recién partidas demostraban que los intrusos las habían echado abajo con barras y cuñas.

Encontraron el sarcófago abierto y los huesos que contenía, dispersos por toda la cámara mortuoria. La tapa de piedra de la cripta estaba tirada a un lado, rota en tres pedazos... pero el emblema del amanecer de Lathander seguía intacto en el más grande. La piedra rota estaba decorada con más runas dethek. Geran se arrodilló al lado y pasó los dedos por encima de los caracteres.

—Dice: «Hermana Kestina Ellin —leyó en voz alta— de la familia Thentur, año de la Ráfaga Cortante; murió en Thar, año de la Matanza. Calló en batalla contra la horda del Puño Ardiente».

—Con ésta ya son tres —dijo Hamil en voz baja—. Tus mulmasteritas están buscando un túmulo específico. Es la tumba de un lathanderiano. ¿Quieres comprobar la cuarta y la quinta para asegurarte?

—Están de camino a casa, de modo que no hay motivo para no hacerlo —dijo Geran—, pero a estas alturas, casi pienso lo mismo que tú, Hamil. Sin duda no apostaría contigo. —Se balanceó sobre los talones y miró en torno, reconcentrado en sus pensamientos—. Da la impresión de que esta tumba fue saqueada de una forma más agresiva que las otras dos —observó—. Hay muchos más daños.

—Tal vez había más tesoros dignos de llevarse. O a lo mejor nos encontramos ante la obra de dos bandas diferentes, una más cuidadosa y la otra más interesada en la rapidez que en la seguridad. —Hamil escudriñó las antecámaras y meneó la cabeza—. Lo que es indudable es que aquí no queda casi nada.

—De todos modos, no es buena idea llevarse los tesoros de un túmulo. No me gustaría tener que explicarles a Kara o a mi tío cómo se llenaron nuestros bolsillos de oro. No creo que esperen mucho de mí, pero al menos eso sí lo esperan.

—Bueno, los hombres de Veruna parecen inclinados a no hacer caso de la ley del harmach. ¿Y qué me dices del oro que ya se han llevado? ¿Si se lo arrebatamos, no

creo que pretendan que lo devolvamos!

—Primero tendríamos que encontrar a los hombres que profanaron este túmulo. Y te recuerdo que tal vez no sean de la Casa Veruna. —Geran señaló con el gesto la escalera de salida—. Vamos, Hamil. Me gustaría ver uno más para asegurarme.

ONCE

23 Ches, Año del Intemporal

El cuarto túmulo estaba apenas a unos tres kilómetros más adelante, pero no fue fácil encontrarlo. Geran y Hamil anduvieron de un lado a otro durante casi dos horas siguiendo una cadena baja de viejos peñascos erosionados que hacían las veces de cerco, hasta que finalmente encontraron el montículo funerario en cuestión. Geran no podía imaginar cómo se habrían dado cuenta de que había sido profanado ya que estaba alejado de cualquier lugar de paso. De todos modos, era otro túmulo redondeado en forma de cúpula, como ellos esperaban.

—¿Te interesa apostar a que hay un sacerdote de Lathander enterrado dentro? —preguntó Hamil. Geran se limitó a negar con la cabeza.

En el interior se encontraron con que el desorden era todavía mayor que en el tercero que habían visitado. Geran no podía asegurar que fuera una tumba lathanderiana, pero la construcción del lugar era lo bastante parecida a las anteriores como para deducir que alguien, que buscaba tumbas de un aspecto determinado, podría haberla incluido con el fin de ser minucioso. Después de revolver entre los escombros durante una hora, desistieron y salieron a la penumbra del anochecer. Una pincelada de anaranjado rabioso quedaba en el horizonte occidental, y el viento empezaba a arreciar otra vez, cortante y frío.

—Tendrías que haber apostado —dijo Hamil.

—De haberlo hecho, todavía estarías dentro buscando pruebas de que habías ganado —dijo Geran—. La verdad es que se ha acabado el día.

Se estremeció, la noche prometía ser fría y no habían visto ningún refugio adecuado por los alrededores. Podían dormir dentro del túmulo, que los protegería de la intemperie y era bastante fácil de defender, pero por allí no se veía nada que pudiera alimentar un fuego. Tampoco le gustaba mucho la perspectiva de dormir en un túmulo funerario. Todavía no habían visto espíritus inquietos, pero a Geran se le erizaba el pelo de la nuca de sólo pensar en cerrar los ojos en el interior de una húmeda tumba de piedra. Si eso no era propiciar algún tipo de persecución, no podía imaginar otra cosa que lo fuera.

Hamil echó una mirada a la hondonada rocosa donde estaba el túmulo y en su cara se reflejó la preocupación.

—Me parece oír algo en el viento, Geran —dijo el halfling en voz baja—. Debemos tener cuidado esta noche.

—Yo tengo la misma sensación. —Geran giró lentamente, pasando revista a los páramos que los rodeaban—. La mayoría de las veces, los Altos Páramos no están tan mal cuando se pone el sol, pero de vez en cuando hay una noche en que cosas oscuras

se inquietan... y ésta podría ser una de ellas.

—¿Nos quedamos aquí o buscamos otro lugar donde pasar la noche?

—No quiero quedarme aquí, pero no puedo prometer nada mejor. —El mago de la espada se alisó el pelo con la mano y suspiró.

—Si ésta es una tumba lathanderiana, es bastante probable que esté protegida contra los no muertos.

—Podría ser... —Geran hizo una pausa y miró hacia el sur, Hamil le había dado una idea—. Espera, creo saber dónde podemos pasar la noche. Y hasta podríamos encontrar a alguien que nos dé algo de información sobre las tumbas de los lathanderianos. Hay una vieja abadía a unos siete u ocho kilómetros de aquí. Está casi en ruinas, pero todavía viven allí algunos monjes.

—¿Ocho kilómetros? Va a ser una cabalgada larga y fría —dijo Hamil vacilante—. ¿Podrás encontrar el camino en la oscuridad?

—No soy Kara, pero haré todo lo que pueda. —Geran bajó de un salto del montículo y recogió sus alforjas—. Y en el peor de los casos, tal vez encontremos un lugar mejor donde acampar por el camino.

Habían dejado sus caballos con las sillas puestas, pues no habían tenido intención de pasar mucho tiempo en el cuarto túmulo. Los dos compañeros reunieron rápidamente sus pertenencias, ajustaron el correa de las sillas y montaron. Geran se tomó un momento para orientarse y partió a trote largo, fiándose del paso fácil de su corcel. Iba a ser un trayecto duro, pero si no se perdía —o si su caballo no metía la pata en un agujero en medio de la oscuridad—, no tardarían más de una hora. Miró a Hamil que lo seguía. El poni del halfling no parecía tener problemas para adaptarse a su paso.

Avanzaron por los páramos mientras el poniente se iba transformando en un rojo evanescente que bordeaba el horizonte hacia la derecha y las estrellas empezaban a emerger en el cielo a medida que se despejaba. El viento se hizo más fuerte, silbaba entre la alta hierba y se quejaba al rozar la piedra desnuda y gris. A Geran pronto empezaron a dolerle las manos de frío y se estremeció bajo su capote. Cuando llevaban unos tres kilómetros avanzados, ya había oscurecido tanto, que empezó a temer seriamente que los caballos dieran un mal paso, de modo que recurrió a un conjuro luminoso que hizo surgir un globo de luz azulada unos cuantos pasos por delante de él.

—¡Si hay algo en dos kilómetros a la redonda no podrá por menos que ver esa luz, Geran! —le gritó Hamil.

—Lo sé, pero no quiero que los caballos se arriesguen en la oscuridad. La caminata será larga si uno de ellos se rompe una pata.

El horizonte ya no se veía, y Geran no era capaz de distinguir los mojones. Eligió una estrella que esperaba estuviera en la dirección adecuada y orientó a su caballo

hacia ella. El trote estaba empezando a producirle cansancio. Le dolían los muslos y la espalda.

Algo cambió en el viento, y el quejido constante adquirió un tono diferente. Daba la impresión de que unas voces frías y distantes susurraban en el viento, y a Geran le dio un vuelco el corazón.

—Espíritus tumularios —dijo en voz baja.

Fantasmas, espectros o algún tipo de temibles seres fantasmagóricos. Fuera lo que fuere, no presagiaba nada bueno a los vivos. Hamil y él tenían que abandonar el páramo, o pronto sabrían exactamente qué era lo que andaba rondando en el viento nocturno.

—¿Los oyes? —preguntó Hamil mentalmente.

Geran se limitó a asentir. Tuvo la sensación de que algo se acercaba y miró rápidamente a uno y a otro lado. No había nada... pero cuando volvió a mirar la senda que tenía delante, le pareció que una figura espectral flotaba en el aire a poca distancia. Era la imagen de un guerrero antiguo, vestido con la sencilla cota de malla y el yelmo sujeto a la nariz que solían llevar los guerreros de cinco siglos atrás. Su barba trenzada era gris y rala y en las cuencas vacías de los ojos brillaba una luz verdosa y pálida.

—Tu fin está próximo, mortal —susurró el espectro—. Dormirás bajo las frías estrellas esta noche y jamás te volverá a encontrar el sol.

El caballo de Geran sacudió la cabeza presa del pánico y un miedo helado pareció hurtar la voluntad al mago de la espada. Durante un instante largo y terrible miró a la aparición y luego tiró de las riendas y apartó a su caballo del funesto espíritu. Clavó las espuelas en los costados del animal y con un agudo chillido de terror, el negro corcel salió disparado hacia el interior de la noche. Geran se pegó a su cuello y lo dejó correr. Oía los cascos del poni de Hamil perdiéndose en la distancia. Por fin redujo el paso y Hamil no tardó en darle alcance.

—No te pares ahora —le dijo el halfling—. ¡Creo que nos está persiguiendo!

Geran volvió a acicatear a su montura y condujo a Hamil a través de los páramos. Fuera cual fuere la senda que estaban siguiendo, hacía tiempo que la habían dejado atrás y no quería tratar de encontrarla otra vez. Llegaron a un barranco de empinados laterales que cortaba su camino. Geran lanzó una maldición. Tenía que sortearlo y desviarse a uno u otro lado. Su sentido de la orientación le aconsejaba sortearlo por la izquierda, pero en esa dirección el terreno se hacía más escarpado ya que la tierra descendía hacia el valle de Winterspear. A la derecha tenían más posibilidades de encontrar un lugar por donde cruzar, pero temía que los apartara todavía más de su curso. El mago de la espada hizo una mueca y decidió encaminarse primero a la derecha. Cabalgaron en dirección oeste unos centenares de metros y el barranco se fue volviendo paulatinamente más llano hasta que les permitió cruzar. Cuando

volvieron a subir por el otro lado, Geran vio un atisbo de débil luz amarilla a lo lejos, en el páramo.

—Gracias a Tymora —dijo en voz alta—. Creo que es la abadía.

—Bien —dijo Hamil, castañeteándole los dientes.

Los viajeros se pusieron a la par siguiendo la luz distante. Durante largo rato dio la impresión de retroceder ante ellos, ya que su brillo no se intensificaba jamás, pero por fin empezaron a ganar terreno, y un montón de torres semiderruidas, desperdigadas y de piedras sepultadas entre la maleza apareció coronando una colina de empinadas laderas. En unas cuantas ventanas con los postigos cerrados se veía luz y un farolillo se balanceaba con el viento. Cruzaron una calzada de piedra antigua, subieron al camino, y Geran lanzó un suspiro de alivio cuando a medio galope recorrieron los últimos cientos de metros.

Llegaron a la puerta castigada por la intemperie que había en la semiderruida muralla y desmontaron. Geran encontró un cordel junto a la puerta y tiró de él. En el interior se oyó el tintineo de una campanilla. Pasó un rato sin que sucediera nada y volvió a llamar. Entonces se oyó el roce de madera contra madera y se abrió una pequeña portezuela en la puerta. Los ojos de un hombre de edad avanzada lo miraron.

—¿Sí? —preguntó el anciano—. ¿Quiénes sois y qué queréis a esta hora en que la gente honesta ya está recogida?

—Soy Geran Hulmaster y éste es mi compañero, Hamil Alderheart. Solicito amparo durante la noche, y me gustaría hablar con la madre Iniciada.

El monje enarcó las cejas.

—¿Geran Hulmaster? ¿Qué diantres estás haciendo aquí esta noche, muchacho? Es la luna oscura. ¿No sabes quién anda merodeando por los caminos de los Altos Páramos en noches como ésta?

—Preferiría no averiguarlo. ¿Podemos entrar?

—Sí, sí, un momento. —El portillo se cerró y entonces una madera más pesada crujió en algún lugar y se abrió la puerta de la abadía. El viejo monje apareció en la puerta con un farolillo en la mano—. Entrad, pues. Deprisa, muchachos, no es seguro estar fuera esta noche.

Geran y Hamil condujeron sus caballos al interior y se encontraron de pie en un antiguo patio. El monje empujó la pesada puerta, la cerró y colocó la barra en su sitio antes de volverse a mirarlos.

—Bienvenidos a Rosestone —dijo con una sonrisa severa—. Sé que la abadía ha visto días mejores, pero estaréis a salvo dentro de estas paredes. Soy el hermano Erron. Llevemos los caballos al establo y os daremos algo de comer.

—Gracias, hermano Erron —murmuró Geran.

Echó una mirada a las destartadas torres y al pavimento roto del patio y, a continuación, siguió al viejo monje a un establo en el que era evidente que no había

entrado un caballo desde hacía bastante tiempo. Con todo, era mejor que pasar la noche fuera. Ya no podía oír las voces espeluznantes en el viento, lo cual le indujo a creer que antiguas custodias sacerdotales probablemente mantenían a los muertos agitados fuera de la abadía de Rosestone.

Después de acomodar a los animales, Geran y Hamil siguieron a Erron al refectorio de la abadía. Allí esperaba un puñado de monjes que les ofrecieron a los dos camaradas una cena sencilla de jamón curado, patatas cocidas, pan negro y un queso blanco picante, regado todo con un jarro de sidra caliente.

—Tenías razón, Geran —admitió Hamil—. Esto es mejor que acurrucarse en un túmulo en medio de esas colinas de espanto, esperando a que los fantasmas vinieran a por nosotros, pero tuvimos suerte de encontrar la abadía. A lo largo del último kilómetro había toda una hueste de espectros pisándonos los talones.

—No dijiste nada de eso —dijo Geran.

El halfling se encogió de hombros.

—Quería que mantuvieras la vista fija en lo que tenías delante. Yo vigilaba la retaguardia.

Cuando hubieron acabado su cena, apareció el hermano Erron junto a la mesa y los saludó con una inclinación de cabeza.

—Caballeros, si hacéis el favor, a la madre Iniciada le gustaría intercambiar unas palabras con vosotros. ¿Tendréis la amabilidad de seguirme?

Los dos compañeros se apartaron de la mesa, se pusieron en pie y siguieron al anciano monje. Los condujo por un laberinto de pasadizos por los que llegaron a la capilla principal, una habitación alta cuya muralla oriental tenía un gran ventanal de vidrio emplomado que representaba un glorioso amanecer en paneles de color rojo, rosa y dorado, y a continuación, un oscuro scriptorium lleno de escritorios de madera y estantes con manuscritos enrollados. A pesar del mal estado del exterior de la abadía y de sus murallas y torres, el interior parecía estar en bastante buenas condiciones. En el otro extremo del scriptorium, Erron los condujo ante una puerta de madera en un grueso arco de piedra y llamó dos veces.

—Madre Iniciada —dijo—. He traído a Geran y a su compañero.

—Entrad —respondió una voz apagada.

Erron abrió la puerta y los condujo a un pequeño estudio u oficina, austeramente amueblado. Una mujer corpulenta vestida de amarillo, de pelo gris acerado y tez cobriza los esperaba junto al fuego. Tenía una cara seria, arrugada, que podría haberse considerado severa de no haber sido por sus cálidos ojos pardos rodeados por unas profundas patas de gallo.

—Ah, Geran Hulmaster —dijo con acento rico y melodioso—. Hace diez años o más que no te echo el ojo encima. Y éste debe de ser maese Alderheart. Confieso que me sorprende bastante hallaros ante mi puerta en una noche tan desapacible.

—Madre Mara —dijo Geran con una sonrisa. Siempre le había caído bien aquella mujer. De vez en cuando Jarad y él solían pasar por la abadía en su deambular juvenil, y los monjes de Amaunator siempre habían puesto dos platos en su mesa de buena gana para dos jóvenes cazadores hambrientos. Geran atravesó la habitación para hacerle una reverencia y tomar la mano que le ofrecía y llevársela a los labios—. Me alegro de que el hermano Erron nos dejara entrar. De lo contrario habríamos pasado una noche larga y fría.

—Nos honra poder ser útiles —respondió la mujer—. Por favor, sentaos. Había oído que estabas de vuelta en Hulburg, pero me encantaría saber qué asuntos, te hicieron salir esta noche a los Altos Páramos.

Geran buscó a su alrededor y encontró una simple silla de madera. Se sentó mientras Hamil se subía a otra igual que había por allí, y la madre Iniciada ocupó una butaca enfrente de ellos.

—Estamos buscando profanadores de tumbas —respondió—. Mi tío me dijo que Jarad Erstenwold fue encontrado cerca de un túmulo abierto cuando andaba persiguiendo a una banda de profanadores que estaban abriendo túmulos funerarios. Decidí investigar por mi cuenta, y Hamil se ofreció a ayudarme. Hemos pasado el día visitando tumbas en las que habían entrado recientemente, pero supongo que nos demoramos más de lo debido.

La abadesa asintió.

—Sí, sé lo de las profanaciones, pero no sabía que tuvieran alguna conexión con el asesinato de Jarad. ¿Has averiguado algo nuevo?

—Es posible —dijo Geran—. Tenemos motivos para creer que una de las casas mercantiles de Hulburg tuvo algo que ver. Y es probable que hayamos averiguado algo importante esta tarde: todos los túmulos que fueron profanados eran montículos funerarios de sacerdotes de Lathander.

La abadesa se incorporó un poco y miró a Geran a los ojos.

—Eso no lo sabía. Continúa.

—Las tumbas que hemos visto parecen pertenecer a la misma época. A juzgar por las inscripciones que pudimos descifrar, supongo que corresponden a unos cuatro o cinco siglos atrás, a la época de Thentur —continuó Geran—. ¿Tienes alguna idea de por qué los profanadores elegirían esos túmulos y dejarían de lado otros? ¿Qué podían estar buscando?

La sacerdotisa frunció el entrecejo y se miró las manos. Se quedó un rato pensando. Finalmente negó con la cabeza.

—No puedo imaginar lo que esperaban encontrar, Geran —dijo—. Como bien sabes, Amaunator era llamado Lathander en aquellos días, de modo que estamos hablando de los padres de nuestra fe. Pero hasta donde yo sé, ninguno de mis antecesores fue enterrado con grandes tesoros. Supongo que los túmulos de los viejos

jefes tesharanos o de los reyes ogros podrían ser más atractivos para los que quieren adueñarse de la fortuna de los muertos.

Geran hizo una mueca y se reclinó en su silla. Si Mara no sabía por qué podían ser tan importantes esas tumbas, no se le ocurría quién más podía saberlo. Tal vez pudiera encontrar algo en la biblioteca del harmach que arrojara algo de luz sobre el misterio...

—Madre Iniciada —dijo Hamil lentamente—, ¿crees que podrían estar buscando un libro? —Miró a Geran y se encogió de hombros—. Después de todo, el hechicero andaba buscando uno. A lo mejor andan detrás de lo mismo.

—¿Un libro? —La sacerdotisa pareció concentrarse, y de repente una expresión de sorpresa apareció en su rostro—. ¡Un libro! Sí, claro que es posible, maese Hamil. Podrían estar buscando el *Infiernadex* de Esperus.

Hamil miró a Geran y otra vez a Mara.

—¿El qué de quién? —preguntó.

—El *Infiernadex*, un libro de conjuros o ritos que en una época perteneció a Esperus. Según se cuenta, estaba lleno de invocaciones espantosas y peligrosas. Está en la tumba de un sacerdote de Lathander.

El halfling hizo una mueca.

—Geran, Esperus es el lich del que tú y Kara estabais hablando hace unos días ¿no?

Geran asintió.

—Lo llaman el Rey de Cobre, no me preguntes por qué. Se hizo poderoso en la ciudad de Thentia hace varios siglos y llegó a dominar gran parte del norte del Mar de la Luna, incluido Hulburg. Su reino era denominado Thentur, y viejas leyendas dicen que se valió de la nigromancia para mantenerse en el poder durante muchos años. En un momento dado, el pueblo se alzó contra su tiranía y lo derrocó. Thentur y las demás ciudades y poblados bajo su dominio fueron libres, y Esperus huyó. Muchos años después volvió a presentarse como un poderoso lich, y aparecía en un lugar por debajo de los Altos Páramos conocidos como la Bóveda de los Muertos. Según se dice, es el amo de todos los muertos vivientes de Thar. —Volvió la vista hacia la madre Iniciada—. Pero jamás había oído ninguna historia sobre un libro suyo que pudiera haber acabado en la tumba de un lathanderiano.

—Sólo conoces parte de la historia, Geran —respondió Mara—. Actualmente, pocos lo recuerdan, pero los principales causantes de la derrota de Esperus en Thentur fueron los sacerdotes de Lathander, encabezados por Terlannis, Alta Señora de la Mañana. Ella y sus sacerdotes alzaron a los pueblos de Thentia y Hulburg contra el tirano. La guerra para derrotar a Esperus duró años, pero Terlannis y sus fuerzas lentamente hicieron retroceder al rey y a sus allegados a las fronteras orientales del reino, donde Esperus resistió en una poderosa fortaleza llamada la

Torre Gimiente. Después de un sitio prolongado, los lathanderianos consiguieron asaltar la Torre Gimiente, derrotaron al ejército de Esperus y arrasaron su plaza fuerte. No encontraron ni rastro del rey, pero se incautaron de muchas de sus armas y tesoros, entre ellos el *Infiernadex*. Esperus consiguió eludir a Terlannis, pero escapó prácticamente con lo puesto.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Geran.

—He leído las crónicas de la rebelión que la propia Terlannis escribió después de su victoria. Fue muy minuciosa en la descripción de los tesoros del rey brujo y de las disposiciones que adoptó al respecto. Algunas cosas las destruyó, otras consideró que podían regalarse sin peligro, y hubo cosas que creyó más conveniente ocultar y proteger. —Mara juntó las manos sobre el regazo y sostuvo tranquilamente la mirada de Geran—. El *Infiernadex* es el único libro que menciona, por su nombre, en las crónicas. Temía que pudiera sobrevivir a cualquier intento de destrucción y tal vez reintegrarse en alguna tierra lejana, de modo que dio instrucciones de que fuera enterrado en lugar seguro por los siglos de los siglos, protegido por manos poderosas.

»En realidad, ante la proximidad de su muerte, Terlannis dio instrucciones a sus seguidores de que lo metieran con ella en su tumba, para que la bendición de Lathander mantuviese el *Infiernadex* para siempre fuera del alcance de manos malignas. El libro está en su cripta.

—De modo que si los profanadores de tumbas están buscando realmente este volumen mágico, quiere decir que no están buscando simplemente tumbas lathanderianas —dijo Hamil—. Lo que están buscando es la tumba de Terlannis. —El halfling se rascó el mentón mientras se concentraba un momento en sus pensamientos antes de volver la vista hacia Geran—. ¿Cuántos lathanderianos están enterrados en los Altos Páramos? ¿Tenemos una idea de cuántos túmulos funerarios tienen que abrir los de Veruna?

Geran ya había iniciado un gesto de impotencia, pero la madre Iniciada respondió a la pregunta:

—Alrededor de ochenta y cinco, maese Hamil.

—¿Tantas? —dijo Hamil con aire de contrariedad.

—Algunos son sacerdotes y otros simples legos que prestaron servicios notables a Lathander a lo largo de sus vidas. Tenemos un registro fiable de cuáles son los túmulos consagrados a Amaunator ya que, como es natural, honramos a quienes siguieron al Señor del Sol en anterior encarnación como Señor del Amanecer.

—Bueno, al menos es un comienzo —le dijo Geran a Hamil—. Creemos saber quiénes están abriendo los túmulos, y creemos saber qué es lo que están buscando. La gran mayoría de los montículos funerarios de los alrededores de Hulburg han dejado de interesarnos. Podemos concentrarnos en los túmulos lathanderianos y tal vez así, podamos determinar cuál es probable que visiten a continuación. —Se volvió otra vez

hacia la abadesa—. ¿Se mencionan en tus registros características distintivas de la tumba de Terlannis? ¿Marcadores, inscripciones... cualquier cosa?

—No, pero no creo que vayáis a necesitarlos —dijo la madre Iniciada—. Veréis, yo sé dónde está enterrada Terlannis, Suprema Señora de la Mañana.

DOCE

24 Ches, Año del Intemporal

Kara Hulmaster jamás había encontrado el Salón del Harmach tan frío y sucio. Las contadas ocasiones en que el harmach ocupaba su asiento en el alto salón de almadias abiertas, solía ser con motivo de festejos o banquetes que se celebraban después de la puesta de sol, cuando los grandes candelabros brillaban con la luz cálida de cientos de velas y bajo éstos estaba lleno de gente alegre y bien vestida. Sin embargo, a la luz plomiza de un día nublado y triste, le parecía una estancia polvorienta y olvidada, como un viejo granero al que se deja abandonado en un campo cualquiera. Bajo la implacable luz diurna, los antiguos estandartes colgados de las vigas parecían raídos y ajados, y la treintena de personas reunidas en el gran salón daban la impresión de estar fuera de lugar.

—¿Viene el harmach? —preguntó Kara al sargento Kolton.

Estaba junto a ella en un pequeño entresuelo que había por encima de la sala de banquetes y por debajo de las puertas que daban a la muralla superior. Seis guardias del Escudo guardaban las puertas superiores de la estancia, dominando una amplia vista de la espaciosa cámara de abajo. Otra media docena de los hombres del harmach montaba guardia junto a las grandes puertas que daban a la muralla inferior. Toda la Guardia del Escudo llevaba armas y armaduras de lucha; los hombres iban cubiertos con largas cotas de malla y portaban ballestas o alabardas, y espadones. No eran los únicos soldados presentes. Más hombres de armas con los colores de las diversas compañías mercantiles o gremios acompañaban a los miembros de sus consejos, reunidos alrededor de la mesa en el centro del salón.

—Creo que llegará de un momento a otro, lady Kara —dijo el soldado de cara redonda. Echó una mirada a las puertas doradas, envejecidas y desconchadas, que comunicaban el salón de banquetes con los patios interiores y pasillos del castillo. A continuación volvió la vista hacia el salón que tenían debajo y meneó la cabeza—. Sin embargo, a mí no me parece apropiado. No debería estar a disposición de cualquiera.

—Sería peor que no saludara a sus huéspedes —dijo Kara.

Suspiró y bajó la escalera que llevaba al salón. En medio de la estancia, delante del trono de madera tallada del harmach emplazado sobre su antiguo estrado, los sirvientes de Griffonwatch habían instalado una mesa en forma de herradura que miraba hacia las puertas del salón. Había nueve sillas dispuestas en torno a la mesa para el Consejo del Harmach, y detrás de la mesa del Consejo, el personal del castillo había colocado simples bancos de madera para los séquitos de los consejeros. Kara ocupó su asiento al pie de la parte derecha de la herradura, acomodó con gesto

automático las faldas de su propia cota de malla en el asiento y puso la espada paralela al suelo para que la empuñadura no le molestara en las costillas. También se aseguró de quedar a medio metro del borde de la mesa. No quería que la mesa le estorbara en el caso de que necesitase ponerse en pie y desenvainar rápidamente.

—Ah, lady Kara. Tal vez tú puedas decirnos a qué viene todo esto. —Kara miró hacia la izquierda, donde lord Maroth Marstel había ocupado su asiento en la mesa. Los Marstel eran descendientes de un capitán de los antiguos Penachos Rojos de Hillsfar, que había ocupado un lugar destacado y había establecido su residencia en Hulburg cuando los Penachos Rojos fueron expulsados de su ciudad. Allí había consolidado una fortuna con el fruto de sus saqueos y con los guardias jurados que había llevado consigo. Maroth Marstel era un hombre alto, rubicundo, de mediana edad que se las daba de una posición más encumbrada de la que le correspondía por el pasado, cuando menos dudoso de su familia—. Esto es sumamente irregular. Nuestro reglamento insiste en un aviso con tres días de anticipación para una reunión del Consejo.

—Es una costumbre, no una ley. —Respondió Kara. Marstel le había parecido siempre un farsante desvergonzado, pero siendo una Hulmaster y asesora del harmach se esperaba de ella que se sentara junto a bufones tales como el jefe de la Casa Marstel, le gustase o no. Dejó a un lado la irritación que le producían sus insulsos modales y dijo—: No me corresponde a mí decir por qué se os ha convocado, lord Maroth, pero pronto lo sabrás.

Apartó la mirada de él y miró a los demás miembros del Consejo del Harmach. No se reunían muy a menudo, ya que la mayoría atendía a las funciones que le correspondían en la administración del pequeño reino de Hulburg y en contadas ocasiones tenían necesidad de comunicarse con los demás. Justo en el lado opuesto a donde ella estaba, se encontraba Wulreth Keltor, el Guardián de las Llaves, un viejo de gesto agobiado, petulante, que administraba el tristemente mermado tesoro y las obras públicas de la ciudad. Junto a él estaba Ebain Ravenscar, Mago Mayor de la ciudad. Era un joven mulmasterita de barba oscura que, al menos en teoría, era el mago más competente de cuantos residían en Hulburg. El Mago Mayor era el supuesto responsable de asegurar que los practicantes de la magia tuvieran ciertas precauciones básicas dentro de la ciudad, y tenía derecho a ser recibido en audiencia por el harmach. En la práctica, Ravenscar prestaba poca atención a sus funciones oficiales, y Kara tenía fuertes sospechas de que el mago recibía fuertes sumas por desatenderlas.

A continuación venía la silla reservada al capitán de la Guardia del Escudo. El puesto de Jarad Erstenwold estaba vacío, y Kara no sabía cuándo volvería a ocuparse. A Kara le dio un vuelco el corazón al ver la silla vacía; a diario echaba de menos la sonrisa sardónica de Jarad y su estilo tan directo. En la cabecera de la mesa estaban

lady Darsi Veruna, cabeza del Consejo Mercantil, impresionante con su vestido de un azul intenso y su estola de armiño sobre los hombros; Theron Nimstar, Supremo Magistrado de la ciudad y, a continuación, su propio hermanastro, Sergen, Recaudador de los Derechos y representante del harmach en el Consejo. Por último, al otro lado de lord Marstel, estaba el viejo enano de pelo blanco Dunstormad Goldhead, repantigado en su asiento. Era el Aquilatador de la ciudad, pero en la práctica, la supervisión de las tierras de los Hulmaster por parte de Sergen apenas le dejaba algo más que hacer que dedicarse a su pasión por la bebida.

—Parece que estamos todos —dijo Kara para sí. No podía recordar la última vez que había visto a todo el Consejo reunido, mucho menos habiendo sido convocado con tan poco tiempo.

La exploradora oyó algo de movimiento detrás de sí y miró hacia la escalera del fondo del salón. El harmach Grigor bajaba con dificultad los escalones ayudándose con su pesado bastón. Lucía una larga chaqueta color borgoña sobre una camisa blanca con gorguera, un sombrero a juego y, al cuello, el medallón de oro de su cargo. Dos guardias del Escudo lo flanqueaban, ostensiblemente para protegerlo de cualquier ataque inesperado, pero sobre todo para evitar que tropezase en los viejos escalones. Todos los presentes se pusieron de pie y esperaron hasta que Grigor ocupó su lugar en el trono, desde donde se dominaba toda la mesa del Consejo. Apoyó su bastón contra un brazo del gran asiento y dijo:

—Podéis continuar. Sergen, llama a los mensajeros en cuanto estéis listos.

Sergen miró a un lado y a otro de la mesa, volviendo a comprobar que todos los miembros del Consejo estaban realmente presentes y a continuación, hizo una señal al sargento Kolton.

—Hazlos entrar, sargento, y monta guardia.

Los guardias del Escudo de la entrada inferior a la gran sala abrieron las puertas. Se produjo un revuelo cuando se hicieron a un lado dando paso a más guardias y a continuación, entraron los orcos, cinco, todos cubiertos con pesadas cotas de malla. Uno era más viejo que los demás, un enorme bruto de pelo gris con un solo colmillo. Los demás eran guerreros más jóvenes, fieros y orgullosos. Miraban con odio a los humanos que les rodeaban, con las manos sobre las astas y los puños de las armas que portaban en burdos arneses. Todos llevaban un simple emblema rojo pintado en el pecho de la cota de malla: una calavera roja sin mandíbula.

—Soy Morag Undiente, Morag el Asesino, Morag el Viejo —rugió en el gran salón—. Hablo en nombre del rey Mhurren, el Azote de Glister. ¿Quién es aquí el jefe?

Cráneos Sangrientos, pensó Kara y ocultó su consternación entrecerrando los ojos. Ella sabía algo de las tribus de Thar, ya que a lo largo de los años había perseguido a unos cuantos y había sido perseguida a su vez. Los Cráneos Sangrientos

se contaban entre los orcos más fuertes y numerosos de Thar, pero afortunadamente casi no habían molestado a Hulburg ya que entre la Fortaleza de Cráneo Sangriento y el valle de Winterspear estaba el territorio de varias tribus menores: la de los goblins Garras Rojas, la de los ogros Machacacráneos, y algunas otras menos importantes. El hecho de que los Cráneos Sangrientos pensarán que Hulburg era cuestión suya, era un mal augurio. Algo debía de haber sucedido para que las alianzas y las enemistades de las tribus de Thar tomaran una nueva dirección, y Kara sospechaba que aquello no iba a gustarle nada.

—Soy Grigor Hulmaster —dijo el harmach con voz firme—. Soy el harmach, el jefe de Hulburg. Estás ante el Consejo de Hulburg, Morag. Les has dicho a mis soldados que tenías un mensaje para los jefes de Hulburg. Estamos aquí para escuchar tus palabras. Adelántate y habla.

Morag y los otros cuatro avanzaron y miraron con desprecio mal disimulado a toda la estancia. Llegaron hasta el pie de la mesa del Consejo, con las cabezas altas, mirando despectivamente a todos cuantos cruzaban la mirada con ellos. El viejo orco fue mirando uno por uno a todos los consejeros, bufó en tono de mofa cuando el Guardián de las Llaves bajó la vista ante él, gruñó cuando vio al enano Goldhead e hizo una pausa, por fin, cuando tropezó con Kara.

—De ti ya sabía yo —dijo en tono sordo—. La Serpiente Azul, poderosa cazadora. A mí no me parece tan temible.

La marca del conjuro de Kara pareció retorcerse y escocer bajo la piel de su antebrazo izquierdo, pero ella no hizo ademán de cubrir la mancha en forma de serpiente.

—*He oído hablar de Morag el Asesino* —respondió en orco.

Años atrás había encabezado una incursión contra una caravana en el Camino Costero al oeste de Thentia. Era un importante jefe Cráneo Sangriento. Kara le sostuvo la mirada y le mostró los dientes en un gesto que, entre los orcos, indicaba, a un tiempo, respeto y una férrea voluntad de responder al reto sin flaquear.

Morag emitió un gruñido de aprobación y descubrió sus propios dientes antes de encaminarse osadamente al centro de la mesa en forma de herradura. Durante un momento permaneció quieto y en silencio con los ojos fijos en el harmach Grigor, sin prestar atención a los espadachines vestidos con cota de malla que rodeaban el estrado, ni a los miembros del Consejo pendientes de él. Entonces sacó pecho y habló.

—Vosotros sois débiles. —Dijo el orco de pelo gris al harmach con gesto despectivo—. Tu ciudad cuenta con treinta veintenas de lanzas, pero el rey Mhurren tiene seis veces más. Una vez, hace muchos años, todas las tierras al norte del Mar de la Luna pertenecían al rey de Thar. Después llegaron los humanos del sur y los enanos *burkhushk* —ésa era una palabra en orco que Kara agradeció que nadie más

que ella pudiera entender—, de las montañas para explotar el oro de Thar, para cortar la piedra de Thar, para cazar en las colinas de Thar y para beber el agua de Thar. Y sin embargo, ni una sola vez negociasteis estas cosas con los verdaderos dueños de Thar. Vinisteis y os apoderasteis de las tierras. Matasteis a nuestros hijos cuando os encontrabais con ellos y después os escondisteis detrás de vuestras murallas de piedra para negarnos una venganza justa.

»El rey Mhurren ya no está dispuesto a seguir aguantando esto. Debéis pagar por las cosas que habéis sacado de nuestras tierras o volveremos a apoderarnos de ellas y os empujaremos hasta el mar.

Aquellas palabras produjeron un revuelo entre los hulburgueses. Algunos de los más pusilánimes palidieron o miraron con expresión incierta a los que tenían a su alrededor, en la esperanza de no haber oído bien lo que había dicho el mensajero de los Cráneos Sangrientos. La mayoría de los guardias del Escudo cerraron los puños sobre sus armas hasta que se les pusieron blancos los nudillos, apretaron los labios y endurecieron la mirada.

Sergen Hulmaster se puso en pie, afirmó las manos en la mesa y miró al viejo orco a los ojos.

—¿Vienes aquí a proferir amenazas? ¡No nos dejamos amedrentar por bravuconadas vanas de orco en el Salón del Harmach!

—No profiero amenazas —dijo Morag con un bufido—. Digo verdades, piel rosada. Nosotros somos fuertes y vosotros débiles. Dadnos lo que es nuestro o lo tomaremos... y aún más. Si no oyes resonar el hierro en mis palabras, es que eres sordo. —Asió la calavera pintada de rojo que colgaba a la altura de su cadera, la soltó de la cadena y la arrojó sobre la mesa, frente a Sergen. El hueso se partió y cayeron esquirlas al suelo—. Pregúntale al jefe de Glister si los Cráneos Sangrientos profieren amenazas. Ahí lo tienes, sobre tu mesa, y lo que dice es verdad. ¿Lo oyes?

Una sombra cruzó la cara agraciada de Sergen y se irguió cuan alto era, pero antes de que pudiera abrir la boca, habló Grigor.

—Yo te oigo, Morag. Mhurren de los Cráneos Sangrientos exige un tributo. ¿Qué cree que le daré?

—Cinco carretas de oro, doscientas cabezas de ganado y mil ovejas o cabras, doscientos barriles de vino o cerveza, doscientas cotas de malla, doscientas espadas de acero, quinientas cabezas de hacha u hojas de cuchillo de acero. —La expresión de Morag era desafiante—. Y le ofreceréis cien esclavos de entre diez y treinta años. Por lo menos veinte serán mujeres aptas para ser tomadas como esposas. Todo esto lo haréis cada año en el Sol Alto o Mhurren esgrimirá su lanza contra vosotros y se apoderará de todo lo que tenéis.

Sonaron protestas en toda la estancia. Wulreth Keltor, el Guardián de las Llaves, se limitó a mirar a Morag boquiabierto. Sin duda estaba atónito ante la enormidad de

las exigencias del orco.

Junto a Kara, lord Marstel se puso en pie de un salto.

—¡No daremos ni un cobre —rugió—, y mucho menos condenaremos a nuestra mujeres a ser violadas y a realizar trabajos pesados en alguna cueva mugrienta, brutos mal nacidos!

Al oír el insulto que acababa de lanzarle a Morag, Kara se dispuso a defender a aquel cabeza hueca, pero por fortuna también había otros que gritaban.

—¡Eso sería nuestra ruina! ¡Lo que piden es ultrajante! —vociferó el lord Aquilatados. Y uno de los mercenarios de Veruna que estaba detrás de lady Darsi llegó a sacar su espada y a blandirla en el aire mientras clamaba:

—¡Matadlos! ¡Matadlos por su insolencia, y puede que así Mhurren aprenda a enviar mensajeros con mejores modales la próxima vez!

—¡Y puede que Mhurren aprenda a matar a los mensajeros que enviemos a hablar con él! —le soltó Kara—. Necio. Llegará un día en que necesitemos hablar con los jefes en Thar, y si matamos a sus mensajeros, ¿cómo tratarán a los nuestros?

—Ya basta —dijo el harmach Grigor. Las voces siguieron en torno a la mesa y el harmach, lentamente, se puso en pie y dio en el suelo un sonoro golpe con su bastón—. ¡Ya basta! —gritó, y esta vez consiguió acallar a los presentes—. Ningún mensajero será asesinado en mi presencia por el hecho de que no me guste lo que diga. Los que habéis sacado las espadas, deponedlas. No vais a violar en mi sala las antiguas reglas de parlamento. —Morag sonrió con satisfacción al oír aquello, pero el harmach se volvió y lo señaló a él a continuación—. Y tú, Morag, ya puedes dar gracias por hablar bajo bandera de parlamento. No te matarán por haber dicho lo que dijiste, pero si me insultas a mí en mi propia sala, serás expulsado de ella y llegarás ante tu amo con las manos vacías.

La sonrisa se borró de la cara del viejo jefe y fue reemplazada por un gesto ceñudo y preocupado.

—Si me deshonras a mí, humano, deshonras a mi rey.

—Si llego a la conclusión de que tu jefe tiene pensado marchar contra mí independientemente de lo que haga, entonces no veo por qué tendría que preocuparme su honor —le retrucó Grigor.

—Como digas, entonces —dijo Morag con voz ronca—. ¿Cuál es, pues, tu respuesta, jefe de Hulburg? ¿Rendirás tributo o prefieres la guerra?

El harmach se apoyó en su bastón y se quedó estudiando al orco un rato. Entonces suspiró.

—Debo sopesar tus palabras, Morag. Te daré pronto mi respuesta, pero no ahora.

El jefe de pelo gris dio un bufido.

—El rey Mhurren dijo que los humanos no pueden decidir nada sin charlas interminables. Me dijo que os diera tres días. Si no me habéis dado vuestra respuesta

al ponerse el sol del tercer día, le diré a Mhurren que preferís la guerra. Esperaré en mi campamento. —Se dio la vuelta lentamente, con aire despreciativo, dio la espalda al harmach, y a grandes zancadas se dirigió hacia la puerta. Los guerreros de su escolta lo siguieron, mirando amenazadores a cualquiera que se acercara demasiado.

En unos instantes, el emisario de los Cráneos Sangrientos se había marchado, y la Guardia del Escudo cerró las pesadas puertas del salón con un sonoro *boom*.

El harmach Grigor se quedó mirando al lugar por donde se habían ido. Después suspiró y se dejó caer en su trono.

—Bueno —dijo al fin tranquilamente—, todos habéis oído las exigencias de Mhurren. ¿Qué tenéis que decir?

—Los Cráneos Sangrientos están fanfarroneando —se apresuró a decir Maroth Marstel—. Jamás nos habían amenazado antes. Su fortaleza está a más de ciento cincuenta kilómetros de aquí. Yo digo que esperan sacarnos un rescate principesco con sólo mostrar sus sucios colmillos y lanzar bravuconadas. ¡Por lo que a mí respecta, no me impresionan!

Ravenscar, el Mago Mayor, carraspeó y miró a Kara.

—Lady Kara, tú conoces las tribus de Thar mejor que nadie. ¿Es cierto lo que dice Morag sobre las tropas con las que cuentan los Cráneos Sangrientos?

—Puede ser. Supongo que podrían reunir a unos dos mil guerreros de sus principales plazas fuertes, pero si consiguieran sojuzgar a algunas de las tribus vecinas y sumar sus fuerzas a las suyas... sí, podrían acercarse a los cuatro mil. Sin embargo, cabe la posibilidad de que no todos se pongan de acuerdo.

—¿Y lo que dijo sobre Glisten? —preguntó el mago—. ¿Ha sido saqueado por los Cráneos Sangrientos?

—Es posible —respondió Kara—. Ayer llegó a la ciudad un hombre de Glisten con su mujer y sus hijos. Habían huido de allí siete días antes porque habían visto gran cantidad de exploradores y merodeadores orcos y tenían noticias de que éstas iban a marchar contra la ciudad. No puedo decir cuál habrá sido la suerte de Glisten después de que huyeran, pero enviaré exploradores con rápidos caballos en menos de una hora para que lo averigüen.

El Supremo Magistrado, Theron Nimstar, se inclinó hacia delante para mirar a Kara. Era un hombre corpulento con una gran barba rojiza, reposado y cuidadoso con sus palabras.

—Supongamos que Morag dice la verdad. ¿Puede defender la Guardia del Escudo la ciudad contra una horda de semejantes proporciones?

—No, milord. —Kara vio la expresión de sorpresa en la cara del hombre y le dio un momento para asimilarla—. Podríamos defender Griffonwatch y la Torre de Daggard y dar cobijo a cientos de habitantes de la ciudad dentro de sus murallas. Confío en que podríamos aguantar meses de asedio, pero la ciudad propiamente dicha

quedaría en manos de los Cráneos Sangrientos, y la mayor parte de la población tendría que huir pues no tendríamos espacio suficiente en nuestros castillos.

—¿Y si sumáramos los hombres de armas del Consejo Mercantil a la Guardia del Escudo? —preguntó el viejo magistrado—. ¿Serviría de algo?

—Claro —replicó Kara—. Creo que Morag los incluyó cuando dijo que podíamos contar con una fuerza de seiscientos, porque eso triplica el número de la Guardia del Escudo que tiene el harmach a su servicio. Pero de todos modos tendríamos que salirles al encuentro en campo abierto para mantenerlos alejados de la ciudad, y no puedo prometer que ganáramos semejante batalla... si los números que nos dio Morag sobre los Cráneos Sangrientos son ciertos.

El mago Ravenscar recorrió con la vista a todos los de la mesa.

—Si decidimos no combatir ¿podemos atender el tributo que nos exigen?

—El tributo que exigen está fuera del alcance de la Torre —dijo el Guardián Wulreth con voz vacilante—. Puede que una vez consiguiéramos reunir el oro, el ganado y las armas, pero quedaríamos arruinados y tardaríamos años en poder pagar otro rescate semejante.

—¿Y qué me decís del coste de incluir cien personas en el lote? —preguntó Kara vivamente—. ¿De quiénes serán las hijas que enviaremos como «esposas» para los Cráneos Sangrientos?

—Probablemente a los Cráneos Sangrientos no les importe de dónde vienen sus esclavas —dijo Sergen con aire pensativo—. No es necesario que ninguna hulburguesa se convierta en sierva de los orcos cuando en otras ciudades hay mercados de esclavos que podrían cubrir nuestras necesidades.

—Lo cual también supondría un gasto considerable —dijo con voz ronca el lord Aquilatador Goldhead—. Costaría miles de coronas de oro comprar a tantas esclavas en Melvaunt o Mulmaster.

—¿Y acaso es mejor condenar a otras almas infortunadas, a trabajos forzados y a la muerte en manos de los Cráneos Sangrientos? —preguntó Kara—. ¡De un golpe nos convertiríamos en los más viles tratantes de esclavos de todo el Mar de la Luna!

—No quiero saber nada más de esto —dijo con firmeza el harmach Grigor—. Mi padre decretó que no se tomarían ni venderían esclavos en Hulburg, y no voy a ser yo el harmach que derogue esa ley. No compraremos ni enviaremos ningún esclavo a los orcos.

—Entonces tendrás que combatir o enviar cien de tus mujeres como siervas a los orcos —observó fríamente Darsi Veruna—. Supongo que podrías tratar de negociar con Mhurren para ver si puedes convencerle de aceptar un tributo menor, pero sospecho que no se mostrará inclinado a negociar contigo, lord Grigor.

El silencio reinó en la gran sala. El harmach bajó la vista con expresión muy reconcentrada. Finalmente sacudió la cabeza y se puso de pie lentamente.

—Todos debemos pensar esto más detenidamente —dijo—. Guardián Wulreth, prepara un informe exhaustivo para ver si podemos hacer frente a la demanda. Kara, envía a tus jinetes. Quiero saber si Glister ha sido saqueada, y si lo ha sido, puede que haya refugiados en Thar que estén tratando de llegar a nuestras tierras. Y quiero saber dónde está la horda de los Cráneos Sangrientos y con cuántos guerreros cuenta.

—Sí, harmach Grigor —respondió Kara—. Me ocuparé ahora mismo.

Se puso en pie haciendo tintinear su cota de malla y, tras una reverencia a su tío, se encaminó hacia la puerta. Al salir oyó cómo se reanudaban las discusiones.

TRECE

24 Ches, Año del Intemporal

Geran y Hamil salieron a caballo de la abadía de Rosestone dos horas después del amanecer. La mañana estaba encapotada y gris, pero el crudo frío de la noche anterior se había atemperado antes del alba. Estaba húmedo y ventoso en los Altos Páramos, pero no había ni rastro de los tenebrosos espectros que los habían perseguido la noche anterior.

Cabalgaron casi toda la mañana en silencio, en dirección oeste desde la abadía. La ciudad de Thentia estaba a algo menos de setenta y cinco kilómetros en esa dirección, y los dos viajeros no tardaron en llegar a una senda escarpada y poco transitada entre Hulburg y Thentia que iba serpenteando más allá de Rosestone. La mayor parte del tráfico entre las dos ciudades se hacía por mar o por el llamado Camino de las Ruinas más próximo a la costa, que era relativamente llano y de anchura suficiente para el tránsito de carretas. Geran había venido por el sendero de la abadía una o dos veces cuando era joven, pero jamás lo había seguido hasta Thentia.

A escasos kilómetros de la abadía, la senda empezaba a subir a lo largo de las estribaciones de unas colinas pardas y marchitas, algunas de las elevaciones mayores de los Altos Páramos. Geran empezó a estudiar los lados de la senda con más atención, en busca de la referencia que le había dado la madre Iniciada, y no tardó en encontrarla: los viejos cimientos de piedra de una torre de vigilancia, desaparecida hacía tiempo.

—Aquí nos desviamos —le dijo a Hamil.

El halfling les echó una mirada a las antiguas ruinas.

—¿Quién habrá construido una torre aquí? —se preguntó.

—La madre Mara dijo que este antiguo sendero había sido en una época un camino importante de la vieja Thentur. Supongo que cayó en desuso cuando la guerra arruinó al reino y Hulburg (la vieja ciudad, quiero decir) fue destruida. —Geran dirigió a su montura colina arriba, dejó atrás el sendero y se abrió camino hacia la cima rocosa—. No debería estar muy lejos.

Había una pista borrosa superpuesta a la antigua senda que subía serpenteando hacia lo alto de la colina. Geran supuso que la vista de los páramos debía de ser espectacular en un día despejado, pero como el tiempo estaba nublado, la cima de la colina estaba envuelta en una niebla espesa y arremolinada. Atravesaron un paso de escasa altura y allí, en la ladera que daba al sur, vieron un túmulo mortuario, grande y solitario.

—Creo que es éste —dijo Geran. Tiró de las riendas delante del montículo y desmontó de un salto. Como los otros túmulos que habían visitado en los últimos

días, era circular y estaba cubierto de hierba. Alrededor del mismo había una pared semiderruida de piedra que le llegaba a la cintura, de modo que toda la construcción se parecía un poco a un gran almacén sin ventanas, medio hundido en la hierba seca de la ladera. Trepó hasta su techo de tepe y desde allí a la cima; tenía unos veinticinco metros de diámetro, un poco más que algunos de los que habían visto, pero no mucho más. Cerca del punto culminante, Geran encontró una serie de escalones de piedra de poca altura que descendían alrededor de un metro; éstas acababan en una pared unida con argamasa sobre la que había una gran piedra de toque que llevaba grabado un antiguo dibujo del amanecer—. Tiene grabada la marca de Lathander —le dijo a Hamil.

—Parece ser de la época y del tipo de construcción adecuados —respondió el halfling. Se hizo sombra en los ojos y durante un buen rato oteó los alrededores, en busca de alguna señal que le indicase que no estaban solos. Por fin se encogió de hombros y se bajó del poni teshano—. ¿Está abierta?

—No, tendremos que excavar.

—¿Y qué hay de la ley del harmach?

—Si hay buen motivo para hacer lo que estoy haciendo, mi tío lo entenderá —le respondió Geran.

No le gustaba la idea de ser el primero en abrir un túmulo, pero si Mara tenía razón y ésta era la tumba de Terlannis, probablemente tendría custodias contra los secuaces de Esperus o de cualesquiera espíritus no muertos que pudieran haberla ocupado. Lo único que esperaba era que su razón fuera realmente válida.

Los Veruna ya sabían que estaban buscando una tumba con la marca de Lathander, se dijo. Era sólo cuestión de tiempo que descubrieran ésta. Él podría tratar de disfrazarla, tal vez destruyendo o modificando la marca del amanecer de la piedra de toque, pero en caso de que los mercenarios usaran algún tipo de magia de para encontrar las tumbas, no podía estar seguro de engañarlos con sus intentos de disfrazarla.

—Por supuesto, esta tumba podría estar mejor custodiada que cualquier cosa con la que pudiéramos toparnos, y si el libro está aquí, tal vez lo mejor sería dejarlo donde está —dijo Geran para su colete—. Pero no sabré que está seguro hasta que lo compruebe por mí mismo. Si está bien protegido, puedo dejarlo aquí y hacer lo que pueda para disfrazar el túmulo. Si no lo está, tengo que asegurarme de que los Veruna jamás vayan a dar con este lugar, o tengo que llevármelo y guardarlo en algún lugar fuera de su alcance... y también del tiplin que nos encontramos.

—¿Tienes en mente algún escondite más adecuado? —le preguntó Hamil mentalmente. El halfling no estaba lo bastante cerca para oír lo que Geran decía en voz baja, pero captaba con su mente los pensamientos de su amigo.

—Tal vez guardarlo en Griffonwatch. O dárselo en custodia a la Madre Iniciada

teniendo en cuenta que perteneció a una sacerdotisa de Lathander. —Geran llegó hasta el borde del túmulo y desde allí bajó de un salto—. Con respeto a eso, podría hacer algo peor que esconderlo debajo de una roca en algún agujero solitario en medio de los Altos Páramos. Si realmente lo encontramos, estoy seguro de que se me ocurrirá algo.

Ataron los caballos junto a la base del túmulo y volvieron con las sillas de montar y las provisiones hasta la escalera que había en la parte superior. Entonces Geran introdujo una palanca por la escalera sepultada y se puso a trabajar en la vieja mezcla de mortero y piedra que había bajo el símbolo del amanecer. No había lugar para que trabajaran más de uno por vez, pero Hamil ayudó a transportar las piedras que Geran iba retirando. El halfling ponía mucho cuidado en dispersar los escombros en lugar de dejarlos formando una pila visible desde lejos.

Después de media hora de trabajo intenso, Geran consiguió atravesar la pared hasta un espacio que había abajo. Un aire frío, con olor a cerrado, salió de la abertura. Rápidamente retrocedió para no respirar el aire del túmulo. El aire antiguo, maloliente, podía matar a cualquier incauto, de modo que decidió dejar que el túmulo respirara mientras él y Hamil se sentaban cerca de allí y comían algo frío. En un momento dado, Geran se puso en pie para estirarse y le pareció entrever una sombra que se movía sigilosa por debajo de la piedra desnuda de la colina, una sombra donde no debería haber habido nadie. Pero cuando levantó la vista, no vio nada inusual.

—¿Ha regresado nuestro amigo? —preguntó Hamil.

—No estoy seguro, no pude ver bien... podría haber sido cualquier cosa. —Geran echó una mirada a la sujeción de los caballos, pero éstos comían hierba plácidamente. Los caballos no parecen nerviosos.

—Eso no me tranquiliza.

—A mí tampoco.

Geran descansó un poco más antes de volver a la escalera y atacar nuevamente la pared hasta abrir un boquete suficiente para colarse por él. A pesar de la niebla helada que flotaba sobre los Altos Páramos, Geran pronto estuvo bañado en sudor, pero se quitó el capote y siguió hasta que consiguió lo que quería.

—Deberías sacar unas cuantas piedras más —le aconsejó Hamil—. Podrías hacer entrar un pequeño poni por ahí, pero no creo que pasara un brioso corcel.

—Puedes probar suerte —dijo Geran con un bufido.

—No es culpa mía que mi gente tenga una estatura conveniente mientras que vosotros, los grandullones, ocupéis dos veces más espacio, que una persona normal y os las ingeniéis para hacer la mitad. Yo podría haber entrado en ese túmulo hace media hora.

—Bueno, entonces ¿por qué no lo hiciste?

—No quería sentirme solo —respondió Hamil.

Geran meneó la cabeza y miró hacia otro lado. Decidió examinar sus escudos y custodias antes de seguir adelante; los túmulos que habían visto antes habían sido abiertos previamente por otros, pero en éste no se había renovado el aire desde hacía siglos. No habían visto vestigios de trampas ni de guardianes en las otras tumbas lathanderianas, pero eso no significaba que la tumba de Terlannis estuviera libre de ellos. Cerró los ojos y aquietó su mente, centrando su conciencia en un solo punto brillante. Los conjuros elfos de la magia de la espada fluyeron con facilidad de su corazón y de su voluntad, mientras renovaba los que usaba rutinariamente. A éstos añadió otra defensa, y susurró las palabras para invocar la pálida aura del velo de acero plateado. Por último, a modo de precaución, desenfundó su espada de factura elfa y pasó la palma de la mano sobre el acero eldritch.

—*Reith arroch, reith ne sylle* —canturreó en voz baja. Una leve radiación blanca empezó a brillar en la espada.

Hamil alzó la vista desde donde estaba, armando su arco.

—Ése no lo reconozco —dijo.

—Es un conjuro de agudeza, pero es especialmente funesto para los fantasmas y demás espíritus por el estilo.

Espada en mano, Geran volvió a descender por la estrecha escalera y otra vez miró a través de la oscura abertura que había practicado por debajo. Un pequeño y polvoriento pasadizo llevaba a lo más profundo del montículo, pero no vio nada más. Con sumo cuidado puso un pie al otro lado, se agachó y se introdujo por debajo de la piedra hacia el interior. En las sombras, la pálida radiación de su espada cobró un brillo más intenso e hizo retroceder la oscuridad. Geran avanzó algunos pasos por el pasadizo y Hamil lo siguió un momento después con una flecha colocada en su pequeño arco. El aire era frío y olía a cerrado.

El pasadizo desembocaba en una antecámara a la que daban dos oscuros portales. En un nicho que había entre ambos portales, había una pequeña estatua de un ángel hecha de una piedra blanca, porosa, manchada de verde y de negro moho. Geran se aventuró primero a la derecha, bajó dos escalones y entró en una cámara más grande, de bóveda de cañón. Allí había dos estatuas de guerreros con armaduras de tamaño natural, una a cada lado de un pesado friso de bronce adosado a la pared del fondo. En un farol deslustrado suspendido del techo, brillaba todavía tenuemente la luz amarillenta de un conjuro. El mago de la espada estudió la cámara desde el portal durante largo rato y asintió.

—Creo que es algo conmemorativo —le dijo a Hamil—. La cripta debe de estar en la otra sala.

—¿Qué dice? —preguntó el halfling.

Geran se aproximó más al friso. Representaba una escena de una batalla: una dama vestida con armadura montada en un gran corcel encabezaba la marcha de los

soldados, por un puente levadizo, contra las puertas de un siniestro castillo. Esqueletos con cota de malla formaban filas cerradas ante la dama y sus soldados, pero ella enarbolaba una vara en cuyo extremo había un artilugio en forma de emblema solar. De él surgían rayos que impactaban contra las puertas del castillo que parecían incendiarse a su contacto, mientras los esqueletos que encontraba en su camino se marchitaban como las hojas en otoño. En la piedra pulida que había debajo había talladas runas dethek prácticamente llenas de polvo. Geran se arrodilló y pasó la mano por encima de las antiguas runas hasta que consiguió distinguirlas.

—Otra vez tesharano antiguo —murmuró—. Creo que dice algo como: «La caída de la Torre Gimiente... la... ¿gloria?... el ¿fuego?, de Lathander abrasa a los» algo ilegible «guerreros»... «Esperus es derrotado... Suprema»... algo ilegible... «Terlannis en su hora de victoria. Que las bendiciones... de Lathander... la acompañen por siempre».

—De modo que ésta es la cripta de Terlannis. —Hamil se acercó cauteloso y estudió el friso antes de señalar la otra esquina de la obra—. Mira, apostaría que ése es Esperus. No parece muy contento.

Geran siguió la dirección en que apuntaba el dedo de Hamil. Flanqueado por caballeros de negra armadura, un rey esquelético con regias vestiduras huía de la destrucción de las puertas, metiéndose en una especie de túnel o de portal que se desvanecía.

—Representa los acontecimientos tal como los explicó la madre Mara. Terlannis destruyó la torre y Esperus huyó hacia alguna mazmorra o escondite debajo de su fortaleza. Echemos una mirada para ver si el libro está escondido en algún lugar de esta cámara.

Revisaron y tantearon el friso dando ligeros golpecitos, hicieron lo propio con las estatuas de los guerreros, incluso las paredes y los suelos, lo más minuciosamente que pudieron, pero no encontraron ni compartimentos secretos ni puertas ocultas. Desistiendo por el momento, Geran volvió a la antecámara y lo intentó con el otro portal. Bajó varios escalones y entró en otra cámara de bóveda de cañón, dominada por una gran cripta de piedra. En su tapa estaba tallada la imagen de una mujer yacente de aspecto grave y vestida con armadura de placas, que sostenía en las manos cruzadas, sobre su corazón, un gran emblema solar. Las paredes y el techo estaban cubiertos de piedra pulida, pero, por lo demás, la cámara estaba vacía.

—Terlannis, supongo —dijo Hamil.

—Eso parece. —Geran pudo distinguir su nombre tallado en runas al pie del sarcófago. Miró la gran estructura de piedra y frunció el entrecejo. ¿Estaría realmente el libro en la tumba junto con sus restos? Excavar la escalera para tener acceso a la cámara del túmulo era una cosa, pero no tenía el menor deseo de ser él quien dañara la cripta. Existía la posibilidad de anclar ganchos en el techo, por encima de la cripta

para instalar una especie de correa... pero de todos modos eso implicaría perturbar los huesos de la antigua sacerdotisa, y algo en su interior le decía que Aumaunator, es decir Lathander, no vería eso con buenos ojos—. Detesto la idea de tener que abrir el sarcófago.

—¿Temes a las maldiciones? ¿A los espíritus guardianes?

—Sí, entre otras cosas. —Geran miró a su alrededor y suspiró—. Examinemos todo lo demás antes de intentarlo con la propia tumba.

Examinaron exhaustivamente todos los rincones de la cámara, tantearon las paredes y golpearon las losas del suelo con la empuñadura de sus dagas. Después de una larga y cuidadosa búsqueda, llegaron a la conclusión de que no había nada fuera de lo corriente. Sin grandes esperanzas de encontrar algo más, Geran dedicó unos cuantos minutos a pronunciar un simple encantamiento elfo de búsqueda. En Myth Drannor había aprendido uno o dos hechizos para encontrar cosas bien escondidas; había visto más de una puerta de factura elfa que no podía encontrar nadie que no supiera previamente dónde se encontraba. Era indudable que la tumba estaba protegida contra magia menor de ese tipo, pero pensó que con probar no se perdía nada. Susurró las palabras en lengua elfa... y sintió un leve tirón, por el rabillo del ojo vio algo brillante que provenía de la antecámara que quedaba fuera de la tumba.

—Creo que tengo algo, Hamil —dijo y volvió a toda prisa a la cámara que había fuera de la cripta de Terlannis. Describió un pequeño círculo, tratando de precisar más el atisbo de percepción que había tenido. Por fin su mirada tropezó con la pequeña estatua del ángel que había en un nicho.

—Allí —dijo en un susurro. Se inclinó para examinar la estatuilla y le pareció percibir una unión del espesor de un papel donde el brazo se unía al hombro—. Hamil, échale una mirada a esto.

El halfling se le acercó por detrás y miró atentamente la estatua del ángel. Geran había aprendido a respetar la habilidad de Hamil para los disparadores de trampas sutiles, y los mecanismos ocultos, durante el tiempo que habían pasado en los Escudos del Dragón; el halfling se había dedicado a investigar todo lo que pudo de esos artilugios, frecuentando las tiendas de curiosidades y las colecciones de antigüedades de todas las ciudades de Vast, para reunir acertijos ingeniosos, encantamientos, cierres e incluso juguetes, y estudiar su funcionamiento. La casa del halfling en Tantras estaba llena de artilugios que apreciaba lo suficiente para mostrarlos a los visitantes... y guardada por otros más sutiles y peligrosos para asegurarse de que a los visitantes indeseados les resultara incómodo quedarse en ella.

Hamil estudió la estatua durante largo rato, luego examinó todo el nicho con gran cuidado. Finalmente sacó de un bolsillo que llevaba al cinto un pequeño tubo de papel lleno de un polvo plateado que sopló sobre la estatua. Brilló extrañamente en las sombras mientras se asentaba.

—No hay trampas ocultas tras runas o símbolos —dijo—. Creo que una simple palanca. Es probable que abra un panel o una puerta oculta.

Geran echó una mirada a toda la antecámara.

—Entonces está muy bien oculta. Los dos hemos examinado todo a fondo.

—¿Quieres que la active?

—La verdad, no quiero probar con el sarcófago hasta que hayamos agotado todas las demás opciones. Haz la prueba.

—Apártate —le advirtió Hamil.

El halfling se deslizó hacia un lado del nicho, se pegó a la pared y suavemente tiró del brazo del ángel hacia sí. La unión entre brazo y cuerpo se ensanchó. Entonces Hamil giró el brazo hacia atrás. Al ver que no cedía en ese sentido, invirtió el movimiento y le aplicó un cuarto de vuelta. Se oyó un chasquido y la estatua se elevó algo más de medio centímetro; el halfling hizo girar el ángel sobre su base hasta que oyó otro débil chasquido. Entonces volvió a levantar el brazo y lo colocó de nuevo en su sitio.

Se oyó un retumbar de metal y piedra en algún lugar por debajo de ellos, un lento chirriar de cadenas, y de pronto el suelo de la antecámara empezó a hundirse. Geran rápidamente se colocó en el vano de la puerta que conducía a la cripta de Terlannis, mientras Hamil se refugiaba en la puerta opuesta. Una sección del suelo de unos tres metros de ancho quedó aproximadamente dos metros y medio más baja de lo que estaba antes, dejando al descubierto una puerta de bronce reluciente que no había perdido su brillo a pesar de la antigüedad del túmulo. Hamil miró a Geran a través del vacío.

—Supongo que es un elevador —dijo—. Los ruidos que oíste eran los contrapesos. Muy ingenioso. No esperaba que se moviera el suelo.

Geran se inclinó para asirse al borde de piedra, se balanceó por encima de éste y se dejó caer blandamente sobre el suelo. Se dirigió al otro lado para echar una mano a Hamil ya que para el halfling era una bajada importante. Los dos compañeros se dedicaron a examinar la reluciente puerta de bronce. Llevaba grabado un gran sol rodeado por una extraña y fluida escritura.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Hamil.

—No tengo la menor idea. Creo que la escritura podría ser Celestial, pero no puedo leer una sola palabra. —El mago de la espada frunció el entrecejo y susurró otro conjuro de percepción, éste para descubrir la presencia de magia. Las hermosas letras despidieron un feroz brillo dorado y pudo sentir la fuerza antigua, intacta, de las custodias arcaicas—. Es algún tipo de magia divina. ¿Acaso un conjuro de ocultación de algún tipo? No estoy seguro.

—Bueno, eso sería lógico. Si los lathanderianos enterraron aquí algo para mantenerlo fuera del alcance de Esperus, seguramente habrían usado magia para

desviar sus intentos de escudriñar el lugar. —El halfling espolvoreó otro poco de su polvo plateado sobre la puerta y nuevamente relució mientras se precipitaba al suelo —. Aquí tampoco hay símbolos ni runas, pero está cerrada. ¿La abrimos?

—Sí. Si nosotros hemos podido encontrar este lugar, también pueden hacerlo los soldados de Veruna.

—Está bien.

Hamil manipuló la cerradura un momento y abrió la puerta de un empujón. De la estancia que había al otro lado salió una bocanada de aire frío y seco. Era una sala de techo bajo soportado por docenas de columnas. Una gran estatua de bronce de una criatura leonina dominaba el centro de la estancia. Estaba tumbada con las garras extendidas sobre el suelo y la cabeza alta. La cara tenía forma humana y estaba rodeada por una gran melena. Detrás de la estatua había un cofre de piedra cubierto de hermosas tallas. En las paredes había candelabros antiguos que sostenían delgados bastones dorados; al entrar Geran y Hamil en la estancia, cobraron vida unas llamas parpadeantes en torno a los bastones dorados, e iluminaron la estancia con un rico resplandor dorado.

—Vaya, los sirvientes de Lathander ocultaron una cripta debajo de otra — comentó el halfling—. Tengo que admitir que no esperaba encontrar aquí una muestra de semejante pericia.

—El cofre —dijo Geran. Examinó cuidadosamente la estancia y no vio nada alarmante, de modo que empezó a andar en círculo hacia la izquierda en torno a la estatua.

Estaba a apenas cinco pasos de la puerta, cuando el león abrió los ojos y le miró.

La estatua experimentó un estremecimiento, hubo un chirrido como el roce de dos superficies de metal herrumbroso y empezó a ponerse en pie lentamente. Geran retrocedió precipitadamente, se alejó de aquella cosa de cuyos ojos brotó un fuego dorado y brillante y de cuya boca salió una voz como un tintineo de címbalos que dijo en tesharano antiguo:

—*¡Pronunciad los Tres Nombres Secretos y declarad qué motivo os ha traído aquí o tendré que destruirlos!*

—*¡Un constructo guardián!* —dijo Hamil alarmado, dando él también un salto atrás, aunque en otra dirección—. *Geran, por los Nueve Infiernos ¿qué ha dicho?*

Geran dio contra una columna y dejó de retroceder. Por supuesto, el león de bronce no era un ser vivo sino una estatua encantada, imbuida hacía tiempo con el poder de animarse y atacar a cualquier extraño que se introdujera en la cámara abovedada. Podía carecer de la velocidad y ferocidad de una auténtica esfinge o un lamasu o cualquier cosa que fuera, pero de todos modos sería una formidable máquina de guerra, incansable e implacable.

—*¡Se supone que debemos conocer una contraseña!* —le respondió a Hamil.

—¡Responde ahora mismo, intruso, o tu suerte estará echada! —volvió a rugir la estatua.

El monstruo de bronce tenía fácilmente el tamaño de un caballo grande, y sus pies eran como platos de mesa. «Necesitamos tiempo para pensar —decidió Geran—. Podríamos adivinar la contraseña, pero no de inmediato».

—¡Retirémonos! —dijo.

Se volvió para correr hacia la puerta, pero vio algo encima del dintel: una funesta runa dorada inscrita en una pesada piedra de toque que miraba hacia el león. Habían pasado por debajo de ella al entrar en la cámara, lo cual probablemente había desencadenado la magia para animar a la estatua y darle voz. Pero había otras dos marcas rúnicas talladas a cada lado de la piedra de la que surgía el destello dorado. Cuando Geran puso la vista en ellas, las dos cobraron vida transformándose en trazos de amenazador fuego color carmesí.

—¡Espera, no! —gritó—. Mantente alejado de la puerta. ¡Hay símbolos encima de ella!

Hamil estaba más próximo a la puerta que él cuando los símbolos se activaron, lanzó un grito ahogado y cayó sobre una rodilla, alcanzado por la influencia de la trampa mágica. De todos modos, consiguió dar dos pasos vacilantes y se apartó de la puerta, pero la estatua de bronce giró con un chirrido metálico y fijó sus fulgurantes ojos dorados en él.

—¡Profanador! ¡Infiel! —proclamó la voz de la estatua, y avanzó hacia Hamil que todavía se tambaleaba por el contacto con las runas lathanderianas.

—¡Maldición! —dijo Geran entre dientes. Iban a tener que luchar, quisieran o no. Rápidamente lanzó su conjuro de escamas de dragón, aun cuando no estaba seguro de que fuera a servirle de gran ayuda contra un enemigo tan poderoso—. ¡*Theillalagh na drendir!* —susurró, y en torno a él apareció la cascada de escamas de reverberante luz violeta.

El mago de la espada se lanzó hacia delante para distraer a aquella cosa y así apartarla de Hamil, y atacó con la espada contra el ojo de la estatua. El acero elfo produjo un sonoro chirrido al chocar contra el bronce antiguo; el impacto le hizo daño en la mano y a punto estuvo de hacerle soltar la espada. Aquella cosa estaba caliente, irradiaba una reverberación de calor. El monstruo leonino se volvió hacia él con una rapidez sorprendente para algo tan grande y rígido, y trató de alcanzarlo con su enorme garra. Geran se apartó dando un salto atrás, la estatua le siguió y avanzó derecha hacia él. Geran vio que su estocada había dejado un profundo surco justo debajo del ojo fundido, rayando el bronce sin penetrar en él. Se refugió detrás de una de las columnas de la estancia y trató de interponerla entre la estatua y él.

Hamil trataba desesperadamente de encontrar una manera de destruir algo hecho de metal. En sus años con los Escudos de Dragón se había encontrado con estatuas

animadas y constructos mágicos, y recordaba perfectamente lo difícil que era derrotarlos. Algunos tenían mecanismos mágicos que podían estropearse mediante una estocada bien dirigida, pero ésta había cobrado vida por obra y gracia de una magia poderosa; por lo que se veía, era una estatua de bronce fundida, hueca, sin un mecanismo vital que destruir. Ni siquiera era articulada; la magia del antiguo ritual que animaba a la cosa daba al metal fundido la blandura y la flexibilidad de la carne viva.

Mientras trataba de imaginar una forma de enfrentarse a ella, la estatua rodeó la columna para llegar a él, y Geran giró en dirección contraria. La cosa invirtió a su vez la marcha y probó en la otra dirección, y una vez más, Geran respondió a su movimiento. Entonces la esfinge de bronce simplemente se lanzó contra él, y se abrió camino a través de la columna. Bajo su peso, la piedra se partió y saltaron esquirlas en todas direcciones mientras caía polvo del techo. Geran dio un grito sordo de sorpresa y retrocedió ágilmente antes de asir la espada con ambas manos. Aplicó toda su fuerza a un poderoso tajo transversal contra la cara de la estatua, y esta vez el acero elfo realmente consiguió abrir el bronce. De la herida salió un fuego líquido de color rojo-dorado. Una gota salpicó la bota del mago de la espada e hizo humear el cuero. A continuación, la estatua lo alcanzó poderosamente de un zarpazo. El escudo de escamas de dragón resistió, y las mortíferas garras no desgarraron su piel sino que sólo le produjeron un leve rasguño. Sin embargo, el conjuro no lo protegió del aplastante impacto del golpe. Salió despedido como un ratón al que las garras de un gato hacen rodar por el suelo, y se deslizó por éste más de tres metros.

La esfinge de bronce se lanzó a por él, pero en el momento en que alzaba su garra para aplastarle el cráneo, un par de flechas se estrellaron contra su dorado costado.

—¡Vamos, montón de plomo! —gritó Hamil—. ¡Atácame a mí para variar!

El halfling había huido de su escaramuza con el conjuro de los símbolos y estaba acurrucado detrás de una columna en el otro extremo de la habitación, disparando flechas a la máxima velocidad que le permitía su arco. No llegaban a penetrar mucho en el bronce, pero como disparaba de cerca, las puntas de acero se clavaban más de un centímetro. Más metal fundido empezaba a fluir de las heridas punzantes, y la estatua se separó de Geran para perseguir al halfling.

Con un quejido, Geran se dio la vuelta y se puso primero de cuatro patas y por fin, lentamente, en pie. Le dolía todo el lado izquierdo donde la garra de bronce de la esfinge lo había alcanzado. Se agachó para recoger la espada y se volvió a enderezar. En el otro lado de la cámara, la estatua tiraba zarpazos a Hamil, que iba de columna en columna procurando mantenerse fuera de su alcance.

—¡Necesitamos un plan mejor, Geran! —le gritó Hamil a su amigo.

El mago de la espada miró a izquierda y derecha, y después todo en derredor buscando alguna posición ventajosa para dominar a la poderosa esfinge de bronce.

Por fin reparó en la primera columna que había usado para protegerse del constructo. Su capitel estaba claramente fuera de la vertical, y profundas grietas recorrían toda su superficie. Tuvo una idea desesperada y rápidamente estudió el abovedado del techo.

—¡Quédate cerca de la pared! —le gritó a Hamil—. ¡Voy a volver a atraerla hacia mí!

—Con mucho gusto —le respondió Hamil.

Geran lo dejó pasar y cargó contra los cuartos traseros de la estatua, tratando de alcanzarla en el tendón de la corva, o al menos, donde debería estar dicho tendón de haber sido una criatura viva. Penetró en el bronce lo suficiente para que saliera un poco más de metal fundido e inmediatamente retrotrajo la espada ya que el monstruo giró en redondo para enfrentarse a él.

—¡Vamos! —le gritó—. ¡Ven a por mí!

El constructo se lanzó en su persecución y Geran retrocedió como un rayo varios pasos. En el último momento, se refugió detrás de la columna dañada, la estatua saltó hacia él y golpeó la columna casi como un cuerpo muerto. La columna se desplomó con un espantoso estruendo de piedra que se derrumba y arrastró el techo consigo.

—¡*Seiroch!* —gritó Geran.

Un conjuro de transposición, una magia que se limitaba a teletransportarlo de un lugar a otro próximo, en apenas un instante. Desapareció del lugar del derrumbamiento y reapareció en el otro lado de la estancia, debajo de la bóveda que había junto a la pared... el lugar donde el techo era más resistente, al menos según sus cálculos. La cálida luz amarillenta que llenaba la cámara se hizo mortecina y desfalleció cuando nubes rugientes de polvo y escombros llenaron el lugar. Una sección mayor del techo cedió, y una cascada de roca y tierra se precipitó sobre el centro de la estancia... pero finalmente el colapso cesó y un silencio sobrenatural se cernió sobre el lugar.

Hamil tosió y alzó la vista hacia Geran.

—¿Qué habrías hecho si se nos hubiera venido encima todo el techo? —preguntó.

—Esperaba que no fuera así. —Geran contempló el montón de escombros que llenaban el centro de la estancia. Podía ver una gran zarpa de bronce en medio del desastre, pero era hueca, vacía, ya no había fuego líquido en su interior. Precavidamente envainó su espada, en cuyo acero mágico no había hecho mella el choque con el bronce antiguo, y se fue abriendo camino hacia el cofre de piedra que había contra la pared del fondo. Estaba tallado con imágenes de ángeles armados con espadas y escudos para la guerra. Parecía excesivo que pudiera haber otra trampa, pero no podía estar seguro—. ¿Hamil?

El halfling se unió a él junto al cofre y lo examinó rápidamente con el polvo de plata y a continuación efectuó una minuciosa inspección visual.

—Creo que puede abrirse sin peligro.

Geran asintió y levantó la tapa. En el interior, envuelto en una tela que hacía tiempo se había convertido en jirones polvorientos, había un gran volumen encuadernado en piel negra. Metió la mano, sacó el libro y separó los restos del envoltorio: «El Infiernadex, compilación de conjuros y conocimiento arcano escrita por la mano de Esperus, rey de Thentur». Se sintió muy tentado de abrirlo al azar simplemente, para ver qué tipo de cosas había considerado Esperus dignas de ser compiladas, pero no era una buena idea. La lectura de libros mágicos puede ser muy peligrosa y traer consecuencias indeseadas. Por el momento, bastaría con poner el tomo en lugar seguro, donde los mercenarios al servicio de Veruna no pudieran encontrarlo. De modo que se limitó a envolver el libro en un capote que llevaba de recambio y lo metió en su alforja.

—Ahora tendremos que encontrar un nuevo escondite que no despierte las sospechas de la Casa Veruna —dijo.

—Primero, tendremos que encontrar una forma de salir de esta cámara. No tengo la menor gana de acercarme otra vez a esos símbolos —dijo Hamil, señalando la puerta, donde los símbolos emitían un brillo apagado. El grande, que ocupaba el lugar central, estaba oscuro, su magia probablemente se había disipado al ser destruida la estatua, pero los otros dos permanecían activos—. Supongo que podríamos tratar de excavar una salida. Si mi sentido de la orientación no me falla, estamos debajo de la cámara conmemorativa.

Geran echó una mirada al agujero del techo y luego a los símbolos que relucían sobre la puerta.

—Me temo que correríamos grave riesgo de derrumbar la cámara, si caváramos en un lugar equivocado, pero conozco uno o dos conjuros que podrían ayudarnos a pasar por debajo de los símbolos. Puede que nos lleve algo de tiempo, pero sería mucho más fácil que excavar.

—Hecho —dijo Hamil. Se sentó en la plataforma que había junto al cofre de piedra y con un gesto de la mano señaló la puerta de enfrente—. Haz la prueba. Dime si puedo ayudarte en algo.

—En nada. —Geran estudió las marcas de encima de la puerta durante largo rato y luego se sentó cautelosamente para examinar su propio libro de conjuros, buscó algo que pudiera funcionar. El techo crujía amenazadoramente y seguía cayendo polvo. Evidentemente, abrir un túnel era impensable. Se proponía salir de la estancia por la puerta por la cual había entrado... ¿o tal vez...? Alzó la vista hacia el dintel de la puerta y calculó la distancia—. Sí, eso serviría —musitó—. Pero primero tendré que estudiar nuevos conjuros. Hamil, ponte cómodo. Tendré que descansar un poco antes de poder sacarnos de aquí.

CATORCE

25 Ches, Año del Intemporal

Después de que Geran y Hamil improvisaron un almuerzo con lo que llevaban encima, Geran extendió su petate y se echó sobre el frío suelo de piedra. No es que tuviera sueño, realmente, pero si podía descansar con tranquilidad y dejar reposar su mente durante un tiempo, podría prepararse para estudiar sus conjuros. Sabía por experiencia que no podía memorizar un conjuro cuando estaba cansado o distraído. La larga cabalgada por los páramos, la excavación de la escalera, la exploración de las bóvedas, y finalmente, la batalla contra la esfinge-estatua, lo habían dejado extenuado para que cualquier intento con sus libros de conjuros, tuviera cierta esperanza de éxito. Las palabras eran sencillas de memorizar, por supuesto, pero cada conjuro también requería una estructura de simbología y filosofía cuidadosamente estructurada, incluso una actitud o un modo particular de pensar, capaz de imbuir de un poder real y significativo a las palabras que pronunciaba. Para muchos de sus conjuros menores, sólo necesitaba unos cuantos minutos de meditación para recuperar el poder agotado pero sus encantamientos más largos era mucho más extenuantes y llevaba mucho más tiempo renovarlos.

Geran dormitó un buen rato, después se levantó, comió y bebió un poco más, y se puso a estudiar sus libros. Algunos de estos conjuros no los usaba muy a menudo, de modo que los estudió atentamente para asegurarse de poder pronunciarlos correctamente. Seis horas después de haber entrado en la bóveda del *Infiernadex*, estaba listo para emprender la salida. Volvió a poner el libro de conjuros en su petate y se puso en pie, con una mueca ante la protesta de sus magulladas costillas.

—Está bien, Hamil. ¿Listo para partir?

El halfling se puso en pie de un salto.

—Estoy listo desde hacer horas. ¿Puedes borrar los símbolos?

—No, vamos a sortearlos. No tengo exactamente el conjuro para hacerlo directamente, pero puedo arreglarme con otros tres. Sin embargo, voy a necesitar primero un poco de luz. —Geran sacó una moneda de cobre del bolsillo, susurró un conjuro de luz y la arrojó a través de la puerta a la antecámara oscura que había al otro lado. Observó con alivio que el suelo seguía estando hundido hasta el nivel de la bóveda enterrada. Si el suelo hubiera vuelto a subir, su tarea habría sido mucho más complicada. Geran se acercó a la puerta y se quedó a cierta distancia de la influencia de los símbolos. Se concentró, enfocó su voluntad y dijo—: ¡*Seiroch!*

Un instante de oscuridad y a continuación, se encontró de pie en el suelo de la antecámara, y miró a Hamil que estaba al otro lado. Esperó un momento hasta ver si se había activado alguna trampa nueva, pero no sucedió nada.

—Bueno, al parecer te has ocupado de tu propia salida —comentó Hamil—. Entonces ¿tengo que seguir esperando aquí?

—No he acabado —dijo Geran. Respiró hondo, despejó su mente y dio rienda suelta a las estructuras poco conocidas de un conjuro que usaba muy raras veces—. *¡Sierollanie dir mellar!*

Una leve luz violeta surgió rodeando a Hamil, que pareció sorprendido, y otra similar, en torno a sí mismo. Después, una vez más, sintió el breve instante del oscuro frío y volvió a encontrarse en la cámara del *Infiernadex*, mientras que Hamil estaba ahora fuera, en la antecámara.

El halfling miró a su alrededor y rompió a reír.

—¡Mi situación ha mejorado realmente, pero tú vuelves a estar donde empezaste, Geran! ¿Es éste uno de esos problemas del zorro, el ganso y el grano? Si estás atascado, tal vez yo pueda ayudarte, ya sabes.

—Todavía no he terminado. Dame unos instantes. —Geran se sentó para componerse y descansar, cerró los ojos y recurrió a los métodos elfos que Dariel le había enseñado en Myth Drannor. Unos minutos después, estuvo listo. Se puso de pie, comprobó su ubicación y repitió su conjuro de transporte:

—*¡Seiroch!*

Un instante más de oscuridad y vértigo, y apareció en pie, junto a Hamil, en la antecámara.

—No conozco ningún conjuro capaz de teletransportarnos a los dos —explicó—, de modo que tuve que recurrir al conjuro que permite cambiar el lugar del uno por el del otro. La teletransportación menor sólo me lleva unos minutos de preparación.

Hamil le hizo una reverencia.

—Eres un mago consumado, más de lo que yo recordaba. ¿Aprendiste eso en Myth Drannor?

—Si fuera un auténtico mago, con un simple conjuro podría habernos sacado a los dos de la bóveda y hasta nos habríamos ahorrado la cabalgada de regreso a Hulburg, pero sí, éste es un conjuro que aprendí en Myth Drannor junto con unos cuantos más. —Geran hizo un estribo con las dos manos para ayudar a Hamil a volver al pasadizo de arriba. A continuación subió él, apoyándose en el borde y trepando con una pequeña ayuda del halfling. Volvió a mirar la puerta de la bóveda secreta—. Deberíamos volver a dejar el suelo como estaba. Cabe la posibilidad de que los Veruna pasen por alto la bóveda y no se den cuenta de que ya hemos estado aquí.

—De acuerdo —dijo Hamil. Se deslizó de una esquina a otra por el borde del pozo y consiguió llegar a la estatua con su nicho. En un momento la giró a la posición en que estaba antes. El suelo de la antecámara volvió a subir con un retumbo de piedra y un rechinar de cadenas ocultas—. Espero que nuestras monturas no se hayan

escapado ni hayan sido devoradas. No me apetece una larga caminata hasta la abadía.

—Ni a mí.

Geran volvió a la pared que habían abierto al pie de la escalera y se volvió a meter por el agujero. Afuera estaba oscuro, pero eso no lo tomó por sorpresa. Habían abierto el túmulo a primera hora de la tarde y habían estado dentro varias horas. Salió, la noche estaba fría, húmeda, ventosa y con remolinos de niebla. Miró en derredor para ver si todavía estaban allí los caballos. Los animales piafaron y se revolviéron inquietos en el mismo lugar donde los habían dejado, y las monturas y las cuerdas también seguían allí. Geran se deslizó hacia abajo por la pared del túmulo y se encaminó hacia donde estaban los animales; se preguntó si acaso habrían captado el olor de la extraña sombra.

Hamil lo siguió.

—¿Intentamos volver a la abadía esta noche?

Geran empezó a responder, pero se detuvo. Le pareció haber oído algo, un débil crujido, tal vez el tintineo de una cota de malla. Sacó la espada de su vaina y escrutó la oscuridad. En el túmulo tenían el conjuro luminoso, y no les había dado tiempo a sus ojos para adaptarse a la oscuridad. Ahora, se daba cuenta de que no podía ver muy bien; y si había alguien esperándolos fuera, estaría bien acostumbrado a la falta de luz.

—Hamil, hay alguien por aquí —dijo en voz baja—. *¡Cuillen mharriel!*

El leve brillo del velo de acero argentado surgió en torno a él. Sintió a Hamil cerca de él y oyó el roce del acero sobre el cuero, cuando el halfling desfundó sus propias dagas.

—Nos hemos topado directamente con ellos —musitó el halfling.

Silenciosamente, hombres cubiertos con cota de malla se pusieron en pie en el lugar en el que habían estado echados sobre el brezo. Eran sombras negras, vacías, en la noche sin luna, pero entonces varios de ellos descubrieron sus faroles y enfocaron con ellos a los dos compañeros. En el repentino círculo de luz, Geran vio que estaban rodeados por una veintena de hombres armados que lucían los capotes verdes y blancos de la Casa Veruna. Varios de ellos apuntaban con sus arcos a Geran.

—Bueno, muchachos, aquí están —dijo con voz ronca una de las sombrías figuras. Se acercó más y Geran reconoció la cara delgada, de halcón, y la armadura ligera y negra de Anfel Urdinger, capitán de la Casa Veruna—. Creo que tenéis algo que yo quiero, Geran Hulmaster. Deja la espada a tus pies y tira el petate hacia aquí. Tu pequeño amigo también, y puedes decirle que más le vale mantener las manos donde podamos verlas.

—*¡Vaya mala suerte!* —dijo Hamil mentalmente—. *¡Justo vienen a encontrar el túmulo que buscaban, el día en que a nosotros se nos ocurre visitarlo!*

—*Esto no tiene nada que ver con la suerte. Alguien debe de haberles dicho*

dónde estábamos —le respondió Geran a su amigo—. *Ese túmulo estaba demasiado alejado de los otros que habían profanado; era demasiada coincidencia como para creer que Urdinger y sus hombres dieran con él por casualidad.*

»Si deponemos nuestras armas, ¿qué garantías nos das? —le replicó a Urdinger, sobre todo, con el fin de tener un momento más para pensar.

—No veo qué necesidad tengo de darte ninguna, pero supongo que os dejaré marchar sin causaros más problemas —respondió Urdinger—. Lo único que me interesa es el libro. ¿Lo tenéis?

—*No pueden dejarnos con vida, Geran* —dijo Hamil—. *Si entregamos nuestras armas, cogerán lo que quieren y nos matarán de todas maneras. Lo mejor es correr hacia el túmulo confiando en que no nos claven una flecha antes de llegar allí.*

—*Lo sé* —le respondió Geran a su amigo.

Contra tres o cuatro hombres, tal vez cinco, podría haber tratado de abrirse camino, incluso con la desventaja de haber sido tomados por sorpresa, pero eran demasiados los mercenarios que les rodeaban. Una retirada hacia el túmulo de Terlannis era la mejor entre sus magras opciones; en el pasadizo atestado al pie de la escalera, la superioridad de sus contrincantes no les serviría de nada, y ellos podrían contar con una distancia considerable. Geran retrocedió un par de pasos, sopesó las posibilidades que tenían de llegar a la entrada del túmulo, pero entonces percibió a sus espaldas un movimiento sigiloso.

Se volvió a mirar. Allí, a menos de diez metros, la niebla nocturna se arremolinaba y se fundía con una gran pantera negra que salía de ella. Sus ojos amarillos relucían con malicia... y puede que un atisbo de inteligencia. Fuera como fuere, estaba entre los dos camaradas y la dudosa seguridad de la entrada del túmulo.

—Ya veo que has conocido a Umbryl —dijo Urdinger con una risa repulsiva—. Yo en tu lugar no me movería. Ahora bien, si no haces lo que yo digo y dejas la maldita espada elfa en el suelo, voy a dejar que la pantera te devore.

Geran pensó que eso lo explicaba todo. La pantera les había seguido el rastro y seguramente había ido a buscar a los de Veruna cuando ellos entraron en el túmulo. El mago de la espada volvió a mirar en derredor e hizo una mueca.

—En ese caso, puedes tener el libro —dijo. Dejó que la bolsa se deslizara de su hombro, se arrodilló y empezó a rebuscar el *Infiernadex*, con un ojo en la pantera espectral. Un momento después, estaba en pie con el antiguo volumen en la mano izquierda y la espada en la derecha. Tuvo la sensación de que Hamil se removía, inquieto, perfectamente consciente de que el libro del nigromante era lo único con lo que podían negociar. Sin embargo, no dijo nada.

—*Ten cuidado* —le susurró al halfling.

—*Haz tu jugada* —respondió Hamil.

Geran bajó la voz y susurró un conjuro:

—*Arvan sannoghan* —dijo entre dientes. De inmediato surgieron unas brillantes llamaradas blanco-azuladas a lo largo de su espada. La alzó por encima del pesado volumen que sostenía con la otra mano y gritó—: ¡Un solo movimiento y destruyo el libro!

Los espadachines de Veruna dieron un paso adelante, furiosos, pero una orden tajante de Urdinger bastó para detenerlos.

—¡Quietos! —les dijo el capitán de Veruna. Geran se arriesgó a echar una mirada hacia atrás y vio que la pantera espectral se agachaba y silbaba, pero no se lanzaba contra ellos. Tal y cómo estaban las cosas, el buen humor de Urdinger desapareció, y el mercenario miró con odio a Geran—. Necio —le dijo con rabia—. ¡Si dañas ese libro, no tendré ningún motivo para dejar que os marchéis!

—Yo no veo motivo alguno para que nos dejes ir, tengas o no el libro en tus manos —retrucó Geran—. Si pase lo que pase intentas matarme, a mí me dará lo mismo quemar esta mohosa colección de brujerías sólo por fastidiarte antes de morir.

—Podría hacer que mis arqueros te mataran ahora mismo.

—¿Estás tan seguro de su puntería? Si llegan a errar por la mínima, reduciré el *Infiernadex* a cenizas con mi último aliento. —Geran hizo una pausa y estudió el efecto de sus palabras sobre el capitán—. Estoy dispuesto a cambiar el libro por nuestras vidas —añadió—, pero no tendrás ambas cosas, eso te lo puedo asegurar.

El capitán mercenario hizo una mueca de desprecio.

—Pues bien, haz tu propuesta.

Hamil miró a Geran y luego a los hombres de Veruna que los rodeaban.

—Sí, haz tu propuesta, Geran —dijo.

—Danos dos caballos —le dijo Geran a Urdinger—, después retírate a más de un tiro de arco. Dejaré el libro aquí y nos marcharemos.

—¿Y qué te impedirá marcharte con el libro una vez que nos retiremos? ¿O destruirlo cuando estemos demasiado lejos para impedirlo?

—¿Y qué te impedirá a ti perseguirnos una vez que hayas conseguido el libro? —respondió Geran—. Esto sólo puede funcionar si los dos hacemos lo que nos comprometemos a hacer y creemos que el otro dice la verdad. En cuanto a destruir el *Infiernadex*, verás, ahora mismo puedo hacerlo, de modo que no cambia nada.

Urdinger frunció el entrecejo para musitar algo a los mercenarios que estaban junto a él, pero jamás dijo lo que tenía intención de decir a continuación, porque el viento cesó de repente, la noche se volvió glacialmente fría y una helada blanca apareció sobre el brezo. A Geran le humeaba la respiración y hasta las parpadeantes llamas de la feroz aura de su espada perdieron intensidad y vacilaron. Los hombres de Veruna se removieron nerviosos y miraron en derredor, al igual que los dos compañeros.

—*Las voces gélidas están de vuelta* —dijo Hamil—. *Algo se acerca.*

—*Yo también lo siento* —dijo Geran—. *¿Qué más puede salir mal?*

Echó una mirada hacia atrás para ver a Umbryl, pero la pantera espectral había desaparecido. Maldijo entre dientes y trató de vigilar en todas direcciones a la vez. «Eso me pasa por preguntar —se dijo—. Ahora tengo que preocuparme por si la maldita pantera se acerca sigilosamente por detrás de mí».

De repente, una columna de llamas oscuras y frías surgió del suelo no lejos de donde estaban Geran y Hamil, y una figura de pesadilla dio un paso adelante. Era un esqueleto, vestido con jirones de unas antiguas vestimentas reales. Un pesado círculo de oro le servía de corona, y llevaba un bastón alto, retorcido, de madera gris y muerta en sus manos huesudas. Geran oyó el roce de metal contra metal cuando aquella cosa surgió de las negras llamas. Los huesos del esqueleto se mantenían unidos por bandas de cobre verdes por la pátina del tiempo llenas de runas grabadas. Los ojos eran puntos ardientes de fuego esmeralda fosforescente, de gran agudeza y malicia.

Al mago de la espada se le paró el corazón en el pecho al ver aquello, y dio un paso atrás sin darse cuenta. Un manto invisible de terror y desesperación parecía extenderse ante la aparición, como si su mera presencia proyectara una funesta sombra sobre las almas de los vivos. Varios de los hombres de Veruna llegaron a postrarse y a ocultar la cara contra el suelo, incapaces de aguantar su presencia. Geran pensó que la aparición del espectro les había proporcionado la mejor distracción que podían esperar para tratar de llegar al túmulo, pero no era capaz de apartar la mirada del temido rey.

La macabra figura fijó sus ardientes verdes ojos en Geran, que no pudo hacer otra cosa que mantenerse allí, sin flaquear, frente a él. Entonces el espectro habló.

—Cinco siglos he esperado a que sacasen ese libro de las custodias lathanderianas. No permitiré que lo dañes ahora, joven necio.

Geran estaba paralizado por la mirada gélida del esqueleto.

—Tú eres Esperus —dijo con voz débil.

Geran, cuando era pequeño, había oído, en torno al fuego, en Griffonwatch, suficientes narraciones como para no reconocer al temible lich, un poderoso brujo, muerto hacía cientos de años, protegido por una oscura y potente nigromancia que había asolado los Altos Páramos durante siglos. Geran siempre se había preguntado por qué lo llamaban el Rey de Cobre. Ahora lo sabía. Los huesos del lich se mantenían más o menos unidos por ese metal.

—El Rey Esperus para ti —dijo el lich con tono sibilante. Miró a Geran con furia y sus ojos relumbraron aún más con la intensidad de su escrutinio—. Hummm, tú eres un Hulmaster; reconozco el olor de tu sangre. Isolmar está muerto, de modo que tú debes de ser el hijo de Bernov, Geran. De ti he oído hablar poco.

Geran guardó silencio largo rato; resultaba terriblemente difícil hilar un

pensamiento, y mucho más, hablar mientras Esperus sostenía su mirada. Finalmente consiguió decir algo.

—Ofrezco el *Infiernadex* por nuestras vidas, Rey Esperus.

El lich lanzó una fría risotada.

—¿Qué me importan a mí vuestras vidas? —dijo. Tendió una mano que parecía una garra e hizo un pequeño gesto, y el *Infiernadex* fue arrancado de la mano de Geran por una fuerza salvaje e invisible. El libro llegó a manos del lich, y lo que quedaba del rostro de Esperus se contrajo en una macabra sonrisa—. Adiós, Geran Hulmaster. Supongo que volveremos a hablar pronto, cuando te hayan depositado bajo la piedra como a tus antepasados.

Esperus se apartó de Geran, y el mago de la espada sintió que la fuerza y la volición volvían a sus miembros. El lich miró a Anfel Urdinger, que evitó su mirada y bajó la vista al suelo.

—Dile a tu señora que considero cumplida su parte del trato. No profanes más túmulos, capitán. Ya no tienes motivos para saquear mi reino. —Entonces Esperus sacó un amuleto de cobre cubierto de moho entre sus descompuestas vestiduras, y lo depositó en la mano de Urdinger—. El portador de este símbolo puede invocar a mis súbditos y ellos obedecerán sus órdenes. Ahora también mi parte está cumplida.

—Sí, poderoso rey —musitó Urdinger, recogiendo el amuleto de cobre, y lo guardó en un bolsillo que llevaba al cinto—. Le transmitiré a lady Darsi tus palabras.

—Dile también esto: que no use mi regalo en las horas luminosas del día, y que no trate de enviar a mis súbditos lejos del amuleto. Debe elegir el momento y el lugar con cuidado, porque mis siervos responderán, pero a regañadientes.

Se metió el volumen bajo el huesudo brazo, el lich se internó en la noche. Al tercer paso simplemente se fundió en negra niebla que se disipó cuando el viento volvió a arreciar. La blanca escarcha que cubría el brezo también se desvaneció, y Geran respiró hondo.

Seguían rodeados de una veintena de guardias de Veruna, y él ya no tenía el libro para negociar.

Urdinger alzó la vista, se sacudió y con una sonrisa de depredador, fijó los ojos en Geran.

—Parece ser que has perdido tu poder de negociación, lord Geran. Tu anterior propuesta era el *Infiernadex* a cambio de tu vida. ¿Tienes algo que añadir esta vez?

—*Esto no pinta nada bien* —comentó Hamil—. *¿Intentamos llegar al túmulo?*

—*De acuerdo* —respondió Geran—. *Sígueme cuando me mueva.* —Y rápidamente invocó un conjuro—: *¡Theillalagh na drendir!*

La reverberación violácea de su conjuro de escamas de dragón, relumbró en torno a él y Geran se puso en movimiento de inmediato. Se lanzó a su derecha, a por el arquero que tenía más próximo. Las silbantes flechas surcaron el aire pero Geran

había sabido elegir el momento; la mayoría de los hombres de Veruna habían bajado sus armas al aparecer el lich; de modo, que tuvieron que levantarlas rápidamente y apuntar cuando él ya estaba en movimiento. Una flecha fue desviada por su velo de acero argénteo, varias más le rozaron, pero una, bien dirigida, consiguió atravesar sus escudos mágicos y la gruesa punta penetró en su brazo izquierdo.

Geran dio un grito y se tambaleó, pero consiguió recuperar la estabilidad. El hombre que tenía enfrente lo apuntó con el arco directamente a la cara, pero Geran ya estaba encima de él y con su llameante espada consiguió partirle el arco de un tajo y hacer morder el polvo al arquero de Veruna, que cayó herido de lado a lado de la cara, en el cuello y el pecho. El hombre chilló y se revolvió.

—¡Cogedlos! —rugió Urdinger—. ¡No pueden escapar!

Dos hombres cubiertos con cota de malla trataron de cerrarle el paso, pero Geran fue más rápido. Un rápido rechazo y ya estaba junto a ellos. Oyó el canto del arco de Hamil y un grito ahogado detrás de sí, pero no se detuvo. Rodeó la mitad del túmulo, subió por la pendiente y se introdujo por la empinada escalera perseguido por más flechas y por varios de los hombres de Veruna. Hamil tras él se deslizó por los escalones; Geran se lanzó de cabeza por el agujero de la pared que había hecho al pie de la escalera con Hamil pisándole los talones. Haciendo gala de gran agilidad, el halfling se puso de rodillas, giró y disparó un par de flechas escaleras arriba.

—No creo que funcione —susurró—. ¿Estás bien, Geran?

—Casi —respondió Geran.

Sentía un dolor lacerante en el brazo, parecía que se había golpeado las pantorrillas contra las piedras de la escalera y las costillas aún le dolían por la pelea con la esfinge de bronce. A pesar de todo, estaba más o menos entero. La flecha no había penetrado tanto en su brazo como tenía. Probablemente, sus escudos mágicos habían amortiguado el disparo antes de que penetrara en su carne. Apretó los dientes y se la arrancó con cuidado. La sangre le corrió por el brazo y cayó sobre las frías losas del suelo.

—¿Y tú? ¿Estás herido?

—¿Yo?, no. Todos te disparaban a ti. Eres un objetivo mucho más grande, y tu espada relucía. Podría haberme escabullido entre la niebla y no se habrían dado cuenta.

Hamil echó otro vistazo escaleras arriba y volvió a disparar. Otro hombre gritó y lanzó una feroz maldición.

—¡Tened cuidado, necios! —gritó Urdinger desde algún lugar que no veían.

Los mercenarios de Veruna intercambiaron gritos durante un breve momento hasta que la voz del capitán se impuso por encima de las demás:

—¡Cerrad la maldita boca! ¡Silencio!

—*Bueno, ahora la oscuridad nos favorece* —dijo Hamil en su habla silenciosa—.

Aquí abajo está oscuro como boca de lobo, y cualquier que ponga un pie en la escalera quedará recortado contra el cielo. ¿Y ahora qué?

—Todavía estoy pensando —susurró Geran.

Podían resistir allí, a la entrada del túmulo bastante rato. La escalera sólo permitiría la entrada de un hombre por vez, y a los arqueros de Veruna les resultaría casi imposible disparar por encima de su propio hombre en las escaleras. ¿Qué haría él si fuera Urdinger? El capitán mercenario podía limitarse a rellenar la escalera y marcharse, pero no podría estar seguro de que Geran y Hamil no fueran a abrirse camino hasta el exterior una vez que él se hubiera ido. Así, que tal vez se limitara a montar vigilancia en lo alto de la escalera dejando que murieran de sed o de inanición.

—O quizás un escudo o pantalla de algún tipo —musitó Geran—. Llevarlo por delante para parar nuestras flechas, bajar y llegar a la pared. Pero todavía tendría que pasar por el agujero.

—Podrían ahumarnos para obligarnos a salir —conjeturó Hamil—. Usar una pantalla para bajar hasta aquí y entonces arrojar teas ardientes por el agujero, obligarnos a apartarnos de la entrada. Y... no olvides esa pantera que tienen. Por lo que sabemos, se nos podría aparecer por detrás mientras miramos escalera arriba.

Geran miró por encima del hombro al pasadizo negro.

—Una idea muy tranquilizadora —dijo entre dientes.

Escudriñó la escalera hasta donde se atrevió. Indudablemente, Urdinger estaba dándole vueltas a la cabeza con las mismas posibilidades. Era probable que estuviera considerando una o dos opciones en las que Geran no hubiese pensado todavía, como traer a un mago para abrir el túmulo con una explosión, o invocar a algún demonio capaz de hacerlos pedazos, malditas sean las espadas y las flechas.

Se oyeron voces airadas en lo alto del túmulo, pero no podían escucharlas con claridad. A Geran le pareció oír a Urdinger decir algo que terminaba en:

—¡...no es nada de tu incumbencia!

La otra voz respondió demasiado lejos como para distinguirlo. Geran miró a Hamil.

—Ahí arriba está pasando algo —dijo—. ¿Están discutiendo?

Antes de que hubiera terminado la pregunta, un destello brillante atravesó la oscuridad fuera de su ángulo visual, seguida por un silbido crepitante de fuego. Los mercenarios, de repente, gritaron presa del pánico, y se oyó la voz de Urdinger:

—¡Arqueros! ¡Abatidlo ahora mismo!

Otro brillante destello amarillo atravesó la noche; un fuerte estallido, y un trueno ensordecedor hizo que se desprendiera un poco de tierra del techo del pasadizo. Un olor acre llegó al lugar donde estaban acurrucados Geran y Hamil, y se oyeron gritos de desánimo de los mercenarios de Veruna. Un instante después, más fogonazos

atravesaron el cielo nocturno.

—Por los Nueve Infiernos ¿qué es eso? —dijo Geran.

—¿Están tratando de atraernos para que salgamos? —conjeturó el halfling.

—No sé por qué, pero lo dudo.

Geran miró hacia arriba, hacia la salida de la escalera. Pudo oír a los hombres que gritaban y corrían, el distante sonido del acero, el piafar aterrorizado de los caballos. Podían esperar a que cesara todo y ver lo que pasaba a continuación... o podían actuar mientras los de Veruna estaban distraídos. Geran tomó su decisión en un instante. Atravesó el agujero abierto en la pared y agachado subió cuidadosamente los peldaños de la escalera, esperándose otra flecha en cualquier momento.

—*¡Has perdido la cabeza!* —le transmitió mentalmente Hamil.

Otro rayo atravesó rozando la cima de la colina, y con el breve fogonazo de luz que produjo, Geran vio algo totalmente inesperado. Los mercenarios de Veruna corrían de un lado a otro, arrojándose a rocas y a altas matas de hierba para cubrirse mientras se enfrentaban a un solo hombre: el hechicero astado con el que se habían encontrado Kara, Hamil y él en el túmulo en el que habían asesinado a Jarad. Flotaba en el aire, a unos cinco metros del suelo, rodeado por un torbellino de fuego, con su chaqueta escarlata y oro que flameaba al viento. Uno de los hombres de Veruna le disparó con su ballesta, pero el hechicero apartó el virote con un gesto y con una mirada temible se volvió al tipo que le había disparado. El ballestero retrocedió, se tambaleó, con la ropa humeante, y, de golpe, se prendió fuego. Lanzó unos gritos espantosos y echó a correr agitando los brazos hasta que le engulló la niebla de la noche.

Dos de los mercenarios de Veruna todavía estaban agazapados allí cerca, distraídos por la batalla que se libraba a escasa distancia. Fue entonces cuando uno miró hacia abajo y vislumbró a Geran a la luz de una descarga de fuego.

—¡Los otros! —gritó—. Están tratando de escapar... —En ese instante una flecha corta lo alcanzó en plena cara y cayó al suelo.

—Shhh —dijo Hamil—. Sé buen chico.

Geran subió precipitadamente los escalones que quedaban y el otro, que esperaba arriba, se puso en pie y se lanzó hacia abajo. Se encontraron en lo alto de la escalera; el hombre bloqueó la estocada de Geran a media altura y lanzó un tajo rabioso a la cabeza del mago de la espada. Éste, se agachó, volvió a levantarse, le propinó un largo corte en la garganta a su adversario y le empujó con el hombro hasta apartarlo de su camino. El hombre de Veruna dio media vuelta y cayó.

Desde el pie del túmulo, un hombre en el que Geran no había reparado antes, levantó una varita mágica y apuntó con ella al hechicero vestido de escarlata y oro. De la varita brotaron tres proyectiles azules, crepitantes, que se abrieron camino a través de la feroz aura del hechicero y lo golpearon en el costado. El hombre astado

gritó y vaciló en el aire, llevándose una mano al costado herido. El aprendiz de mago de Veruna dio un grito triunfal y se dispuso a lanzarle otro proyectil. Geran no tenía la menor idea de si el hombre astado —el tiflin, que así era como llamaban a los de su clase— era o no un enemigo pero, por el momento, los mercenarios de la Casa Veruna eran el enemigo común; de modo que bajó corriendo el montículo y se lanzó contra el desprevenido mago. El tipo presintió el peligro y se giró justo a tiempo para poder ver al espadachín antes de que lo decapitara. Hamil le pisaba los talones armado ahora con un cuchillo en cada mano, ya que sus flechas se habían agotado.

—¿Estás seguro de que ésta es nuestra lucha, Geran? —preguntó.

—La estoy haciendo nuestra —respondió Geran.

Se encontró frente a otro espadachín de Veruna; libró con él un furioso duelo que duró largo rato: sable mulmano contra sable de factura elfa, destellaban los aceros a la luz del fuego. Hamil se enfrentaba a otro mercenario que había acudido a atacar a Geran, cuando éste batallaba con el primero, y consiguió darle una cuchillada en la rodilla para tirarlo al suelo, acosarlo y acabar con él introduciendo una daga a través del visor de su yelmo.

Por su parte, Geran estuvo cerca de ensartarse con la punta de la espada de su adversario, pero esquivó la finta en el último momento, alzó la espada del otro al aire y le clavó la suya por debajo del brazo. El mago de la espada giró en redondo, buscó a otro enemigo, pero no quedaba, cerca de él, ningún hombre de Veruna en pie. Logró atisbar a Urdinger y a otra media docena de hombres que se alejaban a galope y se perdieron en la oscuridad, perseguidos por los rayos llameantes del tiflin. Entonces el silencio se apoderó del campo de batalla. Sólo se oía el crepitar sordo de la hierba encendida por el fuego del hechicero. El tiflin gritó algo contra los mercenarios que huían y se permitió bajar a tierra. Entonces vio a Geran y Hamil.

—¡Espera! —le gritó Geran—. No estamos en guerra contigo.

—Eso está por verse —respondió el tiflin. Sostenía su varilla metálica curva lista para atacar, pero no lo hizo—. ¡El libro! —exigió—. ¿Dónde está?

Geran echó una larga mirada al tiflin antes de responder. Era evidente que el hombre era un hechicero muy capaz, pero Geran sabía que sus escudos contra conjuros podían soportar mejor las descargas de fuego y los rayos relampagueantes, que las mundanas cotas de malla que usaban los de Veruna. Se tomó su tiempo para responder a fin de asegurarse de que el hechicero entendiera que no era el miedo lo que lo movía a contestar.

—Si te refieres al *Infiernadex*, entonces lo tiene el lich Esperus —dijo—. Los hombres de Veruna nos siguieron hasta este túmulo, y creo que Esperus les siguió a ellos. Me lo sacó de las manos y se fue con él hace apenas media hora.

—Deberías dirimir con él la cuestión del libro —sugirió Hamil.

Una sombra cruzó por la cara del tiflin que se volvió hacia otro lado gruñendo

algo en una lengua que Geran no conocía. Golpeó el suelo con los pies y cortó el aire con su arma en señal de frustración.

—¡Vosotros los condujisteis directamente a este lugar! Esperus jamás habría sacado él mismo el libro del túmulo lathanderiano. ¡Le habéis entregado lo que buscaba, atajo de necios!

—Los de Veruna andaban rebuscando en túmulos por todos los páramos —le replicó Hamil con rabia—. Tarde o temprano hubieran encontrado el adecuado. No nos culpes por no haberlo encontrado antes que nosotros. Y dicho sea de paso, me gustaría saber cómo es que tú también nos encontraste aquí.

—Seguía a los de Veruna. Iba a dejar que sacaran el libro para quitárselo a continuación. —Miró a Hamil con furia—. Vuestra intromisión me ha costado seis meses de trabajo. ¡Imbéciles! ¡No tenéis ni idea de lo que habéis hecho!

Geran decidió pasar por alto las palabras insultantes del hechicero por el momento.

—Esta es la segunda vez que os encuentro en el umbral de un túmulo —dijo.

—Soy Geran Hulmaster, de la familia del harmach, y tenemos leyes contra la profanación de los túmulos funerarios en estas tierras. ¿Quién eres tú? ¿Y por qué quieres el libro de Esperus?

El tiflin se calmó con visible esfuerzo y se volvió a mirar a Geran y Hamil.

—Soy Sarth Khul Riizar —respondió—. Mi interés por el *Infiernadex* no es de vuestra incumbencia, pero si Esperus lo ha encontrado por fin, no creo que jamás pueda ponerle las manos encima. Es un enemigo que me supera.

—Estamos en deuda contigo, Sarth Khul Riizar —dijo Geran—. Tu llegada distrajo a los hombres de Veruna que estaban tratando de encontrar una manera de matarnos.

—No fue ésa mi intención —dijo el hechicero con amargura—. De todos modos, supongo que desempeñasteis un papel útil en la pelea y os doy las gracias por ello.

Volvió a mirar a los dos compañeros con el ceño fruncido, después meneó la cabeza y murmuró un conjuro entre dientes. Con un solo salto, se elevó por los aires y partió hacia el este por encima de los páramos. En un instante se perdió totalmente de vista.

—¿Has oído eso? Desempeñamos un papel útil —dijo Hamil, suspiró y miró a su alrededor. Empezaba a caer una fría llovizna—. ¿Y a que no sabes una cosa? Nuestros caballos salieron corriendo junto con los de Veruna.

—Rosestone está a tres o cuatro horas a pie —dijo Geran. Envainó la espada y respiró hondo—. Si salimos ahora, creo que podremos llegar antes del amanecer.

QUINCE

26 Ches, Año del Intemporal

La Casa del Consejo era uno de los edificios más grandes y llamativos de Hulburg. Las paredes de la planta baja estaban hechas de piedra gruesa y resistente, tanto como las de una torre de vigilancia; las plantas superiores eran de madera dura bien encajada, con los extremos de las vigas tallados en forma de gráciles delfines y de sabuesos vigilantes, imágenes del comercio y la buena suerte. Sergen Hulmaster alzó la vista mientras su carruaje rodaba bajo las costosas tallas; lo que más le gustaba era una cabeza de dragón de oro que había sobre la puerta delantera y que a la luz del crepúsculo, cobraba un sorprendente color anaranjado.

—Hemos llegado, lord Hulmaster —dijo el cochero, tirando de las riendas.

El lacayo bajó de un salto y le abrió la puerta a Sergen. Dos hombres de la Guardia del Consejo que iban en los estribos del carruaje se bajaron y se colocaron uno a cada lado, listos para escoltarlo. Los guardias tenían un aspecto competente y alerta con sus negros tabardos por encima de los petos de acero bruñido. Tal vez no pudieran compararse con los mercenarios profesionales que empleaban los Veruna y las demás compañías, tal vez ni siquiera con la Guardia del Escudo del harmach, pero Sergen pensaba poner remedio a eso muy pronto. Además, una escolta armada era un signo de privilegio, y él no quería renunciar a nada.

—Muy bien —dijo Sergen—. Esperadme aquí. No tengo intención de demorarme demasiado. —Sonrió para sus adentros mientras recorría el empedrado que llevaba a la hermosa escalinata de piedra por la que se accedía a las puertas del edificio. Lo hacía cada vez que veía ese gran edificio, ya que era *su* edificio, un símbolo de su poder y su importancia en Hulburg. El Consejo Mercantil era evidentemente una asociación de pares, y todos los mercaderes importantes de la ciudad ocupaban un asiento en el Consejo; él simplemente lo presidía sin voto en sus deliberaciones. Sin embargo, Sergen era el Recaudador de los Derechos, lo que le daba todo el poder que necesitaba para comprar o vender votos a su antojo, mientras que el apoyo de la Casa Veruna, con su inmensa fortuna, lo hacía dueño del Consejo no sólo de nombre, sino también de hecho. Desde hacía años, había indicado a los miembros menores, las posiciones que debían adoptar y las medidas que debían apoyar, si no querían que les arruinara, proporcionando a Veruna oportunidades para despojarlos de sus intereses. Las compañías más pequeñas habían aprendido pronto cuál era el precio de desobedecerle.

Sergen subió los escalones y entró en el edificio a grandes zancadas, sin hacer el menor caso de los guardias apostados junto a la puerta, que golpearon el suelo con sus alabardas en señal de respeto. La Cámara del Consejo propiamente dicha estaba a

su derecha; Sergen pasó de largo y subió por una señorial escalera de madera que había en el vestíbulo. Sus aposentos estaban en la segunda planta; una gran *suite* compuesta por oficinas para su personal, una biblioteca, una sala de estar, espacio para la servidumbre e incluso una modesta alcoba por si no quería regresar a su mansión de las colinas después de una noche en Hulburg. Había pocos empleados o asistentes del Consejo en el edificio pues hacía ya una hora que había terminado la jornada de trabajo, pero los que se cruzaban con él tenían buen cuidado de pararse y hacer una reverencia al tiempo que musitaban: «Buenas noches, lord Hulmaster», o «Con su permiso, lord Recaudador».

Los guardias de Sergen entraron en sus aposentos delante de él, que lo hizo inmediatamente detrás; se despojó de su lujosa capa de piel y se la entregó a su valet.

—¿Está Ironthane aquí? —preguntó.

—Sí, lord Hulmaster —respondió uno de los guardias—. Está esperando en el cuarto del capitán.

—Haced que suba de inmediato, entonces —dijo Sergen—. Tengo que asistir al teatro esta noche y no quiero llegar tarde. —El guardia se retiró y salió presuroso.

Sergen se sentó tras su escritorio y repasó rápidamente los documentos y órdenes que sus subalternos le habían dejado para que los revisara antes de firmar. A vuelo de pájaro no encontró nada de auténtica importancia, pero antes de que pudiera proceder a un examen más serio oyó pasos en el vestíbulo seguidos de un golpe en la puerta.

—Adelante —respondió.

—El capitán Kendurkkel Ironthane, milord —dijo el guardia.

Se hizo a un lado para franquear el paso a un enano de barba negra vestido con pesada armadura de malla y placas, y, sobre los anchos hombros, una gran capa de piel de oso sujeta con una cadena de oro. El enano llevaba una pipa de cánula larga en una mano y en el mango de un hacha de aspecto temible que colgaba sobre su cadera izquierda apoyaba la otra. Era alto para ser un enano, aproximadamente un metro cuarenta, y de una corpulencia fuera de lo común, con unos hombros que parecían medir un metro. Miró a Sergen de arriba abajo y dio una chupada a su pipa.

—Bienvenido, capitán. —Dijo Sergen. Miró a los demás guardias y sirvientes que había en la habitación y los despidió con un gesto. A continuación se puso de pie e hizo una leve reverencia—. Soy Sergen Hulmaster, Recaudador de los Derechos en Hulburg.

—No llevo mucho en Hulburg, pero sí lo suficiente para saber quién eres —dijo el enano—. Por lo que sé, eres lo más parecido al dueño de la ciudad. Así pues ¿qué es lo que quieres de mis Mazas de Hielo?

—Toma asiento, capitán. —Sergen esperó a que el capitán se pusiera cómodo antes de continuar—. Creo que tengo necesidad de tus mercenarios. Quiero contratar a tu compañía como auxiliares especiales en la Guardia del Consejo. Sólo ante mí

tendrás que responder. ¿Estás interesado?

El enano se encogió de hombros.

—Depende de adónde tengas intención de mandar a mis chicos y a quién quieres que combatamos, lord Hulmaster.

—Por ahora, permaneceríais en Hulmaster o sus inmediaciones, a una hora de distancia, supongo. En cuanto a combatir, bueno, no creo que lleguéis a ver batallas campales. Los orcos Cráneos Sangrientos han pedido un tributo al harmach, pero no creo que eso vaya a ser de tu incumbencia. Quiero usar a tu compañía para ayudar a imponer y mantener el orden en la ciudad y tal vez, para ayudarme a eliminar enemigos del Consejo Mercantil.

—Y ¿quiénes son esos enemigos?

—Todo aquél a quien yo te diga que consideres un enemigo, capitán. —Sergen se inclinó hacia delante por encima de su escritorio y afirmó los dedos delante de sí—. Bandas descontroladas de las Escorias, bandas de forajidos de los Altos Páramos, compañías mercantiles que se niegan a respetar las normas justas que impone este Consejo y tal vez otros.

Ironthane siguió fumando un momento con una expresión inescrutable en sus oscuros ojos.

—¿Cuánto tiempo quieres tener a los Mazas Heladas a tu disposición, lord Hulmaster?

—Hasta que considere que se ha restablecido el orden en Hulburg, capitán.

—De modo que quieres que acepte un contrato abierto sin un enemigo específico en mente, que no sean los pobres bastardos de los que me mandes ocuparme. —El enano golpeó la pipa contra el brazo de su butaca para asentar las brasas a su entera satisfacción—. En ese caso, supongo que nos contratarás mes a mes. Si pagas mi precio, tendré a mis chicos dispuestos para ti todo el tiempo.

Sergen se inclinó hacia atrás y frunció el entrecejo. Tenía la sensación de que tal vez fuera mejor no andarse con rodeos. Después de todo, los enanos tenían fama de francos.

—Esperaba que pudiéramos llegar a un acuerdo razonable. Preveo problemas en los próximos meses. Puede que sean necesarias acciones abruptas y decisivas. Mi Guardia del Consejo actúa como policía, no como un ejército, pero eso es precisamente lo que puedo necesitar en breve.

—O sea que quieres tu propio ejército. —Ironthane sonrió secamente—. Verás, lord Hulmaster, eso no va a ser barato. Mis Mazas de Hielo te costarán dos mil coronas de oro para empezar y otras mil coronas al mes, además de acuartelamiento decente y provisiones. Si no puedes proporcionarles esto último, serán seiscientas más al mes. El pago debe hacerse el día uno de cada mes. Si no me pagas, consideraré el contrato rescindido y nos marcharemos. Ese dinero paga nuestros

servicios como guardias, estibadores y fuerza permanente en caso de que necesites doscientos veteranos bien armados de inmediato. Si quieres que realicemos una intervención mayor, es decir, cualquier situación en la que mis chicos tengan que enfrentarse a más de veinte enemigos armados al mismo tiempo, tendremos que negociar una prima especial. —Kendurkkel Ironthane sonrió entre dientes—. No somos patriotas, no somos fanáticos y no te daremos un solo momento de lealtad a menos que pagues por ella, lord Hulmaster, pero cumplimos nuestros contratos y combatimos realmente duro una vez establecidas las condiciones. Ni al norte ni al sur del Mar de la Luna encontrarás una compañía más dura que los Mazas de Hielo.

Sergen hizo una mueca al oír el precio.

—Tú mismo te procurarás alojamiento y provisiones. Estoy dispuesto a llegar a mil doscientas por mes, y será preciso que lleguemos a entendernos mejor sobre lo que significa eso de la prima especial y a qué responde.

—Estoy dispuesto a partir la diferencia —dijo el enano—. ¿Mil cuatrocientas por mes?

Sergen se lo pensó un momento y luego asintió.

—De acuerdo. —Se puso en pie y tendió la mano; Ironthane chocó su palma contra la de Sergen—. Elige un buen asentamiento para los barracones, dentro de un radio de menos de un kilómetro de la ciudad, y diles a tus hombres que mantengan esto en secreto mientras yo no diga lo contrario.

—Doscientos hombres al alcance de la mano, todavía sin una misión específica y todo mantenido en secreto —repitió el enano. Dio una chupada a la pipa mientras miraba con interés al humano—. Si no supiera que no se debe, creería que intentas dar un golpe milord.

—Digamos que creo en el valor de estar preparado. —Sergen se puso de pie y le hizo a Ironthane una inclinación de cabeza. Cuanto menos dijera de sus verdaderas intenciones, tanto mejor; en realidad, todavía no sabía hasta qué punto podía confiar en el capitán mercenario—. Recibirás dos mil coronas de oro mañana a primera hora. Entonces hablaremos más. Ahora, si me perdonas, capitán, tengo que encontrarme con alguien en el teatro. Mis hombres te mostrarán la salida.

—Que disfrutes de la representación, lord Hulmaster.

Sergen sonrió amargamente.

—Se supone que va a ser realmente lamentable —respondió.

Dejó a Ironthane en compañía de los guardias del Consejo e hizo el camino de regreso hasta el carruaje que lo esperaba. El cochero espoleó al tiro y el carruaje salió traqueteando por el desigual empedrado. Sergen soportó pacientemente las sacudidas; ése era el precio de un paseo en carruaje por las calles de Hulburg. Después de todo, era un hombre con posibles, y no se vería bien que fuese caminando las cuatro o cinco calles que lo separaban del teatro. En cuestión de minutos, su cochero se detuvo

delante del Corona y Escudo, uno de los dos únicos y exclusivos teatros de Hulburg. Sergen dejó que su valet le abriera la puerta y atravesó rápidamente el vestíbulo con sus acomodadores siempre atentos. Les permitió que lo llevaran al palco privado de la Casa Veruna y ocupó su silla. La obra ya había empezado, una farsa obscena titulada *La novia de Secomber*.

—Llegas tarde —le dijo Darsi Veruna cuando se hubo sentado.

—Un pequeño negocio al que tuve que atender. Perdona.

—¿Ha decidido tu tío lo que va a hacer respecto a la exigencia de tributo de los Cráneos Sangrientos?

—Siguen discutiendo —replicó Sergen. El palco privado era un buen lugar para hablar libremente. Con los músicos abajo, los actores pronunciando sus parlamentos, y las risas o gruñidos del público, no había muchas posibilidades de que pudieran oírlos—. Mi tío no quiere una guerra, pero no soporta la idea de ceder a las exigencias de los orcos, especialmente a la demanda de esclavos. Se encuentra en una situación complicada.

—¿Qué hará, entonces?

Sergen frunció el entrecejo.

—Kara le aconseja que les dé largas. Cree que cuanto más se prolonguen las cosas, tanto más probable es que el rey Mhurren encuentre alguna otra cosa que le haga apartar la atención de Hulburg. Por ejemplo, una pelea inesperada dentro de su tribu, o tal vez un ataque de algún otro enemigo.

Lady Darsi apartó la vista del escenario y miró a Sergen a los ojos.

—¿Darle largas? ¿Y cómo? Morag fue bastante determinante en eso de obtener un sí o un no como respuesta. ¿Cómo puede darle largas el harmach?

—Enviar de vuelta a los emisarios con un conjunto impresionante de presentes y el mensaje de que Hulburg *podría* pagar, si los tributos fueran un poco más razonables y si tuviera tiempo para reunir las mercancías y el dinero necesarios de la gente de Hulburg y de las compañías mercantiles de la ciudad.

—¿Tiene intención de que lo ayudemos a pagarle a ese orco bandolero? —preguntó Darsi.

—Bueno, mi querida señora, tú y tu Casa teóricamente corréis tanto riesgo como el harmach y su gente. Mi tío cree que estás obligada a contribuir en alguna medida al esfuerzo.

—Eso es inaceptable —dijo Darsi con desprecio.

Volvió a prestar atención a la obra y Sergen se reclinó en su butaca para observar mientras seguía pensando en sus cosas. Tenía una idea sobre lo que podría hacerse a continuación... pero quería sopesarlo un poco más, de modo que prestó algo de atención a lo que sucedía en el escenario mientras su mente seguía maquinando. A comienzos del segundo acto, las piezas, por fin, ocuparon el lugar que les

correspondía, y sonrió satisfecho a pesar de la calidad realmente execrable de la obscena representación, que se desarrollaba ante sus ojos.

El lamentable asunto duró otra hora y media, antes de llegar tambaleándose al final. Sergen pensó que un mal guión, una música deplorable y unos actores que parecían convencidos de que la cumbre de su oficio era gritar sus parlamentos al público a viva voz, contribuyeron a que aquella noche de teatro fuera memorable. Lo mejor de la noche había sido esperar el siguiente error inesperado u otra línea mal pronunciada. Y, para ser sinceros, experimentó una clara sensación de alivio cuando el telón cayó por fin al final del espectáculo. Al menos en eso, presenciar *La novia de Secomber* no se diferenciaba mucho de darse de golpes de cabeza contra la pared: uno se sentía bien cuando terminaba.

—Creo que podría ir a ver al empresario y golpearlo hasta que me devolviera mis ocho talegos de plata —dijo en voz alta—. Es una miseria, es cierto, pero por principios no soporto que me roben.

—¿Qué se puede esperar en Hulburg? —preguntó Darsi Veruna. No hizo caso del aplauso nada entusiasta del público cuando los miembros del reparto salieron a saludar—. En Mulmaster, el público podría esperar la oportunidad de apuñalar a uno o dos de esos actores a la salida del teatro.

—Ésa sí es una ciudad entendida y cultivada —comentó Sergen. Miró a Darsi que hizo un mohín—. He estado pensando. Creo que la amenaza de los Cráneos Sangrientos nos brinda la oportunidad que habíamos estado esperando. En realidad, cuanto peor sea la situación, tanto mejor para nosotros. Para ello, tengo que hacerte una pequeña petición, milady.

Darsi lo animó con un movimiento de mano.

—Continúa, por favor.

—¿Pondrías a mi disposición tu mascota, Umbryl, esta noche?

—Posiblemente. ¿Qué quieres que haga?

—Intervenir directamente en las negociaciones con los emisarios de los Cráneos Sangrientos. He decidido que el harmach envíe sus cabezas de vuelta a Mhurren con alguna respuesta convenientemente insultante. Por supuesto, mi tío no sabe que ésa es su intención. Debo ocuparme yo por él. —Sergen se acercó más, pues las luces empezaban a encenderse y el público empezaba a desfilar—. Por lo que respecta a mi tío y a todos los idiotas de su círculo privado, los orcos simplemente desaparecerán. Supondrán que Morag y los demás perdieron la paciencia y se marcharon temprano.

—Pero ¿vas a hacer matar a los orcos?

—Haré matar a los orcos y me aseguraré de que todos piensen que levantaron el campamento y se marcharon. Necesito a Umbryl para llevar el envoltorio con sus cabezas a la Fortaleza de los Cráneos Sangrientos y dejarlo caer a los pies de Mhurren. Eso haría que la horda de orcos se encontrase a la puerta de Hulburg en

cuestión de días. —Sergen sonrió.

—Corrígeme si me equivoco —dijo Darsi—, pero si los Cráneos Sangrientos son tan fuertes como dicen ser, ¿no culminará eso con el saqueo de la ciudad y la pérdida de una cantidad enorme de propiedades de la Casa Veruna? Y eso por no hablar del riesgo nada despreciable para nuestras propias vidas.

—Podría ser, salvo por el hecho de que ahora contamos con un poderoso aliado que puede detener a la horda orca cuando quiera: Esperus. El Rey de Cobre nos debe un gran favor, y por temible que sea, es un hombre de palabra, por así decirlo.

Darsi se puso en pie e hizo una señal a sus damas y asistentes. Una acudió presurosa a cubrir con una lujosa estola sus hermosos hombros, mientras los hombres de armas —relucientes en sus ligeras cotas de malla con sobrepellizas verdes y blancas— empezaban a apartar a la multitud para abrirle paso. Ella se acercó más y le dijo a Sergen al oído:

—Hablando de Esperus, mis hombres me han informado de que cogió la chuchería que buscaba directamente de manos de tu primo. Geran no tardará en informar al harmach de que el lich tiene el libro y de que fueron los mercenarios de la Casa Veruna los que se lo entregaron.

El ambicioso lord hizo un gesto de desagrado.

—Habría sido mejor que tus hombres lo hubieran matado en los Altos Páramos para que no pudiera irle con cuentos a mi tío.

Darsi acarició suavemente con las uñas el mentón de Sergen.

—Creo que me alegro de no ser pariente tuya, mi querido. ¿Realmente los odias tanto?

La expresión de Sergen se volvió aún más siniestra.

—Los Hulmaster agraviaron a mi padre de una manera indignante, Darsi. Todo lo que pueda pasarles no es nada comparado con la humillación a la que le sometieron. Juré que pagarían por su perfidia. —Hizo una pausa, se recompuso y volvió a lucir la sonrisa sardónica que lo caracterizaba—. De todos modos... sí, tienes razón, Kara seguro que te pedirá una explicación poco después de la llegada de Geran. Un atentado contra la vida de un Hulmaster, aunque sea un vagabundo desarraigado como Geran, sin duda la llenará de ira justificada. Tendrás que hacer el gesto de entregar a los responsables.

Salieron del palco privado y bajaron lentamente la escalera alfombrada hasta el vestíbulo. Los hombres de Veruna mantenían a la multitud a una distancia segura, ganándose unas cuantas miradas airadas a las que Darsi no hacía el menor caso.

—Mis hombres son leales y están bien pagados, pero dudo de que estén dispuestos a declararse culpables de un ataque contra el propio sobrino del harmach simplemente porque sea conveniente para mí.

—Oh, no te preocupes por eso —respondió Sergen—. Tus hombres están

protegidos por las leyes de la concesión. Puedo aducir que la cuestión está bajo la jurisdicción de la Guardia del Consejo y no de la Guardia del Escudo, y me aseguraré de que mi querida hermanastra lo tenga bien presente. Por supuesto, tendré que investigar a fondo toda la cuestión... muy pero muy a fondo. Para cuando me vea obligado a actuar, todo estará decidido.

Acompañó a Darsi hasta donde los hombres de Veruna habían traído su carruaje y subió tras ella cuando graciosamente le invitó a hacerlo. Él despidió a su carruaje que se alejó del Corona y Escudo a través de la fría niebla que envolvía las calles.

Tras un largo silencio, Darsi volvió a hablar.

—Creo que confías demasiado en tu ingenio, Sergen —dijo—. Tu porfiado primo ha puesto al descubierto los esfuerzos de la Casa Veruna por encontrar el libro de Esperus en los Altos Páramos, y sin duda debe sospechar de nuestra participación en la muerte de Jarad Erstenwold. Puede que el harmach no sea un hombre resolutivo, pero esto no es algo que vaya a dejar pasar. Geran es un peligro para nosotros. Tenemos que encontrar una forma de neutralizarlo.

—Déjalo, pronto se habrá aburrido —replicó Sergen. Darsi le echó una mirada de incredulidad, él respondió con un suspiro y la miró a los ojos—. O tal vez no. Muy bien ¿qué propones?

—No podemos actuar directamente contra él —dijo Darsi y examinó con aire distraído los hermosos anillos que adornaban sus manos—. Eso daría muchísima más credibilidad a cualquier acusación que hiciera contra mi Casa. —Se quedó pensando un rato, mirando por la ventanilla del coche, los halos relucientes que las luces de la calle tallaban en la movediza niebla—. Lo ideal sería encontrar una manera de alentar a Geran a neutralizarse, algo que pudiera animarlo a abandonar otra vez Hulburg o desacreditarlo a los ojos del harmach. Tal vez podamos forzarlo a usar la espada contra nosotros. Si se nos ve defendiéndonos de un ataque injustificado..., eso sería aceptable.

Sergen asintió manifestando su acuerdo. Darsi Veruna era tan bella, tan refinada en su decadencia, que a veces pasaba por alto lo aguda que podía llegar a ser. Tenía razón, sin duda, pero ¿cómo hacer que Geran se pusiera en evidencia? Cerró los ojos, tratando de recordar todo lo que sabía sobre su primo postizo... y se le ocurrió algo.

—Vaya, creo que lo tengo —dijo—. La clave para llegar a Geran es Mirya Erstenwold. O no le conozco en absoluto o estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por protegerla, cualquier cosa, sin duda. —Sonrió con frialdad—. Ya lo creo, con la motivación adecuada, podría incluso cometer una imprudencia.

DIECISÉIS

27 Ches, Año del Intemporal

Ya era casi mediodía cuando Geran y Hamil llegaron a Rosestone hambrientos y exhaustos. Los monjes con todo gusto les brindaron una buena comida y les permitieron descansar en sus habitaciones. Cuando los dos amigos, ya descansados, le contaron la historia de la tumba de Terlannis y la aparición de Esperus a la madre Iniciada, la tarde ya había empezado a declinar, de modo que Geran decidió, muy a su pesar, pasar la noche en Rosestone.

Era el mediodía del segundo día después de su encuentro en el túmulo, cuando los dos compañeros, agotados, subieron el acceso a Griffonwatch y se dirigieron a la Torre del Harmach. Tenían los pies doloridos y estaban calados después de haber caminado toda la mañana bajo los templados chaparrones primaverales que se habían instalado sobre Hulburg la noche anterior.

—¡Mira! ¡Mira! ¡Hamil y Geran han vuelto! —Kirr y Natali estaban estudiando sus lecciones en el gran salón de la familia, pero hicieron a un lado sus cartillas, abordaron a los fatigados viajeros y les lanzaron una docena de preguntas al mismo tiempo—. ¿Dónde habéis estado? ¡Habéis estado fuera varios días! ¿Habéis combatido con algún monstruo? ¿Habéis encontrado oro?

Geran miró sorprendido la cabeza de Natali cuando le abrazó de la cintura. Deslizó el petate de su hombro y le dio golpecitos en la espalda. Pensó en la extraña rapidez con que los niños pasan a considerarte de su familia. Sólo hacía diez días que les conocían, y Geran no podía recordar la última vez que alguien se hubiera mostrado tan feliz al verlo entrar por la puerta. Tal vez fuera el hecho de tener a alguien nuevo bajo el mismo techo.

—A ver, vosotros dos, una pregunta por vez —dijo—. Hemos estado en los Altos Páramos, cabalgando entre los brezales. Y sí, nos topamos con algunos monstruos y no, no encontramos oro, se nos escaparon los caballos y tuvimos que hacer a pie el camino a casa.

—¿Habéis visto al ejército orco? —preguntó Kirr—. ¿Crees qué va a haber una batalla?

—¿El ejército orco? ¿Qué ejército orco? —preguntó Geran.

—Los orcos Cráneos Sangrientos vinieron a Griffonwatch mientras tú estabas fuera —le explicó Natali atropelladamente—. Se supone que nosotros no teníamos que escuchar nada, pero lo hicimos. Subimos a lo alto del Gran Salón y oímos lo que les dijeron al abuelo, y a todas las personas importantes como Kara y Sergen y todos los demás. Parecían muy enfadados, y amenazaron al abuelo. Dijeron que si no les daba cinco carretas llenas de oro, prenderían fuego a Hulburg. —Alzó la vista hacia

Geran con un asomo de incertidumbre en los ojos—. ¿Crees que los orcos vendrán aquí realmente?

—No lo creo, Natali —dijo Geran—. Los orcos de Thar no han montado un verdadero ataque contra Hulburg desde antes de que yo naciera. No obstante, tendremos que estar vigilantes por si hacen alguna incursión.

¿Los Cráneos Sangrientos?, se preguntó a qué se debía eso. Jamás habían causado problemas a Hulburg hasta entonces.

—*Parece que han sucedido muchas cosas en cinco días* —le dijo Hamil silenciosamente a Geran—. *Me pregunto a qué viene todo esto.* —Después le sonrió a Kirr y puso los brazos en jarras—. No hemos visto a ningún orco, general Kirr, pero sí vimos a una gran pantera negra espectral que nos persiguió durante días y, a duras penas, escapamos de unos fantasmas sedientos de sangre que nos persiguieron en medio de la niebla y de las sombras. Vencimos a una esfinge de bronce y, finalmente, nos encontramos con el mismísimo Rey de Cobre, y además vivimos para contarlo. ¿Qué te parece todo eso?

Kirr lo miraba con la boca abierta de asombro.

—Ohhhh —fue todo lo que pudo decir.

—Mejor que no digas mucho más, Hamil —dijo Geran—. Erna nos va a dar un buen tirón de orejas si les llenamos la cabeza de historias que no les dejen dormir.

—¡Cuéntanos! ¡Cuéntanos! —dijo Natali—. No se lo diremos a mamá.

Geran negó con la cabeza.

—Tal vez más tarde, pero sólo si tu madre me da permiso. Ahora necesito ponerme ropa seca.

Dejó a los pequeños Hulmaster y subió a su habitación para cambiarse, llevando consigo su vapuleado petate. Se tomó unos momentos para asearse, encontrar una muda limpia en el baúl que había al pie de la cama y salir a toda prisa hacia el gran salón. Se puso el tahalí y la vaina de la espada sobre una guerrera mucho más seca. Al pie de la escalera, se encontró con Kara que lo esperaba con una expresión profundamente preocupada.

—Los guardias del Escudo me dijeron que habías regresado —dijo—. Me alegro de que estés aquí, Geran. Han pasado muchas cosas en los dos últimos días. El harmach quiere hablar contigo ahora mismo.

—Yo también necesito hablar con él —dijo Geran—. Menuda historia tengo que contaros, y aún no estoy muy seguro de lo que significa.

—¿Dónde has estado estos días?

—En los Altos Páramos, pero eso es parte de la historia. Si tienes media hora disponible, pronto lo sabrás todo. —Oyó unos pasos ligeros en la escalera y miró hacia arriba; Hamil bajaba tras haber tenido ocasión de ponerse ropa seca—. Hamil ¿quieres unirme a nosotros? Mi tío quiere hablar conmigo, y podría resultar útil tener

dos versiones de lo que ha sucedido estos últimos días.

—Por supuesto —respondió el halfling mientras saludaba a Kara con una reverencia—. Es un placer volver a verte, milady.

—El placer es recíproco, Hamil —respondió Kara, y le dedicó una fugaz sonrisa y una inclinación de cabeza—. Por aquí. El harmach está asistiendo a una reunión del Consejo en la sala de trofeos.

Geran y Hamil la siguieron por un tramo de escalera hasta, lo que supuestamente eran, los cimientos de la Torre del Harmach. Sin embargo, como la torre estaba asentada encima de la profunda grieta de Griffonwatch, su base formaba otro piso por debajo de las construcciones del patio superior. Una larga fila de ventanas orientadas hacia el sur daban a balcones y rampas resbaladizos por la lluvia, que bajaban hacia el Mar de la Luna, una gran oscura mancha gris más allá de los tejados de la ciudad. El castillo tenía varias plantas escondidas como aquélla, algunas excavadas en la roca viva del corazón de la colina. Geran recordó con nostalgia haberlas recorrido con Kara e Isolmar, el primo de ambos, cuando los tres no eran mucho mayores que Natali o Kirr. Al final de un largo pasillo, había una puerta de dos hojas, de madera oscura y brillante. No había guardias del Escudo a la vista. Éstos, montaban guardia dentro de la residencia familiar de los Hulmasters, mientras que los hombres del harmach eran los que, por lo general, vigilaban las puertas y pasillos que conducían a esa parte del castillo.

Kara se detuvo ante la puerta, dio un par de golpes y entró. Esta daba paso a una cámara amplia, con pesadas vigas de madera en el techo, una mesa larga de hermosa madera de cerezo y unos cuantos estantes de libros y trofeos sobre las paredes: una piel de tigre rojo, una armadura de placas, una polvorienta cabeza de wyvern y la gran hacha de un gigante de la escarcha, un arma que no medía menos de tres metros. La estancia era, en realidad, una sala de banquetes más pequeña y más segura que el gran salón que marcaba la división entre el castillo inferior y el superior; y daba la casualidad de que ésta estaba decorada con un puñado de trofeos reunidos por el padre de Grigor en su juventud.

—Tío, he traído a Geran —dijo Kara.

—Ah, muy bien. —El harmach Grigor estaba sentado en una gran silla de alto respaldo situada a la cabecera de la mesa. A su izquierda estaba el viejo Guardián de las Llaves, Wulreth Keltor, y junto a éste, el Supremo Magistrado, Theron Nimstar. Al otro lado de la mesa, Sergen Hulmaster se paseaba con aire distraído. El harmach apartó la vista de sus consejeros e hizo una señal a Kara—. Entrad, entrad —dijo el anciano señor—. Me temo que tenemos mucho de qué hablar y poco tiempo.

—Empecemos por el principio. —Sergen se volvió hacia su hermanastra con las manos a la espalda. Llevaba un elegante tabardo negro con un dragón bordado en oro, y su habitual sonrisa sardónica había desaparecido—. ¿Has encontrado algún vestigio

de la delegación de los orcos?

—No, todavía no —respondió Kara—. No he tenido ocasión de examinar el campamento personalmente, pero mis exploradores me han dicho que está vacío y no hay ni rastro de Morag ni de los demás. Sólo cabe imaginar que, por la razón que fuera, han decidido marcharse.

—Pero eso no tiene sentido —protestó Theron Nimstar—. Nos dieron de plazo hasta mañana al atardecer para darles una respuesta. ¿Se marchan sin haberla oído?

—Tal vez esperaran que el harmach se negase en redondo, y sólo simulaban ofrecer una oportunidad para la paz —dijo Sergen—. A lo mejor lo que quieren realmente es la guerra, en cuyo caso, lo único que pretendían era ver nuestra reacción.

—Eso me parece improbable —respondió Kara—. Los orcos son directos, más francos de lo que deberían ser. Para bien o para mal, no suelen decir lo que no van a hacer. No es propio de ellos fingir una exigencia de tributo.

—He oído decir que este Mhurren tiene sangre humana —respondió Sergen—. A lo mejor también tiene algo de astucia humana.

Kara frunció el entrecejo, pero se contuvo. Geran aprovechó la ocasión para dar un paso adelante.

—Perdonadme, pero Hamil y yo hemos estado cabalgando por los Altos Páramos durante días y acabamos de volver hace apenas una hora. ¿Cuándo se presentaron los Cráneos Sangrientos? ¿Qué es lo que quieren?

—Vinieron a la torre de vigilancia de Colina del Cuervo bajo bandera de parlamento hace tres días y pidieron ser traídos ante el harmach —le respondió Kara—. La Guardia del Escudo los escoltó hasta Hulburg y el Consejo del Harmach les concedió una audiencia anteayer. Plantearon una exigencia de tributo y nos concedieron tres días para decidir si pagar o combatir. —Kara miró al harmach y a continuación a Geran otra vez—. Los orcos estaban acampados en las ruinas del antiguo puesto de Cumbre Ventosa, esperando nuestra respuesta, pero parece ser que se han marchado.

—Tal vez hayan perdido los nervios y temían que los matáramos por habernos insultado tan abiertamente —dijo Wulreth Keltor.

Kara meneó la cabeza.

—Eso tampoco es probable. No encuentro una explicación satisfactoria a su partida, pero de una cosa estoy segura: si los Cráneos Sangrientos no esperaron a recibir nuestra respuesta, es que han elegido la guerra, y debemos prepararnos.

Sobrevino un largo silencio hasta que el harmach Grigor suspiró y miró a los dos funcionarios.

—Theron, Wulreth, supongo que ya no tiene sentido debatir si pagamos o negociamos. Si los orcos han escogido la guerra, es lo que tendremos. Wulreth, reúne algún dinero para terminar las reparaciones de la puerta de Daggersgard. Quiero que

las obras queden terminadas a la mayor brevedad. Si es necesario, haz una incursión en otras obras. Puede que también necesitemos contratar mercenarios para complementar nuestras filas. Aceptaré todo el dinero que puedas encontrar.

El Guardián de las Llaves puso mala cara, pero asintió.

—Haré todo lo que pueda, lord harmach. —Se puso en pie e hizo una reverencia; lo mismo hizo Theron. Los dos funcionarios abandonaron la estancia y salieron corriendo a atender las tareas que se les habían encomendado.

Geran esperó a que salieran y carraspeó.

—Tío Grigor, creo que los Cráneos Sangrientos no son el único problema al que tendremos que atender. Tengo que contarte lo que he averiguado en los diez últimos días sobre el asesinato de Jarad, la Casa Veruna y el Rey de Cobre.

—¿Esperus? —Kara lanzó a Geran una mirada sorprendida—. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

Sergen dio un bufido.

—Es un coco muy útil para asustar a los niños desobedientes, nada más.

El mago de la espada pasó por alto la gracia de su primo.

—No estoy seguro, Kara, pero Esperus tiene algo que ver con la Casa Veruna, y ambos están relacionados con el asesinato de Jarad.

Tanto Grigor como Kara miraron a Sergen, que se limitó a poner los ojos en blanco, cruzarse de brazos y apoyarse contra una estantería de libros. El harmach se volvió otra vez hacia Geran.

—Será mejor que nos cuentes toda la historia.

—Está bien. —Geran hizo una pausa para organizar sus ideas y empezó—. Como sabes, quería investigar la muerte de Jarad. Hace unos diez días, Kara nos llevó a Hamil y a mí hasta el túmulo en el que le mataron. Observamos que lo habían vuelto a cerrar recientemente, de modo que volvimos a abrirlo para ver qué podría haber atraído a los profanadores de tumbas, y supuestamente a Jarad, a ese lugar.

—¿Violaste la ley del harmach que prohíbe entrar a los túmulos? —empezó Sergen con aspereza.

—Ya lo había hecho alguien antes —respondió Hamil por Geran.

—Pensé que valía la pena investigarlo —prosiguió Geran—. Dentro descubrimos dos cadáveres recientes ocultos bajo la lápida... una mujer joven y un hombre al que Kara identificó como un hombre de armas de la Casa Veruna.

—¿Estaba enterrado con los colores de Veruna? —preguntó Sergen.

—No, pero yo lo reconocí —replicó Kara. Miró a Geran—. Hice algunas preguntas por la ciudad cuando volvimos. El hombre muerto era Zormun Kelfarel, un mercenario mulmasterita al servicio de la Casa Veruna. Y sí, Sergen, soy consciente de que tal vez sus jefes no tuvieran idea de en qué estaba metido, de modo que no te molestes en decirlo.

—Tu discreción es admirable, querida Kara.

—Dicho sea de paso, también descubrí más cosas sobre el tiflin al que encontramos a la entrada del túmulo —prosiguió Kara—. Su nombre es Sarth y vino a Hulburg hace cuatro meses. Varias de las compañías mercantiles trataron de contratarlo, incluida la Casa Veruna. Todos los comerciantes buscan magos competentes para reforzar sus ejércitos privados.

—Nos hemos vuelto a tropezar con él, pero ya llegaré a eso —dijo Geran. Empezó a pasearse alrededor de la mesa con aire ausente.

»Como teníamos fundadas sospechas sobre la Casa Veruna, decidí observar más de cerca sus actividades. Hamil y yo nos disfrazamos y fuimos a trabajar en los almacenes de los Veruna algunos días, observando a los mercenarios de la casa. ¿Sabías que tienen bastante más de cien hombres armados en Hulburg y en sus alrededores? De todos modos, llegué a conocer a muchos de los hombres de Veruna de vista, incluido su capitán, un hombre llamado Urdinger. Hamil y yo descubrimos que los mercenarios de Veruna andaban muy ocupados, yendo y viniendo de los campamentos madereros y las minas que tienen por toda la zona.

—Eso no tiene nada de sospechoso —señaló Sergen—. Todas las compañías mercantiles patrullan las tierras salvajes de alrededor de sus campamentos para proteger sus inversiones. Y también debo señalar que lo que estuvisteis haciendo viola las leyes de las concesiones. Al harmach y a sus agentes no se les permite interferir en los negocios legítimos de las compañías.

—¿Interferir? —dijo Hamil con una mueca—. Trabajamos honestamente como el mejor. Jamás tendrán unos carreteros más diligentes.

—Terminaremos más rápido si no me interrumpes, Sergen —dijo Geran. Empezaba a recordar rápidamente por qué nunca le había caído muy bien este primo postizo—. Después de observar a los mercenarios de Veruna durante unos días, decidí probar una táctica diferente. Me dispuse a examinar las tumbas profanadas que Jarad había estado investigando. El tío Grigor me dio los informes que había reunido Jarad, y Hamil y yo empezamos a investigar las diferentes escenas. Nos dirigimos a caballo a los Altos Páramos y examinamos los túmulos. En primer lugar, notamos que los túmulos no habían sido elegidos indiscriminadamente, quienquiera que fuese el que los había saqueado, estaba buscando algo específico y dejando detrás cosas valiosas. También observamos otra cosa, que los túmulos pertenecían más o menos a la misma época. Eran todos enterramientos de un sirviente de Lathander y se remontaban a la época del antiguo Thentur.

»Una vez descubierto esto, me decidí a buscar la ayuda de una experta. Nos dirigimos a la abadía de Rosestone en una cabalgada angustiada ya que los muertos andaban sueltos por los Altos Páramos aquella noche. Hablamos con la madre Iniciada y le pregunté qué podrían estar buscando los salteadores en el túmulo de un

lathanderiano de tiempos de Thentur; ella me dio una respuesta: un libro llamado el *Infiernadex* que había pertenecido al mismísimo Esperus.

—El tiflin estaba buscando un libro —dijo Kara.

—Era ése —confirmó Geran—. De todos modos, la madre Mara me dijo que estaba escondido en el túmulo de una suma sacerdotisa llamada Terlannis, y me indicó dónde encontrarlo. Decidí retirar el libro para mantenerlo fuera del alcance de los hombres que lo estaban buscando.

»Hace dos días, entramos en el túmulo de Terlannis. Allí hallamos una cripta secreta debajo de la cámara mortuoria y encontramos el *Infiernadex*, pero cuando salimos del túmulo descubrimos que nos habían seguido el rastro. Una Compañía de hombres armados de Veruna nos estaba esperando.

—Y supongo que estos hombres sí lucían los colores de su Casa ¿no? —preguntó Sergen.

—¡En efecto, los lucían! —le soltó Hamil—. Y el capitán Anfel Urdinger en persona le ordenó a Geran, apuntándolo con la espada, que le entregara el libro.

Sergen se disponía a replicar, pero el harmach Grigor alzó una mano.

—Un momento, Sergen. Termina de contarlo, Geran. ¿Qué pasó a continuación?

—Amenacé con destruir el *Infiernadex*, porque no veía razón para que nos dejaran volver a Hulburg a contarlo todo si entregábamos el tomo, pero apareció Esperus, el mismísimo Rey de Cobre. Se apoderó del libro antes de que tuviera tiempo siquiera de intentar protegerlo de él. Entonces, una vez que lo tuvo en sus manos, le dijo a Urdinger que daba por cumplida la parte del trato que le correspondía a la Casa Veruna, y que pronto cumpliría él con la suya.

—También dijo que Urdinger y sus hombres no debían profanar más túmulos —intervino Hamil—. Sin duda interpreté que los hombres de Veruna habían profanado varios túmulos buscando el libro de Esperus.

—Después de eso, Esperus se teletransportó —continuó Geran—. Hamil y yo corrimos a refugiarnos en el túmulo del que acabábamos de salir, confiando en poder defendernos allí de los Veruna. Es probable que aún estuviéramos allí de no ser porque el tiflin Sarth llegó y atacó a los mercenarios de esa Casa. Aprovechando que mantenía distraídos a Urdinger y a sus hombres, Hamil y yo pudimos volver a salir. Los Veruna retrocedieron, y el tiflin (su nombre completo es Sarth Khul Riizar, Kara) desapareció en la noche después de increparnos a Hamil y a mí por permitir que Esperus recuperara el libro antiguo.

»Después de eso, Hamil y yo volvimos a Rosestone, descansamos allí una noche y nos pusimos en marcha hacia Hulburg al romper el alba. —Geran hizo una pausa, repasando mentalmente todo lo que había dicho, y se apoyó sobre la mesa de oscura madera de cerezo para mirar a su tío a los ojos—. No sé lo que significa todo esto, pero ahora sé que los hombres de la Casa Veruna fueron los que profanaron las

tumbas de los Altos Páramos, los que mataron a Jarad Erstenwold; además tienen una especie de trato con el Rey de Cobre, y sé que estaban dispuestos a matarnos a Hamil y a mí para evitar que contáramos lo que habíamos visto.

El harmach frunció el entrecejo y se pasó la mano por los ojos.

—Es una historia macabra la que nos has contado, Geran. Sé que Darsi Veruna no es mi amiga, pero tanta traición y crimen...

Sergen rió primero entre dientes y pasó después a reír abiertamente.

—Supongo que no creerás todo esto, tío. —Se apartó de la estantería en la que estaba apoyado y miró a Geran—. ¿El propio Esperus te arrebató el libro de las manos y después fuisteis rescatados por un misterioso y endiablado brujo que se perdió en la noche? ¡Por todos los dioses! ¡No tenía idea de que fueras capaz de tan ridículas invenciones! ¡Vaya, *La Novia de Secomber* no podría superarte! ¿Estás seguro de que no eres un escritor de obras de teatro?

Geran se irguió cuan alto era y miró a Sergen con odio.

—Lo que he dicho es cierto, hasta la última palabra. No vuelvas a llamarme mentiroso.

—¿Y por qué habríamos de creerte? —preguntó Sergen. Su habitual sonrisa desapareció y sus ojos oscuros brillaron como escamas de serpiente—. No has encontrado motivo para pasar ni diez días en esta casa en los diez últimos años, en la casa de tu padre y del padre de tu padre. Eres un inútil y un vagabundo, Geran, siempre en pos de sueños infantiles de gloria y de fama. No tengo la menor duda de que un hombre como tú pueda inventar cualquier cuento fantástico para justificar unas cuantas horas más de adoración, por parte de los que son demasiado tontos para ver más allá de tus disparatadas afirmaciones y pedir una prueba, por ínfima que sea.

—Basta ya, los dos —dijo el harmach Grigor—. Tenemos...

—Vaya, esto sí que tiene gracia —le replicó Geran a Sergen—. No has considerado oportuno pasar un solo día en casa de tu padre en todo ese tiempo. Y me pregunto: ¿Por dónde anda él? ¿Vendiendo niños como esclavos? ¿Abriéndose camino robando y matando como un salteador de caminos cualquiera? ¿O tal vez humillándose ante el altar de algún maldito demonio? Te diré cómo lo veo yo, Sergen: te has apropiado del nombre de mi familia y has vendido su propiedad para enriquecerte. ¡Tal vez tendríamos que haberte expulsado hace años, cuando ese traicionero y desalmado padre tuyo salió corriendo para salvar su miserable vida!

—¡Ya basta! —gritó el harmach.

—Vas a lamentar esas palabras —dijo Sergen con rabia. Dio un paso hacia Geran con la mano ya en la empuñadura de su estoque.

Por su parte, Geran rodeó la mesa y dio tres zancadas hacia su primo postizo. No estaba dispuesto a dejar que Sergen lo llamara mentiroso.

—¿Qué escondes? —dijo con voz ronca—. ¿Por qué tratas de proteger a la Casa

Veruna? ¿Es que han comprado tu lealtad? ¿Tal vez pretendes hacer lo que tu padre no consiguió?

—¡Geran, no voy a aguantar más esto! —rugió Grigor. Se puso de pie y golpeó el suelo con su bastón—. ¡Puede que Sergen no sea de nuestra sangre, pero mi hermana lo crió como a un hijo, y no quiero oír una palabra más sobre las acciones de su padre!

Geran vaciló. En toda su vida jamás había oído al harmach alzar así la voz. Sergen calló también, pero el rencor no desapareció de sus ojos. Kara se interpuso entre ambos y luego miró al harmach.

—Tío Grigor —dijo—, todos sabemos que Sergen es... afín... a Darsi Veruna. Las acusaciones de Geran contra los Veruna son serias y requieren una respuesta, pero no es probable que Sergen vaya a pedirles explicaciones.

Sergen lanzó una mirada siniestra a su hermanastra, pero se dominó con visible esfuerzo.

—No niego que corteje a lady Darsi. Tampoco niego que tengamos intereses comunes... todos nosotros. La Casa Veruna representa casi la mitad de los derechos de concesión de las tierras de los Hulmaster, pero eso no da veracidad a las acusaciones descabelladas de Geran, tío. De hecho, ya he oído una versión diferente de lo que sucedió en los Altos Páramos. No quería mencionarla por miedo a avergonzar a un pariente al que no había visto durante mucho tiempo, pero ahora parece evidente que debo hablar de ello. —Sergen frunció el entrecejo y meneó la cabeza—. No sé cómo decir esto, pero... el capitán Urdinger informó a lady Darsi de que él y sus hombres estaban patrullando como de costumbre cuando se toparon con un par de bandidos que estaban saqueando una tumba en busca de algo tan poco exótico como tesoros funerarios. Cuando dieron el alto a los saqueadores se encontraron con que eran Geran y su pequeño cómplice, que los atacaron en lugar de entregarse. Asesinaron a varios hombres de Veruna y huyeron entre la niebla. —Miró a Geran y añadió—. Dinos, pues, dónde habéis escondido el oro que robasteis. ¿Cuántos túmulos más pretendes profanar antes de marcharte de Hulburg para robar en alguna otra parte?

—Víbora embustera... —gruñó Geran lleno de furia.

—*Calma, Geran* —le dijo Hamil mentalmente. El halfling puso los brazos en jarras y le plantó cara a Sergen.

—¿O sea, lord Sergen, que Geran y yo somos responsables de los túmulos que fueron profanados, incluso antes de que llegáramos a la ciudad? Y si no lo hicimos nosotros ¿quién lo hizo?

Kara entornó los celestes ojos y se cruzó de brazos.

—Y dicho sea de paso, Sergen: ¿Por qué no informaste de esto en cuanto tuviste conocimiento de ello?

—Francamente, pensé que Geran ya se había vuelto a marchar de Hulburg —respondió Sergen—. Después de todo, llevaba días sin aparecer por aquí, y esperaba poder ahorrarle a la familia la noticia de sus fechorías. Al parecer, todos tenéis buena opinión de él. —Bajó la vista hacia Hamil y se encogió de hombros—. En cuanto a quién abrió los túmulos antes de vuestra llegada, bueno, sólo contamos con vuestra palabra de que regresasteis a Hulburg cuando decís que lo hicisteis. ¿Cómo sabemos que no lleváis meses aquí, buscando túmulos que saquear? Y dicho sea de paso, ¿cómo sabemos que no fuisteis vosotros mismos los profanadores de tumbas a los que Jarad Erstenwold trataba de arrestar cuando murió?

—Pero bueno. ¡Eso es ridículo! —dijo Kara cortante—. ¿Qué tal si sugieres de paso que Geran es responsable de la Plaga de los Conjuros y de la Era de los Trastornos?

El harmach suspiró.

—Sergen, no creo que tus acusaciones contra Geran sean razonables. Te estás dejando llevar por tu ira.

—No son *mis* acusaciones, tío. No hago más que informar de lo que me han dicho. Independientemente de que lo consideres razonable o no, hay una docena de hombres de Veruna que pueden prestar testimonio de lo que vieron en los Altos Páramos hace un par de noches. —Sergen se irguió y miró a Geran con severidad—. Es posible que Geran te haya engatusado con sus delirantes historias, pero creo que el Consejo Mercantil no se dejará engañar tan fácilmente por antiguos afectos.

—Estoy dispuesto a presentar los cargos de Geran contra la Casa Veruna ante el Consejo Mercantil, Sergen —le advirtió el harmach—, y espero que se investigue todo exhaustiva e imparcialmente. Si tú no eres capaz de hacerlo, nombraré a un nuevo guardián de los derechos para supervisar a la Guardia del Consejo y ocuparse de ello.

—¿Das crédito, entonces, a la palabra de Geran? —Sergen señaló a Geran y dijo con voz ronca—. ¡Mientras *él* ha estado corriendo aventuras en otras tierras, yo he permanecido aquí y he transformado a Hulburg que era un lugar pequeño y perdido en una ciudad próspera! ¿Qué ha hecho él por esta ciudad o esta familia? Este decrepito y viejo castillo se estaría cayendo a pedazos de no ser por el dinero que yo apporto. ¡Me niego a dejar que estas historias descabelladas nos enfrenten con un socio comercial tan valioso como Mulmaster! —Miró desafiante a todos los presentes y después, abruptamente, empujó a Geran y, hecho una furia, salió de la estancia dando un portazo.

Geran respiró hondo y se echó el pelo hacia atrás con los dedos; el harmach se sentó lentamente y apoyó el bastón contra su silla. Todos guardaron silencio largo rato, hasta que Hamil carraspeó y dijo:

—Pido perdón si hablo donde no me corresponde, pero ¿por qué presentar los

cargos contra Urdinger y los hombres de Veruna a través del Consejo Mercantil? ¿Por qué no enviar a la Guardia del Escudo a arrestarlos?

—Tengo las manos atadas por las leyes de concesión, maese Hamil —contestó el harmach—. Las cuestiones de justicia relativas a las compañías mercantiles las trata el Consejo Mercantil. A mi Guardia del Escudo no le está permitido poner un pie en el territorio concedido, tampoco se le permite arrestar a extranjeros empleados por una compañía mercantil que tiene una concesión. Debemos presentar los cargos ante el Consejo Mercantil y dejar que sea el Consejo el que arreste, juzgue y dicte sentencia.

—¿Y confías en que Sergen acuse y juzgue a los hombres de Veruna? —preguntó Geran.

Grigor miró por la ventana emplomada, la lluvia tibia que caía sobre la ciudad.

—Sergen ha dado muestras en muchas ocasiones de su lealtad para con nuestra familia, Geran —dijo con calma—. Siempre he creído que confiar en alguien puede hacer que esa persona sea digna de confianza, y hace ya tiempo que Sergen compensó el daño que su padre intentó hacernos. Claro que podría ser cierto que está demasiado enredado con los mercaderes con los que trata.

—Está protegiendo a los asesinos de Jarad, tío Grigor.

—Cosa que tal vez no supiera hasta que tú contaste lo que descubristeis en los Altos Páramos —señaló el harmach. Volvió a mirar a Geran a los ojos—. Le daré unos días para que me demuestre que es capaz de dejar de lado su aversión hacia ti y actuar de acuerdo con la información que has puesto al descubierto, y si no lo hace, entonces sí, lo reemplazaré. Ahora, cuéntamelo todo sobre Esperus y su libro. Quiero saber qué tiene que ver el Rey de Cobre en todo este asunto.

DIECISIETE

27 Ches, Año del Intemporal

Esa misma tarde, Geran decidió que era hora de hacer otra visita a Mirya Erstenwold. Ella había insistido en que él, respecto al asesinato de Sarad, no podía hacer nada por ella, pero eso no quería decir que no mereciera algunas respuestas. Después de todo, cuando se habían encontrado junto a la tumba de Jarad, le había parecido que Mirya entendía su necesidad de aclarar aquella muerte por la paz de su propio corazón, no por el de ella. Al comunicarle sus sospechas sobre la Casa Veruna, ella le había dado sus bendiciones para seguir su propio camino en el dolor. Poco a poco, Geran se resignaba a la idea de que, tal vez, no descubriría nunca cuál de los mercenarios de Veruna había matado realmente a su amigo en aquel paraje agreste y desolado pero sin duda podía contarle a Mirya lo que andaban buscando los hombres de Veruna y cómo Jarad se cruzó en su camino. Además, Mirya *debía* saber lo que había descubierto sobre la participación de los Veruna. Era probable que los hombres que habían asesinado a su hermano fueran los mismos que ahora amenazaban al sustento de su familia mediante extorsión e intimidación.

Absorto en sus pensamientos, Geran se escabulló del castillo una hora antes del atardecer y dejó a Hamil encargado de entretener a Natali y a Kirr. Salió de Griffonwatch a pie, vestido con un capote gris anodino, para confundirse entre los cientos de hombres que circulaban por las calles atendiendo sus asuntos. La lluvia se había resuelto en una neblina fría y pertinaz que resbalaba sobre su abrigo sin llegar a empapar la espesa lana, y sobre la ciudad a pocos metros del suelo, sobrevolaban leves jirones de nubes. Tomó la calle de la Ceniza, atravesando las Escorias —a la luz del día, el vecindario se veía simplemente destartalado y pobre, no peligroso— cruzó el Winterspear por el Puente Medio y subió los escalones hasta la plaza de la Casa del Aquilatador y la calle Mayor.

Mientras avanzaba por las calles mojadas, Geran pensaba en cómo hacer rendir cuentas a la Casa Veruna si el harmach no lo conseguía. Considerando fría y exhaustivamente las cosas, decidió que no importaba demasiado cuáles de los hombres de armas habían estado implicados. Los hombres de Veruna eran mercenarios, pagados para hacer lo que hacían sin preguntar, y la responsabilidad última por el asesinato de Jarad Erstenwold correspondía al hombre o a la mujer que había ordenado a los mercenarios que le mataran. Parecía probable que ese hombre fuera Anfel Urdinger. Después de todo, Mirya había visto que llevaba la daga de factura elfa de Jarad. Además, el encuentro en el túmulo de Terlannis hacía pensar que Urdinger era el tipo de capitán inclinado a ocuparse personalmente de las misiones importantes. Lo único a lo que Geran seguía dándole vueltas a la cabeza, era

si Urdinger había concebido los planes de saquear los túmulos, de hacer un trato con Esperus, y de asesinar a Jarad Erstenwold, o se limitaba a seguir órdenes de lady Darsi o de algún otro miembro de alto rango de la Casa Veruna.

Geran llegó al cruce con la calle del Tablón y giró hacia la tienda de Erstenwold. El primer indicio de que había problemas fue la presencia de dos mercenarios de gesto insolente con tabardos de color verde y blanco ante la puerta de la tienda de Mirya. Los transeúntes evitaban pasar a su lado y se mantenían bien apartados de la puerta. El siguiente indicio fue el sonido de cristales rotos y agrias risotadas que llegaban del interior.

—Ah, maldita sea —dijo Geran entre dientes, deteniéndose—. ¡Geran, eres tonto! —Los de Veruna habían vuelto, y destrozaban el lugar para darle una lección a Mirya, por dejar que él la defendiera pero tanto si el mensaje era para él como si era para ella, no iba a quedarse mirando y dejar que los mercenarios de Darsi Veruna hicieran daño a Mirya o la apartaran de su negocio. Decidió que ya se había hartado de los mercenarios de Darsi Veruna. Se apartó en un portal y rápidamente pronunció un par de conjuros de la magia de la espada. Cruzó la calle y se dirigió a los escalones donde esperaban los mercenarios.

—Búscate otra tienda, amigo —dijo uno de los hombres fríamente—. Ésta está cerrada.

—No eres tú quién para decirlo —replicó Geran y sin detenerse, se despojó de un manotazo de la capa que, cayó en medio del barro. Su mano derecha se posó sobre la empuñadura de su espada—. Ahora, fuera de mi vista, porque Torm sabe que ya no estoy dispuesto a aguantar vuestro hedor en mi ciudad.

—¡Maldita sea, Terth! ¡Es él! —dijo el segundo hombre al primero—. ¡Es Geran Hulmaster!

—Por mí como si es el Rey de Cormyr —dijo el primero. Llevó la mano a la empuñadura de su propia espada y miró a Geran con gesto desafiante—. No pienso apartarme ante él.

—¡*Sanhaer astelie!* —dijo Geran con voz ronca.

Se lanzó hacia delante y cogió al primer hombre de Veruna por la hebilla del cinturón y por el cuello. Con el impulso de fuerza mágica que le daba el conjuro, arrancó al hombre del escalón y lo sostuvo por encima de su cabeza. Giró sobre sus talones y dio tres pasos con el mercenario alzado moviendo brazos y piernas, antes de lanzarlo de cabeza en un gran barril lleno de agua de lluvia, que había en la esquina de la tienda. El hombre movía los pies, pero era un barril grande, y estaba lleno; se balanceaba pero no caía.

—¡Quédate ahí cuanto quieras! —le soltó Geran.

Oyó el roce de acero contra madera y cuero a sus espaldas, y se volvió para hacer frente al segundo hombre que lo abordaba desde porche. Geran desenvainó su sable

elfo, chorreando agua de sus mangas mojadas, y se lanzó a por el mercenario. Éste trató de alcanzarlo con la espada en la cabeza, pero Geran le asestó un mandoble que le abrió el brazo desde el codo hasta la muñeca. La espada del mercenario cayó estrepitosamente sobre las piedras, y el hombre lanzó una maldición entre dientes mientras echaba el brazo atrás. Con el último vestigio de su conjuro de fuerza, Geran lo asió al hombre del brazo bueno y, le hizo describir un semicírculo hasta lanzarlo de cabeza contra el lateral del edificio. El hombre de Veruna se dio un golpe descomunal, cayó entre el tintineo de su cota de malla y salpicó con sangre de su brazo herido toda la madera encalada.

Sin pararse siquiera a pensar, Geran subió de un salto los escalones y entró en la tienda de Erstenwold. Dentro había otros dos hombres de Veruna. Uno de ellos —el sargento mercenario Bann, al que Geran había visto en la tienda en su última visita— había sacado a Mirya a rastras de detrás del mostrador y la tenía sujeta por el pelo. El otro se dedicaba a romper sistemáticamente todos los frascos que había en los estantes de detrás del mostrador.

—¡Suéltala! —dijo Geran fríamente.

Bann lo miró sorprendido al verlo entrar hecho una furia, pero se recuperó rápidamente.

—¿Sabes? Estaba esperando este momento —dijo. Arrastró a Mirya y la tiró violentamente al suelo; parsimoniosamente sacó su espada—. Me pregunto si eres lo bastante hombre como para enfrentarte a mí, acero con acero, o ¿necesitas recurrir a tu maldita brujería elfa?

—Mirya, apártate —dijo Geran.

Esperó un momento a que ella se levantara del suelo. Empezaba a formársele una magulladura en la barbilla, pero los ojos le brillaban con una furia glacial. Se irguió y, muy digna, anduvo hasta la puerta que comunicaba la tienda con el resto del edificio.

—Geran, es fuerte pero lento —dijo—. Trata de no matarlo en mi tienda si puedes evitarlo.

—De acuerdo —dijo Geran.

Avanzó apuntando bajo con la punta de la espada y con la guardia alta, afirmó el pie delantero y empezó a lanzar una serie de tajos a las piernas del mercenario. Bann paró el primero y el segundo, luego erró el tercero por poco y recibió un corte rápido por encima de la rodilla. Con un juramento bloqueó la punta de la espada de Geran y la alzó al aire, después aplicó todo su peso y su fuerza en un sibilante revés que Geran cortó con un bloqueo móvil que remató con una finta. Los dos aceros chirriaban al intercambiar estocadas y bloqueos.

—A que no eres tan bueno sin tu magia —gruñó Bann, pero el sudor ya empezaba a perlarle la frente y su respiración se hacía más agitada.

—No tengo ninguna prisa —dijo Geran. Llevado por su impulso describió un

círculo y volvió a atacar la pierna delantera cuando Bann se volvió para seguirlo. Esta vez enterró casi ocho centímetros de acero en el muslo de Bann, precisamente donde terminaba la cota de malla, y el mercenario de Veruna gruñó, retrocedió, y apartó una vez más la punta de la espada de Geran—. Dispongo de horas para cortarte en pedacitos.

—¡Que Cyric se apodere de mí si te dejo! —maldijo Bann, y de repente se lanzó hacia delante, y embistió directamente a Geran hasta que quedaron con las espadas cruzadas a la altura del pecho. El hombrón con una mueca presionó, e hizo que el mago de la espada retrocediera tres pasos por las tablas viejas y lisas del suelo. Las botas de Geran resbalaron sin encontrar dónde afirmarse, y empezó a tambalearse, pero consiguió apoyar el pie trasero contra uno de los postes que había en el centro de la habitación, dobló un poco las rodillas y repelió a su contrincante con todas sus fuerzas. Puede que él no fuera tan grande como el de Veruna, pero era rápido y fuerte, e hizo que Bann tuviera que echar la espada hacia atrás por encima de la cabeza.

Antes de que el mercenario pudiera recuperarse, Geran le dio un fuerte golpe en la boca con la pesada empuñadura de su espada. Oyó el ruido de dientes rotos, y el hombre de Veruna giró para esquivar el golpe, mientras de sus labios heridos brotaba la sangre. Geran le hizo perder pie y Bann cayó al suelo pesadamente, momento que aprovechó Geran para lanzar lejos su espada de un puntapié y dejarlo sin sentido con otro golpe.

—Ya era un espadachín muy bueno antes de ir a Myth Drannor, necio bravucón —le dijo al hombre inconsciente antes de mirar a su alrededor y buscar al otro, que estaba detrás del mostrador.

El último mercenario lo miró con furia y se alejó del mostrador para llegar a un lugar despejado. Puso la mano en la empuñadura de la espada mientras se colocó para tener espacio para usarla.

—Más te vale salir de aquí ahora mismo o te dispararé directamente al ojo —dijo Mirya con voz letal y sin dejar duda alguna.

Geran miró a su alrededor. Mirya se había metido silenciosamente tras el mostrador para coger una ballesta, pequeña pero convincente, con la que apuntaba al otro matón. Era evidente que aquel tipo había estado tan ocupado en observar la pelea de su sargento que había olvidado vigilarla.

El hombre escupió en el suelo y retrocedió un paso.

—Vas a lamentar esto —dijo.

—Llévate a rastras a ese maldito patán al salir —dijo Geran, señalando a Bann con la cabeza. El último de los hombres de Veruna gruñó algo pero sujetó al corpulento sargento por debajo de los brazos y lo arrastró hacia la puerta.

Mirya no dejó de apuntarlo con su ballesta hasta que salió por la puerta, entonces la bajó lentamente. Se estremeció y apoyó el arma en el mostrador.

—Que los demonios se lleven a estos condenados bellacos y a todos los de su clase, al fondo del maldito Abismo. ¿Qué he hecho yo para merecer tanta saña?

Geran le indicó que esperara.

—Un momento —le dijo. Le dio la espalda y se dirigió al porche sin soltar la espada; una pequeña aglomeración de vecinos se había reunido allí y le miraba. El último de los hombres de Veruna había conseguido poner de pie a Bann, con ayuda del mercenario del brazo herido. Los dos se volvieron a echar miradas asesinas al mago de la espada mientras se alejaban por la calle. Geran miró hacia la esquina. El barril yacía de lado y no había ni rastro del hombre al que había arrojado dentro. El mago de la espada miró a la persona más próxima, un viejo enano con un sombrero aplastado.

—¿El otro huyó? —preguntó.

—Ya lo creo, señor —gruñó el enano. Miró a Geran con una sonrisa aviesa—. Medio ahogado y todo, consiguió volcar el barril y salió gateando.

—Mil gracias —replicó Geran.

No hubiera querido ahogar al de Veruna y por ese motivo había salido para asegurarse de que el mercenario había podido salir del barril... pero haber estado a un pelo de ahogarlo no era nada que le hiciera perder el sueño.

Sacó un trozo de hule de un pequeño bolsillo que llevaba junto a la vaina y limpió la fina hoja de acero mientras volvía adentro. Con un gracioso floreo envainó la espada y miró a Mirya allí, de pie, en la ruina en que habían transformado su tienda.

Estaba dándose calor con los brazos, y le observaba con expresión adusta y ausente.

—¿Estás herida, Mirya? —preguntó en voz baja.

Ella se llevó la mano a la mandíbula y negó con la cabeza.

—No me han herido, pero de no haber llegado tú en el momento en que lo hiciste, me temo que la cosa se hubiera puesto mucho peor.

—Me gustaría poder prometerte que no van a molestarte más, pero no puedo. — Geran se agachó para enderezar una pequeña caja de clavos que había quedado volcada—. Creo que necesitas contratar a un par de hombres de confianza que vigilen tu tienda. O cerrar durante una o dos semanas para mantenerte a salvo hasta que las aguas se aquieten.

—Lo sé. —Mirya fue hasta la puerta, la cerró y puso la traba. Entonces se volvió para examinar los daños en las estanterías y los productos y dio un hondo suspiro—. Menudo desbarajuste. Me llevará toda la noche limpiar esto.

—Mirya, lamento haberte traído todos estos problemas. Pensé que podría solucionarlo con unas cuantas palabras duras y una demostración de acero. Es lo que sé hacer. Supongo que tenía la sensación de que se lo debía a Jarad... y a ti. Pero no debería haberme metido en tus asuntos sin preguntar.

Mirya tardó un rato en responder. Se alisó el pelo revuelto para apartarlo de los ojos. Su trenza se había deshecho durante el forcejeo.

—Gracias a Ilmater, Selsha está en casa con mi madre —dijo por fin—. Si hubiera estado aquí... ni me atrevo a pensar en ello siquiera. —Suspiró y se sentó en una pila de sacos llenos de grano—. Hubieras o no estado aquí, el Consejo Mercantil seguiría molestándome, Geran Hulmaster. Se proponen expulsar de la ciudad a todos los pequeños comerciantes para hacer sitio a Veruna y Marstel y a las demás compañías importantes. Ya han amañado las leyes del harmach a su antojo, y no les basta con eso; quieren arruinarnos a todos los demás. Tal vez tú estés en lo cierto y sea tu obstinación lo que trajo a esos tunantes nuevamente a mi tienda hoy, pero estoy empezando a pensar que tu forma de hacer las cosas podría ser exactamente el cambio que hace falta en esta ciudad.

—Soy un solo hombre —respondió Geran con un gesto de contrariedad. Jamás habría imaginado que las cosas pudieran ponerse tan feas en Hulburg en apenas unos años, pero si Mirya decía que era así, la creía. Encontró un tonel volcado, le dio la vuelta y se sentó encima—. Escucha, Mirya, yo vine a verte por otro motivo... Hay algo que debo decirte. He descubierto unas cuantas cosas sobre la muerte de Jarad, y deberías saber que la Casa Veruna está en el fondo de ello.

Ella lo miró con atención y asintió. Era evidente que aquello no la había tomado por sorpresa.

—¿Los profanadores de tumbas eran hombres de Veruna?

—Así es, y todavía no conoces ni siquiera una cuarta parte de la historia.

Empezó el relato de lo que había hecho los diez últimos días, con su visita al túmulo donde había sido asesinado Jarad Erstenwold, los días que Hamil y él habían pasado espiando las empresas de la Casa Veruna, y la decisión de recorrer el camino que había hecho Jarad y visitar otros túmulos. Le contó lo de la visita a Rosestone y su decisión de encontrar el túmulo de Terlannis antes de que los Veruna pudiera saquearlo, y también lo que Hamil y él habían encontrado allí, y lo de la emboscada que los esperaba fuera cuando salieron.

Mirya escuchó con gran atención, sin apartar un momento los ojos de la cara de Geran. Cuando Geran describió la aparición de Esperus, abrió mucho los ojos y se inclinó hacia delante.

—El mismísimo Rey de Cobre —dijo casi sin aliento—. Todos llevan años contando historias de ese personaje, y todo este tiempo pensé que no eran más que cuentos.

—Me reconoció como un Hulmaster, pero aparte de eso, casi ni me prestó atención —dijo Geran—. Sólo le interesaba el libro. Se marchó después de habérmelo arrebatado, pero no antes de decirle a Urdinger que los Veruna habían cumplido su parte del acuerdo.

—¿Acuerdo? ¿Qué acuerdo?

—No me enteré. Hamil y yo corrimos a refugiarnos en el túmulo después de que Esperus se marchó. No teníamos muchas oportunidades, pero volvió a presentarse el hechicero que habíamos encontrado en el primer túmulo y empezó a lanzar conjuros. Pudimos combatir contra los de Veruna en medio de la confusión. Anfel y sus hombres huyeron a caballo, pero nosotros perdimos los nuestros y tuvimos que volver a pie. No llegamos a Hulburg hasta primera hora de esta tarde —acabó Geran—. Vine a verte tan pronto como pude salir de Griffonwatch.

—De modo que los mercenarios de Veruna abrían los túmulos en busca del libro de Esperus —murmuró Mirya más bien para sus adentros—. Jarad se les puso en el camino y por eso le mataron. Robar el oro de las tumbas, eso podría haberlo supuesto, pero buscar el libro de conjuros de Esperus... Es una historia siniestra y trágica y no hay duda alguna al respecto. —Guardó silencio un momento con la vista fija en el regazo. A continuación se estremeció y volvió a alzar la cabeza hacia Geran—. ¿Y qué tiene pensado hacer el harmach?

—No estoy seguro. Como sabes, los Veruna se amparan en las leyes de concesión. Mi tío no puede saltárselas a la ligera por más que quiera —dijo Geran con voz ronca—. Pienso que cree que debe darles a Sergen y a la Guardia del Consejo una ocasión para que demuestren a quién son leales. Por supuesto, cuando conté lo acontecido delante de Sergen y del harmach, mi primo postizo salió presto en defensa de los Veruna. Llegó incluso a sugerir que mi amigo Hamil y yo éramos los profanadores de tumbas y estábamos lanzando acusaciones contra la Casa Veruna para ocultar nuestros propios crímenes.

Mirya sonrió de lado con amargura.

—¡No se habrá atrevido!

—Pues sí. Hasta mi tío, que durante quince años ha tratado de tener buena opinión de Sergen, pasó un mal rato.

—¿Tenía Sergen algo que ver con todo el plan?

—No puedo asegurarlo. Podría ser que estuviera protegiendo a los Veruna por cuestiones de interés. Parece ser que ha prosperado muchísimo con el auge de la Casa Veruna, y eso podría ser razón suficiente para que se pusiera en mi contra. —Geran sonrió con sarcasmo—. Además me ha odiado desde que éramos niños. Estoy seguro de que también tuvo algo que ver con ello. Intercambiamos palabras duras delante de mi tío. Sergen no olvidará lo que dijimos, y yo tampoco.

Mirya iba a decir algo más, pero un golpe seco en la ventana que había junto a la puerta cerrada la interrumpió. Geran miró en derredor; el viejo enano del otro lado de la calle estaba escudriñando el interior. Cuando cruzó con él su mirada a través del cristal, hizo un gesto marcado con la cabeza antes de retirarse.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirió Mirya.

—Problemas. Creo que vuelven los Veruna. —Geran se puso de pie. Podía irse y ahorrarse más problemas, pero podrían resarcirse con Mirya. Tal vez lo mejor sería salir a recibirlos a la calle, distanciarse de los Erstenwold y tratar de que la atención de los mercenarios se centrara en él.

Cerró los ojos y se concentró, liberó un conjuro en su mente, y dijo entre dientes las palabras de su velo de acero argentado.

—Voy a esperarlos fuera.

Mirya no se opuso. Se limitó a mirarlo a los ojos y asentir lentamente.

—Les pediré a los vecinos que vayan a buscar ayuda —dijo y salió corriendo por la puerta trasera de la tienda.

Geran se acercó a la puerta, sacó la traba y salió al porche. Miró calle abajo; tres hombres con tabardos de color verde y blanco se abrían paso entre los transeúntes. Descendió del porche de la tienda hasta el empedrado de la calle y se dispuso a esperarlos en el medio de la calle del Tablón. Dos de ellos eran hombres a los que no había visto antes... pero el tercero era Anfel Urdinger, cubierto con su armadura negra de placas por debajo del tabardo de los Veruna. Tenía la cara crispada por la furia. Los mercenarios de Veruna hicieron un alto a unos pasos de Geran, y la gente que iba y venía por la calle hizo silencio para escuchar y observar.

—Has cometido un serio error —dijo Urdinger con voz ronca—. Tratar de disputarme la presa allá en los Altos Páramos era una cosa. Al fin y al cabo, el libro estaba allí para el primero que lo cogiera. Pero ahora estás interfiriendo en nuestros negocios. Mi Casa pagó un buen precio por el lugar que ocupa en esta maldita ciudad. Si crees que unas cuantas bravuconadas y una dosis de magia elfa van a hacer que me rinda, estás mortalmente equivocado, Hulmaster.

—Tengo la impresión de que el lugar de tu Casa, en esta ciudad, consiste en robar a quien sea, en amenazar a mujeres indefensas y en hacer tratos con los enemigos del harmach —replicó Geran—. Yo os aconsejaría que cambiarais de procedimientos, pero no sé por qué dudo de que eso os causara mucha impresión. De modo que supongo que tendré que expresar mi opinión de forma que podáis entenderla: cada vez que un hombre de Veruna haga daño a un hulburgués o a su propiedad, me aseguraré, rápidamente, de que lo lamentéis.

—Necio —le soltó a la cara el mercenario—. Cuando desenvainas contra un hombre que lleva nuestros colores, lo haces contra todos nosotros. Cuando hayamos acabado contigo, no volverás a esgrimir una espada.

Los dos mercenarios empezaron a describir círculos lentamente alrededor de Geran. El mago de la espada desplazó su postura un paso, pero sin apartar los ojos de Urdinger. El capitán mercenario se echó la capa por encima del hombro, dejó al descubierto la empuñadura de la espada, y en ese momento Geran vio algo que le resultó familiar: sobre la cadera derecha del mercenario pendía una daga elfa cuyo

pomo tenía la forma de un ramito de acebo.

Geran se detuvo manteniendo su posición y entornó los ojos.

—¿Dónde has conseguido esa daga, Urdinger? —preguntó en tono frío.

El mercenario miró el arma con el entrecejo fruncido y luego alzó la vista y lanzó una cruel carcajada.

—¿Cuál? ¿Esta? Supongo que la encontré en los Altos Páramos. ¿Por qué te interesa?

—Le regalé esa daga a Jarad Erstenwold hace tres años. —Geran hizo un movimiento fluido con la espada apuntando directamente al capitán de los Veruna—. Te acuso de asesino, ladrón y profanador de tumbas, Anfel Urdinger. Y digo que también eres un maldito cobarde ya que no pareces capaz de retar a un hijo de Hulburg si no lo superas numéricamente por tres a uno.

Al mulmasterita se le atragantó el ronco sarcasmo y enrojeció de ira. Geran había elegido bien su dardo. En Mulmaster, unas acusaciones como las que había pronunciado Geran eran motivo de un combate a muerte. Con dos de sus propios hombres como testigos, a los que se sumaba un puñado de espectadores hulburgueses, Urdinger no podía dejarlo pasar.

—Ningún hombre me llama cobarde y vive para contarlo —dijo el mercenario entre dientes.

—Capitán Urdinger, te está tendiendo una trampa... —dijo uno de los mercenarios de Veruna.

—¡Cierra la boca! —gruñó Urdinger—. Y haceos a un lado, los dos. Esto es entre él y yo.

Desenfundó su propio acero, una espada larga de buena factura que llevaba grabada la imagen de un dragón enroscado. El capitán hizo varios movimientos rápidos con la espada, cortaba el aire mientras acomodaba la espada a la mano, y avanzó a continuación contra Geran.

—Obtendré satisfacción por tus insultos, milord. Habría sido más prudente no pronunciarlos.

Con un repentino grito marcial, el mulmasterita lanzó un ataque contra Geran. Apuntó alto, se recuperó del bloqueo de Geran con una estocada a la cara del mago de la espada y a continuación, apuntó rápidamente hacia la hebilla del cinturón de Geran mientras éste estaba todavía inclinado hacia atrás. Geran apenas tuvo tiempo de apartar la punta de la espada de Urdinger. El mercenario era un buen espadachín, mucho más veloz y avezado que Bann, y por unos instantes, Geran tuvo que aplicarse para mantener una defensa y mucho más para parar atacando. A duras penas logró desviar otro feroz ataque que sólo se frustró cuando el velo de acero argénteo impidió que penetrara bajo las costillas del lado derecho de Geran.

—Brujería elfa —dijo con voz ronca el de Veruna—. ¿Y me acusas a mí de

cobardía?

—Tú llevas armadura de acero —respondió Geran—. Mis conjuros son mi armadura.

Urdinger volvió a atacar, midió a Geran de forma más deliberada y buscó un punto débil. Geran retrocedió, prefirió usar más su juego de piernas mientras estudiaba a Urdinger a su vez. El hombre de Veruna dominaba el estilo mulmano, ataques abruptos, paradas secas y más insistencia en el ataque que en la defensa. Era bastante corriente en las tierras del Mar de la Luna. Las botas de Geran crujían sobre el empedrado mientras describía un círculo en torno a Urdinger, y el entrechocar del acero llenaba la estrecha calle. El estilo de Geran era mucho menos formal. En sus primeros años había aprendido a manejar la espada a su aire, acomodando el estilo a sus propios puntos fuertes en lugar de hacerlo al revés. No había iniciado su entrenamiento formal hasta mucho después, en Myth Drannor, donde había aprendido de maestros de esgrima elfos que llevaban siglos perfeccionando su arte.

Una incipiente mueca de frustración empezó a abrirse camino en la cara de Urdinger. Se había lanzado a un repentino y feroz asalto, pero Geran había sobrevivido, y en tres segundos, el mago de la espada había pasado a tener la iniciativa. Geran pasó de paradas, bloqueo y contraataque, a ataques más deliberados y peligrosos que obligaron a Urdinger a ponerse a la defensiva. El acero relucía y chispeaba bajo la luz menguante del crepúsculo, y los dos duelistas cambiaron de lugar varias veces mientras los pasos de ataque de Geran lo llevaban al flanco derecho de Urdinger, y el mulmasterita no tardó en atacar a su vez.

—¡Estate quieto, maldita sea! —gruñó el de Veruna.

Geran vio llegada su oportunidad. Con un juego de piernas, fingió otro paso de ataque y Urdinger se anticipó al movimiento y pronto cedió terreno. Con la rapidez de una serpiente, Geran hizo girar la punta de su espada por debajo el bloqueo del mulmasterita y luego hacia arriba en un golpe envolvente que encontró la junta entre el yelmo y el hombro. Los diez centímetros del extremo de su espada hicieron un corte en el cuello de Urdinger y la sangre salpicó la calle, tras lo cual Geran retrocedió un par de pasos.

Urdinger gruñó y recuperó su postura defensiva, sin hacer caso de la sangre que le brotaba del cuello y burbujeaba entre sus dientes. Fijó los ojos en Geran y volvió al ataque dos, tres estocadas, cada vez más descontrolada, hasta que cayó y se apoyó en el suelo sobre manos y rodillas. La espada golpeó el empedrado y el Veruna abrió mucho los ojos por la impresión.

—No... así... así no... —dijo con voz enronquecida.

Geran bajó la punta de su espada y lanzó una mirada fría al mercenario.

—Peleé contigo, acero contra acero, Urdinger —dijo—. Puede que seas un asesino y un ladrón, pero debo reconocer que no eres un cobarde.

El capitán de Veruna cayó hacia delante en la calle y ya no se movió. La sangre formó un charco debajo de él. Geran se arrodilló y sacó la daga elfa del cinto de Urdinger.

—Esto era de Jarad —dijo, sin dirigirse a nadie en particular, y a continuación se enderezó y miró a su alrededor. La gente lo miraba, sin decir una palabra, y los otros dos mercenarios de la Casa Veruna contemplaban atónitos a su capitán caído. Geran hizo caso omiso de ellos. Sacudió la sangre de su espada y envainó.

—Ya se ha enviado noticia a Griffonwatch, Geran —dijo Mirya. Estaba en los escalones de entrada a la tienda con expresión preocupada. No iba a echar de menos a Anfel Urdinger, por supuesto, pero tenía juicio suficiente para saber que ahí no acababa todo—. La Guardia del Escudo debe estar al llegar. ¿Estás herido?

Geran se dio cuenta de que le dolía el costado y miró hacia abajo. Un pequeño punto de sangre manchaba su guerrera en el costado derecho del torso, donde la espada de Urdinger lo había pinchado. Tenía suerte. De no haber resistido su conjuro, habría sido una estocada mortal. No todas las espadas de Veruna son tan lentas ni tan torpes como la de Bann, se dijo. Urdinger podría haberlo vencido cualquier otro día, y probablemente había otros hombres de Veruna capaces de hacerlo.

—No, estoy bien —dijo.

—¿Qué piensas hacer ahora? —inquirió la mujer.

Geran recordó haber estado sobre la hierba helada debajo de las últimas hojas del otoño, al pie de las torres de Myth Drannor, mirando la sangre que goteaba de su acero elfo. Todavía sentía el aroma intenso, húmedo, de las hojas caídas. Recordó haber alzado la vista de su enemigo mutilado y haber visto la mirada espantada de Alliere, la expresión de estupor en su rostro perfecto, y la imagen de ella volviéndole la espalda.

Alzó los ojos hacia Mirya. Ella no rehuía su mirada, estaba hecha de otra pasta. Pero este duelo con el capitán de los Veruna traería cola, y los dos lo sabían. Era inevitable.

—Esperaré a la Guardia del Escudo —dijo, encogiéndose de hombros.

DIECIOCHO

28 Ches, Año del Intemporal

Cinco cabezas cortadas miraban a Mhurren desde sus cuencas sin vida dispuestas en una línea salpicada de sangre a la entrada de la fortaleza de los Cráneos Sangrientos. El jefe semiorco estaba sentado junto a la cabeza de Morag, presa de una furia más salvaje y letal que la que le había sobrevenido jamás en el mismísimo campo de batalla. Dos guerreros Cráneos Sangrientos yacían muertos por sus propias manos a no más de diez metros detrás de él, porque no se sabe cómo, no habían reparado en la aparición de los macabros presentes depositados en el mismísimo umbral de Mhurren. Si lo pensaba racionalmente, tenía que admitir que había sido una maniobra de mucho sigilo y atrevimiento la de entregar semejante mensaje a los Cráneos Sangrientos. Sin embargo, en ese momento, Mhurren se sentía muy poco inclinado a pensar en nada racionalmente. No quería más que matar, encontrar a alguien que se convirtiera en objeto de su furia y arrebatarle la vida con sus propias manos, aplastarlo y machacarlo hasta romperle todos los huesos y hacerlo picadillo con los puños desnudos. Y hasta que supo que podía controlar su rabia lo suficiente como para no caer sobre sus propios guerreros de la tribu, permaneció allí sentado, en los escalones, contemplando el frío y encapotado crepúsculo que se iba difuminando sobre las colinas yermas de Thar.

Lo que lo llenaba de furia era el ultraje que representaba aquello. Los hulburgueses no sólo se negaban a mostrarle el más mínimo respeto, sino que encima lo desafiaban, nada menos que a él, a poner a prueba sus fuerzas. Matar a los mensajeros no era algo totalmente inesperado; siempre existía una posibilidad, una de las razones por las cuales Morag había pedido ir y hablar en nombre de los Cráneos Sangrientos. Era una buena manera de demostrar la absoluta indiferencia ante la muerte. Lo cierto es que era poco habitual entre los humanos, por lo general tan temerosos y cautos, dar una respuesta clara e inconfundible a las exigencias de Mhurren, en lugar de horas de palabrería vacía y divagante. Pero enviar de vuelta las cabezas cortadas para disponerlas de forma tan insultante en los umbrales *de su propia fortaleza*, demostraba tanto desprecio por Mhurren que, en un principio, se había preguntado si los Garras Rojas o los Machacacráneos no habrían capturado a Morag y a su séquito, y los habrían matado para declararse en rebeldía contra su dominación.

El mensaje que los guerreros de Mhurren habían encontrado junto con las cabezas, acallaba cualquier sospecha al respecto. Estaba escrito en un pergamino, enrollado dentro de un pequeño tubo de cuero y metido en la boca de Morag. Los Garras Rojas habrían grabado las palabras en las caras de sus guerreros muertos. Los

Machacacráneos no habrían incluido ningún mensaje. Mhurren miró el pergamino que tenía en la mano y lanzó un gruñido. Sabía leer bastante bien ya que había aprendido de un esclavo humano que había sobrevivido algunas estaciones en cautiverio. La respuesta del harmach era simple y directa:

—No pagaré una sola pieza de cobre a un bandido mezcla de bestia y de hombre. Si sorprende a cualquier orco a menos de cincuenta kilómetros de Hulburg, será tratado igual que éstos.

Harmach Grigor Hulmaster Mhurren aplastó el pergamino con la mano y lentamente se puso en pie. Respiró hondo y decidió que ya había dominado su ira. Se volvió y miró a los guardias de la Calavera que lo observaban silenciosos, a los guerreros que montaban guardia junto a la puerta —a los que acababan de asignar esa tarea, por supuesto— y a Sutha y Yevelda que también estaban pendientes de sus palabras.

—Enviad a por los guardias de la Calavera —dijo Mhurren—. Morag era un guerrero poderoso y un subjefe prudente. Su cráneo descansará en un lugar de honor. Que los cráneos de los demás sean tratados honorablemente. Todos eran buenos guerreros y no tienen la culpa de que los humanos hayan tenido un comportamiento tan traicionero.

—Yo me encargaré de que así sea —dijo Sutha.

Fue lo bastante lista como para no preguntar por los dos guardias a los que había matado Mhurren. Si realmente merecían haber muerto por no haber vigilado suficiente, era algo que Mhurren no sabía, pero lo había dicho y los había matado por ello, de modo que ahora correspondía al propio Gruumsh emitir juicio. Sutha lo comprendió sin necesidad de que se lo dijeran. Los dos guardias de la puerta se eliminarían junto con los desechos de la fortaleza, para que diera cuenta de ellos cualquier depredador.

La mirada de Mhurren se detuvo en uno de los orcos a los que habían llamado para reemplazar a los guardias anteriores.

—Buurthar, ven aquí —ordenó—. Eres un hábil rastreador. Dime: ¿cómo podría nadie traer cinco cabezas hasta nuestras puertas sin ser sorprendido?

El guerrero asintió y bajó los escalones. Se puso a cuatro patas al lado de la primera de las cabezas y, con el entrecejo fruncido, estudió el terreno que la rodeaba. Lentamente fue recorriendo la fila y por fin metió los dedos en uno de los charcos de sangre y se los llevó a la nariz, inhaló profundamente antes de abrir la boca para probar un poco con su gruesa lengua. Una vez fijado el olor en sus fosas nasales, anduvo en círculo por la zona, siguiendo un rastro invisible. No todos los orcos tenían narices tan finas como Buurthar, y Mhurren jamás habría adquirido esa habilidad, un defecto, consecuencia de su sangre humana. Después de un momento, el rastreador volvió a donde estaba el jefe con expresión de perplejidad.

—He leído el terreno, jefe guerrero, pero lo que he descubierto no tiene sentido para mí.

—Dinos pues lo que puedas, Buurthar. No me enfadaré contigo.

—Te oigo, jefe guerrero. —Buurthar se acercó a una confusa serie de salpicaduras próxima a la última cabeza de la fila, en el escalón más bajo, y señaló con la punta de su lanza—. Aquí arrojaron las cinco. Creo que vaciaron un saco en el que las traían. La criatura que colocó las cabezas tal como las vemos ahora, las trasladó, una por una, desde este lugar. Era un gato grande, como un tigre rojo... mira, aquí se ve donde pisó la sangre y dejó una huella de su zarpa. Sin embargo, no era un tigre rojo. Yo conozco bien sus pisadas y su olor.

—¿Dices que un *animal* transportó las cabezas en un saco y las arrojó aquí?

Buurthar le indicó a Mhurren que lo siguiera.

—Ésta es la parte que no tiene sentido para mí —dijo. Condujo al jefe y a los demás a unos cincuenta metros de la fortaleza; el terreno era yermo, sembrado de piedras, un poco apartado del camino de carros que llevaba a la puerta de la fortaleza. Buurthar volvió a señalar al suelo—. El olor a sangre, el olor a felino, las huellas de las zarpas... todo acaba aquí, en este mismo lugar. Si la criatura hubiera llevado estas cabezas más allá, podría olerlo. Es como si la criatura simplemente hubiera aparecido aquí. No es natural.

—Tampoco es natural que un tigre ni nada parecido lleve unas cabezas en un saco y forme con ellas una hilera perfecta cuando encuentra el lugar adecuado —farfulló Mhurren—. Puedes irte, Buurthar. No puedo pedirte que rastrees fantasmas.

El guerrero dio un golpe con su lanza en el escudo de piedra y partió a buen paso a ocupar su puesto.

—El harmach hizo que un brujo con un conjuro de transformación nos trajera la cabeza de Morag —dijo Sutha en voz baja—. O hizo que uno de sus sacerdotes infieles invocara una especie de demonio felino invisible para realizar esta tarea. No es difícil de explicar.

—Explicarlo no es el problema —la enmendó Yevelda—. Nos han enviado dos mensajes, mi jefe. El primero es el que aquí has visto, en los escalones de la fortaleza. El segundo es que el harmach domina la magia o tiene aliados mágicos que lo hacen. Si es capaz de hacer que un monstruo aparezca a cincuenta metros de tus murallas, también podría hacer que apareciera en el interior de ellas. O tal vez en tu alcoba, para asesinarte mientras duermes.

—Lo comprendo, Yevelda —dijo Mhurren.

Volvió sobre sus pasos y regresó hacia la fortaleza, absorto en sus pensamientos. Antes de Glister, tendría que haber convocado a sus guerreros para marchar sobre Hulburg; pero si iniciaba la marcha y Kardhel Terov le mandaba detenerse, entonces Mhurren aparecería fatalmente debilitado a los ojos de sus hombres. Tendría que

asegurarse de que el vaasano no haría ningún intento de detenerlo, antes de dar la orden a sus subjefes y líderes de guerra de que enviaran sus espadas al sur. La noción de *pedir* permiso para hacer la guerra contra Hulburg y vengar el insulto mortal contra los Cráneos Sangrientos, le hacía hervir la sangre, pero ése era el precio que tenía que pagar por la ayuda de Vaasa. De no haber accedido a las condiciones impuestas por el Caballero de Warlock, Terov habría puesto a algún otro jefe de Thar al mando, y los Cráneos Sangrientos serían ahora aliados de una tribu menos poderosa. Si no podía actuar por su cuenta, entonces tendría que asegurarse de que ningún otro lobo ocupara un puesto más destacado que él en la mesa del amo.

Mhurren atravesó la puerta y subió por la escalera de la derecha, que llevaba a la torre oriental de la fortaleza. Estas habitaciones habían sido cedidas a los caballeros vaasanos que se habían quedado con él para proporcionar a su ejército la magia de batalla recién adquirida. Los guardias humanos cubiertos con fina malla negra le hicieron una reverencia a Mhurren cuando se acercó.

—Que nadie me moleste —les dijo.

—Sí, señor de la guerra —respondieron los guardias, afirmando sus alabardas en el suelo.

En la planta más alta de la torre, Mhurren llegó a una puerta y llamó dos veces antes de entrar, como deferencia a la costumbre humana.

—¡Avrun! —dijo en vaasano—. *Necesito vuestra magia de hablar.*

Un vaasano rubio que estaba sentado ante un pequeño escritorio, estudiando un grueso tomo, alzó la vista, se puso de pie lentamente y le hizo una leve reverencia acompañada de una fría sonrisa.

—Por supuesto, señor de la guerra. Supongo que guarda relación con el regreso de vuestros emisarios desde Hulburg.

—Quiero que le digas a Terov que los hulburgueses han matado a mis mensajeros. Marcharé sobre Hulburg mañana al amanecer con todas mis fuerzas. Me propongo arrasarlo la ciudad, matar a todos sus hombres y tomar a las mujeres y niños como esclavos. Prometo que el harmach pronto lamentará este día.

El mago vaasano asintió.

—Dame diez minutos para preparar la magia, señor de la guerra.

Mhurren hizo un gesto distraído con la mano y el humano, rápida y eficientemente, empezó a preparar su ritual. De unos estantes que había sobre la pared recogió diversos objetos arcanos: altos candelabros de hierro forjado con unas gordas velas amarillas, jarras llenas de líquidos extraños y una calavera hecha de un cristal rojizo. Dispuso los candelabros formando una estrella de cinco puntas, encendió las velas con una palabra mágica y roció con líquidos de las jarras alrededor de las velas. Se sentó con las piernas cruzadas y usó otro conjuro menor para suspender la calavera de cristal en el aire por encima de su hombro. Por último,

Avrun abrió su pesado libro y leyó un largo pasaje en cierta jerigonza siniestra mientras Mhurren se paseaba nervioso fuera del círculo.

El mago terminó sus ensalmos e hizo un pequeño gesto a la calavera flotante. El cristal rosado empezó a relucir con una luz rojiza.

—Kardhel Terov —entonó—. Soy Avrun y hablo por Mhurren. Hulburg asesinó a sus emisarios y le envió de vuelta sus cabezas. Mhurren marchará mañana por la noche para atacar y arrasar Hulburg.

Mhurren se estremeció ante la sensación de la magia que se deslizaba por la pequeña habitación. Durante un largo momento no sucedió nada, y el jefe orco empezaba a preguntarse si el conjuro habría fallado, pero entonces Avrun emitió un gruñido y se enderezó, y la calavera de cristal empezó a hablar.

—Soy Terov —dijo—. Marcha sobre Hulburg, destruye sus defensas, pero reserva la ciudad para cuando yo llegue. La necesito. Quedarás ampliamente satisfecho con el rescate que paguen.

—¡El rescate está bien, pero el harmach Grigor debe morir por el insulto que me ha hecho! —dijo Mhurren con tono cortante—. ¡Te advierto, Terov, tendrá que ser una espléndida recompensa si encuentro a Hulburg indefensa ante mis hordas!

Las velas que rodeaban al mago vaasano se apagaron de repente, y el pequeño cráneo de cristal se precipitó en el vacío. Avrun lo cogió hábilmente y experimentó un leve estremecimiento antes de ponerse en pie.

—Lo siento, señor de la guerra, pero la magia del ritual de envío sólo me permite enviar un solo mensaje y recibir una única respuesta. El fellthane Terov no oyó lo último que dijiste. Me llevaría algo de tiempo preparar otro.

Mhurren gruñó e hizo un gesto con la mano.

—No importa. Oí todo lo que necesitaba oír. El resto puede esperar por ahora.

—¿Debo hacer que mis caballeros de Warlock estén listos para marchar? —preguntó Avrun.

—Si se te ha dicho que permanezcas cerca de mí, debes hacerlo —le respondió Mhurren—. Voy a Hulburg a amenazar con mi acero la garganta del harmach, y después veremos qué rescate puede pagar, que me satisfaga.

DIECINUEVE

28 Ches, Año del Intemporal

Por la mañana temprano, después del duelo con Urdinger, el harmach Grigor sorprendió a Geran con un golpe seco en la puerta de su cámara. Geran acababa de hacer sus ejercicios matinales y se preparaba para renovar sus custodias y conjuros arcanos, pero dejó de lado su libro y se puso en pie cuando el viejo lord entró cojeando en su habitación, apoyándose en su bastón. Grigor echó una mirada al libro de conjuros.

—Eres más aficionado al estudio ahora que antes —comentó—. No te interesaban mucho las cuestiones arcanas cuando eras más joven, pero veo que has aprendido mucho en los años que has estado lejos de casa.

—No lo supe hasta que fui a Myth Drannor —respondió Geran—. Allí aprendí elfo y estudié con un cantor de la espada llamado Dariel Shelsherryn. Mi juego de la espada le llamó la atención, pero también vio que tenía un talento insospechado para la magia. —Cerró su libro de conjuros—. ¿Qué puedo hacer por ti, tío Grigor?

—Espero que me perdones por mi interrupción, pero Sergen vino a verme poco después del amanecer. Traía una demanda de la Casa Veruna y del Consejo Mercantil para tu arresto inmediato por cargo de asesinato.

Geran dio un bufido de disgusto.

—Puede que no se hayan observado estrictamente las formas, pero fue un duelo, no un asesinato —dijo. Les había contado a Grigor, a Kara y a Hamil lo de su encuentro con el capitán de Veruna de la noche anterior, y esperaba que su tío y su prima se horrorizaran por su temeridad. Para su sorpresa, Grigor simplemente escuchó su narración de los acontecimientos y le pidió que permaneciera en Griffonwatch hasta que se viesen cuáles eran las consecuencias del duelo. El hecho de que el harmach estuviera en su habitación hacía pensar que esas consecuencias ya se habían hecho sentir—. Luché con Urdinger limpiamente (dicho sea de paso, él atacó primero) y los demás hombres de Veruna se mantuvieron al margen. Había muchos testigos.

—Oh, si yo te creo, Geran. Ya se lo he dicho a Sergen. Él sostuvo que hasta que las circunstancias del duelo hayan sido verificadas por la investigación del Consejo, debes quedar detenido por la Guardia del Este. Dije que yo organizaría una investigación independiente y justa, pero que debías permanecer en libertad hasta que concluyera; y eso sin pensar que ninguna indagación justa te incriminara si lo que yo había oído era cierto. —El harmach se dirigió hacia el asiento de la ventana y se apoyó contra el banco tapizado—. Entonces Sergen insistió en que ya habías demostrado reiteradas veces que eras un asesino al margen de la ley, y que tú solo

ibas a ser la ruina de nuestra familia si pasábamos por alto los derechos de los Veruna y las protecciones que les conceden las leyes de concesión.

—¿La ruina de nuestra familia o la suya? —murmuró Geran con tono hostil. Miró a su tío—. ¿Qué le dijiste?

—Le dije que su generosa interpretación de las leyes de concesión no tenía precedencia sobre el resto de las leyes del harmach, y que, por lo que yo sabía, todavía seguía siendo el harmach de Hulburg. Me temo que Sergen se marchó después de oír eso.

—No me sorprende. Los Veruna perdieron su oportunidad de acabar conmigo en los Altos Páramos y ayer por segunda vez, de modo que mandaron a Sergen para convencerte de que me arrestaras en su nombre.

Geran recordó a los mercenarios de Veruna destrozando la tienda de Mirya y torció el gesto. Ya no bastaba con que unos extranjeros mostraran semejante desprecio por el harmach, para creer que podían someter a la ciudad a sus chantajes y saqueos en nombre de las leyes comerciales. Además, su primo postizo, evidentemente, hacía todo lo que estaba en sus manos para garantizarles el éxito. La cuestión era ¿por qué? Sergen debía de estar totalmente comprado, o encaprichado, tal vez, por Darsi Veruna, para obedecer tan fielmente a sus intereses... sin embargo, había algo que a Geran no terminaba de convencerlo. Sergen siempre había sido un egoísta insufrible, incluso de pequeño. No era propio de él trabajar con fidelidad en nada que no representase una ventaja para él. Esto significaba, que no velaba por los intereses de los Veruna al mantener a su Consejo Mercantil al margen de los asuntos de las compañías foráneas. Lo más probable era que velase por los suyos propios. Quizá lo más probable era que los Veruna favorecieran a Sergen, y no al revés.

—Tiene que ser eso —murmuró Geran en voz alta.

—Veo que se te ha ocurrido algo. —Grigor apoyó ambas manos en la empuñadura de su bastón—. ¿De qué se trata, Geran?

—Creo que Sergen se propone suplantarte, tío. Él no trabaja para la Casa Veruna. Más bien son ellos los que trabajan para él. Todo lo que ha hecho para aumentar el poder del Consejo Mercantil lo hizo para aumentar la base de su propio poder. Debes actuar contra él antes de que él lo haga contra ti.

—Geran, aunque tengas razón, no lo puedo retirar fácilmente —dijo Grigor con gesto cansado—. ¿Qué sucederá si trato de dejar fuera a Sergen cuando él todavía tiene en sus manos el control del Consejo Mercantil? Debo decirte con franqueza que no sé si mi Guardia del Escudo podría superar a las fuerzas combinadas del Consejo. Aun cuando mi Guardia del Escudo consiguiera desarmar a las empresas foráneas, nos enfrentaríamos a la ruina total del comercio de Hulburg, porque puedes estar seguro de que los comerciantes interrumpirían el comercio hasta que volvieran a estar satisfechos con el estado de las cosas. Claro, a menos que los Cráneos Sangrientos

resulten tan peligrosos como teme Kara, en cuyo caso todos podríamos ser arrojados al mar por haber estado demasiado ocupados en luchas internas para defender nuestras fronteras contra la horda del señor de la guerra Mhurren.

Geran guardó silencio un buen rato. Realmente no había apreciado la difícil disyuntiva que su tío trataba de pintarle. ¿No hacer nada y permitir que los intereses foráneos fueran devorando a Hulburg bocado a bocado... o resistirse y abocarse a una posible catástrofe? Ante esa perspectiva no era razonable tratar de buscar un acuerdo con los extranjeros, un acuerdo sobre lo que les pertenecía a ellos y lo que seguía siendo del harmach.

—¿Sería mejor que me manchara de Hulburg? —preguntó finalmente—. Me da la impresión de que te he traído problemas que no te hacían ninguna falta. Si volviera a Tantras, Sergen ya no tendría el pretexto de lo que él llama mis fechorías, para poner en duda tu autoridad.

—Tú no has sido la causa de nuestros problemas, Geran. Ya estaban aquí antes de que regresaras, esperando a que tú los encontraras. —El harmach miró por la ventana; el día prometía más lluvia primaveral, algo extemporáneo incluso para fines del mes de Ches—. Creo que me has abierto los ojos a los peligros que estuve tratando de esquivar hace tiempo. No me gusta ver este tipo de cosas, pero sólo un tonto esperaría permanecer en la ignorancia en lugar de enfrentarse a una verdad desagradable. —El viejo lord rió con cierto desánimo—. Por otra parte, me satisface que se haya hecho justicia al menos con uno de los hombres que asesinaron a Jarad Erstenwold, y que tú hayas tomado partido contra la extorsión en cualquiera de sus formas. Darsi Veruna se merecía hace tiempo el tipo de vapuleo que les has dado a sus matones; llevan demasiado tiempo hostigando a los hulburgueses honestos. Sin embargo, ahora temo por tu vida. No cabe duda de que los Veruna buscarán una manera de vengarse de ti a fin de no parecer débiles ante sus rivales y competidores.

—No me voy a esconder en Griffonwatch —respondió Geran—. La Casa Veruna hizo un trato con el Rey de Cobre por algún motivo, y aún debo descubrir cuál. Y ni por un momento he pensado que Sergen iba a dejar en paz a Mirya Erstenwold, al menos mientras yo siga aquí. —Se encogió de hombros—. Lo que ha pasado hasta ahora sólo es la primera escaramuza de un largo combate.

—No puedo permitir que te embarques en una acción de represalia contra la Casa Veruna, Geran —dijo el harmach con severidad—. Nos guste o no, las leyes de la concesión rigen tanto para ti como para cualquier hulburgués. Puedes defender la vida o la propiedad, tal como hiciste contra los Veruna que destruyeron la tienda de Erstenwold, pero tienen que darte motivos para intervenir. Después de todo, cualquier hombre libre está obligado a protegerse del que le amenaza con algún daño, pero, hagas lo que hagas, no te metas en los locales o talleres de los Veruna. Si caes en su poder en una de las concesiones, no podré protegerte.

Geran hizo una mueca, pero asintió. Las concesiones comerciales eran más o menos las mismas en todas las tierras del Mar Interior; en efecto, la propiedad de la Casa Veruna era un pequeño trozo de Mulmaster enclavado en el distrito de los muelles de Hulburg, del mismo modo que los almacenes de la Vela Roja en Impiltur estaban protegidos por las leyes de Tantras, pero algo de las palabras del harmach le había dado una idea incipiente...

—Lo entiendo, tío Grigor —respondió—. Miraré bien por dónde camino.

—Buen chico —dijo Grigor. Se puso en pie lentamente, dio a Geran un apretón en el hombro y salió cojeando de la habitación.

Geran se sentó ante el pequeño escritorio, se quedó un rato mirando por la ventana y puso en orden sus ideas. Después volvió a sus estudios de magia y acabó tejiendo sus custodias y protecciones. Se echó sobre los hombros su capa de buena lana, se prendió el cinto de la espada y salió en busca de Hamil.

Le llevó más tiempo del que esperaba. Hamil no estaba en la Torre del Harmach ni en la muralla superior. Al final, Geran tuvo que preguntar a los sirvientes y a los guardias y encontró al halfling en la sala de prácticas del castillo, una amplia estancia de suelo de madera próxima a la puerta inferior. Hamil estaba enzarzado con Kara en un combate enardecido y furioso, de modo que Geran esperó y observó. Hacía años que sabía que Hamil era una de las espadas más rápidas que había visto jamás y además un acróbata consumado, pero también recordaba que Kara tenía un juego de pies excepcionalmente rápido y una gran agilidad. Ambos luchaban con rodela y estoque, elementos igualmente desusados por los dos, ya que Hamil prefería los cuchillos y Kara solía llevar una espada larga. La mujer era unos cincuenta centímetros más alta y llevaba una ventaja considerable en cuanto a alcance y fuerza; pero cuando Hamil conseguía superar su guardia, el hecho de ser más bajo se convertía en una ventaja. Mientras Geran observaba, Kara dio una carrera por la pista, giró al pasar junto a Hamil, le lanzó, con su arma de entrenamiento una cuchillada rápida como el rayo, pero Hamil paró el ataque alto con su rodela y trató de alcanzarla en la cadera. Kara ya no estaba allí, ya se había apartado, abriendo el alcance para restablecer su ventaja.

Hamil procuraba acercarse, y dio un rápido salto mortal por debajo del acero de Kara, pero la exploradora no perdió terreno y esquivó su punta con un rápido viraje de cuerpo y con su propio estoque, atacó desde arriba en una invertida estocada que tocó a Hamil en la parte posterior del cuello. Geran sonrió para sus adentros; Kara había respondido al ataque nada ortodoxo de Hamil con un contraataque que tampoco tenía nada de ortodoxo. La voltereta del halfling habría funcionado mejor con una espada más corta, pero en este caso le llevó demasiado tiempo preparar su ataque con el estoque, aunque Geran no tenía duda de que habría ensartado a espadachines más corrientes; Kara era casi tan rápida como él.

—No está mal —admitió Hamil. Se irguió y le dedicó una pequeña reverencia en señal de respeto.

—Lo mismo digo, maese Hamil —dijo Kara con una sonrisa. Dio un paso atrás y saludó con su estoque—. Me temo que debo atender a mis deberes. Si no salgo de inmediato, no estaré de vuelta antes de mañana.

—¿Otra vez vas a hacer la ronda de las torres de vigilancia? —preguntó Geran.

—Quiero echar otra mirada en torno a la Colina del Cuervo. Si los Cráneos Sangrientos hacen una incursión contra nosotros, creo que provendrá de esa parte. — Kara miró la capa y la túnica de Geran con el entrecejo fruncido—. Supongo que no vas a salir del castillo.

—No voy a encontrar muchas más respuestas aquí, Kara.

—Los Veruna estarán buscando una ocasión para desafiarte, Geran. Sería más prudente no hacerles el juego.

Geran se encogió de hombros y cogió otra espada de entrenamiento del armero que tenía a mano. Ejecutó varios bloqueos rápidos.

—Los mulmasteritas empiezan a abrir túmulos, Jarad no consigue detenerlos. Nos enteramos de que Urdinger está buscando algo en el túmulo de un antiguo sacerdote. Hamil y yo no conseguimos impedir que el *Infiernadex* caiga en sus manos. El Consejo Mercantil de Sergen amenaza a los pequeños comerciantes de Hulburg, de modo que yo intento ahuyentar a los matones de Veruna que tratan de intimidar y acosar a Mirya Erstenwold. —La espada de entrenamiento silbaba en el aire mientras hablaba. De repente Geran pasó de los bloqueos a una repentina y feroz estocada contra un enemigo invisible—. Ninguno de los que se encuentran enfrentados con la Casa Veruna hace algo para pararlos, creo que es hora de preparar un contraataque.

Kara lo miró con gran preocupación.

—Geran ¿qué es lo que te propones?

Giró para mirar a Kara de frente.

—¿Todavía es Durnan Osting capitán de la Hermandad de la Lanza?

—¿Durnan? Sí, supongo que sí.

Hamil alzó la vista hacia Geran.

—¿Qué es la Hermandad de la Lanza?

—Mil perdones, Hamil. Es la milicia de Hulburg. En los días que siguieron a la Plaga de los Conjuros, el harmach Angar dispuso que todas las familias propietarias de tierra debían formar un cuerpo de lanceros y realizar ejercicios regulares. La mayor parte de las familias antiguas de la ciudad, se pasan de generación en generación una cota de malla, un casco de acero, un buen escudo de cuero y algunas armas. Algunas, especialmente las que viven arriba, en el Winterspear, solían tomárselo muy en serio.

—Sólo se siguen reuniendo unos cuantos milicianos —dijo Kara. Miró a Geran y

se cruzó de brazos—. Los lanceros no han sido muy necesarios en los últimos años. ¿Qué quieres de ellos?

—La Hermandad de la Lanza está formada por antiguas familias nativas como los Erstenwold —dijo Geran—. Son gentes muy leales al harmach y no tienen muchos motivos para estar contentos con los mercaderes venidos de fuera que se están haciendo dueños de la ciudad. Creo que podría ser una lección útil para el Consejo Mercantil que un millar de hulburgueses decidiera ponerse su cota de malla y sacar el óxido a sus viejas lanzas. Además, si los orcos de Thar nos atacan, siempre podría ser una buena idea.

—No son soldados profesionales, Geran. Dudo de que los Veruna o los Sokol o cualquiera de los demás fueran a quedar muy impresionados, pero de todos modos puede que tengas razón sobre los Cráneos Sangrientos. —Kara se enjugó el sudor del rostro y a continuación asintió—. Hablaré con el harmach sobre la conveniencia de convocar a la Hermandad de la Lanza aunque sólo sea para saber con cuántos contamos y ver lo que resulta. No tenemos nada que perder.

—Gracias, Kara. —Dijo Geran. Miró a Hamil y le preguntó—: ¿Te apetece una visita a una cervecería?

—Contemplo la perspectiva con agrado, como siempre —respondió Hamil—. Pero ¿no es un poco temprano?

—No si quieres hablar con el dueño del establecimiento antes de que se llene de clientes que demandan sus servicios.

Geran esperó a que Hamil se despojara de su chaleco de entrenamiento, se pusiera su fina camisa con chorrera y se echara la capa por encima. A continuación se despidieron de Kara y abandonaron la estancia. La cervecería en la que estaba pensando Geran estaba cerca de Griffonwatch, de modo que Hamil y él recorrieron a pie el camino de acceso al castillo bajo una lluvia ligera.

En la plaza del Paso del Harmach, Geran giró a la derecha y siguió el Camino del Valle hacia el norte, en dirección contraria a la ciudad. Carretas y carros pasaban traqueteando junto a ellos, un desfile ininterrumpido de provisiones hacia los campamentos mineros, y los granjeros circulaban en dirección contraria llevando a la ciudad sus productos para venderlos. A unos doscientos metros, los dos compañeros llegaron al establecimiento llamado *El Bock del Troll*, situado en la linde norte de la ciudad. Era un edificio grande, extendido, cuya planta inferior estaba hecha de pesadas piedras, y cuya planta superior era de madera. La cervecería estaba a horcajadas de las antiguas murallas de Hulburg. Aunque habían sido destruidas hacía siglos, quedaba un bajo montículo de escombros entre los cimientos de la edificación y la orilla del río.

—Hemos llegado —dijo Geran. Guió a Hamil hacía la pesada puerta delantera y entró en el local.

El interior de la cervecería tenía un aspecto tan desaliñado como el de un granero. El aire estaba cargado de olor a cerveza, y había docenas de pequeños barriles apilados a lo largo de las paredes. Por las sucias y pequeñas ventanas que había en lo alto se filtraba escasamente la luz del día.

—Un encanto —farfulló Hamil—. Ya veo por qué te gusta este lugar, Geran.

Un individuo fornido, de barba oscura y con una barriga que se balanceaba bajo el delantal salió de la trastienda cargado con un pesado barril.

—¡Buenos días, señores! —dijo con un ronco vozarrón—. No abrimos hasta mediodía, pero puedo venderles uno o dos barriles si eso es lo que necesitan.

—No estoy aquí por tu cerveza, Durnan Ostring, sino por ti.

Geran se echó atrás la capucha y se sacudió el agua del pelo.

—¡Lord Geran! —dijo el cervecero—. ¡Que me cuelguen! Había oído que estabas en la ciudad. Y también oí todo tipo de historias: historias de enfrentamiento con los cadeneros en las Escorias, de encuentros con fantasmas en los Altos Páramos, de lecciones de buenos modales a los mercenarios de Veruna, y de un duelo con Anfel Urdinger ayer por la tarde. No se hablaba de otra cosa aquí. ¿Es cierto?

—Algo hay de cierto. No recuerdo haber luchado con fantasmas, pero he intercambiado estocadas con algunos de los hombres de Veruna en los últimos días... uno de ellos fue Urdinger.

—Tengo entendido que lo mataste.

Geran asintió.

—Así es.

El cervecero sonrió con fiera satisfacción.

—¡Bien hecho! Nunca me gustó ese pelirrojo bastardo. Me gustaría haberlo visto con mis propios ojos. —Dejó el barril en el suelo y se limpió las manos con el delantal—. Dijiste que querías algo de mí. ¿Qué puedo hacer por ti, milord?

—He visto cómo intimidan los hombres de la Casa Veruna a los comerciantes de Hulburg. ¿A ti también te importunan?

El hombre frunció el entrecejo.

—No son sólo los Veruna. Todos los grandes mercaderes extranjeros cobran lo que ellos llaman los derechos para el maldito Consejo: los Veruna, los Sokol, los hombres de la Doble Luna, los Jannarsk de Phlan (lo creas o no, tienen a los Cadenas Rojas en su nómina) e incluso los Marstel que supuestamente son hulburgueses. Nos presionan a mí y a mis muchachos. A mí todavía no me tienen bajo la bota, pero ahora están amenazando a gente que hace negocios conmigo. Si los abastecedores y las cervecerías más pequeñas no me compran la cerveza, las cosas tendrán que cambiar para *El Bock del Troll*. —Durnan miró los barriles apilados contra la pared—. La situación no era tan mala el año pasado, ni el anterior, pero actualmente... Nos están arruinando a todos, lord Geran. El harmach tiene que hacer algo al respecto. ¿Es

por eso que has venido?

—No exactamente —admitió Geran—. Mi tío debe ser cuidadoso con respecto a las concesiones, Durnan. Está convencido de que son un mal necesario, y supongo que Hulburg no puede seguir adelante sin ellas, pero pienso que puede hacerse mucho al respecto sin enfrentar al harmach directamente con el Consejo Mercantil. Sólo tiene que ser un poco... informal.

El cervecero enarcó una ceja.

—Continúa —dijo.

—El problema con el Consejo Mercantil es que no respeta los intereses de los hulburgueses. Existe para proteger y enriquecer a los foráneos. Lo que necesitamos es un tipo diferente de Consejo Mercantil..., una alianza entre los pequeños comerciantes y los artesanos que se ven extorsionados por las Casas extranjeras. Si hubiera un centenar de hulburgueses armados en las esquinas, vigilando para que los matones del Consejo no pudieran amedrentar a la gente ni destruir sus tiendas para intimidarlos, creo que las cosas podrían ser diferentes en la ciudad. —Geran se apoyó contra la barra y dio un golpecito con la mano en la empuñadura de su espada—. Yo he tratado de vigilar la tienda de Mirya Erstenwold, pero soy sólo uno...

—Somos dos —intervino Hamil—. No estoy dispuesto a dejarte solo en esto, Geran.

—Bueno, dos, pero necesito más ayuda —continuó Geran—. No puedo estar en todas partes al mismo tiempo. Necesitamos más aceros de nuestro lado.

Durnan se rascó la barba, entrecerró los ojos y pensó. Geran recordaba que el corpulento cervecero era más reflexivo de lo que hacían pensar sus modales exuberantes y su voz sonora.

—Se necesitarían más de cien hombres —dijo por fin—. Harían falta más bien entre trescientos o cuatrocientos, ya que todos tenemos que atender a nuestros negocios y mantener a nuestras familias. Yo podría hacer una guardia cada cuatro días, y mis chicos también, y algunos de los tipos más corpulentos que trabajan para nosotros, pero no podríamos estar de guardia todo el día.

—De acuerdo, por eso estaba pensando en poner en marcha la Hermandad de la Lanza.

Durnan se quedó mirando a Geran y después lanzó una sonora risotada.

—¡Por Tempus, milord, tú no haces las cosas a medias!

—¿Cuántos hombres tienes en tu milicia, Durnan? Supongo que sigues siendo un capitán de la Hermandad de la Lanza.

—Claro que lo soy. Tengo a doscientos en mi milicia, de hecho, tal vez ciento cuarenta. De éstos, un centenar no vale para nada en una pelea.

—¿Y qué me dices de los demás capitanes? ¿Cómo son sus milicias? —La Hermandad de la Lanza estaba formada por seis compañías de milicianos, cada una

de unos doscientos hombres... o al menos así era cuando Geran era pequeño. No sabía si seguiría igual.

—Los hombres de Tresterfin son bastante buenos, pero los demás realmente no están a la altura de los míos ni de los suyos —dijo el cervecero con orgullo—. Hacemos ejercicios cada dos meses. Algunas de las otras milicias llevan años sin hacerlos, pero apostaría a que se pueden encontrar un par de docenas de hombres capaces en cada una.

Hamil carraspeó.

—Geran, tal vez no bastaría con cien hombres en la calle. Los Veruna solos tienen por lo menos otros tantos, y son mercenarios bien preparados.

—No necesitamos ser capaces de derrotarlos, Hamil —respondió Geran—. Basta con que elevemos el costo de intimidar a la ciudad. El harmach está dispuesto a tolerar a las compañías de fuera, pero sin duda no tolerará que se mate a hulburgueses en las calles simplemente por tratar de defenderse. Sergen y sus amigos foráneos lo saben.

—Llegará a convertirse en una lucha tarde o temprano —dijo el halfling—. Acuérdate de lo que te digo. Las Casas del Consejo tratarán de castigar a los que monten esas guardias, y aprovecharán para quemar algunas casas o comercios mientras los hombres estén fuera protegiendo a sus vecinos, o quizá pondrán alguna trampa a una de tus patrullas para que peleen.

—Sea como sea, podríamos sorprender a esos bastardos foráneos y hacerle sangre a alguno de ellos —dijo Durnan—. Eso es lo que hay que hacer con los que se dedican a la intimidación. Tarde o temprano hay que plantarle cara, darle un puñetazo en la nariz y más. Puede que uno salga apaleado, pero él se lo pensará dos veces antes de volver a intentarlo. Además, tenemos muchos más ojos que lanzas de nuestro lado. Si les decimos a nuestros vecinos que se aseguren de enviar recado rápidamente cuando vean que los hombres del Consejo no vienen con buenas intenciones, podremos espiarlos dondequiera que vayan. —El cervecero se encogió de hombros y volvió a levantar su barril—. Contad conmigo. Voy a enviar recado a mis milicianos. Algunos de ellos no aparecerán porque trabajan para las Casas del Consejo, pero la mayor parte de mis hombres colaborarán.

—Bueno —dijo Geran—. ¿Con quién más deberíamos hablar?

—Con Burkel Tresterfin, sin duda. Wester e Ilkur también son buenos capitanes, y sus milicias podrían sorprenderme. Después de eso, prueba con Lodharrun, el herrero, no está en la Hermandad de la Lanza, pero hay unos cuantos enanos que de buena gana se unirían a nosotros.

—Lo haré. ¿Puedo decirles a los demás, que traigan a los hombres que necesiten a tu establecimiento mañana por la noche, para organizar un plan de guardias?

Durnan hizo una mueca de satisfacción dentro de su enorme barba.

—Siempre he deseado fomentar la rebelión. Por el harmach, por supuesto.

—Mañana, entonces —dijo Geran. Estrechó la mano del cervecero y salió de la vieja fábrica.

La lluvia ligera se había transformado en una niebla suspendida en el aire, pegada en jirones a los tejados de la ciudad.

—Déjame adivinar —dijo Hamil—. ¿Tresterfin a continuación?

—Has acertado —dijo Geran y señaló con la cabeza el Camino del Valle—. La casa de los Tresterfin está a unos tres kilómetros fuera de la ciudad.

Geran y Hamil pasaron el resto del día recorriendo Hulburg de un lado para otro, y también las granjas vecinas, hablando con docenas de hulburgueses sobre la Guardia del Consejo y sobre lo que había que hacer. Muchos eran personas a las que Geran conocía de la infancia, y tuvo que contar una y otra vez la historia de sus viajes a lo largo de los diez últimos años, tantas veces que al final, la redujo a unas cuantas frases vagas sobre viajar a las tierras del Mar Interior, visitar Myth Drannor y pasar a ser socio de la Compañía de la Vela Roja de Tantras. Algunos de los hombres y mujeres con los que habló denegaron su colaboración; algunos temían las represalias de la Guardia del Consejo, pero otros simplemente tenían sus reservas sobre eso de coger las armas, y pensaban que no haría más que agravar la situación. La cuestión era que todavía no habían sufrido ataques en carne propia, y por eso, no habían llegado al punto de estar dispuestos a arriesgar la vida y la propiedad para plantarles cara. En dos ocasiones, Geran se encontró con que los capitanes de los Hermandad de la Lanza a los que buscaba habían disuelto o casi sus milicias, pero en ambos casos, los antiguos líderes le dieron ideas sobre otros hulburgueses que podrían estar dispuestos a ayudar.

A última hora de la tarde, Geran se encaminó a casa de los Erstenwold. Encontró el edificio vallado con tablones y a un par de primos de Mirya vigilando el lugar. Le dijeron que Mirya y Selsha estaban en la vieja casa de los Erstenwold, en el valle de Winterspear. Tranquilo al ver que la tienda de Mirya estaba atendida, Geran y Hamil volvieron a Griffonwatch a pasar la noche.

A la mañana siguiente, la lluvia y el viento arreciaron. Un vendaval proveniente del Mar de la Luna se acumulaba sobre las frías aguas del pequeño mar, asediando a Hulburg con una lluvia persistente. Hamil le dirigió a Geran una mirada compungida cuando le dijo que tenían que ver a más gente, pero de todos modos lo siguió a la ciudad. Sus capas estaban empapadas antes de llegar al final del camino de acceso. El tiempo era tan malo que el Paso del Harmach parecía casi desierto, ausente casi por completo el tráfico de carretas que solía llenarlo por las mañanas, era prácticamente inexistente.

Geran miró a derecha e izquierda tratando de decidir con quién quería hablar primero. Cerca de ellos, un grupo de enanos trabajaba en medio de la lluvia para

reparar el eje roto de una carreta; al otro lado de la pequeña plaza, varios hombres bien arrebujados contra la lluvia se refugiaban bajo el alero de una casa de ahumado; discutían los precios con el propietario frente a grandes estructuras donde docenas de peces plateados del Mar de la Luna se curaban al aire libre.

—Calle del Este —decidió—. Vannarshel, la emplumadora, tiene allí su taller. Era una buena arquera; no me sorprendería que hubiera enseñado a sus hijos a disparar tan bien como ella. Después podríamos visitar la cuadra de Livery, que está cerca.

Empezaron a atravesar la pequeña plaza, chapoteando en el barro y el agua apozada entre las piedras. Entonces Hamil frunció el entrecejo y redujo el paso.

—*Hay algo raro por aquí, Geran* —le comunicó mentalmente—. *¡Esto es una emboscada!*

¿A menos de veinte metros del acceso al castillo? Geran estaba sorprendido. Se volvió a mirar tras de sí y vio a los enanos que estaban junto a la carreta quitando la lona que la cubría. Debajo esperaban las ballestas. Los hombres de la casa de ahumados cesaron repentinamente su discusión y se volvieron hacia la plaza, avanzando a grandes pasos hacia los dos compañeros. El mago de la espada esperaba algún intento de la Casa Veruna, pero no uno tan descarado, al pie mismo de las murallas de Griffonwatch. Además, ninguno de los hombres y enanos que los rodearon vestían los colores verde y blanco de los Veruna.

—Llega hasta los hombres, deja a los enanos detrás —le dijo a Hamil entre dientes. Entonces, con la misma rapidez con que pensaba formuló las palabras para un conjuro y dijo:

—*¡Cuillen mhariel!* —Su velo de acero argénteo surgió a su alrededor, brillando suavemente bajo la débil luz, y Geran se lanzó en una carrera hacia los hombres que salían de la casa de ahumados. Hamil le iba a la zaga.

—*¡Ahora!* —gritó alguien.

Los hombres que tenían enfrente sacaron las espadas y se aprestaron a cortar el paso; uno de ellos se quedó detrás y sacó de la manga una varita con la que apuntó a Geran. Desde atrás sonó el silbido cortante de las ballestas, y los virotes pasaron cortando el aire a sus espaldas. Dos resbalaron en las piedras y cayeron frente a él pero un tercero se le clavó en el gemelo produciéndole un dolor lacerante. Geran se tambaleó y cayó pesadamente sobre el empedrado, pero se dejó llevar por el impulso para volver a ponerse en pie, y se lanzó lo mejor que pudo contra los hombres que corrían hacia él. Tal vez los enanos no le dispararían tan prestamente encontrándose en medio de sus aliados.

Hamil adivinó sus intenciones y modificó su propia trayectoria para seguirlo; el halfling se lanzó a los pies del primer hombre que se le puso delante, con los cuchillos destellando, el tipo maldijo y cayó al suelo mientras Hamil pasaba dando una voltereta a la altura de sus espinillas. Entonces Geran hizo frente a dos de los

espadachines al mismo tiempo, e hizo un pase de través con su espada, para alcanzar de lado a uno de los hombres. A esto le siguió un mandoble repentino contra el otro individuo y consiguió abrirle un tajo poco profundo pero sangrante en la frente, antes de que pudiera bloquear su ataque. Ese contrincante retrocedió tambaleándose, cegado momentáneamente, de modo que Geran se volvió hacia el que tenía a su derecha.

Entonces el mago dijo algo en una lengua arcana y un deslumbrante rayo violeta brotó de su varita y alcanzó a Geran por encima del corazón. Tuvo la sensación de que lo habían golpeado con una maza. De repente, se le debilitaron las rodillas, se tambaleó y mientras empezaba a ver brillantes puntos purpúreos que danzaban ante sus ojos, su mente se vio arrastrada por un vértigo mágico. Se dio cuenta de que era un conjuro sorprendente de algún tipo y trató de estructurar un encantamiento que lo contrarrestara y despejase su mente... pero las palabras se le escapaban. Antes de que pudiera encontrarlas, ya tenía encima a los otros espadachines. Abrió los ojos justo a tiempo para ver la empuñadura de una espada larga descendiendo hacia su frente. El golpe volvió a cegar lo. Tropezó hacia atrás con un barril y cayó sobre el empedrado. Su espada produjo un desagradable chirrido sobre las piedras.

—¡Geran! —gritó Hamil desde un lugar muy lejano. Puños cubiertos de malla y pies calzados con botas cayeron sobre Hamil en un repentino y violento diluvio de golpes, y la oscuridad se apoderó de él.

VEINTE

1 Tarsakh, Año del Intemporal

El traqueteo de las ruedas de una carreta y el repiqueteo de los cascos de un caballo sobre el empedrado hicieron que Geran recuperara una dolorosa conciencia. Se encontró echado sobre paja húmeda en una carreta oscura, bamboleante, atado de pies y manos. La pantorrilla le dolía donde había recibido el impacto del virote, sentía la frente ardiente, pegajosa y palpitante, y en todo el lado derecho de la mandíbula tenía un dolor atroz. Con cuidado se pasó la lengua por los dientes y descubrió que tenía una muela partida; en la boca había trozos de diente sueltos. Los escupió mezclados con sangre sobre la paja de la carreta y, aun a su pesar, lanzó un gemido.

—Bien, no estás muerto —dijo una voz profunda y grave que llegaba de atrás—. Yo de ti no me removería mucho. No te va a hacer bien, te dolerá de mil demonios, y te volveré a golpear para dejarte inconsciente si me obligas a ello.

—¿Dónde estoy? —preguntó Geran con voz rasposa. Hablar resultaba doloroso.

—De camino a esa sala de fiestas llena de oropel a la que llaman Consejo. Ya falta poco. Tengo entendido que ya lo tienen todo preparado para recibirte —dijo secamente el interlocutor.

Geran se volvió de lado y echó una mirada a su captor. Era un enano de barba negra con una pesada armadura. Estaba sentado en un banco en la parte trasera de la carreta, vigilando a Geran. Tenía una pipa de barro entre los labios y sostenía en el regazo un garrote corto rematado con un feo capirote de plomo.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el mago de la espada.

—Kendurkkel Ironthane, jefe de la Compañía de los Mazas de Hielo. Encantado de conocerte, milord, especialmente porque me has hecho ganar una sustanciosa gratificación esta mañana. —La pipa del enano se agitó mientras sonreía bajo la espesa barba, pero la expresión de sus ojos se mantuvo neutra y fatigada—. Tengo entendido que sabes una o dos cosas sobre magia, de modo que no me des motivos para pensar que estás tratando de lanzar un conjuro o te pondré a dormir con mi pequeño persuasor. Además, estás sujeto con grilletes de mago, de modo que no tiene sentido intentarlo.

Geran no sabía si se sentiría muy tentado a intentar un conjuro, con Kenndurkel sentado por encima de él con aquella maza siniestra en la mano, pero lo de los grilletes de mago fue definitivo. Seguramente lo intentaría más tarde, pero si el enano no mentía, no llegaría muy lejos. Los grilletes de mago estaban encantados con conjuros de negación que se limitaban a absorber cualquier magia que intentase invocar un cautivo, antes incluso de que llegara a ser un simple conjuro.

—¿Qué fue de mi amigo? —preguntó.

—¿El halfling? Verás, nadie me ofreció una recompensa por él, de modo que lo dejé allí en la calle. Se defendió como un gato panza arriba hasta que mi mago lo dejó sin sentido con ese rayo púrpura que usó para sacudirte. —El enano se encogió de hombros—. Supongo que debería haberlo traído, por precaución si quieres, pero francamente no me gusta cómo huele toda esta cuestión, y me imaginé que sería más prudente atenerme al contrato que tenía seguro.

La carreta pasó por un desnivel y Geran hizo una mueca cuando su cabeza le dio una punzada de protesta. Se sentía mareado, y tenía los miembros tan débiles como paja... probablemente los efectos colaterales del golpe en la cabeza que lo había derribado.

—Supongo que no puedo ofrecerte una recompensa mejor para que me dejes ir, ¿verdad?

—No, eso no sería profesional. Tengo una reputación que mantener.

—¿Y si te dijera que los mercenarios del Consejo intentan juzgarme por asesinato, por haber matado a un hombre en un duelo limpio? ¿O que están furiosos conmigo porque estoy interfiriendo en sus planes para intimidar y extorsionar a la mitad de la gente de la ciudad? ¿Cambiaría algo las cosas?

El enano mordisqueó la cánula de su pipa y se quedó pensativo un momento.

—No, no puedo decir que lo haría —dijo—. He llegado a la conclusión de que no trae cuenta preocuparse demasiado por lo que dice la gente, cuando está en una situación como la tuya. La mayoría de las veces mienten, pero si resultara que dicen la verdad, entonces me sentiría fatal por cobrar el oro que se ofrece por sus cabezas. Siempre es mejor suponer que están mintiendo. Así duermo mejor. Ah, mira, ya llegamos.

Geran vio un atisbo de pesadas vigas de madera talladas con formas fantásticas a través de la pequeña ventana con barrotes que había en la puerta de la carreta. Entonces Kendurkkel se arrodilló a su lado y le cubrió la cabeza y la cara con una pesada caperuza de cuero.

—Sigue comportándote un poco más y me aseguraré de quitarte la capucha cuando llegues a tu celda —dijo el enano.

El interior de la capucha era oscuro, húmedo y dificultaba la respiración. Geran oyó que se abría la puerta de la carreta y a continuación varias manos lo cogieron por los brazos y lo sacaron en volandas. Trató de asentar los pies en el suelo, pero todavía tenía las rodillas débiles y no le funcionaban demasiado bien las piernas; los hombres que le rodeaban le llevaron casi a rastras. Le bajaron por un tramo de escalera y finalmente atravesaron otra puerta. Geran trató de pensar en una manera de escapar, pero aunque no hubiera estado mareado por la paliza, dudaba de haber podido hacer mucho con aquellos grilletes de mago en las manos y esa capucha de cuero que no le dejaba ver nada. En ese momento, varios hombres le sujetaron mejor y le quitaron los

grilletes un momento, los reajustaron y a continuación se los volvieron a colocar. Sólo entonces le quitaron la capucha.

El enano dio un paso atrás, dando vueltas a la caperuza entre sus manos.

—Es todo vuestro —dijo con voz ronca—. Los Mazas de Hielo han terminado con esto.

—Un buen trabajo, capitán Kendurkkel. —Sergen Hulmaster estaba de pie fuera de la celda de Geran, vestido con una reluciente chaqueta plisada de color azul oscuro y bordada con hilo de oro. Llevaba un gran medallón de oro al cuello, un símbolo de su cargo, pensó Geran. Cerca había varios miembros de la Guardia del Consejo que lucían sus armaduras de cuero—. Gracias por tu diligencia. Este asesino pronto será juzgado por sus crímenes.

El enano echó una mirada a Geran.

—Eso es asunto tuyo —dijo—. Ya sabes dónde encontrarme si necesitas a los Mazas de Hielo para algo más, lord Sergen. Ahora me voy. —Y se retiró, arrastrando los pesados pies por el piso de piedra.

El mago de la espada se miró los grilletes; ahora le habían sujetado las manos por delante y lo habían atado a una anilla de hierro encastrada en el suelo de la celda para que pudiera moverse un poco. Había un simple montón de paja en un rincón de la celda, una bacinilla en el otro y un farol desfalleciente en el pasillo de fuera.

—¿Tu Consejo Mercantil tiene una mazmorra, Sergen? —preguntó.

—En realidad, la Guardia del Consejo —replicó su primo postizo—. Tiene apenas tres años y me parece que es un lugar mucho mejor de lo que tú te mereces. De haber sido por mí, te habría arrojado en el rincón más oscuro yapestoso que hubiera podido encontrar.

—Tu generosidad me abruma.

—El sarcasmo no te beneficia en nada, Geran. Si te sirve de consuelo, piensa que se te someterá a un juicio rápido ante una comisión especial del Consejo Mercantil. Espero que te condenen rápidamente a la horca, así ya no tendrás que preocuparte por la calidad de tu alojamiento.

Geran respiró hondo y se prometió, en silencio, no darle a Sergen la satisfacción de ponerlo furioso... ni de amedrentarlo. En realidad, se sentía demasiado mal para montar una réplica.

—¿Te has atribuido el poder de juzgar a la gente que no te cae bien y ordenar su ejecución? El tío Grigor es un hombre paciente, pero creo que podría poner alguna objeción, Sergen.

—Las leyes de concesión, Geran. Los miembros de las delegaciones extranjeras están protegidos de atentados contra las personas o la propiedad. Has matado a Anfel Urdinger ante docenas de personas, por eso la Casa Veruna tiene derecho a exigir tu arresto y a que seas juzgado según la ley mulmana.

—No creo que el harmach lo vea así.

Sergen replicó con una risotada sarcástica.

—Bueno, como actualmente estás bajo la custodia del Consejo, realmente no importa mucho cómo vea las cosas el harmach, ¿verdad? —Hizo un remedo burlón de reverencia y se incorporó con una sonrisa maligna en la cara—. Verás, soy un hombre muy ocupado y tengo mucho que hacer. Estoy seguro de que atenderemos tu caso como es debido. Hasta luego, querido primo.

Geran buscó una respuesta hiriente, pero no la consiguió. Miró cómo se alejaba Sergen y se dejó caer con desánimo en su pequeño jergón. Después de un rato volvió a sumirse en la oscuridad, aun sabiendo que no debía ceder a la tentación de dormir, después de haber recibido un buen golpe en la cabeza. Cada vez que cerraba los ojos, sentía que se hundía más y más, estaba tan cansado que no podía mantenerse despierto por más tiempo.

Cuando por fin volvió a despertarse tuvo la sensación de tener los ojos llenos de arena, y la muela era como un punto de feroz agonía en un lado de la boca. Sin embargo, la cabeza ya no le dolía tanto y ya no sentía náuseas, sino hambre. Sus carceleros le habían dejado un cuenco con papas de avena, una jarra de agua y media rebanada de pan negro y duro. Geran comió con avidez, con cuidado de no morder con la muela rota. Después de eso, se puso en pie y anduvo por la celda hasta donde se lo permitían los grilletes atados en muñecas y tobillos. Era realmente una celda de buen tamaño, de poco menos de tres metros de ancho y casi quince de largo, construida con piedras cuidadosamente encajadas, probablemente de las ruinas de la muralla que rodeaba Hulburg. Los edificios más nuevos de la ciudad estaban contruidos sobre piedras extraídas de las ruinas de la ciudad antigua. Le hubiera gustado tener una ventana, aunque sólo fuera en la parte baja del muro, para poder saber al menos si era de día o de noche. Por desgracia, la Guardia del Consejo no había visto la necesidad de dotar a sus celdas de ese tipo de distracción.

—Supongo que he visto cosas peores —farfulló.

Una vez, al principio de sus viajes con la Compañía del Escudo del Dragón, Geran había estado prisionero en las mazmorras del señor de Impiltur unos cuantos días. Aquélla era una experiencia que prefería olvidar. Esta celda no era precisamente cómoda, pero al menos estaba limpia y la comida que le sirvieron no estaba llena de gusanos.

Paró un rato y examinó las posibilidades de huida. Si pudiera liberarse de alguna manera de los grilletes de mago, su magia le resultaría sumamente útil. Todavía tenía la palabra de teletransportación menor fija en su mente, de modo que le bastaría para salir de la celda. Sin embargo, tenía que ser capaz de ver el lugar al que intentaría llegar con el conjuro. Todo lo que podía ver desde su celda era el corredor que había al otro lado, inmediatamente detrás de los barrotes, y estaba seguro de haber oído al

menos una o dos pesadas puertas entre él y la libertad. Por supuesto, también estaba el problema de los guardias. Estaban armados, mientras que él no. Tal vez pudiera sorprender a uno y arrebatarse la espada, especialmente si no se daban cuenta de que había salido de su celda...

O quizás eso fuera exactamente lo que Sergen esperaba que intentase, para poder matarlo tranquilamente mientras trataba de escapar.

—Maldición —se dijo para sí y se sentó en medio de sus cadenas.

Ése era el tipo de idea que se le hubiera cruzado por la cabeza a Hamil en esta situación. Por supuesto, el halfling hubiera podido liberarse de los grilletes, se hubiera escabullido entre los barrotes para salir de la celda y posiblemente, habría huido ante las mismísimas narices de los guardias sin que éstos se dieran cuenta. «Ten paciencia», se dijo el mago de la espada. Seguramente que el harmach Grigor estaría tratando de conseguir su liberación y tratar de escapar sólo dificultaría sus gestiones.

Geran utilizó el agua de su jarro para lavar la sangre seca y encostrada de la herida que tenía en la frente. Resultó doloroso. Tenía un chichón del tamaño de un huevo de ganso a unos siete centímetros por encima de su ojo derecho, y no mejoró gran cosa cuando hubo terminado. En un momento dado lo venció el cansancio y se volvió a quedar dormido.

Cuando se despertó le habían traído más pan negro, gachas y otro jarro de agua. Volvió a comer y a beber, y decidió ver qué podía hacer para sacarse los grilletes. La forma más fácil, sería tratar de desgastar o partir la cadena sujetando las bandas de runas esculpidas a la argolla que había en el suelo de la celda, pero cuando eso acabara seguiría teniendo en las muñecas los grilletes que le impedirían usar su magia. No, tendría que sacar las manos fuera de los grilletes. A Geran no se le ocurría una manera de hacerlo sin romper primero el hueso de la mano, e incluso así, tal vez no lo consiguiera. Eso significaba que la única posibilidad era cortar los anillos o abrir los remaches. Sobre todo para mantenerse ocupado, pasó varias horas tratando de abrir los grilletes. Lo único que consiguió fue acabar con los dedos doloridos por el esfuerzo.

Volvió a dormir y a comer, y resolvió tratar de desgastar uno de los eslabones de la cadena situado junto a la anilla, para transformarlo en una herramienta para trabajar sobre los grilletes de mago. Sin embargo, antes de que pudiera avanzar mucho, oyó que la puerta exterior se abría y unos pasos se acercaban. En el corredor brilló una luz más fuerte. Torpemente, se puso en pie. Viniera lo que viniese, lo recibiría de pie y cara a cara.

—De acuerdo, aquí está. —Apareció un soldado de la Guardia del Consejo que traía un farol. Geran vio sorprendido que lo seguían Kara y Mirya con algunos otros soldados de la Guardia detrás—. No le deis nada al prisionero o tendremos que

registraros a ambas.

Kara hizo un gesto de fastidio, pero no protestó por la advertencia.

—Hola, Geran —dijo—. ¿Estás bien? ¿Cómo te están tratando?

—Bastante bien —respondió Geran—. Los tipos que me capturaron no fueron demasiado gentiles, pero los del Consejo me han dejado solo. Me dan de comer un par de veces al día. He estado peor. ¿Está bien Hamil?

—Sí, está esperando fuera. —Kara hablaba con un tono neutral, pero sus pupilas brillaban de furia—. No le permitieron entrar ya que la Guardia del Consejo teme que trate de liberarte.

—Me sorprende que os dejaran venir a visitarme.

—No les gusta demasiado la idea —dijo Mirya. Llevaba puesto un sencillo vestido azul y un chal blanco, y el cabello peinado en una sola trenza larga a la espalda. Geran reparó en que el cardenal de la cara casi se le había ido del todo—. Hace dos días que intento verte.

—Tal vez no haya sido muy prudente, Mirya —dijo Geran en voz baja.

Mirya cruzó los brazos sobre el pecho, a modo de muralla, y puso cara decidida y seria.

—Oh, ahora no corro ningún peligro, Geran Hulmaster. La mitad de Hulburg se ha puesto de mi parte, gracias a ese método tuyo para enseñar a los matones foráneos a pensárselo mejor antes de meterse con los Erstenwold. Parece ser que los Veruna no quieren causar más problemas a mi costa, al menos por ahora. —Miró con furia al soldado de la Guardia que estaba más cerca—. ¿Por qué está encadenado? ¿No hay derecho a tratarlo así!

—Órdenes de lord Sergen, señora —dijo el guardia—. Se sabe que domina la magia elfa, de modo que el Recaudador de los Derechos nos dio instrucciones de tenerlo siempre con los grilletes de mago puestos. No podemos arriesgarnos a que se valga de la magia para escapar.

—Lord Sergen tiene una idea muy generosa de su propia autoridad —dijo Kara en un susurro. Fijó los ojos furiosos en los guardias—. Dadnos algo de privacidad. Por mí honor de Hulmaster que no haremos nada más que hablar con él.

Los soldados de la Guardia del Consejo se removieron incómodos y se miraron el uno al otro.

—Os daremos un poco de libertad, lady Kara —dijo el primero—, pero manteneos alejadas de los barrotes, o tendréis que marcharos. —Los guardias se alejaron hacia el pasillo, donde Geran no podía verlos, pero por la mirada de Mirya supo que no estaban muy lejos.

—Esto puede sonar horrible, pero... ¿qué día es hoy? —preguntó Geran.

—Es el cuatro de Tarsahk —respondió Mirya—. Primera hora de la mañana, por si no lo sabes.

Geran miró por el pasillo y no pudo ver a los guardias. Bajó un poco la voz.

—¿Consiguió Durnan Osting reunir a las compañías de la Hermandad de la Lanza para vigilar las calles?

—No, pero aparentemente Hamil sí lo hizo. Bajó a *El Bock del Troll* y habló por ti. —Kara puso una expresión estudiada de desaprobación—. Ahora tengo seis o siete bandas patrullando la ciudad, siguiendo a todos los hombres de armas foráneos que ven y armando peleas. Se armó una buena noche en las Escorias. Dos veintenas de hombres de la Hermandad de la Lanza encabezados por los hijos de Osting se enfrentaron con una banda de los Cadenas Rojas y los dejaron sin sentido. Hubo varios heridos de gravedad. Que esto se transforme en una matanza es sólo cuestión de tiempo, Geran. No tienes ni idea de lo que has iniciado.

—Puede ser —admitió Geran—, pero lo cierto es que no voy a derramar una sola lágrima si los cadeneros llegan a la conclusión de que Hulburg ya no es de su agrado. ¿Acaso la Hermandad de la Lanza está haciendo mucho más de lo que harías tú si tuvieras doscientos hombres más entre los Guardia del Escudo?

Kara hizo una mueca.

—Bueno, si tuviera tantos hombres en la Guardia del Escudo, por supuesto que haría respetar las leyes del harmach en la ciudad, sin necesidad de recurrir a la Guardia del Consejo. Pero las milicias de la Hermandad de la Lanza no son guardias del Escudo.

—No son la Hermandad de la Lanza, Kara —dijo Mirya—. Sólo el propio harmach puede convocar a la Hermandad de la Lanza, ya lo sabes. Estás hablando de los Escudos de la Luna, y no son más que hulburgueses, que han decidido asociarse con personas que piensan como ellos, para asegurarse de poder intervenir si alguien los necesita. —Se permitió una tímida sonrisa—. El hecho de que la mayoría de los Escudos de la Luna sean hulburgueses que también pertenecen a la Hermandad de la Lanza, es pura coincidencia.

—¿Escudos de la Luna? —preguntó Geran.

—Bueno, creo que el nombre oficial es algo así como Liga de Buenos y Leales Defensores de Hulburg y Protectores de la Costa del Mar de Luna, pero Hamil sugirió que era mejor buscar algo más corto como mote. —Mirya buscó en un bolsillo oculto en su falda y sacó un pequeño emblema con sencilla forma de escudo de plata que llevaba pintada una medialuna azul—. Algunos de los tenderos están pintando este emblema en sus puertas y letreros para que todos sepan a quién son leales.

—¿Tú también, Mirya? —preguntó Kara.

—Después de que se corriera la voz de tu arresto, Durnan Osting me rogó que fuera a *El Bock del Troll* para hablar —respondió Mirya—. Éstos son mis amigos, mis parientes, Kara. ¿Qué más puedo hacer? La Guardia del Consejo trabaja para los de fuera. ¿Quién va a mantener la ley en Hulburg si no plantamos cara ahora?

—Hablando de mi arresto, Kara —dijo Geran—. Sergen dice que va a disponer una sesión especial del Consejo para juzgarme por asesinato según las leyes de Mulmaster. Nunca estudié mucho las leyes del harmach, pero creo recordar que el propio harmach tiene que entender de delitos importantes como el asesinato. ¿Cómo es posible que el Consejo Mercantil pueda mantenerme retenido?

Kara guardó silencio un momento y apretó los labios.

—Eso se está discutiendo ahora —dijo.

—¿Discutiendo? ¿Qué es lo que hay que discutir? Se me está acusando de asesinato, y no debería ser así, ya que Urdinger me atacó primero y fue una pelea limpia, de modo que es una cuestión para el harmach. No tengo tanta arrogancia como para pensar que los Hulmaster están por encima de la ley, pero no entiendo por qué el harmach permite que el Consejo Mercantil usurpe su autoridad.

—Los Veruna han encontrado varios supuestos testigos que dicen que tú inmovilizaste a Urdinger con un encantamiento maligno y lo degollaste —dijo Mirya—. Lamento decirlo, Geran, pero hay unos cuantos (la mayoría de los cuales deberían andarse con más tiento) que se preguntan si mataste a Urdinger en defensa propia o lo asesinaste.

—Eso es una sucia mentira —dijo Geran con voz ronca—. ¿Es que alguien les cree?

Kara volvió a bajar la voz.

—Lo dudo, Geran, pero el Consejo Mercantil se niega a entregarte. Afirman que es una acusación de asesinato y que tienen derecho a juzgarte según las leyes de Mulmaster.

Geran se quedó mudo un momento.

—¿Quieres decir que el Consejo ha decidido dejar de lado la ley del harmach y aplicar en cambio la suya?

Su prima se limitó a mirarlo a los ojos.

—Como ya dije, lo estamos discutiendo.

—¿Quién gobierna en Hulburg, Kara? ¿El harmach o el Consejo Mercantil? Porque los dos no puede ser.

—Lo sé, Geran. Por si sirve de algo, el Consejo no parece dispuesto a celebrar el juicio todavía. Tal vez Sergen se dé cuenta de que no le deja ninguna opción al harmach si sigue por ese derrotero. Estamos haciendo lo que podemos —suspiró Kara—. Me temo que debo irme. Todavía no he tenido noticias de varios de los exploradores que envié a Thar, y me temo que los Cráneos Sangrientos tengan algo que ver con ello.

Geran respiró hondo y se removió en sus cadenas. La idea de procurarse él mismo la libertad le resultaba cada vez más atractiva; no sabía demasiado sobre las leyes de Mulmaster, pero dudaba de que fueran a dar crédito a su versión de los hechos.

—Lo siento, Kara. No debería haberme puesto así.

Kara sonrió tímidamente.

—Lo entiendo, Geran. —Y se marchó dejando a su paso el tintineo de la cota de malla.

Mirya se quedó todavía un momento.

—Es por mi culpa que estés en esta jaula, Geran, y está mal —dijo—. Si hubiera encontrado alguna otra manera de hacer un trato con los Veruna...

—Tal vez no tenga nada que ver con eso, Mirya, porque es probable que hubiera matado igual a Urdinger por lo de Jarad. —Echó una mirada a sus cadenas y sonrió amargamente, dejando ver los dientes—. Ya sé que no voy a hacer volver a tu hermano, pero no puedo decir que lamente que Anfel Urdinger esté muerto.

Ella apartó la mirada y su expresión se volvió sombría.

—No es justo pagar con tu vida por vengar la muerte de Jarad. Si resulta que has vuelto a Hulburg después de todos estos años sólo para... bueno, no podría vivir con eso. No después de lo que te hice. —Su rostro se suavizó por un momento y Geran creyó ver a la joven que había conocido diez años atrás, callada, tierna y bondadosa, y con una tristeza extraña y distante que nunca había llegado a entender del todo.

—Mirya, no sé qué es lo que crees que me has hecho —dijo por fin. Jamás habría supuesto que ella tuviera la fuerza necesaria para llevar adelante el negocio de los Erstenwold, mantener a raya a competidores como la Casa Veruna y criar a su hija al mismo tiempo. Su vida no había sido fácil en los años que él llevaba fuera, y ella había encontrado una voluntad férrea para responder a los retos de la vida—. Fui yo quien se marchó. Fue mi decisión. Nunca quise hacerte daño.

—Yo no soy como tú piensas —dijo ella. Se acercó y apoyó una mano en los barrotes de la celda. Yo...

—Señora Erstenwold, manténgase alejada de la celda —dijo el guardia del Consejo con tono áspero. El hombre se adelantó con el entrecejo fruncido—. Y de todos modos, ya es hora de que se marche. Les he dado mucho tiempo para hablar, y no quiero que me causen problemas.

Geran la miró a través de los barrotes.

—No te preocupes por mí —le dijo—. Cuida de ti misma, Mirya. Mantén a Selsha a salvo y no te alejes de tu hogar. Tengo la sensación de que Kara podría tener razón sobre los problemas que se avecinan.

Ella alzó la mano a modo de despedida y se marchó rápidamente. Los guardias la acompañaron y la pesada puerta de hierro de entrada a la mazmorra se cerró detrás de ellos con un ruido metálico. Geran dejó escapar un gran suspiro y se derrumbó en el suelo, entre sus cadenas.

VEINTIUNO

7 Tarsakh, Año del Intemporal

Sergen se dio cuenta de que los ánimos se estaban caldeando en Hulburg. Mientras su coche avanzaba por las calles traqueteando y dando tumbos, pasó por esquinas y atravesó plazas donde se reunían pequeños grupos de campesinos y trabajadores desaliñados con sus capuchas azules, temblando bajo las frías nieblas y lluvias de comienzos de primavera que se habían asentado sobre la ciudad. Miradas furiosas seguían a su coche, y a veces alguien levantaba un puño en su dirección. Claro que la mayoría de la chusma no tenía la menor idea de quién ocupaba el hermoso carruaje, ya que su conductor y su lacayo no llevaban los colores de ninguna Casa, sólo los de la Guardia del Consejo, y él mantenía las cortinillas echadas. Sin embargo, el sólo hecho de que fuera en un buen coche lo señalaba como hombre de fortuna y poder, y en Hulburg eso significaba una relación con mercaderes extranjeros. Eso bastaba para despertar la ira y el resentimiento de la gente corriente de Hulburg en esos días.

Su conductor tiró de las riendas y el coche se sacudió mientras el tiro adaptaba su paso al ascenso de la vía de acceso que llevaba a Griffonwatch. Varios coches y carruajes llenaban el patio inferior del castillo; el harmach todavía tenía poder suficiente para exigir la asistencia inmediata cuando convocaba a su Consejo. Sergen hizo una mueca de fastidio. Esta convocatoria había llegado apenas una hora antes del alba, y con este día gris, él todavía se encontraba en la cama.

—Unos días más y pondré fin a todas estas molestias —se dijo.

El carruaje se detuvo, él se puso en pie y bajó incluso antes de que su lacayo le pudiera abrir la puerta. Era conveniente aparentar que tenía prisa y estaba preocupado.

—Buenos días, lord Sergen. —Uno de los valets del castillo bajó presuroso los escalones para recoger la fina capa de piel de Sergen y el gorro que hacía juego.

—El Consejo del Harmach está reunido en estos momentos. Te esperan.

—Muy bien —respondió Sergen.

Con sus propios hombres de armas que se daban prisa para no distanciarse de él, atravesó rápidamente las puertas del gran salón, haciendo caso omiso de los guardias del Escudo. Ese polvoriento y viejo granero, que hacía de sala de banquetes, estaba casi tan lleno como la última vez que su tío había convocado al Consejo: unos treinta guardias, asistentes y consejeros andaban de un lado a otro alrededor de los ocho miembros del círculo del harmach. Sergen reparó en que su tío postizo ya estaba sentado en su alto asiento. Apuró el paso para subrayar la impresión de prisa y puso cara de firme determinación y preocupación.

—Ruego perdonéis mi tardanza —dijo, ocupando su asiento—. Espero no haberos hecho esperar demasiado.

—En absoluto, Sergen —dijo el harmach—. Llegas pisándole los talones a lord Marstel y a maese Goldhead. Pero ahora que estamos todos aquí, deberíamos empezar inmediatamente. Kara, te escuchamos.

Kara se levantó del lugar que ocupaba al pie de la mesa y se desplazó hasta un podio, colocado en el centro del espacio, en forma de herradura. Llevaba puesta su armadura completa, su larga cota de malla con grevas y avambrazos adornados con grifos dorados. La marca del conjuro quedaba oculta bajo todo aquel metal, por supuesto, pero el extraño color celeste de sus ojos delataba su deformidad. Qué pena, pensó Sergen... por lo demás era una mujer muy hermosa con una bella figura y, puesto que no tenía lazos de consanguinidad con él, podría haber sido una pareja conveniente para asegurar sus derechos. Por otra parte, Kara tenía fantasías de guerrera y capitana, y podría haber sido difícil o imposible doblegar su voluntad. Por supuesto, no hubiera necesitado seguir casado con ella mucho tiempo para dar la impresión de legitimidad, y eso era todo lo que se necesitaba.

—Amigos míos —dijo Kara con gravedad—, tenemos la guerra ante nuestras puertas. Ahora mismo están marchando hacia el sur. La noche pasada estaban a menos de treinta kilómetros del extremo más septentrional de nuestras torres de vigilancia, lo cual los sitúa a algo más de cuarenta kilómetros de Griffonwatch. Los Cráneos Sangrientos llegarán a nuestros puestos de avanzada, mañana por la tarde. Descenderán al extremo septentrional del valle de Winterspear, y llegarán aquí al día siguiente, cerca del alba. Puede que ya veamos bandas de merodeadores y saqueadores en el Winterspear esta noche.

»No sabemos con certeza el número de Cráneos Sangrientos, pero hemos visto que, por lo menos, otras dos tribus marchan con ellos: los goblins de la Garra Roja y los ogros Machacacráneos. Puede que haya más que todavía no hayamos encontrado. Mis exploradores creen que cuentan por lo menos con dos mil guerreros, y puede que incluso dupliquen ese número.

—¿Cómo podría semejante cantidad de orcos acercarse tanto sin ser vistos? —preguntó el Aquilatador Goldhead.

—El tiempo ha favorecido a los Cráneos Sangrientos durante varios días, maese Goldhead. La lluvia contribuyó a mantenerlos ocultos, y me temo que varios exploradores de la Guardia del Escudo se toparon con ellos pero fueron capturados antes de poder volver a informar. Al menos cuatro están desaparecidos.

—¿Puedes detenerlos, lady Kara? —preguntó el mago Ebain Ravenscar.

—No, milord —dijo Kara—. No sin ayuda. Los guardias del Escudo son doscientos. Podemos frenar su avance con la caballería, pero si tratamos de resistir frente a esa horda, nos barrerán. —Miró a Sergen y después a los demás que están

reunidos en torno a la mesa—. Sin embargo, las concesiones mercantiles tienen cientos de mercenarios entrenados y bien armados. Con su ayuda creo que podríamos evitar que los Cráneos Sangrientos entraran en el valle de Winterspear.

—¿Y qué hay de esa milicia a la que llaman Escudos de la Luna y que todos hemos visto en las calles estos días? —preguntó Darsi Veruna—. Me parece que hay cientos de hombres valientes, dispuestos a combatir, apostados en las esquinas de la ciudad.

Sergen tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Esa era una manera de diezmar las filas de los hulburgueses con exceso de celo. No había imaginado que pudiera surgir esa posibilidad cuando intervino, por así decirlo, en las negociaciones con los mensajeros de los Cráneos Sangrientos. Era simplemente una compensación no esperada de un plan atrevido que se debía ejecutar con cuidado.

—Les pediré toda la ayuda que puedan darme, lady Darsi —respondió Kara—, pero la Hermandad de la Lanza son una milicia y no están ni mucho menos, tan bien entrenados, experimentados o equipados como los guardias de tu Casa o de las demás. Espero valerme de ellos para hacer frente a las bandas de merodeadores que puedan superar nuestras defensas y para constituir una última reserva si las cosas se ponen mal en la línea de la torre.

Maroth Marstel se puso de pie.

—Todo Hulburg está amenazado por esta enorme horda, y por lo tanto todo Hulburg debe responder —dijo con voz atronadora—. Mi Casa tienen ochenta hombres de armas, lady Kara. Están a tu disposición mientras dure esta crisis. Más aún, me prestaré gustoso a actuar como comandante de la caballería. ¡Puede que ya no tenga la agilidad ni la fuerza de antes, pero todavía puedo encabezar a los hombres en una batalla!

Sergen se preguntó si aquel viejo charlatán habría visto alguna vez un campo de batalla, pero se guardó sus opiniones. En lugar de eso, decidió salvar a Kara de encontrar una fórmula para aceptar las tropas de Marstel pero rechazar su liderazgo. Se puso de pie:

—El Consejo Mercantil llegó recientemente a un acuerdo con la compañía de mercenarios Mazas de Hielo —dijo con tranquilidad—. Teníamos pensado usarlos para combatir la piratería y el bandidaje en las costas y caminos próximos a Hulburg, pero es evidente que los Cráneos Sangrientos representan una amenaza inminente. Creo que son unos doscientos cincuenta entre enanos experimentados y veteranos humanos.

Un coro de murmullos se levantó entre los espectadores que había a sus espaldas, pero Sergen no les prestó atención. Kara lo miró con desconfianza, pero no dijo nada, y Sergen se dio cuenta por detrás de su hombro de que el harmach se removía en su asiento. Lord Marster, que estaba sentado al otro lado de la mesa, le hizo una

inclinación de cabeza.

—¡Bravo! —declaró.

—Además —continuó Sergen—, transmitiré la solicitud de tropas adicionales formulada por mi querida hermana, a la Casa Sokol, a la Compañía de la Doble Luna, y a la Compañía Jannarsk. No puedo hablar por ellos, por supuesto, pero confío en que podrán contribuir con otros doscientos hombres entre las dos. —Miró a Darsi Veruna, sonrió levemente y volvió a sentarse.

Lady Veruna hizo un mohín y lo acompañó con un gesto de la mano.

—Ciento veinte más de la Casa Veruna —dijo con calma—. Me temo que debo reservar fuerzas para proteger nuestros campamentos en las estribaciones de las Galena.

Kara hizo una graciosa reverencia a la señora de la Casa Veruna.

—Mil gracias, lady Darsi —respondió.

El siguiente en hablar fue el harmach.

—Kara, según mi recuento, eso te deja con un número aproximado de novecientos guerreros, sin contar la milicia. ¿Crees que podrás hacer frente a los Cráneos Sangrientos con ese número?

La comandante de las fuerzas del castillo sopesó su respuesta.

—Creo que sí —dijo por fin—. Si Hulburg tuviera una muralla podríamos limitarnos a defender la ciudad, pero como no es así, quiero salir al encuentro de los orcos lo más lejos posible de la ciudad y ganar cierta ventaja. Las torres de vigilancia del extremo norte del valle constituyen nuestra mejor posición. Como no hay muchos caminos adecuados para hacer bajar a un ejército desde los Altos Páramos hasta el fondo del valle, debemos actuar enseguida para poder llevar la mayor cantidad posible de guerreros entre esta noche y mañana temprano. —Hizo una pausa, volvió a organizar sus ideas, y añadió—: la demostración de una fuerte defensa podría ser suficiente para hacer desistir a los Cráneos Sangrientos, o las tribus aliadas con ellos. Ni los Garras Rojas ni los Machacacráneos tendrán una gran disposición a morir por el señor de la guerra Mhurren. Supongo que les habrá prometido botín, de modo que es posible que abandone y busque un objetivo algo más fácil cuando vea que estamos dispuestos a rechazarlo. Por lo que sé, no le hemos lanzado ningún insulto mortal ni lo hemos agraviado de tal modo, que se sienta compelido a vengarse.

Eso podía resultar importante, pensó Sergen. Echó una mirada a Darsi Veruna y se dio cuenta de que ella le estaba mirando. Les había lanzado exactamente ese insulto, para asegurarse de que los Cráneos Sangrientos amenazaran a Hulburg de la manera necesaria. Bueno, si los hechos tomaban un giro inesperado y se daba cuenta de que tenía que poner una barrera a la horda, a la que había engañado para que atacara al harmach, todavía tenía una pieza que podía mover: Esperus. Sergen pensó que conocía el precio del Rey de Cobre y dudó de que a los súbditos del lich les

importaran mucho la superioridad numérica de los Cráneos Sangrientos y sus aliados.

Eso planteaba la interesante pregunta de si asistiría a la victoria o a la derrota de la batalla. Una derrota absoluta no era conveniente; estaba seguro de la ayuda de Esperus, pero prefería acercarse al lich con la solicitud de una cantidad moderada de ayuda, antes que pedirle que salvara a Hulburg de un desastre total. No, el mejor resultado sería una victoria reñida en la cual pudieran rechazar a los Cráneos Sangrientos sin ayuda del Rey de Cobre... especialmente si los hombres de armas de las otras compañías mercantiles sufrían grandes bajas en el combate.

—Parece ser que el tiempo es de vital importancia —dijo el harmach. Se puso de pie lentamente, los otros lores y oficiales hicieron lo mismo. Sergen lo hizo con parsimonia y esperó a que su tío acabara—. Kara, prepara a la Guardia del Escudo para partir a la mayor brevedad. Los que os hayáis comprometido con la asistencia de vuestros hombres, deberéis tener a vuestras tropas preparadas para marchar en el plazo de unas horas. Sólo mediante un esfuerzo concertado podremos conjurar esta nueva y mortal amenaza. ¡Id ahora! Y que los dioses sean propicios a nuestra defensa.

Los reunidos se dispersaron y una docena de conversaciones se iniciaron al mismo tiempo, cuando los diversos lores y oficiales empezaron a salir de la sala. Sergen cambió la posición de su estoque sobre la cadera y también se volvió para marcharse.

—Un momento, Sergen. —El harmach se le acercó cojeando, apoyado en su pesado bastón—. Tengo algo que hablar contigo.

Sergen no tenía mucho interés en discutir con su tío nada en especial en aquel momento, pero estaba en Griffonwatch y había muchos testigos. Asintió y dedicó a su tío postizo una sonrisa conciliadora.

—Tengo muchísimo que hacer si quiero persuadir a las demás compañías mercantiles de enviar a sus soldados con Kara —dijo—, pero si es importante hablar ahora, estoy a tu disposición, tío Grigor.

—No te voy a demorar mucho, Sergen. Antes de que te vayas tenemos que dejar solucionada la cuestión del apresamiento de Geran por el Consejo Mercantil.

—Me temo que no es una cuestión que podamos dirimir rápidamente. Es una cuestión complicada.

—No veo por qué es tan complicada, Sergen. He examinado la ley detenidamente y no veo base alguna para que el Consejo Mercantil pueda retener o tratar, a alguien cuyo delito se produjo fuera de los estrictos límites físicos de las concesiones. ¿Hay alguna disputa sobre el lugar exacto donde lucharon Geran y el capitán Urdinger? Si no lo hay, debe someterse a la justicia del harmach, no a la del Consejo.

Sergen hizo una mueca, bajó la voz, y se acercó más a su tío. Hacía uno o dos días que se esperaba esto, y sabía cómo quería responder.

—Yo coincidí en casi todo contigo, tío, pero los Veruna no quieren atender a

razones. Amenazan con tomar medidas extremas si se desoyen sus exigencias de justicia.

—¿Medidas extremas? —El harmach Grigor tenía el entrecejo fruncido—. ¿A qué te refieres?

—No estoy seguro, pero creo que lady Darsi puede llegar a retirar completamente sus intereses en Hulburg y luego hacer uso de su influencia en Mulmaster, para hacer que la Alta Espada imponga un embargo sobre todas las mercancías con destino a Hulburg. No es necesario que te describa el gran desastre que eso representaría. Mulmaster representa casi la mitad de nuestro comercio. Quedaríamos arruinados en menos de un mes. —Sergen abrió las manos en un gesto de impotencia—. Con semejante amenaza sobre nuestras cabezas, no me atreví a desafiarla.

El viejo lord hizo una mueca y lanzó una mirada hostil a Darsi Veruna que, en ese momento, abandonaba el salón acompañada de sus asistentes y guardias. Salió por la puerta y sus valets se apresuraron a echarle una estola sobre los hombros, ajenos totalmente a la conversación que estaba teniendo lugar al pie de la silla del harmach.

—Darsi Veruna no tiene derecho a decirnos a quién juzgar y con qué leyes —dijo Grigor con firmeza—. Es una cuestión para la justicia de Hulburg, no su venganza personal contra Geran.

—Bueno, lo cuál es el problema. Cree que Geran escapará a la justicia por ser tu sobrino. Sinceramente, duda de que alguna vez sea sometido a juicio.

—*Jamás* he permitido que ningún miembro de la familia se saltara las leyes.

—Hasta que no vea a Geran juzgado y castigado de una manera adecuada, me temo que no se lo va a creer, tío.

Grigor lo miró con dureza.

—No voy a permitir que Geran cometa delitos y quede impune, Sergen, pero tampoco lo voy a enjuiciar y castigar si es inocente, independientemente de lo que piense Darsi Veruna. Si Geran es absuelto en justicia, saldrá en libertad. Si no, *pagará*, el mismo precio que cualquier criminal. Y para asegurarnos que no haya apariencia de favoritismo, delegaré la decisión del harmach en el Alto Magistrado Nimstar. Lo único cierto es que ésta no es una cuestión para el Consejo Mercantil, Sergen.

—A la Casa Veruna no va a gustarle eso. —Sergen se llevó una mano al mentón, fingiendo que lo estaba meditando—. ¿Y qué te parece esto?: encerrar a Geran aquí, en Griffonwatch, e inculparlo de acuerdo con la ley del harmach, como corresponde, pero dejar su custodia a cargo de la Guardia del Consejo. Si Darsi Veruna queda convencida de que Geran está realmente encerrado y que se presentarán cargos contra él, tal vez ceda en su insistencia en que el Consejo deba retenerlo. Creo que puedo convencerla para que acepte eso.

El harmach permaneció en silencio largo rato y luego asintió.

—De acuerdo. Enviaré a alguien para que arregle las cosas con el Consejo, pero, Sergen... le guste o no a Darsi Veruna, Geran saldrá de la Casa del Consejo.

—Eso podría ser...

Grigor se llevó una mano al pecho.

—Si Veruna quiere incitarme a que confisque su propiedad y readjudique sus concesiones a otras compañías mercantiles, estaré encantado de hacerlo. —El harmach se dio media vuelta y se alejó con toda la dignidad que le permitía su cojera, golpeando firmemente el suelo con el bastón.

Sergen observó su retirada un poco impresionado. No habría sospechado nunca que el viejo tuviera un resto de vigor dentro de sí. ¡Vaya, si el harmach era un hombre decididamente descuidado! No era propio de él dejarse llevar por la ira.

Reunió a sus guardias con un gesto ausente de la mano y dejó el salón del harmach para volver a montar en su coche. Unos momentos después, el carruaje bajaba el camino de acceso al castillo y se internaba por las calles mientras Sergen pensaba atentamente en lo que, necesariamente, tendría que suceder en los siguientes días. Decidió que no debía abjurar de sus decisiones y dedicó el resto del camino hasta la Casa del Consejo, imaginándose todas las posibles desgracias y montando su respuesta a cada una de ellas.

El coche se detuvo con una sacudida y el lacayo le abrió la puerta. Sergen bajó a la calle.

—Estad listos. Volveré a salir dentro de un cuarto de hora. Y decidle al capitán de la Guardia, que le pida al capitán de los Mazas de Hielo que se reúna conmigo inmediatamente en mis habitaciones.

—Por supuesto, lord guardián —respondió el hombre, pero Sergen ya lo había dejado atrás y subía la escalinata del edificio. Entró a toda prisa en la habitación que usaba como oficina y se encontró con que sus empleados le habían dejado varias leyes y contratos para que los aprobase. Ninguno de ellos tenía demasiada urgencia, pero los examinó simplemente para mantenerse ocupado mientras esperaba al capitán de los mercenarios.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Antes de que hubiera terminado de examinar la tercera carta, Kendurkkel Ironthane llamó a la puerta y entró pisando fuerte; se sentó en una silla junto al fuego y empezó a vaciar su pipa.

—¿Has mandado a por mí, lord Sergen? —preguntó.

—Así es —respondió Sergen—. Supongo que habrás oído rumores sobre la horda de orcos que marcha sobre Hulburg.

El enano lanzó una risotada.

—No hay muchos que no le hayan dado vueltas a la cabeza, durante toda la mañana. No se habla de otra cosa.

—Le he dicho al harmach que he contratado los servicios de los Mazas de Hielo.

Quiero que marchéis con la Guardia del Escudo y ayudéis a defender Hulburg de los Cráneos Sangrientos. Creo que esta contingencia ya está cubierta en las disposiciones de nuestro presente acuerdo.

—Ya me lo esperaba —dijo Kendurkkel—. Sin embargo, debo recordarte que una parte del botín cobrado en el campo de batalla le corresponde a mi compañía.

—Por supuesto. Debéis prepararos para marchar de inmediato, capitán. La Guardia del Escudo espera defender las torres de vigilancia del extremo norte del valle, y mi querida hermana Kara se propone trasladar allí a sus fuerzas para llegar mañana por la mañana.

—¿Debo actuar a sus órdenes?

Sergen se quedó pensando un momento.

—A menos que las órdenes de Kara sean incorrectas o inaceptables, sí —dijo—. Haz todo lo que puedas por hacer lo que diga, y dale el beneficio de tu experiencia y tu consejo. Te envío para asegurarme de que los Cráneos Sangrientos sean detenidos antes de llegar a Hulburg, y quiero que hagas lo necesario para cumplir ese objetivo.

El enano asintió.

—Está bien. Si no necesitas nada más, entonces, tengo muchas cosas que hacer en las próximas horas.

—Una cosa más —dijo Sergen—. Voy a necesitar a unos treinta de tus hombres, en su mayoría humanos, para una misión especial aquí, en Hulburg, una misión muy delicada. Necesitaré que estén esperando en el almacén de Dareth, en la calle Este, al mediodía del día diez. Sería preferible que llegaran en grupos reducidos, a lo largo de la mañana, y que no llevaran ni colores ni insignias que pudieran identificarlos.

El enano mordisqueó su pipa y miró a Sergen con aire pensativo.

—¿Sobrevivirán mis hombres a tu misión especial?

—Sí, de hecho es importante que así sea, pero me temo que tendrán que marcharse de la ciudad inmediatamente después. Tengo pensado tener un barco listo para zarpar a primera hora para ese fin.

—Está bien. Les daré órdenes de regresar a Thentia o Melvaunt cuando hayas terminado con ellos. —Kendurkkel se inclinó hacia delante y sacándose la pipa de la boca señaló a Sergen con la cánula—. Ahora, y para que nos entendamos bien, milord, las misiones especiales y otros trabajos de esa índole tienen un precio diferente. Tengo que saber qué es lo que tienes en mente para mis hombres.

Sergen asintió y abrió las manos.

—Bien, maese Kendurkkel. Parece ser que la Casa Veruna va a cometer un hecho terrible dentro de tres noches. Tus hombres tendrán que asegurarse de que todos sepan quién fue responsable. —Después de todo, añadió para sus adentros, no quería llegar a harmach teniendo una deuda tan importante con Darsi Veruna.

VEINTIDÓS

9 Tarsakh, Año del Intemporal

Los soldados de la Guardia del Consejo sacaron a Geran de su celda durante la oscura hora que precede al amanecer. Al principio, temió que lo llevaran a algún lugar solitario en los Altos Páramos para matarlo, pero vio con sorpresa que tomaban el camino de Griffonwatch y atravesaban las puertas del castillo para detenerse junto a los barracones de la Guardia del Escudo. Un momento después, oyó que se movían las pesadas cadenas que sujetaban las puertas de la carreta y los dos guardias que iban en la trasera con Geran se pusieron de pie y le ayudaron a llegar hasta la puerta.

Cuando salió del oscuro interior del vehículo, Geran encontró a Hamil y al sargento Kolton de los Guardia del Escudo que le estaban esperando con otros cinco guardias del Consejo.

—Aquí estás por fin, Geran —dijo Hamil—. ¿Estás herido?

—Nada de importancia, aunque tengo un diente roto y espero que me lo arreglen. ¿Qué pasa por aquí? ¿Van a liberarme?

—Todavía no —respondió el halfling—. El harmach llegó a un acuerdo con el Consejo Mercantil. Creo que acordaron que te enfrentes a cargos según la ley de Hulburg. A cambio, el Consejo accedió a que se te permitiera permanecer aquí, en Griffonwatch, hasta que pueda celebrarse un juicio. De todos modos mantendrán un destacamento de su propia guardia aquí para asegurarse de que el harmach no te vaya a dejar en libertad.

Geran hizo una mueca. Indudablemente era mejor estar prisionero en Griffonwatch; allí, no tendría que temer a ser asesinado en su celda o a desaparecer de cualquier otro modo. Además, no temía demasiado a un juicio celebrado según las leyes de Hulburg. No obstante, el harmach debía de haber dado su palabra sobre el buen comportamiento de Geran, de modo que tendría que estar en prisión un poco más.

—¿Cuándo se decidirá mi caso?

El sargento Kolton puso cara de preocupación.

—Es difícil saberlo, lord Geran. Los Cráneos Sangrientos nos tienen a todos en vilo.

—¿Los Cráneos Sangrientos? ¿Han regresado sus mensajeros?

Kolton negó con la cabeza.

—No, en realidad vienen todos. Supongo que no te has enterado. —El sargento les echó una mirada asesina a los de la Guardia del Consejo—. Una gran horda de malditos orcos se dirige hacia aquí. Lady Kara se ha llevado prácticamente a toda la Guardia del Escudo a las torres de vigilancia septentrionales, y también a tres cuartas

partes de las compañías mercantiles de mercenarios. Me dejó al mando de la guarnición, ¿te lo puedes creer? De todos modos, lady Kara espera enfrentarse a los orcos dentro de un día, dos a lo sumo.

Geran sintió el peso de las cadenas en sus muñecas. Hasta donde sabía, él no tenía gran talento para comandar ejércitos, pero había combatido como capitán encabezando una Compañía de la Guardia de la Coronal en Myth Drannor, y no tenía miedo a cruzar espadas con ningún orco. Si Kolton estaba en lo cierto, entonces Hulburg se enfrentaba al peligro más inmediato que había visto en toda su vida, y tendría que limitarse a verlo todo a través de los barrotes de una celda.

—Dile al harmach que puedo ayudar —le dijo a Kolton—. Sí me saca bajo palabra de que es para combatir, volveré gustoso a mi celda por todo el tiempo que deba, una vez pasado el peligro.

—El prisionero no será liberado sin orden expresa del Consejo —dijo con firmeza uno de los soldados de la Guardia—. El harmach debe consultarlo con lord Sergen.

—Ya lo sé —dijo Kolton cortante. Se volvió hacia Geran y le indicó la puerta que llevaba al castillo—. Bueno, supongo que será mejor que te muestre tus habitaciones, lord Geran.

—Te han dado la mejor celda de castigo, si te sirve de consuelo —añadió Hamil.

El sargento de la Guardia del Escudo condujo a Geran y a sus carceleros de la Guardia del Consejo, a través de los barracones a un pasadizo abierto en la roca de la colina, en la que estaba construido el castillo. Subieron por un tramo de escalera y pasaron por varios almacenes y pasadizos intercomunicados, que llevaban a las profundas cisternas del castillo. Por fin subieron unos cuantos escalones más hasta una fila de puertas de gruesa madera con marcos de hierro. Kolton abrió la más próxima con un juego de pesadas llaves. No era una habitación muy grande, pero tenía una pequeña ventana cuadrada que daba a la ciudad y a la distante línea gris del Mar de la Luna. Como mobiliario tenía una cama, una mesa y dos sillas, una pequeña alfombra sobre el suelo de piedra e incluso una estantería con una docena de libros.

—Nos hemos tomado la libertad de amueblar tu celda con algunas comodidades no habituales —dijo Kolton—, pero me temo que sigue siendo una celda. Enviaré a un sanador para que atienda tus heridas en la mayor brevedad.

—Gracias, Kolton —dijo Geran en voz baja.

—A lord Sergen no le va a gustar esto —dijo el sargento del Consejo—. No dijo nada de proporcionar tales lujos al prisionero.

—En cualquier caso, no dijo que no pudiéramos —señaló Hamil—. He oído hablar de esa bonita habitación que le habéis dado debajo de la Casa del Consejo. Tal vez la Guardia del Escudo debería daros camas tan cómodas como la que le disteis a Geran. Después de todo, nada hay que obligue al harmach a dar a tus hombres ninguna comodidad especial.

El sargento del Consejo optó por no seguir discutiendo... una sabia decisión, según el parecer de Geran. Kolton reprimió una sonrisa y se volvió hacia su colega del Consejo.

—Puedes apostar un par de hombres junto a la puerta si quieres, y a los demás, os mostraré vuestra sala de guardia y cuartel.

—Muy bien —dijo el sargento. Destacó a dos de sus hombres que ocuparon posiciones uno a cada lado de la puerta de Geran.

Kolton se volvió a mirar a Geran y dijo:

—Lo siento, lord Geran, pero tendré que dejarte los grilletes de mago.

El mago de la espada hizo una mueca. Las muñecas le dolían bastante, estaban llenas de cardenales y no veía la hora de librarse de las malditas cadenas. Si el harmach Grigor había dado su palabra de que no trataría de escapar, Geran no usaría su magia; al menos, la celda representaba una mejora sustancial respecto de la anterior.

—No es culpa tuya, Kolton —dijo.

—Estos tipos montarán guardia, pero en todo momento habrá un par de guardias del Escudo. Sólo tienes que gritar si necesitas algo. —Kolton se llevó la mano a la frente a modo de saludo y retrocedió hasta la salida de la celda antecedido por el jefe de la Guardia del Consejo.

—Aunque me encantaría quedarme y entretenerme un rato, me temo que tengo algunas cosillas de qué ocuparme en la ciudad —dijo Hamil.

—¿Cosillas de qué ocuparte?

—He decidido ocuparme de preparar tu defensa, de modo que he estado hablando con todos los testigos de tu duelo que he podido encontrar. —Hamil señaló a Geran con un dedo acusador—. La próxima vez que te veas implicado en una pelea como la que precedió a tu duelo, te aconsejo que mates a tus enemigos en lugar de herirlos y dejarlos incapacitados. Le has dado a la Casa Veruna cuatro testigos más de los que necesitabas y, como es natural, han accedido a contar una versión de los acontecimientos que no te deja en buen lugar. Aunque sospecho que el tipo con la mandíbula rota y sin dientes no recuerda realmente nada de lo que sucedió desde el mes pasado, y directamente se está inventando toda la historia.

—Entonces ponte a ello, Hamil. Cuentas con mi más absoluta confianza.

Geran le estrechó la mano, a continuación Hamil asintió y siguió a los guardias. Los soldados del Consejo cerraron la puerta con una pesada barra de hierro. Geran se quedó mirando la puerta un buen rato. Ya llevaba días en una celda u otra, y ansiaba realmente su libertad, pero daba la impresión de que iban a tener que pasar algunos días más. Arrastrando los pies se acercó a la ventana —no tenía ni medio metro cuadrado— y observó cómo se despertaba lentamente la ciudad otra triste mañana de primavera.

Una hora después descubrió que sus comodidades no se limitaban a un simple mobiliario; las cocinas del castillo le proporcionaron un vigorizante desayuno a base de huevos, jamón, queso y pan, acompañados con buena sidra de manzana para remojarlo todo, y pudo comerlo sentado a una mesa. Después de días de estar sentado en el suelo de la celda del Consejo comiendo papas de avena, era un progreso notable.

—Lo único que echo en falta es mi libertad —comentó cuando los sirvientes y los guardias se hubieron retirado.

Cogió al azar un libro de la estantería y pasó gran parte del día leyendo una larga endecha escrita hacía tres siglos sobre la caída de Ascalhorn y la huida de uno de sus señores y su familia. Dedicó una hora a caminar y hacer ejercicio lo mejor que pudo en el pequeño espacio de que disponía, e incluso trató de practicar sus formas imaginando el peso de una espada en su mano y haciendo caso omiso del dolor de sus muñecas. Después de un rato se cansó y se echó encima de la cama para dormir un poco. Las largas y frías noches pasadas sobre el suelo de piedra de la mazmorra del Consejo no le habían dado mucha ocasión de dormir bien. Acomodó sus cadenas lo mejor que pudo y se dejó ir, echado de espaldas, con las manos en la cintura y la cadena encima de su cinturón.

Se encontró apesadumado entre un sueño y un recuerdo, tal vez algo así como la Ensoñación de los elfos. Estaba sobre la delgada escarcha de un claro del bosque en Myth Drannor, observando cómo Alliere le daba la espalda y huía hacia las sombras bajo las hojas muertas. Llevaba puesto un vestido de color azul intenso con delicados bordados de plata y una capucha ligera de color gris perla sobre los hombros. Se recogía la falda y salía corriendo mientras su oscura cabellera larga ondeaba tras ella.

—¡Alliere, vuelve! —gritó—. ¡Te amo! —Ella se detenía una vez, le miraba por encima del hombro, pero cuando sus ojos se encontraban, ella se giraba. Él dio un paso para seguirla y...

Ahí terminó el sueño, como siempre. Geran se despertó y se encontró mirando el techo de su pequeña celda. La luz de la ventana había cambiado, era media tarde. Había dormido un par de horas. Cuando intentó incorporarse, se dio cuenta de que los grilletes todavía se lo impedían, y cuidadosamente los recogió para poder apoyar una mano sobre el lateral de la cama y erguirse. «Ya ha pasado un año y medio, y aún me atormenta ese recuerdo», pensó. Se merecía todavía algo peor. Toda su vida había deambulado con la vista puesta delante de sí, en la carretera, nunca contento de estar donde estaba, buscando algo que parecía retirarse cada vez que se acercaba a ello. En Myth Drannor había encontrado lo que ansiaba, al menos por un tiempo. Y sin embargo, había conseguido estropearlo del todo con un acto de autodestrucción que todavía no podía explicarse. Era como si alguna parte oculta dentro de él, reconociera que había encontrado satisfacción y, deliberadamente, buscara una manera de

restablecer la auténtica naturaleza de su tornadizo corazón. Toda su vida, su pasión, su corazón había estado esperando un amor como el que había encontrado en Alliere, pero la había apartado de sí, y todavía no sabía por qué.

Suspiró y estudió la pequeña celda.

—Tal vez sea aquí a donde pertenezco, después de todo —murmuró.

Para mantener la cabeza alejada de los recuerdos de Myth Drannor y Alliere, eligió otro libro y trató de leer algo más. Por fin la tarde pasó y descubrió que las sombras del pasado ya no lo perturbaban tanto.

Al atardecer, Hamil bajó y cenó con él, cosa que le levantó el ánimo. Su amigo tenía pocas noticias al margen de la creciente ansiedad reinante en la ciudad, por la proximidad de los Cráneos Sangrientos.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Geran.

—Varias partidas han hecho incursiones en el valle en distintos lugares, pero todavía no han causado mucho daño —dijo Hamil—. Kara llevó sus soldados a las torres de avanzada en el extremo norte del valle, según dicen. Y dicho sea de paso ¿qué son las torres de avanzada?

—En realidad, son torres de vigilancia. Cada una tiene un pequeño barracón, con espacio para unos diez soldados, y una pequeña torre de piedra. Hay una media docena de ellas esparcidos por los límites de las tierras hulburguesas.

—No parecen fortificaciones muy útiles.

—No lo son. Espero que Kara se limite a reunir las tropas cerca de uno de los puestos de vigilancia, que dominan la cabecera del valle de Winterspear. No hay muchas sendas, que pueda usar un ejército de grandes proporciones, para descender al valle con seguridad, de modo que creo que trata de defender las rutas más probables. Si la horda de los Cráneos Sangrientos es tan grande como se ha dicho, entonces tiene una posibilidad de embotellarlos en una senda estrecha y privarlos así de la ventaja de su superioridad numérica. Por otra parte, si deja que accedan al valle, allí podrán volver a extenderse y entonces no habrá nada capaz de detenerlos antes de que lleguen a la ciudad.

Hamil hizo una mueca de disgusto.

—Asesinato, venganza, profanación de tumbas y traición son una cosa, Geran, pero yo no vine a Hulburg para meterme en una guerra.

—No tienes por qué quedarte, Hamil —le dijo Geran—. Te digo con toda seriedad, que alguien debería ocuparse del negocio de la Vela Roja, y yo podría estar empantanado aquí durante días con o sin tu ayuda. Tal vez debieras marcharte.

—Me quedaré uno o dos días más. —Hamil se levantó de su asiento y puso su servilleta sobre la mesa—. Volveré mañana para verte, Geran.

Geran acompañó a su amigo hasta la salida, cosa no muy difícil dado el tamaño de la habitación, y volvió a sus libros en busca de algo nuevo. Ya avanzada la tarde,

lo interrumpió un golpe en la puerta. Las llaves giraron en la cerradura y los soldados de la Guardia del Consejo dejaron entrar a Sergen. Entró con una mirada de disgusto al ver la cama, los libros y la mesa.

—Bueno, parece que hay algo de justicia en este mundo después de todo —dijo—. Una celda es una celda, tenga las comodidades que tenga. Finalmente has encontrado un lugar en la vida, Geran, y yo estoy aquí para asegurarme de que sigas en él por el resto de tus días.

—La habitación tiene muchas cosas buenas, si quieres, Sergen —dijo Geran. Se puso de pie para mirar a su falso primo a la cara, cerrando los puños bajo los grilletes. Podía echar la cadena alrededor del cuello de Sergen y estrangularlo sin dificultad... pero los soldados del Consejo que estaban detrás de su amo, probablemente lo impedirían. No tenía sentido dejarse envenenar por las pullas de Sergen—. No puedes ocultar la verdad durante mucho tiempo, Sergen —respondió—. Ésta puede insinuarse a través de las mentiras con que tratas de cubrirla. Me someteré al juicio que tu querida Darsi Veruna exige para mí. Se demostrará que sus mercenarios son unos embusteros y pronto saldré en libertad.

—Ahórrame tus mojigatas metáforas, Geran —dijo Sergen con sonrisa afectada—. Por supuesto que los cargos contra ti no tienen fundamento pero, a pesar de todo, aquí estás, encarcelado en esta pequeña habitación hasta que puedas defenderte de ellos. Y quién sabe cuánto puede tardar hasta que los testigos presenciales de los que hablan puedan ser liberados del deber vital de defender Hulburg frente a los orcos. Vaya, podrían ser días.

—Esperaré.

—Por supuesto que sí. —Sergen echó una mirada a los restos de la cena de Geran y sonrió disgustado—. Supongo que aquí, en Griffonwatch, tus amigos se ocupan de ti. Veré qué puedo hacer al respecto. —Cogió la jarra del vino y una copa sin usar y se sirvió. Agitó la copa de vino, aspiró el aroma y lo probó—. Vino sembiano, si no me equivoco. Sí, debo protestar de este generoso tratamiento que te están dando. ¿Cómo puede haber justicia en Hulburg si un Hulmaster acusado de asesinato vive como un rey mientras que un hombre común languidece en una oscura mazmorra? Es impresentable, Geran.

Sergen dejó la copa y Geran reparó en algo que asomaba bajo su cuello, un antiguo amuleto de cobre, verde por la pátina del tiempo. Tenía la forma de una calavera coronada, con dos pequeñas esmeraldas como ojos. Le pareció algo inusual porque, por lo demás, Sergen siempre iba vestido con todo lujo: un elegante tabardo negro con bordados de plata, una gorguera color violeta, altas botas de piel fina y un gran colgante de oro. «He visto recientemente un medallón como ése —pensó Geran—, pero ¿dónde y cuándo?»

Geran frunció el entrecejo y se quedó pensativo un momento. Entonces lo

recordó: era el amuleto que Esperus le había dado a Urdinger en pago por el *Infiernadex*.

Aquella noche no lo miró con mucha atención. El lich estaba a diez metros de distancia y había poca luz, sólo la llama de alguna antorcha, pero el tamaño y la forma eran los mismos, e incluso con los grilletes de mago rodeándole las muñecas podía sentir el crepitar de la magia del cobre antiguo. ¿Qué había dicho el Rey de Cobre al dárselo a Urdinger?

Sergen notó la distracción de Geran y siguió el curso de su mirada.

—¿Qué estás mirando? —preguntó.

—Estoy calculando la distancia hasta tu corazón —respondió Geran, rápido de reacciones—. Me estaba preguntando si debía sacarte la espada y acuchillarte ahora mismo o esperar a mi liberación para librar definitivamente a la Casa Hulmaster de tu hedor particular.

—Valientes palabras para un hombre que tiene las manos sujetas por grilletes. —Sergen lanzó una risita sardónica y bajó la voz—. No dejes que te preocupen demasiado los planes para cuando seas liberado, Geran. Estás exactamente donde quiero que estés, y ahí permanecerás. Adiós, mi querido primo. Perdona que te diga que no te echaré mucho de menos.

—Tú y yo tenemos asuntos que resolver cuando salga de aquí. —Geran echó una mirada asesina a su primo postizo, y ocultó así el alivio por haber desviado la atención de Sergen. Se dio cuenta de que Sergen no sabía lo que él había visto cuando Esperus le dio el amuleto a Urdinger, pero ¿por qué lo tenía él?

—No le veo sentido a continuar esta conversación. —Sergen le hizo una reverencia burlona y se marchó—. Ocupaos de que no reciba más visitas —les dijo a los guardias del Consejo—. Las peticiones para visitar al prisionero deben presentarse por escrito al Consejo Mercantil. ¿Entendido?

—Sí, lord Sergen —respondieron los hombres de fuera. Cerraron la puerta e hicieron girar la llave en la cerradura con un sonido sordo y definitivo.

Geran descargó su frustración dando puntapiés contra la pared. Ahora recordaba lo que Esperus le había dicho a Urdinger. El lich había dicho que quien usara el amuleto podría convocar a sus súbditos. Si Sergen lo llevaba puesto debía de estar pensando en usar sus poderes. La cuestión era saber con qué fin.

—Seguro que para matar a alguien —dijo Geran entre dientes. Un asesinato que no pudieran achacarle a él. Todos creerían que el Rey de Cobre había enviado a sus espectros por razones propias, sin sospechar que Esperus simplemente estaba cumpliendo un trato que había hecho con la Casa Veruna—. ¿Y a quién querría ver muerto Sergen?

Evidentemente, el propio Geran debía de ocupar un lugar destacado en la lista, pero a pesar de todo, el mago de la espada dudaba de que Sergen fuera a invocar a los

súbditos de Esperus para eso. Sergen ya lo había neutralizado con sus cargos exagerados. ¿Estaría pensando en destruir a una Compañía Mercantil rival? Todas lo apoyaban a través del Consejo Mercantil. Eso dejaba fuera a los recién formados Escudos de la Luna... o al harmach. Eso tenía que ser, pensó Geran desolado. Si el harmach y la Casa Hulmaster eran destruidos por alguna fuerza exterior, entonces Sergen parecería inocente. Conseguiría lo que no había logrado su padre y se haría señor de Hulburg. Si todos los demás Hulmaster morían, nadie se interpondría entre Sergen y el puesto del harmach.

—Ni siquiera Sergen podría ser tan despiadado —murmuró Geran, aunque nada convencido.

Cuanto más pensaba en ello, más claro lo veía. Con la amenaza de la horda de los orcos sobre Hulburg, las defensas del castillo estaban reducidas al mínimo. Kara estaba fuera de Griffonwatch, de modo que Sergen debía encontrar un medio para ocuparse de ella. Pero todos los demás miembros de la familia estaban convenientemente reunidos en un lugar, incluido Geran. Y Sergen había accedido a que lo trasladaran a Griffonwatch ¿no es cierto?

Tenía que advertir a alguien, pero Sergen acababa de dar órdenes para que nadie lo viera, y podrían pasar horas o días antes de que Hamil o Kolton o cualquier otro consiguieran forzar a la Guardia del Consejo para permitir una visita. Geran se quedó mirando la celda que lo mantenía prisionero y los grilletes que rodeaban sus muñecas.

Tenía que encontrar una forma de escapar.

VEINTITRÉS

10 Tarsakh, Año del Intemporal

Tras horas de pasearse ansiosamente por su celda y de un intenso examen de todos los muebles, Geran seguía sin encontrar ninguna forma evidente de liberarse de los grilletes de mago. Pensó en fingirse enfermo o herido para hacer entrar en la celda a uno o dos de sus carceleros, pero pronto desechó la idea. No podía imaginar que alguien pudiera dejarse engañar por semejante treta, y aunque así fuera, había demasiados hombres fuera. Tal vez pudiera superar a uno o dos de los guardias al tomarlos por sorpresa, y con un garrote hecho con la pata de una silla, pero ¿y después? Incluso los guardias del Escudo que habían quedado como guarnición en el castillo se verían obligados a tratar de reducirlo. Algunos de ellos —Kolton, por ejemplo— podrían hacer la vista gorda ante un intento de fuga, o incluso ayudarlo, pero otros tratarían de cumplir con su deber, independientemente, de lo que pensarán de las órdenes recibidas. Por otra parte, podría haber incluso unos cuantos hombres de la Guardia del Escudo dispuestos a actuar en su contra por razones menos dignas. Jarad Erstenwold había optado por mantener en secreto su misión en los Altos Páramos, incluso ocultándola a sus propios soldados; eso le hacía pensar que tal vez Jarad sospechaba que algunos de sus hombres podían estar pagados por el Consejo Mercantil o alguna de las compañías venidas de fuera.

Se dedicó a examinar la ventana y probó la firmeza de las barras. En un mes tal vez consiguiera ir desgastando el cemento y el ladrillo en el que estaban encastrados los barrotes y conseguir espacio suficiente para poder escabullirse por él, pero sólo conseguiría quedar suspendido sobre un acantilado además, dudaba de que fuera a disponer de un mes.

«No, lo que necesito es hacer llegar a Hamil el mensaje de que debo ser liberado», pensó. O al menos hacerle saber que debía advertir al harmach de sus sospechas. Podía ocuparse de todo desde aquí.

La cuestión era cómo pasar un mensaje clandestinamente. Podía tratar de arrancar una página de uno de los libros que tenía en la celda, ponerle algo para que pesara y tirarlo por la ventana... pero eso dejaba las cosas libradas al azar, al hecho de que cualquiera lo recogiera y lo entregara. Además, la noche era húmeda, de modo que su nota estaría en muy malas condiciones cuando alguien diera con ella. Volvió a examinar el contenido de su celda y reparó en una pequeña caja polvorienta que había entre los libros: un juego de piezas de dientes del dragón. Geran no conocía ningún juego solitario para jugar con ellas, de modo que no le había prestado demasiada atención. Abrió la caja y examinó las piezas más minuciosamente tras extenderlas sobre la mesa. Las monedas, las barras, las espadas... los dragones y grifos... se

decía que todos tenían su significado.

—Si al menos supiera la lengua de los enanos —dijo entre dientes. Claro que no quedaba mucho enano visible en la iconografía del juego, sólo un puñado de runas Dethek para acompañar las imágenes. Durante un momento estudió las piezas de arcilla, pasando los dedos por la superficie esmaltada. La gente jugaba a este juego en todo Faerun, diferentes modalidades en cada país... Una idea empezó a tomar forma en su mente. Geran eligió dos de las piezas y las apartó; a continuación, guardó las demás y con cuidado se tendió en la cama para descansar hasta la mañana. Si no funcionaba, siempre había la posibilidad de usar las piezas como peso para las cartas que arrojaría por la ventana.

Cuando le sirvieron el desayuno por la mañana, Geran comió bien. Entonces puso las dos piezas que había escogido bien visibles en la bandeja, junto a los platos, y usando pluma y tinta escribió: «Para Kirr» en un trozo de papel que puso debajo de las piezas.

—¡He acabado el desayuno! —dijo, dando un golpe en la puerta.

Los guardias del Consejo abrieron la puerta y uno entró para recoger la bandeja. Al ver las piezas frunció el entrecejo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Para mi pequeño primo Kirr —dijo Geran, fingiendo una indiferencia que realmente no sentía—. Le gustan las que tienen dragones grabados.

El guardia miró a su sargento, que estaba junto a la puerta.

—Está bien —dijo el sargento—. Pero comprobad que no ha escrito nada más en el papel.

El soldado revisó la nota.

—No, sargento. Aquí está.

—Entonces está bien. —El guardia del Consejo recogió la bandeja y salió, sin apartar los ojos de Geran. Un momento después, las llaves volvieron a girar en la pesada cerradura.

Geran suspiró y se dispuso a esperar. La verdadera cuestión ahora era si Kirr haría lo que él pensaba que podría hacer con las dos nuevas piezas, y podía tardar días en enterarse de ello. Para pasar el tiempo volvió a hacer sus ejercicios y eligió otro libro del estante para entretenerse una hora o dos.

El primer indicio del éxito de su plan llegó una hora después, cuando oyó voces en el corredor, al otro lado de la puerta. Geran dejó el libro y corrió a aplicar el oído a la puerta, pero no pudo distinguir nada con seguridad. Volvió a su libro, pero media hora después oyó una voz familiar en su mente.

—¿Geran? —decía Hamil—. *Si estás ahí, mira por la ventana.*

El mago de la espada se acercó y miró hacia fuera, pero no vio gran cosa hasta que un ruidito que venía de arriba llamó su atención. Se agachó y miró hacia arriba lo

más que pudo; Hamil estaba colgado de una cuerda un poco por encima de la ventana.

—*¡Aquí estoy, Hamil!* —respondió.

—*¿Estás bien? Los guardias no me dejaron pasar a verte.*

—*Estoy bien, pero Sergen ordenó que no permitieran que me viese nadie* —le dijo Geran—. *¿Has recibido las piezas?*

—*Así es, aunque debo confesar que casi no le hice caso a tu primo. Me vino a buscar para mostrarme sus nuevos dientes de dragón y yo no les di ninguna importancia. Por suerte fue muy insistente y, al fin, le hice caso para entretenerlo. En ese momento mencionó que tú se las habías mandado.* —El halfling se movió un poco y se dio la vuelta para apoyar los pies en un saledizo encima de la ventana.

—Ya sabes que jugar dos piezas de dragón al mismo tiempo se considera signo de mala suerte en el sur —dijo en un susurro.

—Esperaba que lo tomaras como señal de mal augurio. Escucha, Hamil... tengo que salir de esta celda. —Geran hablaba en voz muy baja. No creía que los guardias pudieran oírlo a través de una puerta tan gruesa, pero si uno de ellos por casualidad abría la mirilla para ver qué estaba haciendo, quería dar la impresión de estar mirando por la ventana y no manteniendo una conversación con alguien suspendido por encima de ella.

—Estaba esperando que lo pidieras, pero ¿no te preocupa el problema que pueda acarrearle a tu tío el hecho de que te fugues?

—Creo que Sergen está planeando algo espantoso. Tengo que impedirselo. Tiene pensado matar a mi tío, tal vez a toda la familia. Tiene el amuleto que el Rey de Cobre le dio a Urdinger. Eso no puede presagiar nada bueno.

Hamil guardó silencio un momento.

—El lich dijo que quien llevase el amuleto podía convocar a sus súbditos.

Geran asintió.

—Y Sergen me dijo anoche que no tendría que preocuparme por recuperar mi libertad. Interpreto eso como que me va a hacer matar en mi celda, o que intenta convertirse en dueño de mi destino al apoderarse del trono. Tengo que creer que si Sergen tiene el medallón, es porque piensa invocar sus poderes. Tenemos que quitárselo o por lo menos advertir a mi tío y a Kara de sus intenciones.

—De acuerdo. Pensemos en una manera de sacarte de ahí. —Hamil estudió la ventana y a continuación bajó un poco más para examinar la piedra por debajo de ella—. Hummm, no creo que la ventana sirva a menos que puedas usar tu magia de teleportación.

Geran meneó la cabeza.

—Tengo que ver exactamente el lugar al que quiero ir, y necesitaré un sitio seguro donde aparecer. Además, todavía llevo los grilletes de mago. No puedo usar la magia.

—Entonces tendrá que ser por la puerta —dijo Hamil—. Tendré que conseguir ayuda, Geran.

—Si es posible, deja a la Guardia del Escudo al margen, Hamil. Muchos de ellos son contrarios a mi situación, pero tienen un deber que cumplir: han jurado oponerse a cualquier intento de liberarme. No puedes contar con su ayuda, pero no quiero que los maten. —Geran hizo una pausa, pensando cómo lo haría él en el lugar de Hamil—. Además, es mejor que evitemos una masacre de los guardias del Consejo. Preferiría que los inutilizaran en vez de matarlos. Los cargos que Sergen presentó contra mí no tienen fundamento, pero lo tendrían si matáramos hombres asignados a mantenerme bajo arresto.

—Puestos a hacer mi trabajo más difícil ¿por qué no pides un caballo púrpura con silla de oro que te saque de ahí cabalgando?

—Si estuviera seguro de que Sergen fuera a intentar algo contra el harmach mañana mismo, te diría que hicieras todo lo que estuviera a tu alcance para sacarme de aquí, sin pensar en las consecuencias —dijo Geran en voz baja—. Pero todo lo que tengo son sospechas, Hamil. No estoy dispuesto a matarlos.

—Bien —suspiró Hamil—. Veré si puedo liberarte esta noche.

—Estaré esperando el caballo púrpura.

Hamil respondió con un bufido. Geran oyó el roce del cuero contra la piedra y una especie de gruñido por el esfuerzo, el halfling desapareció y volvió al punto desde el cual se había descolgado. El mago de la espada se apartó de la ventana y examinó su pequeña celda. Unas cuantas horas más, pensó. Tendría que asegurarse de saber qué hacer una vez que Hamil lo liberara. Se sentó en la cama, con una mano en el mentón, y pensó largamente sobre las próximas horas. Luego se dispuso a esperar toda la tarde. Se dio cuenta de que tenía poco apetito a la hora de la cena, simplemente porque estaba ansioso por Hamil, pero de todos modos se obligó a comer bien. Si las cosas no salían bien, tal vez pasaría un largo tiempo antes de que tuviera oportunidad de volver a hacerlo.

Tras la cena, Geran contempló una espectacular puesta de sol desde su ventana, que daba al sudoeste. El ambiente gris y lluvioso de los últimos días empezaba a despejarse; una gran masa de nubes grises en jirones se desplazaba lentamente hacia el este, pintada de rosa y oro por el poniente. Los cielos, por encima del horizonte occidental parecían oscuros y claros. Otro frente de tiempo frío y fuertes vientos, pensó Geran. Ya se veían pequeñas crestas espumosas en la penumbra purpúrea del Mar de la Luna, que rompía contra las imponentes sombras de los Arcos que dominaban el puerto.

No sucedió nada hasta tres horas después de la puesta del sol, y entonces, sucedió rápidamente. Geran oyó una breve conmoción en el corredor, al otro lado de su puerta: un grito de alarma rápidamente sofocado, una voz ronca pronunciando

palabras sibilantes de poder arcano, palabras de poder que hicieron temblar la puerta en sus goznes. De debajo de la puerta empezó a salir un humo rojizo de olor acre que hizo que a Geran le lloraran los ojos y le ardiera la garganta. Entonces giró la llave y la puerta se abrió de repente.

Allí estaba Hamil, con un pañuelo atado sobre la nariz y la boca, y detrás de él, el orgulloso hechicero tiflin al que Geran se había encontrado allá en los Altos Páramos. El tiflin llevaba una pesada capa negra con capucha sobre su túnica escarlata ricamente bordada, pero llevaba además su bastón cubiertos de runas.

—¡Los grilletes, rápido! —le dijo a Hamil con tono sibilante.

El halfling corrió hacia Geran con un juego de llaves en la mano.

—Geran ¿te acuerdas de Sarth Khul Riizar? Ya nos hemos encontrado antes, por supuesto, pero las circunstancias no eran propicias para una presentación adecuada.

—Lejos de mi intención cuestionar a nadie que me ayude a escapar, Hamil, pero ¿qué está haciendo aquí? —preguntó Geran.

—Decidí que necesitaba la mejor ayuda que pudiera encontrar, por si teníamos que salir luchando de Griffonwatch —respondió Hamil—. Y puesto que tú me habías contado lo de Sergen y el amuleto de Esperus, pensé que Sarth podría saber algo sobre lo que tenía planeado tu primo. Fue así que anduve toda la tarde por la ciudad preguntando por Sarth, lo encontré alojado en una posada muy bonita llamada la *Casa del Capitán*, y le expliqué lo que estaba sucediendo.

Hamil encontró la llave indicada y abrió los grilletes de Geran; el mago de la espada se los sacó de encima y se frotó las magulladas muñecas mientras Hamil se arrodillaba para quitarle las cadenas de los tobillos. Geran miró a Sarth a la cara y frunció el entrecejo.

—Aprecio tu interés, maestro Sarth —dijo—, pero ¿por qué accediste a ayudar? ¿Qué tienes que ganar?

—¿Ganar? Nada más que tener la conciencia limpia —respondió el tiflin. Miró al corredor y a continuación otra vez a Geran—. Verás, me considero en parte responsable de la muerte de Jarad Erstenwold y de tus problemas actuales, y quiero corregir eso.

Hamil encontró la llave de las cadenas de los tobillos y se las quitó rápidamente.

—Estás libre, Geran —dijo—. Debemos marcharnos.

—Un momento —respondió Geran—. Explica lo que quieres decir, Sarth.

—Llegué a Hulburg hace cinco meses en busca del libro titulado *Infiernadex*. Sabía que en una época había pertenecido a Esperus, pero le había sido arrebatado al Rey lich hace siglos, en la caída de Thentur. Esperaba recuperarlo y estudiar los secretos arcanos que contenía. Al llegar a la ciudad decidí buscar un patrocinador, y fue así que di con Darsi Veruna y traté de interesarla para que me ayudara con mis exploraciones —el tiflin hizo una mueca—. En realidad, lo que ella quería era

emplearme como varita mágica mercenaria. Yo no tenía ningún deseo de ayudarla a enriquecerse más, y cada uno se fue por su lado. Sin embargo, temía haberle contado lo suficiente sobre mi proyecto como para que ordenara a su propia gente que iniciase también la búsqueda del libro. Por lo que tengo entendido, sus actividades como profanadores de tumbas pronto llamaron la atención del capitán de la Guardia del Escudo, que trató de ponerle coto y fue asesinado por su interferencia. Los hombres armados de Veruna no habrían estado allí si yo no hubiera buscado primero la ayuda de esa Casa, por lo cual estoy realmente apesadumbrado.

Geran meneó la cabeza. El tiflin parecía sincero, pero le resultaba difícil creerse lo que decía. Con todo, Sarth evidentemente había accedido a ayudar a Hamil a liberarlo, y juntos habían luchado contra los mercenarios de Veruna junto al túmulo de Terlannis.

—Pronto necesitaré más información sobre eso. Supongo que éste no es el momento —dijo por fin—, pero lo siento si te juzgué mal.

El tiflin sonrió con tristeza.

—Ya estoy acostumbrado —dijo, señalando los pequeños cuernos negros que se insinuaban en su frente.

—¿Podemos seguir ahora con tu huida, Geran? —preguntó Hamil.

—Una sabía sugerencia.

Geran salió de su celda; el humo rojo ya empezaba a disiparse. Cinco hombres de la guardia del Consejo estaban tirados en el suelo, tosiendo débilmente. Geran vio un baúl junto a la pared de enfrente, lo abrió y recuperó sus efectos personales que le habían quitado cuando Kendurkkel y sus hombres le tendieron la emboscada. Con un suspiro de alivio, Geran se colocó la vaina a la cintura y apoyó la mano en la empuñadura de su espada.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Mirya está esperando con una carreta en el patio —respondió Hamil—. Lo dispuse todo para que enviaran un importante pedido de provisiones a Erstenwold. Vamos a salir por la puerta principal como si no pasara nada.

—Necesito un disfraz.

—Yo me ocupo de ese detalle —dijo Sarth. El tiflin buscó en un bolsillo que llevaba al cinto y sacó una pizca de fino polvo de plata que esparció sobre el mago de la espada mientras murmuraba un conjuro. Geran sintió un escozor extraño sobre la piel y se mantuvo quieto sólo gracias a una férrea determinación. Hamil y Sarth parecieron desdibujarse extrañamente delante de él, y se volvieron pálidos y fantasmales; cuando por fin se miró el cuerpo se dio cuenta de que él parecía todavía más fantasmal—. Eres invisible, Geran. Ten cuidado porque te pueden oír o tocar. El conjuro dura poco tiempo, de modo que debemos darnos prisa.

—Lo entiendo —dijo Geran.

Siguió a sus rescatadores corredor abajo y luego a través de la sala de la guardia, donde otros cuatro hombres de la Guardia del Consejo yacían, roncando levemente en medio de una media luz encantada. Bajaron un tramo de escalones y a continuación pasaron a un almacén con una puerta que daba al patio, detrás de la entrada principal. Allí había una gran carreta abierta, con la caja llena de varios barriles y cajones. En el almacén había más de lo mismo. Geran supuso que Hamil y Sarth se habían hecho pasar por mozos de Erstenwold que descargaban la carreta y se habían escabullido en cuanto se les presentó la oportunidad.

Mirya estaba entre las sombras junto a la carreta, con una capucha oscura sobre el vestido. Acariciaba el cuello del animal de tiro para tranquilizarlo. Cuando Sarth y Hamil aparecieron, frunció el entrecejo consternada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó en un susurro—. ¿Dónde está Geran?

—Estoy aquí, Mirya —respondió Geran. No pudo resistirse a tocarla brevemente en el hombro. Ella dio un salto y miró aterrada hacia donde él estaba—. No deberías haber dejado que Hamil te convenciera para ayudarlo en esto. Te verás en graves problemas cuando la Guardia del Escudo se imagine lo que sucedió.

Hamil rió por lo bajo.

—Créeme, Geran, no fue idea mía. Yo sólo quería la carreta y algunos barriles vacíos, pero ella insistió en venir a ayudar.

—Sería más prudente mantener esta conversación en otra parte —dijo Sarth en voz baja—. Todavía no lo hemos conseguido.

Geran alzó la vista hacia los estandartes que flameaban sobre la caseta de la guardia. Eran batidos enérgicamente por una fuerte brisa y parecían manchas grises a la luz de la luna. Estaba a unos pasos de abandonar el castillo, pero vaciló, pasando revista a las decisiones que había tomado antes.

—Será mejor que os vayáis sin mí —dijo lentamente—. Debo hablar con el harmach y explicarle el peligro que corre. No me imagino por qué otra razón llevaría Sergen ese amuleto como no fuera para tratar de invocar al Rey de Cobre, y creo que pretende hacerlo aquí.

—El harmach Grigor tal vez se sienta en la obligación de encarcelarte otra vez para mantener la palabra empeñada ante el Consejo Mercantil —señaló Mirya—. No vas a encontrar mejor ocasión de irte.

—Coincido con Mirya —dijo Hamil—. Si te cogen ahora, será imposible volver a sacarte. Además, planteará algunas cuestiones difíciles para Mirya y para mí.

—Le diré al harmach que fue obra mía. Todo lo que tengo que hacer es encontrar una historia para explicar cómo me quité los grilletes. Vosotros no tendréis problema.

—Todo eso está bien, pero puedes ahorrarle al harmach esa decisión marchándote ahora con nosotros —dijo Mirya con brusquedad—. Podemos ingeniarnos para ponerlo sobre aviso cuando estés fuera de peligro. Y si, después de eso, todavía

sigues con la idea de que Sergen tiene algún plan demoníaco, serás libre de luchar con él.

—Decidas lo que decidas, hazlo rápido —advirtió Sarth—. Será mucho más fácil sacarte del castillo mientras eres invisible, Geran.

El mago de la espada se lo pensó todavía un momento y luego asintió... aunque ninguno de los demás pudo verlo.

—Iré —dijo—. Nos aseguraremos de advertir al harmach, pero la mejor manera de evitar el peligro es quitarle a Sergen el amuleto del lich. —Se montó en la carreta, que se hundió levemente bajo su peso, y se acomodó entre un par de barriles vacíos. Los demás subieron al pescante, y Mirya chasqueó la lengua para animar al caballo. El animal dio un bufido nervioso y retrocedió.

—Tranquilo, eh, tranquilo —le dijo Mirya suavemente, pero el caballo puso los ojos en blanco y golpeó el suelo con los cascos mientras se estremecía y trataba de escabullirse de su arnés—. ¡Eh, tranquilo!

Geran se alzó sobre un codo y miró al animal, preguntándose qué lo habría asustado. Y entonces también lo sintió él, una fría sensación mareante que le heló el corazón e hizo que se estremeciera. La luz del farol que había junto a la entrada del castillo pareció más mortecina, y las sombras que rodeaban el patio de golpe se hicieron más oscuras y alargadas. Alzó la vista y vio que los estandartes colgaban lacios en sus mástiles.

—Algo se acerca —dijo Sarth con voz áspera—. Algo maligno.

Entonces unas formas, silenciosas, terribles, empezaron a alzarse de las sombras: antiguos guerreros con cotas de malla rotas y caras esqueléticas inexpresivas en su desesperanza. Una luz verde y maligna brillaba en las cuencas vacías de los ojos. El caballo de tiro pifaba aterrorizado y trataba de recular; Geran se giró hacia un lado y abandonó la carreta, lo mismo que los demás. El pánico hizo que el animal saliera disparado, llenando el patio de sus horribles gritos de terror y del traqueteo de la carreta que saltaba sobre las piedras. De los pasillos y de la caseta de la guardia llegaron aullidos humanos de horror mientras aumentaba el número de espectros que aparecían y que se introducían en el castillo.

—¡El Rey de Cobre! —dijo Mirya con voz entrecortada—. ¡Está aquí!

Geran la asió por el brazo, se retiró con ella al almacén que tenían detrás, y agitó la espada a diestro y siniestro mientras se preguntaba qué podría hacer él contra el acero fantasmal y las garras espectrales. Ya había docenas de esos terribles seres de otro mundo y a cada momento aparecían más.

—Dudé demasiado —dijo Geran con voz ronca—. Sergen ha decidido atacar.

Un espectro pasó volando por encima de ellos, aullando con voz aguda y fría. Se detuvo y se volvió a mirarlos. Era la sombría imagen de un guerrero muerto hacía tiempo.

—Matadlos a todos —susurró entre dientes mientras se lanzaba sobre Mirya desenfundando la fantasmal espada. Geran la protegió y paró el ataque con la suya. El acero elfo relució bajo la luz de la luna contra la oscura materia de sombra, pero el arma fantasmal del espectro atravesó el acero de Geran y se clavó en su brazo. Un profundo escalofrío surcó la carne del mago de la espada y le arrancó un grito de dolor. Entonces, la espada del espectro dejó tras sí una delgada línea blanca de piel fría y pálida, como la cicatriz de una herida antigua.

—*¡Vaar thel murne!* —gritó Sarth, y de sus dedos brotó un rayo de fuego brillante que dio en el centro del cuerpo del espectro. El rayo relampagueante abrió un agujero en medio de la sustancia del espíritu, y el espectro se encogió como si lo hubiera herido mortalmente—. *¡Ahora el acero casi no sirve de nada, Geran!*

Las facciones del espectro se desdibujaron y casi desaparecieron, pero en segundos su materia fantasmal empezó a recomponerse, y la malignidad de sus ojos color esmeralda empezó a relucir. Desplazó su atención al tiflin, se deslizó hacia delante y alzó su espectral espada para dar otro golpe.

—Maldita suerte —farfulló Sarth—. Puede que mi magia no sea mucho más útil.

Geran se sacudió el entumecimiento del brazo de la espada y encontró el conjuro que estaba buscando.

—*¡Reith arroch!* —gritó, y su espada emitió repentinamente una brillante luz blanca. Dio un salto al aire para enfrentarse al espectro y le clavó la punta del arma entre los ojos; esta vez, el acero elfo se clavó en la sustancia de otro mundo como si fuera carne viva. El espectro experimentó un estremecimiento, ensartado en la espada, y entonces un destello de luz argéntea lo destruyó. No obstante, más espectros se arremolinaron en torno a ellos y el patio de armas del castillo empezó a tomar un aspecto fantasmagórico, sepulcral, como si la mera presencia de los guerreros muertos hubiera arrastrado al mismísimo Griffonwatch hacia el horror espectral de su existencia de sombra.

—No podemos quedarnos aquí, Geran —advirtió Hamil. Tenía en las manos sus dos dagas, armas encantadas, pero ¿cómo saber si su agudeza bastaría para atravesar una carne inexistente? Las mantenía a modo de defensa, tratando de mantener a raya a los espectros que se acercaban por ese lado—. *¡Aquí estamos demasiado expuestos!*

Geran miró a su alrededor y su mirada tropezó con la puerta que llevaba a la sala de banquetes. Un guardia del Escudo luchaba furiosamente en los escalones de la entrada hasta que cayó bajo el asalto mortal de varios espectros furiosos. Sólo se podía hacer una cosa: Geran tenía que llegar al harmach y al resto de los Hulmaster antes de que lo hicieran los espectros. Confiando en que los demás lo seguirían, atravesó corriendo el patio de armas y subió los escalones para meterse en los pasillos llenos de fantasmas de Griffonwatch.

VEINTICUATRO

10 Tarsakh, Año del Intemporal

Los hulburgueses habían elegido una buena posición defensiva. La senda que bajaba de los páramos hasta el valle del río pasaba entre una alta ladera en el este y una pequeña elevación rocosa a la derecha. El caudaloso Winterspear atravesaba el valle describiendo meandros justo enfrente de las defensas humanas, desplegadas junto a un viejo puente de piedra. Sobre una colina rocosa de escasa altura se alzaba una de las pequeñas torres de vigilancia. Mhurren hizo un gesto de admiración tras estudiar el pequeño ejército dispuesto a enfrentarse a él. Hacía más de una hora que se había puesto el sol, pero grandes fogatas ardían esparcidas delante de las posiciones de los humanos para que éstos tuvieran luz suficiente para combatir. Los soldados humanos procuraban permanecer bastante apartados de la luz del fuego; tal vez no pudieran pasar de la línea marcada por el fuego, pero tampoco Mhurren podría enviar a sus guerreros contra ellos sin hacerlos atravesar esa línea. Fuera quien fuese el comandante, no era ningún tonto.

—¿Piensan que ese pequeño torrente nos va a detener? —dijo Kraashk con sorna. El jefe hobgoblin hizo un gesto con la mano a los humanos. Le llevaba a Mhurren media cabeza, y llevaba el tupido pelo oscuro peinado en trenzas con velas alrededor de la cara; cuando Kraashk entraba en batalla las encendía para crear alrededor de su rostro un marco de llamaradas y humo, con el fin de aterrorizar a sus enemigos. Señaló al otro lado del valle, a su parte más baja, donde las laderas se hacían más empinadas y se acercaban nuevamente—. Harían mejor en apostarse en el desfiladero, allí.

Mhurren negó con la cabeza.

—El río corre por el centro. Dividir a sus guerreros entre ambas orillas sería una sandez. Cada parte es incapaz de guardar a la otra en ese lugar. No, sus capitanes han elegido un buen terreno. Todo el ejército combate como uno solo, y puede replegarse en caso de ser derrotado aquí.

—Piensas como un humano —dijo Kraashk, y mostró los colmillos un instante para demostrar que no pretendía que aquello fuera un cumplido.

El jefe de los Cráneos Sangrientos pasó por alto la pulla de su vasallo. Estudió un buen rato el valle y luego hizo un gesto afirmativo. Era un buen plan. Señaló la alta colina que había sobre el flanco derecho de los humanos.

—¿Podrán tus jinetes a lomos de lobo subir esa colina, Kraashk?

El hobgoblin estudió el lugar un momento.

—No será fácil, pero sí, podrán hacerlo.

—Entonces mi plan es simple. Haz que vayan dando un rodeo hasta la cima de

esa colina. Yo atacaré por la garganta del valle y atraeré a los humanos hasta el borde del torrente. A mi señal, haces que los Garras Rojas bajen la colina y los sorprendan por el flanco. Los humanos estarán ocupados conmigo y no tendrán tiempo para dispararos.

Kraashk esbozó una sonrisa de aprobación, y esta vez sin ninguna intención peyorativa.

—Un buen plan —dijo. A pesar de la brutal fiereza de la que presumía, era bastante listo y captó rápidamente la intención de Mhurren—. Dame una hora para poner a mi caballería del lobo donde tú la quieres y, entonces comienza el ataque. No me des la señal demasiado pronto.

—Ve, pues —dijo Mhurren. El hobgoblin alzó su lanza a modo de saludo y corrió internándose en la fría y ventosa noche. Ya iba gritando órdenes a sus soldados. Mhurren miró a su alrededor.

—¡Avrun! —llamó.

El Caballero de Warlock estaba esperando allí cerca.

—¿Sí, Rey Mhurren?

—Dentro de una hora estaré persiguiendo a los hulburgueses valle abajo. ¿Puedes ver el lugar donde el valle se estrecha, allí? Quiero que tus mantícoras y wyverns esperen allí, en lo alto. Espero que cuando los hulburgueses huyan, se den un festín.

El humano asintió.

—¿Y mis lanzadores de conjuros?

—Tendrán que proteger a mis guerreros. Atacaremos en el puente, allí. Utiliza tu magia para impedir que los proyectiles de los humanos nos hagan trizas.

—Se hará como tú dices —accedió el vaasano, y se apartó para hablar con los demás humanos de negra armadura y con sus monstruosas mascotas.

Mhurren se preguntó distraídamente qué haría Avrun en el caso de proponerle un plan que no les pareciera bien a los caballeros de Warlock. ¿Tratarían de razonar con él?, ¿lo amenazarían?, ¿recurrirían a alguna forma de compulsión mágica?, ¿o simplemente se desharían de él y lo reemplazarían por otro jefe guerrero más susceptible de ser controlado por ellos? Esa noche eso no importaba, sin embargo, llegaría un día en que se mostraría contrario a hacer lo que ellos quisieran. El truco era simple: tenía que hacerse tan fuerte que los Machacacráneos, los Garras Rojas y todas las demás bandas de esa ralea que infestaba Thar, le temieran más de lo que temían a Vaasa. La destrucción de Hulburg sería un buen comienzo para conseguir esa meta. Cada victoria que consiguiera Mhurren aumentaría su jerarquía entre los demás jefes de Thar, y pronto llegarían a creer que había obtenido esas victorias por su fuerza y astucia personales, no gracias a la magia vaasana ni a las alianzas. Y cuando lo hicieran, tal vez tuviera la oportunidad de volverse contra los caballeros de Warlock, y de gobernar en su propio nombre.

Mhurren llamó a sus propios jefes y capitanes de los Cráneos Sangrientos y les dio instrucciones. A continuación, esperó sentado a horcajadas sobre una piedra desde la cual tenía una buena vista del valle. La luna era menguante, casi luna nueva, pero la noche estaba clara; pudo distinguir con facilidad, sobre los páramos, colinas a kilómetros de distancia. Un viento frío, triste, gemía entre las grietas y por encima de las colinas que lo rodeaban... un viento fantasmal, como lo llamaban sus guerreros. Esa noche, los espíritus de viejos guerreros andaban cerca, reuniéndose sin duda para presenciar la lucha que iba a tener lugar y para gritar su aprobación desde la tierra de los muertos.

Largo rato estuvo dándole vuelta a sus pensamientos, hasta que Avrun, el Caballero de Warlock, se le acercó.

—Rey Mhurren, los Garras Rojas están en posición. Kraashk espera tu orden.

—Te oigo —dijo Mhurren—. Te diré cuándo enviar la señal. —Se colocó el yelmo y recogió su lanza de punta de hierro. Salió a buen paso hasta el lugar donde se reunían sus tropas, a la distancia de un largo tiro de flecha por encima de los hulburgueses. Encontró otra roca en medio del lugar donde se reunían sus guerreros y trepó a ella para que todos pudieran verlo.

—¡Escuchadme, Cráneos Sangrientos! —gritó—. ¡Escuchadme, Machacacráneos! —Los orcos y ogros que le rodeaban se callaron, y el silencio se extendió como las ondas en un estanque, de modo que la mayoría de guerreros se volvió para mirarlo y esperar sus palabras—. ¡Allí abajo están los guerreros del rey humano que asesinaron a Morag y nos devolvieron su cabeza como insulto! —Los Cráneos Sangrientos rugieron furiosos al oír eso; los Machacacráneos no tenían ni idea de quién era Morag, pero los poco inteligentes ogros sabían que se avecinaba una batalla y también rugieron—. ¡Allí abajo están los guerreros cuyo pueblo caza vuestras piezas, se lleva sus pieles y roba vuestro oro del interior de la tierra! Miradlos, hermanos míos, son todo lo que se interpone entre vosotros y Hulburg esta noche. Acabad con ellos, y todo el oro, las pieles y la comida que os han robado a lo largo de los años, estará a vuestro alcance mañana, en Hulburg, reuniremos mil esclavos, y todo el botín que podáis cargar. ¡Basta con que combatáis bien esta noche y matéis a estos alfeñiques! ¡Cada guerrero que se lleve, de este campo de batalla, el cráneo de un humano muerto por él, se ganará el honor esta noche! ¡Pero debéis atacar con rapidez, hermanos, porque somos más que ellos! ¡El que sea lento, el que vacile, el que se retraiga cuando los demás se lancen a la carga, no conseguirá una sola cabeza esta noche! ¡Ahora, adelante y a matar!

Dicho esto, Mhurren bajó de un salto de la roca, apuntó con su lanza a los humanos del otro lado del campo y salió como una flecha hacia la luz del fuego. Miles de orcos y ogros a su alrededor rugieron con furia batalladora y lo siguieron; trataban de ser el primero en atravesar el valle iluminado por el fuego, y de ser el

primero en cobrarse una cabeza. Flechas, virotes y conjuros de batalla salieron disparados de la muralla protectora de los humanos cuando los orcos de Mhurren surgieron de la oscuridad; muchos de los proyectiles y de las bolas de fuego se deshacían en chispas de rojas llamaradas, interceptados por los magos vaasanos que trabajaban para proteger a la horda de los Cráneos Sangrientos, pero otros conseguían abrirse camino. Los orcos aullaban y caían rodando por la ladera al ser alcanzados por flechas y virotes; a sólo unos metros de Mhurren, una esfera relampagueante y crepitante explotó de repente en medio de varios ogros y les dejó secos con sus brillantes proyectiles verdes. Los ogros gritaron y se sacudieron de una manera espantosa cuando salió humo de su carne, y un instante después caían al suelo, retorciéndose. Mhurren pasó por delante de ellos, haciendo caso omiso de los muertos y de los moribundos.

Redujo un poco la marcha y miró en torno para hacerse una idea cabal de cómo iba su ataque. Sus guardias de la Calavera formaron un grupo cerrado en torno a él, protegiéndolo con sus escudos. Los Machacacráneos llegaban en tropel al puente, distribuyéndose por el pequeño tramo de piedra, pero un fuerte estallido surcó el aire y el puente se hundió de repente sobre la corriente, llevándose consigo a media docena de ogros.

—Inteligente maniobra —gruñó Mhurren.

Los humanos habían saboteado el paso. Debería haberlo previsto. En otro punto, sus guerreros habían llegado a la orilla del Winterspear. La corriente era fría y rápida, pero no tenía más de doce metros de ancho y varios palmos de profundidad, y los orcos empezaron a vadearlo sin temor, en los mismísimos morros de las defensas humanas. Caían orcos por docenas al agua, derribados mientras trataban de avanzar contra la corriente, pero otros guerreros situados en la orilla lanzaban jabalinas y pesadas lanzas por encima del agua, cobrando un tributo a los humanos que esperaban en la otra ribera. Las fosas nasales de Mhurren se hinchaban con el olor de la sangre y hervía por lanzarse de cabeza a la refriega y encabezar la marcha de sus guerreros a través del río, pero se contuvo. Era un señor de la guerra, no un demente, y eso significaba que a veces tenía que combatir con su ingenio al igual que con sus manos.

Los orcos y los ogros llegaban a la otra orilla y morían bajo las espadas de los soldados hulburgueses que los esperaban. Más guerreros se apelotonaban tras ellos, ensartándose en el acero de los humanos y los enanos. No era una lucha que favoreciera a los Cráneos Sangrientos, ya que su superioridad numérica quedaba mermada al llegar a un frente, en comparación, reducido; pero aun así la mera masa y ferocidad de la horda se hacía sentir. Palmo a palmo, la línea hulburguesa vacilaba y se veía obligada a retroceder por la creciente presión. Mhurren esperó treinta segundos más para asegurarse de que era el momento, y entonces giró y les gritó a

sus guardias:

—¡El estandarte, ahora!

Dos de los guardias de la Calavera alzaron un brillante pabellón amarillo con la imagen de una roja calavera burdamente dibujada y lo agitaron de un lado a otro. Uno vaciló y cayó con una flecha temblorosa entre los dos omóplatos, pero la señal ya se había dado. Cien metros por detrás de ellos, uno de los lanzaconjuros vaasanos lanzó un misil relumbrante de fuego verde hacia el cielo, donde estalló sobre el campo de batalla. Desde la oscuridad que se cernía en lo alto, a un lado de las filas humanas, un coro de fieros aullidos y gritos de guerra saludó a la señal.

—No sois tan listos como pensáis —dijo Mhurren con voz ronca a su invisible adversario. En algún punto de la retaguardia de las líneas humanas, algún señor o capitán acababa de sentir verdadero miedo por primera vez desde el comienzo de la batalla.

Gritos de consternación y angustia se elevaron desde el flanco derecho de las líneas hulburguesas, y entonces Mhurren vio a la caballería del lobo lanzándose por la empinada ladera contra los soldados que combatían en el río. Algunos se tambaleaban y caían, precipitándose irremisiblemente, pero incluso éstos servían para derribar a los humanos o enanos contra los que golpeaban. Una sonrisa triunfal se dibujó en la cara de Mhurren; mientras golpeaba sobre el escudo de su enemigo con la mano derecha para mantenerlo ocupado, había conseguido destriparlo clavándole una cuchilla en el costado izquierdo. La lucha no duraría mucho.

—A por ellos, guardias de la Calavera —gritó Mhurren—. ¡Quiero cobrarme una cabeza esta noche! —Echó una carrera para incorporarse a la refriega, chapoteando en el agua helada no lejos del puente derruido. Llegó al otro lado sin obstáculos, pues sus guerreros ya habían hecho retroceder a los hulburgueses del borde del agua. Tras buscar una apertura en las líneas, lanzó un grito de batalla y salió disparado a hundir su lanza en el corazón de un soldado humano que no alzó su escudo a tiempo. El hombre dio un grito y cayó. Mhurren arrancó el acero del pecho del hombre y se volvió para arremeter contra otro soldado. Esta vez fue un fornido enano que a punto estuvo de rebanarle un pie al señor de la guerra con un golpe bajo y rápido de su hacha. Intercambiaron varios golpes, la lanza procurando encontrar una vía para rodear el escudo, el hacha describiendo sibilantes surcos en el aire, y en ese momento un ogro apareció detrás del enano y lo derribó, sobre el terreno húmedo, con un enorme golpe descendente de su descomunal garrote. Mhurren expresó su frustración con un gruñido y se apartó buscando ya otro enemigo.

Percibió el comienzo de la derrota antes de verla. Los soldados se replegaban ante sus guerreros, cediendo terreno, al principio, paso a paso y después más rápidamente. Sobre su derecha, en el flanco menos combativo del enemigo, una de las compañías —infantería con chalecos a cuadros rojos y blancos, probablemente una de las

compañías de mercenarios contratadas por los comerciantes hulburgueses— se separó de la línea e inició una ordenada retirada, que por supuesto dejó expuestas a las compañías que tenía cerca. Más hulburgueses empezaron a retirarse mientras los orcos aullaban persiguiéndolos, amenazándolos con hachas y lanzas. Las compañías enemigas de la derecha hulburguesa ya se habían dispersado, cogidas entre las mazas y las hoces de los jinetes a lomos de lobos de los Garras Rojas y los guerreros de la Calavera Sangrienta que vadeaban el Winterspear. Sólo la Guardia del Escudo del harmach permanecía a pie firme, manteniendo el centro, pero estaban en grave peligro de quedar rodeados al caer los flancos.

Mhurren se sumó otra vez a la refriega, atacando a los guardias del Escudo que tenía enfrente. Atravesó con su lanza a un alto veterano de barba gris acerada, después replegó el brazo y lanzó la lanza contra otro humano que le daba la espalda. El arma lo atravesó y se desplomó en el suelo soltando su espada. El semiorco sacó una pesada espada curva que llevaba al cinto y se abalanzó sobre el soldado moribundo, decapitándolo de un solo tajo.

—¡Éste es mi trofeo! —gritó a sus guardias de la Calavera, y buscó a otro enemigo.

Las trompetas sonaron en el valle, y los soldados humanos se volvieron y salieron corriendo, cediendo más terreno. Tras ellos, una única línea de caballería formó, haciendo las veces de retaguardia, mientras el resto empezaba a abandonar el valle en tropel, en pos de los mercenarios que ya habían dejado el campo de batalla. La capitana de la caballería hizo un molinete con su espada en alto y dio una orden clara y alta:

—¡*Contraataque!* ¡*Contraataque!*

Los jinetes se lanzaron contra la enorme horda que avanzaba hacia ellos, apuntando hacia abajo con las lanzas, causando conmoción entre los guerreros de Mhurren que se pararon en seco. De inmediato, los jinetes humanos hicieron dar la vuelta a sus cabalgaduras y al galope se pusieron fuera de alcance, no sin que antes un par de ellos fueran arrancados de sus sillas; a continuación, formaron otra línea detrás de su capitana. Mhurren la miró con los ojos entrecerrados e hizo una mueca. Llevaba el capote con el grifón característico de todos los hombres del harmach, pero el grifón en este caso no era azul sino dorado, y sus ojos brillaban con una luminosidad misteriosa.

—La Serpiente Azul —dijo Mhurren entre dientes.

Pocos guerreros humanos inspiraban gran respeto a los Cráneos Sangrientos, pero él había oído suficientes historias sobre Kara Hulmaster y sobre su pericia con la espada y el arco. Ante sus ojos ella replegaba ordenadamente los asaltos de sus guerreros, para que sus soldados tuvieran ocasión de escapar a la trampa que él les había tendido.

—*¡Otra vez!* —ordenó la mujer—. *¡Contraataque!*

Y una vez más la línea de cincuenta jinetes se lanzó sobre los cientos y cientos de orcos, ogros y jinetes a lomos de lobo que presionaban desde atrás y los forzó a detenerse. Volvieron a liberarse y a replegarse, perdiendo unos cuantos camaradas más, pero la campeona del harmach seguía liderándolos.

—Esa al menos sabe lo que es el valor —dijo el jefe guerrero. Casi era una pena matar a una guerrera tan valiente, pero debía morir. Envainó la espada y tendiendo la mano le dijo al Guardia del Cráneo que tenía más próximo—: *¡Rápido, tu lanza!*

El guerrero le entregó a Mhurren su lanza, una buena arma, bien equilibrada y fuerte, y Mhurren estudió a su presa atentamente. Ella reunió a sus jinetes para un ataque más sobre las hordas que les rodeaban.

—*¡Contraataque!* —gritó—. *¡Por Hulburg!*

El jefe guerrero dio tres pasos rápidos y lanzó la lanza con todas sus fuerzas. Fue un lanzamiento largo porque estaba a unos buenos cuarenta metros detrás de las líneas desiguales de sus guerreros, pero tomó buen impulso y apuntó bien. La lanza describió un arco atravesando la oscuridad mientras salía a su encuentro inadvertidamente. Y entonces, en el último momento, la mujer entrevió la lanza lanzada contra su corazón. Alzó su espada y paró la lanza reluciente, desviándola hacia un lado de modo que pasó volando por encima de su hombro.

—*¡La suerte de una bruja!* —dijo el guerrero al que Mhurren había tomado la lanza.

Mhurren contempló cómo golpeaba otra vez a sus guerreros, sembraba la muerte a su alrededor con la espada y se detenía para volver a replegarse. El jefe resopló y meneó la cabeza.

—Eso no fue suerte, Ruurth. Eso fue destreza. Su muerte no la espera en este campo de batalla.

Esta vez, los jinetes de la Guardia del Escudo que quedaban —menos de la mitad de los que habían lanzado la primera embestida contra los Cráneos Sangrientos— no volvieron a formar sus líneas. Habían ganado tiempo suficiente para que los supervivientes del ejército de Hulburg pudieran huir. La campeona del harmach los condujo por el estrecho desfiladero que había en la parte inferior del campo y se retiraron al interior del ancho valle de Winterspear que quedaba al otro lado. Mhurren observó con sonrisa irónica que quedaban docenas de cadáveres destrozados, con uniformes a cuadros blancos y rojos, sembrados a lo largo del angosto sendero. Los mercenarios que habían abandonado primero el campo, fueron los primeros también en descubrir a los monstruos vaasanos que los esperaban.

—Un fin muy adecuado para unos cobardes desleales —farfulló.

—*¡Buen combate, Mhurren!* —Kraashk, el Garra Roja, estaba a lomos de su enorme worgo, inclinado sobre la silla de montar. Salía humo de las velas encendidas

de su pelo y de su barba y manaba sangre de su muslo izquierdo, donde estaba clavada una flecha rota, pero él no le prestaba atención—. Creo que no van a parar hasta el Mar de la Luna.

—No, si yo puedo evitarlo —respondió el señor de la guerra—. No les des tregua, Kraashk. Haz que tengan que dar la vuelta y pararse diez veces por hora. Si consigues ahora frenar su marcha, podemos cogerlos en campo abierto y destruirlos completamente.

—Eso me costará lobos y guerreros —le advirtió el hobgoblin.

—Y como recompensa, los Garras Rojas se llevarán una generosa parte del botín de la ciudad —respondió Mhurren—, pero no podemos tomar la ciudad a menos que destruyamos antes al ejército del harmach, y para eso necesito que les detengas y les hagas combatir en algún lugar donde no puedan conseguir ayuda.

Kraashk asintió.

—Como digas, entonces, señor de la guerra; pero te recordaré tu promesa cuando llegue la hora de recoger el botín. —Clavó los talones en los flancos de su worgo y el lobo monstruoso piafó y se lanzó hacia la oscuridad en pos de los hulburgueses en retirada.

Mhurren lo miró irse y sonrió. Con un poco de suerte, Kraashk encontraría una forma de hacerse matar y le ahorraría el trabajo de encontrar un soborno adecuado. Pero si no, bastaría con permitir que los Garras Rojas se llevaran un poco más de lo que los vasaanos le habían pedido que reservara. Habría botín suficiente para no tener que compartir el suyo.

VEINTICINCO

10 Tarsakh, Año del Intemporal

Los espectros de Esperus mataban rápida e indiscriminadamente. Dondequiera que daban con una persona viva, atacaban con absoluto salvajismo. Geran corría por el castillo hacia la Torre del Harmach, y tenía la sensación de encontrarse, en cada esquina, con un sirviente o un guardia asesinado. Las víctimas morían sin que les quedaran apenas marcas, sólo una pálida cicatriz blanca donde el arma de un espectro había tocado la carne viva pero tenían los ojos oscuros y vacíos, y la boca crispada en gritos silenciosos ante el horror que les inspiraban sus fantasmagóricos asesinos. Gritos de pánico y terror mortal resonaban por todos los corredores del castillo, perdidos entre los alaridos y llamadas siniestras de los guerreros espectrales que habían invadido Griffonwatch.

Para evitar el gran salón del castillo donde había ya una docena de espectros, Geran se internó en el laberinto de despensas y habitaciones de los sirvientes que rodeaban aquella parte de Griffonwatch. Hamil, Mirya y Sarth tenían que correr para seguirle el ritmo, de modo que redujo un poco el paso, pues era muy fácil perderse en los pasillos recónditos del castillo, y ellos, a diferencia de él, no se habían criado allí.

—¡Por aquí! —les gritó.

Llegó a una escalera de servicio que llevaba al ala Este, un gran edificio entre la muralla interior más baja y el patio superior, que albergaba oficinas del harmach y habitaciones para dignatarios. Geran subió velozmente los escalones y salió a un amplio pasillo con piso de reluciente madera, donde se encontró a varios espectros merodeando. Los espíritus no muertos emitieron sibilantes desafíos, volaron hacia él y blandieron sus pálidas espadas.

—¡Espectros! —advirtió el mago de la espada por encima del hombro.

Rápidamente urdió la fórmula del velo de acero argentado.

—¡*Cuillen mhariel!* —gritó antes de ceder terreno, y atrajo a los guerreros espectrales para apartarlos de la puerta por la que él acababa de entrar. Sus compañeros estaban apenas a unos pasos por detrás de él, y no quería que los fantasmas cayeran sobre ellos en cuanto aparecieran en el pasillo—. ¡Por aquí, nauseabundos espíritus!

Los espectros se arremolinaron a su alrededor, dispuestos a acuchillar y cortar con sus espadas espectrales, pero en el acero de Geran, forjado por los elfos, brilló la luz de su conjuro antiespíritus. Paraba sus ataques como si se enfrentara a espadas de hierro alcanzó a uno en la cadera, derribó a otro al suelo y giró sobre sí mismo para abrir de lado a lado la garganta de otro mientras de un salto se apartaba del tercero. El reluciente acero de su hoja penetró profundamente en la sustancia de sombra del

espectro y un chorro de niebla oscura surgió de la herida inferida por Geran, cuando éste se volvió para enfrentarse a los dos que quedaban. Los espectros no eran tontos; cuando volvieron a atacarlo lo hicieron de forma mucho más cauta, casi como guerreros vivientes y temerosos de su espada. Por un momento, Geran tuvo que limitarse a luchar por su vida mientras los dos espectros procuraban atraparlo entre sus espadas y lo asaltaban por ambos lados al mismo tiempo. El mago de la espada se dedicó en pleno a su propia defensa, y bloqueaba una espada tras otra mientras describía un círculo para apartarse de ellos.

Hamil llegó a la cima de la escalera en una repentina sucesión de pisadas leves. De una mirada, el halfling captó la situación y se lanzó de cabeza a la lucha, daga en mano.

—¡Aquí estamos, Geran! —gritó. Se plantó frente a uno de los espectros, movió sus pequeños aceros en una vertiginosa sucesión mientras lanzaba puñaladas y tajos al espectral enemigo. El espectro chilló y reuló frente a Hamil. Aunque las dagas no eran totalmente reales para el fantasma, estaban encantadas y su magia penetró en la carne fantasmal. Tal como había pasado con los conjuros de Sarth en el patio inferior del castillo, las heridas no duraron mucho. En cuestión de segundos, la carne deshilachada del espectro se recompuso, casi tan rápido como se había producido la herida.

—¿Cómo se mata a estas cosas? —preguntó Hamil con rabia.

Geran aprovechó la distracción, que Hamil le había proporcionado, para cambiar de enemigo y abandonar, por un momento, al suyo para clavar la resplandeciente punta de su espada en el centro de la espalda del otro. La criatura echó la cabeza hacia atrás y lanzó un horrible chillido antes de desintegrarse. Un negro escalofrío sacudió las manos de Geran mientras la cosa moría —por así decirlo— bajo su espada.

Mirya entró corriendo en la habitación, recogiendo las faldas con las manos para no tropezar en la escalera. El último espectro giró en redondo y se lanzó a por ella, que dio un grito y se quitó de en medio. Detrás de ella, Sarth alzó su varita cubierta de runas contra el espíritu y soltó una andanada de llamaradas amarillas. El espectro volvió a chillar, se apartó y atravesó una sólida pared de ladrillo en su huida.

—¿Es que todos los espíritus de la Tierra de las Sombras andan sueltos por el castillo? —murmuró Mirya—. Rayos y centellas ¿cómo se llama esta noche?

—Geran, debemos irnos de aquí —dijo el tiflin—. No tengo magia suficiente para derrotar a todos estos macabros espectros, y tú tampoco.

—Primero tengo que poner a mí familia a salvo —respondió Geran—. No puedo irme sin ellos. —El harmach Grigor, Natali y Kirr, Erna, su tía Terena... ninguno de ellos tendría la menor oportunidad frente a los espectrales guerreros. Tenía que creer que sus jóvenes primos estaban todavía indemnes. La idea de los dos niños Hulmaster

cayendo bajo las pálidas espadas de los espectros de Esperus lo dejaba casi sin respiración.

—Puede que ya... —empezó a decir Sarth, pero hizo una mueca y no siguió hablando. La cara del tiflin no se prestaba a la compasión, pero su voz fue más suave cuando volvió a hablar—. Por supuesto, debería haber pensado en eso. Adelante.

Geran comprendió que la prisa era más importante que el sigilo, así que giró a la derecha y corrió hacia las puertas que llevaban al patio superior. Salió a la luz pálida y fría de la luna. Los espectros corrían entre las sombras, los ojos encendidos de malignidad y avidez. El mago de la espada cruzó rápidamente el pequeño patio, pasó junto a otros dos guardias del Escudo muertos y se introdujo en la Torre del Harmach. Sus compañeros le siguieron. El gran salón de la planta baja de la torre estaba desierto. En el hogar agonizaba el fuego, pero no se veía a ningún Hulmaster por allí. Rápidamente, Geran corrió escaleras arriba a los dormitorios de la familia y abrió de par en par todas las puertas que encontraba a su paso. No encontró a nadie en la segunda planta, y presa del pánico llegó a la tercera planta y empezó a buscar también en las habitaciones.

—¡No están aquí! —gritó.

—Puede que ya hayan huido —dijo Hamil—. ¿Adónde podrían haber ido, Geran?

—Tal vez a la puerta de la poterna —conjeturó. Estaba mucho más abajo, pero debajo de la sala de trofeos había pasadizos que llevaban a los arsenales y a la puerta lateral, pequeña pero bien protegida, de Griffonwatch. Con gesto sombrío, volvió a revisar las habitaciones y después bajó corriendo los escalones hacia el gran salón. Era posible que ellos cuatro fueran los únicos que quedaran vivos en el castillo, pero todavía pudo distinguir gritos lejanos resonando en los pasillos. Era posible que al menos algunos guardias o sirvientes siguieran luchando por sus vidas—. Primero voy a mirar en la biblioteca, el harmach suele estar allí.

Salió corriendo, otra vez, hacia el patio. Formas fantasmales acechaban entre las sombras; tendió la mano y asió la de Mirya.

—No te separes —le advirtió.

Empezó a andar pegado a la pared del patio, dirigiéndose hacia la biblioteca del castillo, pero Mirya se paró de golpe y tiró de él.

—¡Geran, mira! —susurró—. ¡La capilla!

Geran se paró en seco y giró la cabeza. Al otro lado del patio superior, la capilla en desuso del castillo estaba rodeada por una docena de los secuaces de Esperus. Los espíritus formaban filas ante la puerta que llevaba al altar. A medida que los espectros se iban colocando junto a sus compañeros, todos ellos se volvían más visibles y cobraban mayor sustancia. Cada vez acudían más para sumarse a los otros.

—Claro —murmuró Geran—. La tierra consagrada suele disuadir a los espíritus malignos, y Grigor sin duda lo sabe.

—Creo que los espectros se preparan para un asalto —dijo Hamil en voz baja.

—¿Pueden entrar? —preguntó Mirya.

—No lo sé —respondió Geran y se volvió hacia Sarth—. ¿Pueden?

Los ojos del tiflin eran un leve resplandor rojizo en el oscuro patio. Estudió la escena y meneó la cabeza.

—Todavía no —dijo, pero los antiguos conjuros y bendiciones no me parecen muy fuertes. No durarán mucho tiempo. Y aunque pudiera mantener fuera a los espectros, puede que haya por aquí otros muertos vivientes más poderosos. Si llegara a venir el propio Esperus, nada se lo podría impedir.

Uno de los fantasmas extendió la mano espectral y probó con la puerta que se estremeció un poco por el contacto del fantasma. Desde el interior llegó el grito de pánico de un niño. Sin dudarle ni un instante, Geran atravesó el patio corriendo, blandió su resplandeciente espada y se lanzó en medio de los espectros que lanzaban mandobles a diestro y siniestro. La hoja dejaba estelas de luz blanca reluciente, como un rastro de diminutas estrellas. Sarth se sumó a él, y lanzó andanadas de fuego que alcanzaron la materia de sombra de los espectros y los hizo retroceder.

—¡Resistid! —gritó Geran—. ¡Aquí estamos!

Se abrió camino y combatió hacia la puerta entre un torbellino de fantasmales espadas y obscenos rostros muertos. Una gélida espada lo rozó en la nuca y otra le hirió en la cadera izquierda, pero él fue sacando de su camino a los espectrales guerreros. Mirya y Hamil corrieron hacia el portal y empezaron a manipular la puerta. Geran les dio la espalda y tejió una red de brillante acero elfo en la gélida noche, manteniendo a los espectros a raya.

—¡Hamil, la puerta! —gritó.

—¡*Ya estoy en ello!* —le respondió Hamil. Trabajaba frenéticamente con la punta de una daga, procurando meterla debajo de la barra del otro lado—. ¡*Ya la tengo!* — La barra cayó al suelo con estrépito y Hamil abrió la puerta de golpe.

En el interior de la capilla, los Hulmaster estaban reunidos cerca del altar de Tyr. El harmach Grigor sostenía una varita mágica en una mano y protegía a su nuera, Erna, y a sus nietos, Natali y Kirr, a los que tenía a sus espaldas. Los niños terriblemente asustados sollozaban calladamente, pero procuraban mostrarse valientes. La tía de Geran, Terena —hermana del harmach, madre de Kara y madrastra de Sergen— estaba de rodillas en el suelo atendiendo a un hombre de la Guardia del Escudo que había caído víctima de blancas heridas.

—Bendita sea Tymora —dijo Geran, suspirando aliviado—. Estáis todos vivos.

—Sí, aunque cinco de los guardias del Escudo murieron para traernos a este refugio —dijo el harmach Grigor con amargura—. Yo no fui una gran ayuda. Me temo que no valgo mucho como mago. —El anciano lord miró a Geran y frunció el entrecejo—. Temía que te hubieran matado en tu celda, Geran. ¿Cómo has

conseguido sobrevivir? ¿Y quién es ese que te acompaña?

—Escapé para advertiros del ataque, al parecer demasiado tarde —respondió Geran—. Éste es Sarth Khul Riizar, que ayudó a Hamil y a Mirya a sacarme de la celda. Espero que me perdonen, tío, pero tenía que tratar de advertirte: Sergen se propone matarnos a todos. Convocó a los espectros en Griffonwatch.

—¿Está Sergen detrás de todo esto? —inquirió Grigor.

Terena, la tía de Sergen, alzó la vista desde donde estaba. El ataque de los espectros la había sorprendido en cama y sólo llevaba su bata y una toquilla sobre los hombros. Se parecía mucho a su hija Kara. Era una mujer de sesenta años, de complexión vigorosa y con el cabello largo y gris. Terena palideció y se llevó una mano a la garganta.

—De modo que finalmente escogió seguir el camino de su padre —dijo—. Ah, Grigor, cuánto lo siento. Jamás imaginé que albergara tanto odio. No siempre fue así.

—Perdón, pero eso puede esperar —dijo Hamil enérgicamente. Estaba junto a la puerta de la capilla, espiando lo que sucedía en el patio—. Los espectros regresan, Geran. Tenemos que marcharnos ahora o luchar aquí.

Geran miró a su tío.

—Deberíamos huir —dijo—. No sé si podremos seguir manteniendo a raya a muchos más espectros. La poterna es nuestra mejor posibilidad de sacar a los niños del castillo.

—De acuerdo —dijo Grigor—. Abre la marcha, Geran.

—Cierra la puerta, Hamil —dijo Geran.

Atravesó la capilla corriendo hasta una pequeña puerta que daba al diminuto patio donde él solía practicar. Con suerte, los espectros se estarían reuniendo junto a la puerta delantera de la capilla, acumulando su poder para vencer a las antiguas y débiles bendiciones que todavía les mantenían a raya. En un momento consiguió abrir la puerta lateral. Era una puerta que no solía usarse, y tuvo que aplicar el hombro para apartar las hojas acumuladas del otro lado. No había espectros esperando en el pequeño claustro.

—¡Rápido! ¡Por aquí! —les dijo a los demás.

Corrió y superó la puerta que había en el otro extremo del pequeño patio y que llevaba de vuelta a la Torre del Harmach. Mirya y Hamil ayudaron al Guardia del Escudo herido a ponerse de pie, y Erna los siguió llevando firmemente de la mano a Natali y a Kirr.

Geran los hizo entrar en la Torre del Harmach y buscó la escalera que llevaba al pasillo inferior y a la sala de trofeos. No encontraron cadáveres ni espectros. Por lo general, era una zona poco frecuentada del castillo, y Geran empezó a concebir esperanzas de poder sacar realmente a su tío y al resto de la familia de Griffonwatch sin problemas. Fue por uno de los pasadizos que atravesaban la roca viva de la colina

y acababa en una puerta con barrotes de hierro. Geran sacó la barra de hierro que la mantenía cerrada y la empujó, dejando a la vista una escalera de caracol que se internaba en la sombra.

—Por aquí —dijo—. Tened cuidado con los escalones. Es una escalera larga.

—¿Van a seguirnos los fantasmas ahí abajo? —preguntó Kirr.

—Espero que no, Kirr. Estamos tratando de ir un paso por delante de ellos —contestó Geran—. ¡Baja!

La escalera bajaba en espiral unos doce metros, iluminada por la luz mortecina de unos globos de luz que la Guardia del Escudo renovaba cada tanto con magia menor. Era una escalera estrecha, fría y oscura, pero Geran podía ver lo suficiente como para abrir la marcha hacia abajo. Al final de la escalera había una gran estancia con un techo bajo de bóveda de cañón. Esta estancia había sido pensada para albergar a docenas de guerreros con todo su equipo, ya que desde el interior una fuerza podía repeler el ataque de sitiadores que atacaran desde una dirección inesperada; la puerta de la poterna, la pequeña entrada lateral del castillo, estaba muy cerca. Geran se detuvo al pie de la escalera e hizo entrar a los demás en la cámara a medida que aparecían.

—Por aquí —les decía.

El harmach cojeaba mucho cuando llegó al último escalón. En su rostro había un rictus de dolor.

—Las escaleras me matan —explicó—. No deberíais retrasaros por mí, Geran.

El hechicero Sarth cerraba la marcha y no dejaba de mirar hacia atrás con la varita en la mano.

—Debemos seguir adelante —dijo el tiflin—. No les llevamos mucha ventaja.

Geran no se detuvo. Atravesó corriendo el pasillo y se metió en el breve pasadizo que llevaba a la poterna. Normalmente la puerta estaba bien cerrada y atrancada, ya que la Guardia del Escudo no mantenía vigilancia aquí, pero cuando llegó al recodo, se encontró con que la puerta estaba abierta. Al parecer no había sido él la única persona de Griffonwatch que había pensado en la puerta lateral. Siguió adelante, pero Hamil lo cogió por una manga.

—*Aquí parece haber algo extraño* —le dijo el halfling mentalmente—. *Apaga las luces más próximas y espera aquí un momento. Voy a echar un vistazo.*

—Ve —le dijo Geran en voz baja.

Retrocedió unos pasos y cubrió los globos luminosos del pasadizo de la poterna. Hamil se internó en las sombras y salió sigilosamente por la pesada puerta de hierro. A pesar de que Geran sabía que el halfling estaba allí, no podía verlo ni oírlo. Hizo una señal al resto del grupo para que estuvieran quietos y esperaran.

Treinta segundos después volvió Hamil.

—Es una emboscada —dijo en voz baja—. Varias personas del castillo están

muertas ahí fuera. Hay una docena de hombres de armas de Veruna dispuestos a matar a cualquiera que salga por la puerta.

Geran asió con fuerza la empuñadura de su espada. ¿Hasta dónde podía llegar la perfidia de Sergen?

—O sea que Sergen envió a los espectros a matar a todos los encontraran dentro del castillo y, para asegurarse de que nadie saliera vivo, apostó a sus mercenarios en las puertas para que se ocuparan de los que trataran de huir —bramó—. Es un traidor y un asesino, igual que su padre. —Miró a Natali y a Kirr que esperaban con su madre. Con Hamil y Sarth él podía tener una posibilidad de superar la emboscada, pero no podía meter a los niños ni a sus parientes de más edad en una refriega.

—Tendremos que probar otra salida —dijo el harmach con cansancio—. Supongo que la entrada principal.

—Si esos villanos están vigilando la poterna, lord Harmach, es del todo inconcebible que no vigilen también la puerta principal —apuntó Mirya—. ¿Hay alguna otra manera de salir del castillo?

—Hay un par de lugares desde donde descolgarse con una cuerda, pero no estoy seguro de que los niños puedan conseguirlo —dijo el harmach—. Ni de que pueda yo, con toda sinceridad.

—Podríamos esperar aquí —dijo Erna—. Tal vez los espectros no vengan a esta parte del castillo.

—Es desaconsejable —dijo Sarth. Estaba al pie de la escalera con la cabeza inclinada para poder ver lo que sucedía arriba—. Es sólo cuestión de tiempo que lleguen aquí abajo.

—Entonces tendremos que abrirnos camino —decidió Geran—. Sarth ¿tienes algún conjuro que pueda protegernos fuera?

El tiplin se quedó pensando.

—Un conjuro de niebla, pero nosotros tampoco podríamos ver.

—Tendrá que servirnos —Geran se volvió hacia su tío—. Hamil y yo trataremos de ocuparnos de los hombres que aguardan fuera. Esperad dentro de la poterna todo el tiempo que podáis.

El harmach Grigor asintió.

—Buena suerte, Geran —dijo en voz baja.

El mago de la espada se acercó a la puerta y musitó el encantamiento de las escamas de dragón para conseguir la máxima protección. A su alrededor se formó un escudo de relucientes círculos de color púrpura que reverberaban bajo la escasa luz. Hamil se colocó detrás de él con una daga en cada mano.

El halfling alzó la vista hacia su amigo.

—Tengo algunas dudas sobre este plan —dijo.

—Entonces es mejor que no pienses en ellas. —Geran miró a Sarth.

El tiflin alzó sus manos con garras y muy bajito entonó las palabras de su conjuro. Del suelo empezaron a elevarse nubes de niebla azulada que rápidamente llenaron la salida y se fueron extendiendo hacia el exterior. El mago de la espada esperó un momento a que la niebla se adensara y trató de tranquilizarse. Entonces dio un paso hacia la niebla y a tientas salió de la puerta de la poterna. La puerta daba a una pequeña plataforma cerca del pie de la colina de Griffonwatch, más o menos a mitad de camino del perímetro del castillo desde la entrada principal. Unos escalones de piedra desgastados cubiertos por un muro bajo, descendían unos seis metros hasta un antiguo cerco de hierro forjado. Al otro lado había un enmarañado conjunto de alisos, cedros y zarzales, un pequeño bosquete que rodeaba el lado oriental de la colina del castillo. Geran a duras penas podía ver los escalones bajo sus pies, y llevaba una mano apoyada en la pared para no perderse en la niebla. Hacía frío, y los escalones estaban resbaladizos por la helada. Entonces, de repente, salió de entre los jirones de niebla y vio a los mercenarios vestidos con los colores de Veruna que esperaban allí cerca.

—¡Ahí! —gritó uno de los mercenarios—. ¡Disparadle!

Varios hombres apuntaron a Geran con sus ballestas, pero el mago de la espada se escondió rápidamente detrás de la pared. Los proyectiles saltaron y silbaron por los aires y fueron a dar contra el rocoso pie del castillo o sobre los escalones de piedra. Se arriesgó a mirar por encima de la pared para tener un panorama más completo. Los hombres de Veruna estaban dispuestos en un amplio semicírculo bajo los aleros de la sombría arboleda del otro lado de la cerca. Haciendo a un lado su miedo y su ira, el mago de la espada se concentró en los símbolos arcanos del conjuro que necesitaba y pronunció una única palabra:

—¡*Seiroch!*

La extraña y fría sacudida de la teletransportación se apoderó de él y sintió como si estuviera cayendo, pero de repente se encontró en medio de los mercenarios de Veruna, ocupados en tensar sus ballestas para volver a disparar. Geran hizo una mueca y le atravesó la garganta al hombre que tenía más cerca, a continuación se dirigió al siguiente de la línea al que le cortó un brazo de un tajo. Un ballestero que tenía detrás le disparó en la espalda, pero las escamas de amatista de su conjuro de protección desviaron el virote. Hizo caso omiso del ataque y siguió adelante. El tercer hombre al que alcanzó tuvo tiempo para tirar su ballesta y sacar una espada. Geran lanzó un furioso ataque, descargando estocadas a diestro y siniestro contra los hombres de Veruna. Los mercenarios bloquearon unas cuantas e intentaron un contraataque, pero Geran interpuso su propio bloqueo, rápido como el rayo, y giró superando la guardia del hombre para hacerle un tremendo tajo en el vientre. El hombre de Veruna dio un grito y se alejó dando vueltas.

—¡Cuidado, Geran!

Hamil se detuvo junto a la verja de hierro, hizo puntería y lanzó una daga contra un mercenario que trataba de llegar a Geran. El cuchillo alcanzó al hombre justo debajo de su cota de malla, clavándosele por encima de la rodilla. El tipo se tambaleó y cayó entre la maleza con un salvaje juramento. Hamil trepó el muro y justo cuando iba a dejarse caer del lado del bosque, un virote lo alcanzó y lo derribó.

—¡Hamil! —gritó Geran. Dio un paso hacia el lugar donde había caído su amigo, pero un mensaje mental de Hamil lo detuvo.

—*No estoy malherido. ¡A por ellos, Geran!*

Geran se volvió contra los hombres que lo rodeaban. Contó por lo menos una docena más de hombres frente a él. Espada en mano, cerraron más el círculo, listos para caerle encima. Detrás de los mercenarios mulmasteritas había un hombre elegantemente vestido de negro y con la cabeza cubierta por una capucha. Sergen Hulmaster salió de entre las sombras. Sus ojos oscuros relucían. Llevaba una ballesta en una mano y un estoque largo y flexible en la otra.

—No me gustaba mucho ese pequeño petimetre arrogante —comentó—. Tenía pensado que murieras en tu celda, Geran. Debo decirte que estoy un poco decepcionado de que vayas a enfrentarte a tu fin acero en mano. Además —Sergen hizo una pausa para deshacerse de su ballesta descargada y asir un puñal con la mano izquierda— estoy bastante cansado de oír hablar de tus heroicidades. Esta noche voy a resarcirme de muchos desprecios e insultos del pasado. Siempre he sabido que no eras el paradigma de virtud y habilidad que todos parecen creer que eres.

Geran sonrió con frialdad.

—¿Te vas a enfrentar conmigo acero contra acero, Sergen? ¿Tus mercenarios se mantendrán al margen?

El lord vestido de negro lanzó una risotada.

—Mi sentido del juego limpio no está tan desarrollado, Geran. Sólo se mantendrán al margen en la medida en que yo vaya ganando. —Miró a los mercenarios que tenía cerca y dijo—: Si me hiere, matadlo. —Luego salió al encuentro de Geran estoque en mano.

VEINTISÉIS

II Tarsakh, Año del Intemporal

Geran no recordaba que Sergen fuera un espadachín consumado, claro que no lo había visto usar una espada desde que tenía quince o dieciséis años. Sin embargo, el hecho de que se prestara a enfrentarse a él, le hacía pensar que el traidor tenía al menos algún motivo para confiarse, de modo que Geran resolvió actuar con cautela. Se preguntó si debía lanzarse a por una victoria rápida, aun a riesgo de que los mercenarios pudieran superarlo, o ganar tiempo y tratar de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos; sin embargo, sabía que cada momento que él se demorara podía hacer que los espectros encontraran a los demás.

Sergen pareció entender sus dudas y esbozó su habitual sonrisa sardónica.

—Debes de estar preguntándote con cuánta pericia debes pelear —dijo—. Una disyuntiva difícil, supongo, y tengo curiosidad por ver cómo la resuelves.

—¿Difícil? —Geran se acercó más mirando a Sergen a los ojos. Si sólo estuviera en juego su vida, sería otra cosa. Pero Sergen era responsable de una masacre, y si él fallaba, Sergen o sus hombres se ocuparían de que ninguno de los Hulmaster sobreviviera esa noche—. No, no tanto. Suceda lo que suceda esta noche, lamentarás haber cruzado tu espada con la mía. Si me cuesta la vida sacarte de este mundo, tendrás pocas oportunidades de disfrutar de tu traición.

Le dedicó a Sergen una sonrisa fría y atacó: una simple estocada a la hebilla del cinturón. Sergen bloqueó y devolvió el ataque; Geran paró a su vez y dio un medio paso antes de replicar, con una rápida estocada, a la cara de Sergen pero éste también la bloqueó. Hubo un furioso intercambio de estocadas y cortes que duró varios minutos antes de que el impulso de sus ataques los obligara a intercambiar puestos.

«Es rápido», reconoció Geran. Sergen era un buen espadachín, aunque no tan experimentado como él. Sin embargo, era excepcionalmente rápido, al menos más rápido que Geran. De todos los dones naturales que un espadachín podía desear, la velocidad era, sin duda, el más vital. A igual habilidad, un hombre rápido podía superar a uno fuerte sin tener en cuenta el peso de la armadura.

—Eres mejor espadachín de lo que recordaba —admitió Geran.

—Y tú no eres el espadachín que yo temía —replicó Sergen.

Inició el siguiente intercambio tirándose a fondo para atacar con su estoque. Geran desvió la punta con un ruido de metal contra metal; Sergen se recuperó y atacó otra vez, y Geran también paró ese ataque; y de repente, en lugar de recuperar, Sergen se tiró a fondo y atacó con su puñal. Geran apartó la punta del arma con el antebrazo y recibió un corte superficial pero sangrante a pesar de los conjuros que lo protegían. Aplicó el hombro y empujó a Sergen hacia atrás, quedando fuera de su alcance. Las

espadas se movían veloces bajo la luz de la luna, chirriando al encontrarse. Geran probó las defensas de su primo por debajo, después hacia arriba mientras describían círculos entre la maleza. Al mismo tiempo vigilaba como podía a los soldados de Veruna que le rodeaban.

Consiguió otra vez que Sergen tuviera que dar la vuelta, así, podía ver la puerta de la poterna por encima del hombro de su adversario. No era fácil distinguirla con los restos de niebla que todavía persistían pegados a ella, pero le pareció ver allí un movimiento furtivo... figuras de sombra que deslizaban por los escalones. Geran redobló el ritmo de sus ataques manteniendo a Sergen y a los de Veruna con la atención fija en él. Conocía uno o dos conjuros que podría haber utilizado, pero si usaba un conjuro, los de Veruna que tenía alrededor podían reaccionar. Con una mueca de frustración decidió depender sólo de su pericia.

—Creo que estás reculando —dijo Sergen entre golpe y golpe—. Tal vez no seas tan temerario como crees, querido primo.

—Olvidas cuál fue mi escuela —retrucó Geran—. Pasé años en Myth Drannor, recibiendo clases de maestros elfos de esgrima. ¿Crees que eres rápido? ¡Yo aprendí a luchar con elfos al lado de los cuales tú parecerías un borracho tambaleante! —Paró varios golpes más y ensayó un contraataque propio que Sergen bloqueó con su puñal—. La velocidad es una ventaja fugaz, Sergen. Cuando un hombre se cansa, se vuelve más lento. Si fueras a vencerme con tu velocidad, lo hubieras hecho ya. Ahora el combate es mío.

—Tu confianza es infundada —se burló Sergen.

Lanzó una estocada rápida como un rayo al corazón de Geran que éste bloqueó a duras penas. Sergen se recuperó en seguida, hizo un círculo con su punta por debajo de la espada de Geran y volvió a atacar... cayendo en la trampa del mago de la espada. El torpe bloqueo de Sergen acabó en un corte brutal contra su propio brazo, el que sostenía la espada, al mismo tiempo que Geran esquivaba la embestida. Su espada se clavó en el brazo de Sergen justo debajo del codo y del hueso fracturado. Sergen dio un grito y dejó caer su estoque, momento en el que Geran estuvo a punto de cortarle la cabeza con el siguiente revés. Sergen consiguió esquivar el golpe, pero no sin sufrir un tajo considerable en el cuero cabelludo y un buen golpe en la cabeza que lo hizo caer al suelo.

Geran de un salto dejó atrás a su primo postizo y de inmediato se enzarzó con el primer mercenario de Veruna que se le puso a tiro.

—¡Hamil! —gritó—. ¡Ayúdame si puedes!

Arrolló al hombre y encontró un breve espacio para formular otro conjuro.

—¡*Ilyeith sannoghan!* —gritó, y de repente de su espada brotó un chisporroteo de brillantes luces doradas. Varios hombres de Veruna lo asaltaron al mismo tiempo. Geran saltó y bloqueó, lanzó estocadas y cortes, y durante diez segundos estuvo

perdido en la maraña del combate más encarnizado en que se hubiera visto jamás. Una estocada directa a su corazón fue debilitada por sus escamas de dragón lo justo para que la punta no pasara de la masa muscular del pecho, y a continuación un corte en la parte posterior de la rodilla hizo que le flaqueara la pierna aunque no tanto como para caer. Golpeó a un hombre en el peto de acero con su espada encantada, y un agudo destello relampagueante atravesó la oscuridad, cuando Geran hubo parpadeado para recuperar la vista, el hombre estaba en el suelo y le salía humo por las orejas, pero había más mercenarios asediándolo.

De repente, en el bosque resonaron poderosas palabras de magia.

—*¡Satharni khi!* —rugió Sarth.

El tiflin apareció junto a la puerta de la poterna, entre los restos de su niebla casi disipada. De sus manos brotó una gran ráfaga resplandeciente de fuego púrpura que estalló debajo de los árboles. El fuego mágico se extendió en una sucesión espantosa, entre los mercenarios que rodeaban a Geran. Varios de ellos lanzaron gritos terribles al prenderse fuego sus ropas, y salieron tambaleándose a través de la oscuridad como antorchas vivientes. Otros cayeron y ardieron en el sitio. El tiflin se elevó por los aires, por encima de la contienda, y golpeó con violencia a más mercenarios con descargas de fuego o con crepitantes rayos relampagueantes.

Se oyó el chasquido de una ballesta, y otro de los Veruna que atacaban a Geran alzó las manos en el aire y cayó con un virote clavado en la espalda.

—*Tengo los brazos rotos* —dijo Hamil—. *No puedo armar la ballesta para otro disparo.*

—*¡Improvisa!* —le gritó Geran.

Despachó a uno de los hombres que seguían asediándolo con un profundo corte en la arteria femoral; el hombre dio medio paso atrás y cayó, trató, sin éxito, de frenar la hemorragia con la mano. Entonces Geran sintió el rugido del fuego a sus espaldas, se volvió y se encontró con uno de los mercenarios que se tambaleaba y alzaba su espada para herirlo. El mago de la espada bloqueó el torpe ataque, le hizo caer con un corte en las piernas y le clavó la espada en el corazón como acto de piedad. Se apartó del humo y el olor espantosos del cadáver ardiente y vio que uno de los soldados, a diez metros de él, trataba de apuntar a Sarth con una ballesta. Sin un instante de vacilación, Geran formuló otro conjuro y arrojó su espada. La espada voló surcando la noche entre la luz del fuego y las sombras, y su punta se clavó en el ballestero. El mercenario se dobló sobre sí. Geran mantuvo el brazo extendido y acabó el conjuro abriendo la mano y gritando con furia:

—*¡Cuilledyrr!* —La espada se liberó y volvió hacia él de modo que pudo asirla por la empuñadura para girar inmediatamente en busca de otro enemigo.

Vio con sorpresa que los de Veruna que quedaban se retiraban, huían entre los árboles y las sombras. Se tambaleó, súbitamente, consciente de los cortes y

magulladuras a pesar de los cuales había seguido combatiendo, y lentamente regresó hacia los escalones de la poterna. Tymora me fue propicia esta noche, pensó.

—¿Hamil? —llamó—. ¿Tío Grigor?

—Aquí —Le llegó la voz de su tío que lentamente salió de detrás de la pared que había junto a los escalones. Allí estaba, delante de Erna, Natali y Kirr—. Estamos ilesos.

—Gracias a los dioses. ¿Hamil? ¿Dónde estás?

—Estoy junto a la verja, Geran —gritó Hamil. Geran se dirigió allí y encontró a Mirya atendiendo al halfling. En el suelo, junto a Hamil, había un virote ensangrentado, y ella mantenía un trozo de tela doblado, contra una mancha oscura, en la parte superior de la pierna derecha de su amigo. El brazo derecho de Hamil colgaba inerte al lado del cuerpo. Tenía la cara pálida, pero se las ingenió para sonreírle a Geran—. ¿Te lo puedes creer? Como si no tuviera suficiente con la herida, me caí desde la verja y me rompí el brazo. Gracias, el amoroso tacto de Mirya, pronto se pondrá bien.

—Puede que en un mes —dijo Mirya con expresión preocupada—. Por hoy se acabó la lucha para ti, maese Hamil.

Geran se arrodilló y apoyó una mano en el hombro bueno de su amigo.

—Deberías haber salido por la puerta —le dijo. A continuación se puso de pie nuevamente y volvió a donde había caído Sergen.

Su primo había desaparecido. Geran lanzó un juramento y empezó a buscar entre los helechos y las zarzas, tratando de encontrar algún rastro de su traicionero primo. Encontró el lugar donde había caído y apoyó la mano en el suelo. Lo único que había allí eran unas salpicaduras de sangre y un par de pequeñas ampollas vacías.

—Pociones —dijo entre dientes. ¿De curación? ¿De invisibilidad? Fuera lo que fuese, Sergen había conseguido huir y era muy capaz de volver con más mercenarios para rematar su tarea. De hecho, *tenía* que hacerlo, ya que estaba acabado en Hulburg mientras quedaran vivos los Hulmaster—. Soy un idiota —se dijo Geran—, tendría que haberme asegurado. —Claro que había una docena de enemigos presentes esperando para atacar en el mismo momento en que derrotase a su primo, con lo cual no era muy sensato detenerse a buscar a Sergen en el momento en que cayó—. Pero podría haberle clavado la espada entre los ojos —farfulló con tono sombrío.

—Geran, no podemos quedarnos aquí, al pie del castillo. No es un lugar seguro —dijo Mirya en voz baja—. Oigo que los fantasmas se llaman unos a otros, y creo que se acercan a la poterna.

—Tienes razón, Mirya —respondió Geran—. Sergen ha desaparecido. Es posible que vuelva con más mercenarios. Tenemos que poner a salvo al harmach y a los pequeños.

—¿Dónde? —preguntó el harmach Grigor, alzando la mirada hacia las altas

murallas del castillo. Geran pudo oír los aullidos y gritos lejanos de los espectros en las habitaciones y pasillos—. Griffonwatch es una morgue. La mayor parte de mi Guardia del Escudo está lejos, luchando con los Cráneos Sangrientos, y sospecho que los que quedaron para vigilar el castillo están muertos a estas alturas. Quedan apenas unos cuantos soldados en Hulburg, Geran.

Geran se quedó un momento pensativo. Podían buscar simplemente un escondite y esperar a la mañana, pero era posible que los aliados de Sergen ya se estuvieran moviendo para tomar el control de la ciudad. Necesitaban soldados, un cuerpo de hombres armados para proteger al harmach, pero Kara y los Guardia del Escudo estaban defendiendo las fronteras contra los Cráneos Sangrientos.

—Eso es cierto, tío Grigor —dijo lentamente—. Al menos podremos encontrar a algunos de los capitanes de la Hermandad de la Lanza en *El Bock del Troll*. Podemos reunir a dos centenares de hulburgueses leales a tu alrededor en menos de una hora. Supongo que eso podría impedir que los Veruna trataran de asesinarte.

El harmach suspiró y asintió.

—Tienes razón, Geran. No creo que Sergen y sus aliados tengan más opción que tratar de terminar esto.

Mirya ayudó a Hamil a ponerse de pie, y Sarth y Geran sirvieron de apoyo al Guardia del Escudo que había caído en la capilla. Bajo la débil luz de la luna, Geran lo reconoció: era el joven guardia Orndal, el que había encontrado con Kolton el día de su regreso a Griffonwatch. Estaba muy pálido y frío, pero movió un poco los párpados cuando lo levantaron y le pusieron sus hombros debajo de los brazos. Geran asintió mirando a la derecha y el pequeño grupo se puso en marcha por el sendero que rodeaba la cara meridional del rocoso promontorio de Griffonwatch.

Al cabo de cien metros dejaron atrás la zona boscosa y salieron a las calles de la ciudad. Geran dio un rodeo para alejarse todo lo posible del Paso del Harmach, ya que pudo ver a un gran grupo de soldados vestidos de verde y blanco reunidos junto al camino de acceso a la entrada principal del castillo. Pensó que menos mal que no habían salido por esa puerta. Incluso a varias calles de distancia, se podían oír los gritos fríos y distantes de los espectros dentro de Griffonwatch, y se atisbaban figuras fantasmales sobrevolando las murallas. Los pocos viandantes con que se encontraron estaban de pie en medio de la calle y contemplaban horrorizados el espectáculo.

En cuanto hubieron evitado a los mercenarios de Veruna que vigilaban el acceso, volvieron hacia el Camino del Valle. A Geran le dolían terriblemente las heridas, pero trató de olvidarse del dolor y, aunque cojeando, siguió adelante. El harmach se apoyaba en su bastón y Mirya, finalmente, tuvo que detenerse y levantar a Hamil en brazos como si fuera un niño.

—¡Protesto! —dijo el halfling—. No es lógico que una mujer tan hermosa y delicada como tú tenga que cargar con un héroe herido en el campo de batalla.

Mirya dio un bufido.

—Delicada o no, calculo que te doblo en peso, Hamil. Simplemente es más fácil llevarte.

Geran no dejaba de mirar por encima del hombro en busca de alguna señal de persecución, temía que la Guardia del Consejo de Sergen o sus aliados de Veruna los sorprendieran en la calle en cualquier momento. Sin embargo, no aparecieron más enemigos y ya tenían a la vista el establecimiento de *El Bock del Troll*. A las puertas de la cervecería había mucha gente que señalaba las murallas del castillo, que desde allí parecían brillar con una fantasmagórica luz verde, y hacían comentarios en voz baja.

—¡Paso! —gritó Geran—. ¡Venimos con heridos! ¡Dejad paso!

—Por aquí, dejad que os echemos una mano —dijo un hombre.

En un momento aparecieron varios hulburgueses que se hicieron cargo del joven guardia Orndal. Otros dos ayudaron a Mirya con Hamil, y la multitud se cerró en torno a ellos y los siguió al interior de la taberna.

Bajo la luz cálida de los faroles encendidos, Geran vio a varias docenas de milicianos reunidos con sus yelmos y lanzas preparados. Alzaron la vista sorprendidos cuando él y su grupo de supervivientes entraron en la sala de la cervecería.

—¡Pero si es Geran Hulmaster! —dijo un hombre—. ¡Y el harmach! —Los hombres y mujeres que se habían reunido en la taberna se pusieron en pie de inmediato y se llevaron la mano a la frente, saludando al harmach Grigor con una reverencia mientras por toda la sala, se elevaba un caótico murmullo de preguntas nerviosas. Se despejó una mesa en la que tendieron a Orndal. A Hamil le indicaron un banco que había junto a la pared.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! —Durnan Osting, el tabernero, se abrió camino entre los reunidos e hizo una reverencia al harmach—. Hemos visto que una magia maligna se había apoderado de Griffonwatch, milord —dijo—. Nos temíamos que estuvieras muerto o algo peor. Nos alegramos de que tú y tu familia hayáis conseguido salir del castillo. ¿Puedes contarnos lo que sucede?

—El Rey de Cobre envió a sus súbditos a atacar Griffonwatch —dijo el anciano señor con aire cansado—. Hemos escapado por la puerta de la poterna, pero allí nos encontramos a mercenarios de Veruna dispuestos a cerrar el paso a todo el que intentara huir.

—Sergen Hulmaster está tratando de tomar el control de Hulburg —añadió Geran—. Todo es obra suya. Quiere matar al harmach esta noche, y a todos los Hulmaster que pueda. Maese Osting, ¿puedes enviar mensajes para convocar a toda la Hermandad de la Lanza y reunir a las compañías aquí? Tenemos que proteger al harmach.

El asombro dejó a Osting boquiabierto.

—¡Ese bastardo mal nacido! —dijo por fin—. Con perdón de milord por hablar mal de uno de los suyos. ¡Por supuesto que podemos reunir a los Hermandad de la Lanza! Todos somos hombres del harmach. ¡Ningún mercenario de Mulmaster va a matar a nuestro señor y llamarse dueño de esta ciudad!

—Envía también recado a la abadía de Rosestone —sugirió Mirya—. Es posible que los clérigos de Amaunator puedan hacer algo con los espíritus que amenazan a Griffonwatch.

—Buena idea —reconoció Geran—. Maese Osting ¿puedes ocuparte de ello?

—Sí, milord —respondió el corpulento tabernero—. Enviaré de inmediato a uno de mis muchachos.

—Geran, no sé si esto es prudente —murmuró Grigor—. Los hombres de Sergen son guerreros avezados, bien armados y protegidos con armaduras...

—Perdóname, tío Grigor, pero no tenemos elección. Sergen y su Consejo han declarado la guerra. La Hermandad de la Lanza es el único ejército que te queda. —Geran bajó la voz y se acercó al oído de su tío—. Espero que no lleguemos a eso. A ningún mercenario le interesa librar una batalla campal si puede evitarlo; tienen poco que ganar y muchos riesgos. Creo que los hombres de Veruna y la Guardia del Consejo pueden cambiar de idea cuando vean que hay un ejército dispuesto a hacerles frente, especialmente si es numéricamente superior.

—Confío en que tengas razón, Geran —dijo el harmach.

—¡Un mensaje para el harmach! —gritó uno de los hulburgueses que estaba junto a la puerta de la taberna. Varias voces repitieron el grito, y Geran alzó la vista de la mesa mientras que la multitud se arremolinaba en torno a una mujer joven con un alto yelmo de plata. Llevaba el capote blanco y el grifón azul de los Guardia del Escudo, pero su ropa estaba salpicada de sangre y barro. Los parroquianos reunidos a su alrededor le impidieron pasar durante un momento, pero entonces varios de los hombres le abrieron un paso.

—¡Dejad paso al mensajero! —gritaban.

—¿Harmach Grigor? —llamó la joven—. ¿Milord?

—Aquí —respondió Grigor—. Se puso de pie y levantó el bastón en el aire.

Por fin la soldado lo vio y se acercó a él rápidamente.

—Milord —dijo—. Pensaba encontrarte en Griffonwatch, pero al pasar por el camino, los milicianos me informaron de que estabas aquí. Tengo malas noticias.

El harmach visiblemente se preparó para lo peor.

—Adelante pues —dijo con suavidad.

—Lady Kara ha sido derrotada en la torre de avanzada de Vadarknoll. Los Cráneos Sangrientos y sus monstruos superaron al ejército de Hulburg. Se perdieron muchas vidas. Lady Kara se retirara por la orilla oriental del Winterspear, luchando

con todos los medios a su alcance para retrasar el avance de las hordas. No obstante, me dijo que te avisara que supone que los orcos llegarán a Hulburg al amanecer. —La joven se mordió el labio, pero continuó—. Recomienda que des instrucciones al pueblo para que se refugie en Griffonwatch, Daggergard y los recintos mejor fortificados de las compañías mercantiles y que organices la mejor defensa posible. No confía en que su ejército supere la noche.

Todos se quedaron callados.

—Un desastre tras otro esta noche —dijo Grigor en voz baja. Se dejó caer en el banco con la cabeza entre las manos—. Parece que Sergen eligió el peor momento para su traición.

—O el mejor —dijo Geran con tono sombrío; aunque tal vez Sergen no había calculado la ferocidad de la horda que se aproximaba. Resultaría más que irónico que su primo consiguiera destronar al harmach justo para presidir la destrucción de la ciudad. Lo más probable es que Sergen hubiera visto en el ultimátum de los Cráneos Sangrientos una oportunidad para poner en marcha sus planes, sin imaginar que la amenaza del norte llegaría a materializarse realmente. Miró a los hombres y mujeres que llenaban *El Bock del Troll*. Su feroz desafío se había desvanecido en un instante ante la noticia de la derrota. Podrían conseguir preservar sus vidas buscando refugio tras muros resistentes —dejando fuera Griffonwatch por el momento, se dijo— pero las casas, los talleres, los almacenes y sus medios de vida quedaban todos expuestos a la destrucción. Aun suponiendo que los orcos optaran por no reducir fortalezas como Daggergard o los recintos fortificados, quedarían arruinados.

—Habría sido prudente amurallar la ciudad —dijo el harmach Grigor con un suspiro—. Siempre supimos que podía llegar este día, y ahora ya está aquí. La desgracia podría haber elegido otro momento para caer sobre nosotros.

Amurallar la ciudad... Geran buscaba una idea. Hulburg había estado amurallada una vez. Hacía mucho tiempo, cuando había sido una ciudad mucho más grande, su muralla pasaba justo por donde estaba ahora el Troll y el Bock. Cuando se refundó la ciudad, hacía ahora doscientos años, sus antepasados Antar y Lendon se habían enfrentado a constantes incursiones de los orcos contra los campos y granjas del valle de Winterspear. Habían levantado un simple terraplén que atravesaba el valle para proteger a las granjas más cercanas.

—¿Y el Terraplén de Lendon? —preguntó en voz alta—. Y si reuniéramos allí a toda la Hermandad de la Lanza y sumáramos nuestras fuerzas a lo que queda del ejército de Kara, tal vez podríamos parar a los Cráneos Sangrientos antes de que saqueen la ciudad.

—Es una trampa mortal, milord —dijo Durnan Osting lentamente. Y entre dientes farfulló—. El terraplén no es gran cosa como defensa.

—Todavía tenemos unas horas para mejorarlo si comenzamos ahora —afirmó

Geran—. Es cierto que sería más seguro encontrar el mejor refugio que podamos y abandonar la ciudad, pero tal vez no sea demasiado tarde para salvar Hulburg.

—¿Y qué hacemos con los bellacos de Veruna que esperan a las puertas de Griffonwatch? —preguntó Mirya.

Geran frunció el entrecejo. Deseaba usar a la Hermandad de la Lanza para atacar los establecimientos de Veruna y poner coto para siempre a los planes de Sergen; pero la amenaza de los Cráneos Sangrientos hacía que la importancia de la traición de su primo quedara muy mermada.

—Sergen tendrá que esperar hasta mañana —dijo por fin—. Haremos caso omiso de él. El daño que haga no puede ser tanto como para no poder deshacerlo dentro de unos días.

El harmach no parecía muy seguro.

—Tu consejo es hijo de la desesperación, Geran. Tú sabes lo que es fiar tu vida al albur, pero la mayor parte de nosotros no. Para nosotros es más duro de lo que puedas pensar.

Geran bajó la voz y se aproximó a su tío.

—Lo entiendo, tío Grigor, pero piensa en esto: o bien le decimos a nuestra gente que se esconda en los sótanos y huya a los Altos Páramos, o tratamos de detener a los orcos. Si luchamos y perdemos, ¿puede ser mucho peor que caer sin haber combatido? El resultado será el mismo: Hulburg saqueada y nuestro pueblo reducido a la esclavitud. ¿Nos mostrarán los Cráneos Sangrientos más piedad si les ahorramos otra batalla? Más nos valdría morir luchando.

El harmach Grigor sopesó detenidamente las palabras de Geran. Entonces, lentamente, se puso de pie y se volvió hacia los hulburgueses que llenaban la taberna. Los habitantes de la ciudad esperaban sus palabras en respetuoso silencio.

—Todos habéis oído lo mismo que yo —dijo—. No hemos conseguido detener a los Cráneos Sangrientos en la cabecera del Winterspear. Mi sobrino cree que podríamos tener una oportunidad más de vencer a la horda, antes de que hunda a Hulburg bajo el fuego y el acero. Necesito que hasta el último hombre de la Hermandad de la Lanza marche de inmediato al Terraplén de Lendon. Si podemos detener a los orcos antes del amanecer, entonces es posible que la luz del día nos muestre una razón mejor para tener esperanzas. —Daba la impresión de que Grigor era un poco más alto y de que su voz tenía más fuerza. Golpeó con su bastón las tablas del suelo—. Quiero que se haga saber por toda la ciudad que las mujeres, los niños, los impedidos, los mayores y todos los que no puedan tensar un arco o sostener una espada deben buscar refugio de inmediato. Pero decid a todo hombre o mujer que pueda blandir un hacha o usar un arco de caza, que acuda al Terraplén de Lendon. ¡No me importa qué colores vistan!

Geran desenvainó la espada y apuntó al aire con ella.

—¡Por Hulburg! —gritó—. ¡Por el harmach!

—¡Hulburg! ¡El Harmach! —gritaron a su vez una docena de voces. Después se sumaron cien más, hasta que la taberna tembló con el estruendo—. ¡Hulburg! ¡El harmach!

—¡Capitanes, reunir a vuestras milicias! —ordenó el harmach, imponiendo su voz por encima del bullicio—. ¡Hijos e hijas de Hulburg, asid vuestras lanzas y permaneced unidos! ¡Adelante!

VEINTISIETE

II Tarsakh, Año del Intemporal

La hora siguiente a la del ocultamiento de la luna fue la peor de la noche. No se sabe cómo, en la oscuridad, los reducidos contingentes mercenarios de la Casa Marstel y de la Compañía de la Doble Luna quedaron separados del ejército de Hulburg, cada vez más mermado, y simplemente se los tragó la noche. Kara envió a sus mejores exploradores en busca de los destacamentos extraviados para que los condujeran de vuelta al Camino del Valle, pero no se atrevió a esperar su regreso. La caballería del lobo de la Garra Roja lanzaba ataques contra la retaguardia de su ejército a cada paso, y tras ellos venía la gran masa de los Cráneos Sangrientos. Ahora que la horda de los orcos estaba en el valle, no tenía la menor esperanza de detenerlos antes de llegar a Hulburg. Sólo podía tratar de detenerlos en la ciudad y rogar que sus castigados y ensangrentados soldados, pudieran defender los castillos y los recintos fortificados de las compañías mercantiles. Los orcos se cansarían del juego y se retirarían después de unos días, dejando a los que hubieran tenido la suerte de encontrar refugio tras fuertes murallas y puertas resistentes, la tarea de reconstruir... pero si permitía que los jinetes lobunos la rodearan y la cercaran, ni siquiera eso conseguiría. Sin sus soldados, Griffonwatch y Daggard caerían, y entonces no quedaría nada de Hulburg.

—¡Manteneos juntos y en formación! —les dijo a los agotados compañeros que la rodeaban—. Si os apartáis de las filas, seréis pasto de la caballería del lobo. ¡No pueden vencernos si permanecemos juntos y mantenemos nuestros puestos!

Pensó, pesarosa, en todos los que ya habían caído. Ella misma estaba exhausta, con magulladuras y heridas por todo el cuerpo, tras las furiosas escaramuzas mantenidas por la caballería en las últimas horas, pero no podía permitir que sus soldados la vieran desfallecer o caer en la desesperación. Hizo dar la vuelta a *Bailarina* y palmeó el cuello de la gran yegua mientras estudiaba el oscuro valle, que quedaba detrás de su ejército en retirada. En varios puntos se veía fuego en medio de la negrura, eran granjas o caseríos incendiados por esos salvajes sedientos de sangre. Pensó que habría muchos más antes del amanecer.

Sus castigadas compañías se metieron en un estrecho desfiladero, donde la carretera pasaba por el medio de un hayedo. Escudriñó la oscuridad para detectar si había peligro. Sus ojos cambiados por la marca del conjuro, tan brillantes de día, tenían, en la oscuridad, la tonalidad azul-verdosa del hielo de un glaciar; de noche podía ver tan bien como un gato, un pequeño consuelo por las secuelas que le había dejado la Plaga de los Conjuros. Los bosques no ofrecían lugares propicios para hacer un descanso, pero tenía que hacer algo para mantener a sus tropas a salvo de la

caballería del lobo.

Kara aplicó los talones a los flancos de *Bailarina* y se dirigió hacia la compañía de los Mazas de Hielo, seguida por su portaestandarte y por sus adjuntos. Los mercenarios marchaban en silencio entre sus fuerzas. Kara tiró de las riendas para ajustar su paso al de las filas más próximas.

—¿Dónde está vuestro capitán? —les preguntó a los enanos.

—Estoy aquí, lady Hulmaster. —El enano de barba negra llamado Kendurkkel se abrió camino entre las filas de su compañía. Llevaba al hombro una pesada ballesta y al cinto un hacha de combate, y seguía sosteniendo la pipa entre los dientes—. ¿Qué se te ofrece?

—Tenemos que procurar que los goblins no nos sigan muy de cerca —dijo Kara—. En tu compañía tienes ballesteros, y la mayor parte de ellos son enanos capaces de ver en la oscuridad mejor que el resto de nosotros. Quiero que montes una línea de emboscadas entre estos árboles y que recibas a los goblins con una o dos andanadas cuando nos sigan al interior del bosque.

—Lo que deseas es que mis muchachos se turnen en la retaguardia —dijo Kendurkkel, frunciendo el entrecejo—. Si esa caballería del lobo rodea el bosque, nos sorprenderá a su antojo, y mi pobre madre no volverá a ver a su hijo.

—Yo estaré esperando con todos los jinetes que nos quedan al otro lado del bosque —respondió Kara—. Si los goblins os rodean, nosotros les cortaremos el paso y os daremos una oportunidad de escapar.

Kendurkkel alzó la vista hacia ella y la estudió.

—No dudo de que ésa sea tu intención pero este tipo de trabajo extra, no está contemplado en mi contrato, lady Hulmaster.

Kara reprimió unas súbitas ganas de aplastar al capitán de los Mazas de Hielo bajo los cascos de su cabalgadura y se limitó a apoyarse sobre la empuñadura de su espada para fijar los ojos en la cara del enano. Bajó aún más el tono de su voz.

—Puede que no lo hayáis notado, capitán, pero esto es una cuestión de *supervivencia*, no de contratos. Si nuestro variopinto ejército se disgrega a lo largo del siguiente kilómetro porque la caballería del lobo nos ataca por detrás, hay muchas posibilidades de que ninguno de nosotros, ni uno solo, llegue vivo a Hulburg. Por vuestro propio interés conviene que les deis en los hocicos a esos goblins o que al menos los hagáis rodear el bosque.

El enano mordisqueó la cánula de su pipa y la miró con frialdad.

—Haremos lo que pides —dijo con un suspiro—. Todo este asunto se está poniendo tan feo que creo que no tenemos mucho que perder. —El enano se volvió para dirigirse a sus mercenarios—. ¡Mazas de Hielo, fuera del camino! Vamos a montar una pequeña emboscada aquí mismo por si algún goblin o worgo es lo bastante estúpido como para caer en la trampa.

—Con tres andanadas bastará —le dijo Kara. Observó cómo los Mazas de Hielo se internaban en los bosques a uno y otro lado del camino, y dejó a Kendurkkel señalando con la cánula de su pipa y dando órdenes a sus hombres.

A medio galope recorrió unos doscientos metros más, hasta donde el camino volvía a atravesar campos despejados y reunió allí a toda la caballería que le quedaba: menos de cincuenta guardias del Escudo y, más o menos, el doble de hombres y mujeres de los diversos contingentes mercantiles. Envío piquetes a cada lado para vigilar si llegaba la caballería del lobo rodeando el pequeño cinturón boscoso y se dispuso a esperar. Habría preferido quedarse cerca de los Mazas de Hielo, pero era demasiado importante asegurarse de que los cien jinetes que tenía en este lugar marcharan en la dirección adecuada cuando apareciera el enemigo. Temía que los mercenarios prefirieran marcharse a casa si no estaba ella allí para impedirselo.

Una de los jóvenes Guardia del Escudo que esperaban junto a ella era Sarise, su portaestandarte. En ese momento, la joven se inclinó y le preguntó en voz baja:

—Milady, qué va a ser de nosotros. ¿Qué va a quedar de Hulburg cuando todo esto haya terminado?

Kara sentía la tensión de todos los que la rodeaban. Ellos también estaban pendientes de su respuesta. Se lo pensó muy bien antes de responder.

—Sarise, no lo sé —dijo—, pero sé que nuestros castillos pueden albergar a cientos de personas durante mucho tiempo. Muchos otros huirán en barco por los caminos costeros. No creo que los orcos puedan tomar Griffonwatch sin un prolongado asedio, y dudo que vayan a tener la paciencia que se necesita para ello. Con el tiempo acabarán marchándose, y la ciudad volverá a ser nuestra, pero por ahora cuanto más demoremos a los Cráneos Sangrientos, tantas más oportunidades tendrá nuestro pueblo de sobrevivir. No es lo que yo hubiera deseado, pero es lo mejor que podemos hacer.

Sarise la miró con expresión preocupada, pero asintió.

—Gracias, lady Kara —dijo en voz baja.

Kara se disponía a decir algo más, pero oyó los aullidos de los lobos en el oscuro hayedo que acababan de atravesar. *Bailarina* piafó y se movió nerviosa, igual que los demás caballos; conocían ese sonido y no les gustaba. La exploradora se volvió y escudriñó las sombras amenazadoras de los árboles. El bosque no era espeso, y pudo entrever a un puñado de enanos que esperaban, acechantes.

—Vienen por el bosque —dijo en un susurro—. Ahora todo depende de los Mazas de Hielo.

Oyó el chasquido y el rasgueo de las ballestas, y luego docenas de ellas disparando casi al unísono, después un gran coro de alaridos de goblin y quejidos de los lobos heridos.

—No os mováis —les dijo a los jinetes que la rodeaban—. Tenemos que cubrir a

los Mazas de Hielo cuando dejen de disparar. Quietos todos.

Más ballestas se hicieron oír en la noche, y el coro de gritos de dolor se transformó en el disorde, inconexo bramido de la batalla: cientos de voces gritando y chillando, unas de dolor, otras de terror, triunfales algunas. Las voces roncas de los enanos, los gritos ásperos de los goblins, y la furia de los worgos, todo mezclado en un largo y arrollador trueno batallador, que parecía el eco repetido por las empinadas laderas que delimitaban el valle de Winterspear. Se prolongó, mucho más de lo que Kara habría imaginado, hasta que se encontró inclinada en su silla y trató de distinguir algo en el bosque, cualquier aspecto de la lucha que se desarrollaba a escasa distancia. Pero después de un tiempo, los gritos y el entrecocar de aceros se desvaneció, y los Mazas de Hielo empezaron a salir del bosque a la carrera: mercenarios humanos que tropezaban en la oscuridad, enanos que salían con paso más corto pero con mucho más sentido del rumbo.

—Lady Kara, los piquetes de la derecha informan de que hay exploradores de los goblins en la linde oriental del bosque —dijo uno de sus adjuntos.

—Muy bien —respondió. En realidad no se sentía tan tranquila como intentaba aparentar, pero ése era su deber, actuar como si todo lo que estaba sucediendo esa noche, ya lo tuviera previsto. Miró al sargento de la Guardia del Escudo que tenía al lado—. Kars, llévate a tus hombres y a los de Jannarsk que están por allí, e id a desalojar a los exploradores. Evita, durante media hora que merodeen por el bosque y, a continuación reincorpórate a la columna. Si hay demasiada caballería del lobo de que ocuparse, lo dejo a tu discreción, pero asegúrate de enviarme noticias.

El sargento se llevó la mano a la sien.

—Sí, milady —dijo.

Reunió a ocho de la Guardia del Escudo que quedaban y a una docena de los mercenarios de la Compañía Jannark, y el pequeño grupo se internó en la noche. Kara se preguntó si los volvería a ver.

De repente, *Bailarina* piafó y empezó a golpear el suelo con los cascos; Kara percibió movimiento bajo los árboles, a su derecha. La maleza se agitó, un coro disorde de juramentos llegó a sus oídos y de pronto salieron de entre los árboles jinetes goblin a lomos de lobos que perseguían a los mercenarios Maza de Hielo que se retiraban.

—¡Matadlos! —gritó Kara, poniéndose en pie en sus estribos con el arco en las manos. Tensó y disparó, tensó y volvió a disparar. Un goblin y su worgo cayeron juntos, cada uno con una flecha que le atravesaba la garganta. Los restos de su caballería cargaron contra los enormes lobos, con las lanzas bajas y los sables en alto. El pánico se apoderó de los desafortunados goblins que dieron media vuelta y volvieron a la seguridad de los bosques, pero no antes de que varios cayeran bajo el acero de los Guardia del Escudo y de los mercenarios. Kara disparó a otro worgo que trataba de

huir y lo alcanzó en plena espina dorsal. El goblin a pie no constituía una gran amenaza, pero los worgos eran capaces de derribar a hombres y caballos. Buscaba ya otro objetivo, pero decidió ahorrar sus flechas. Todavía podría necesitarlas antes de que acabara la noche.

Se produjeron algunas rápidas escaramuzas más en la linde del bosque, cuando la caballería del lobo se acercaba demasiado a los soldados a los que perseguía. Después de una docena de duelos entre las dos caballerías, el bosque volvió a quedar en silencio. Kara supuso que los Garras Rojas se habían replegado para lanzar un ataque masivo más organizado; éste sería el momento para volver a retroceder. Los Mazas de Hielo ya estaban abandonando el campo, marchando hacia el sur y recuperando la formación mientras apuraban el paso. Kara pensó que tendría que bastar con eso y confió en haber ganado para su mermado ejército, media hora de ventaja sobre los despiadados merodeadores que los seguían.

—¡Replegaos! —les gritó a los jinetes que tenía cerca—. ¡Quedaos conmigo!

Kara recorrió a medio galope unos cientos de metros por el camino, seguida por su compañía que le seguía el paso lo mejor que podía. Entonces dio media vuelta para examinar el espacio abierto que acababan de cruzar, en busca de alguna señal de sus perseguidores. Si los Garras Rojas se les acercaban demasiado, tendría que volver a encabezar un ataque con sus exhaustos jinetes, para dar tiempo a que los Mazas de Hielo recorrieran un kilómetro y medio más. Sin embargo, por el momento, parecía que la caballería del lobo se había tomado en serio su pequeña advertencia.

—¡Lady Kara! —Sarise llamó su atención—. ¡Un jinete!

Kara miró por encima del hombro y vio a un hombre joven y fornido, con una incipiente barba, que se acercaba. Pensó que era uno de los O sting. Su caballo estaba maltrecho, al borde del agotamiento, y el joven se dejó caer de la silla en cuanto la vio.

—¡Lady Kara, por fin! Soy Brun O sting y traigo un mensaje del propio harmach. Me dijo que reunieras a todas las tropas que pudieras y marcharas de inmediato hacia el Terraplén de Lendon. Él va hacia allí con la Hermandad de la Lanza desde Hulburg y tiene pensado montar allí la defensa de la ciudad.

—¿El Terraplén de Lendon? —preguntó Kara abruptamente. Eso no le parecía prudente. Tenía casi tres kilómetros de largo. Entre lo que quedaba de su maltrecho ejército y la Hermandad de la Lanza no hacían número suficiente para defender una línea tan extensa. Y dudaba de que la Hermandad de la Lanza pudiera detener mucho tiempo a los Cráneos Sangrientos, con o sin muralla—. No creo que podamos resistir, ni siquiera con la Hermandad de la Lanza. Será mejor replegarse en las fortalezas de la ciudad.

—El harmach dijo que tal vez respondieras eso. Me dijo que te informara de que ha tenido que abandonar Griffonwatch. Unos terribles guerreros fantasmales

ocuparon el castillo esta noche y todavía siguen allí. —El hijo del tabernero miró en derredor para ver quién podía oírlo y bajó la voz—. Y los hombres de la Casa Veruna montaban guardia a las puertas para impedir la salida, lady Kara. Murieron muchos de los hombres del harmach, pero toda tu familia está a salvo.

—Esto no tiene sentido —dijo Kara, moviendo la cabeza con gesto de incredulidad—. ¿Fantasmas en Griffonwatch y los soldados de Veruna impidiendo la salida? ¿Estás seguro de que este mensaje llega directamente del harmach?

—Los vi con mis propios ojos en las almenas, lady Kara. —Brun Osting se estremeció—. Espíritus de antiguos guerreros armados con pálidas espadas y tocados con altos yelmos. El harmach dijo que sabía que parecería descabellado, pero me dio instrucciones de repetirme esto: debes llevar a tu ejército al Terraplén de Lendon tan pronto como puedas. Se va a hacer fuerte allí para combatir. Y quiere que mantengas vigilados a los de Veruna.

—Constituyen más de una quinta parte de mi ejército —respondió Kara. ¿Cómo iba a prestar atención a la batalla, o más bien a la retirada, si también tenía que estar en guardia contra una posibilidad de asesinato o de traición? Miró a su alrededor para orientarse en el oscuro valle. Llevaban horas combatiendo y replegándose, y comprobó sorprendida que ya casi habían recorrido la mitad del camino hacia Hulburg. El antiguo terraplén estaba apenas a tres kilómetros de allí. No tendrían dificultades para llegar allí, pero ¿y después qué?—. Tengo que hablar con él personalmente —dijo en voz alta—. Sarise, ve a buscar al capitán Ironthane y dile que tiene órdenes de comandar la retaguardia hasta que yo regrese. Haz que maese Osting transmita su informe al capitán. Yo me voy a adelantar.

—No es seguro cabalgar sola, milady —señaló uno de sus adjuntos.

—Entones tú, y tú, y tú... venid conmigo si podéis seguirme el paso. —Kara señaló a varios de los jinetes de la Guardia del Escudo que tenía cerca y partió al galope a campo traviesa internándose en la oscuridad de la noche. El Camino del Valle estaba lleno de sus soldados, y no quería que pensaran que estaba abandonando el campo. Tampoco quería que lo pensara Kendurkkel, pero hasta el momento el capitán enano había captado con rapidez sus órdenes e intenciones. Él entendería que no les estaba abandonando.

Kara condujo a su reducido grupo a través de los campos cenagosos cubiertos con los rastrojos de los cultivos del año anterior, hasta que encontraron una antigua senda que circulaba entre las explotaciones y que marchaba más o menos paralela al Camino del Valle. Aplicó las espuelas a *Bailarina* y dejó que la enorme yegua adecuara el paso al camino mientras sus guardias procuraban adaptarse también. El contacto con el aire frío de la noche hizo desaparecer su cansancio. Después de una buena carrera, vio una fila larga y recta de árboles que atravesaba el camino: la antigua berma cubierta desde hacía tiempo con matorrales y árboles jóvenes. Docenas

de antorchas y faroles ardían a lo largo de su recorrido.

—Parece que la Hermandad de la Lanza ya está aquí —se dijo. Se desvió hacia el Camino del Valle y unos minutos después volvió a subir hacia la carretera a poca distancia del lugar donde ésta atravesaba el terraplén.

Docenas de hombres trabajaban con esfuerzo para construir una barricada espinosa atravesando la carretera. A lo largo del terraplén, más hulburgueses trabajaban con el hacha para hacer defendible la parte superior de la pared. Ahora que estaba ante la antigua berma se daba cuenta de que los árboles y la vegetación enmarañada que cubría su pendiente hacían de ella un obstáculo más formidable de lo que recordaba; los hombres y mujeres de la Hermandad de la Lanza estaban talando árboles y apilando maleza en la cara norte del terraplén para reforzarlo aún más. Si sólo contara con más arqueros, tendría una oportunidad de resistir, por lo menos durante un tiempo.

—Allí, milady —le indicó uno de sus hombres. Señalaba un improvisado estandarte que flameaba bajo la luz de las antorchas, un simple blasón azul sobre campo blanco—. El harmach.

—Ya lo veo —respondió Kara. Subió a caballo hacia el sencillo estandarte y allí encontró a media docena de capitanes de la Hermandad de la Lanza reunidos en torno al harmach Grigor, acompañados del Maestro Aquilatador Dunstormad Goldhead, el Maestro Mago Ebain Ravenscar, su primo Geran y (cuál no sería su sorpresa) el hechicero tiflin Sarth al que había visto junto al túmulo en los Altos Páramos. El mundo parecía haberse vuelto loco esta noche. Desmontó de un salto y, a pie, se acercó al harmach. No recordaba la última vez que su tío había salido de la ciudad; ahí estaba ahora, de pie, apoyado en su bastón y con una delgada capa que ondeaba en torno a su cuerpo en esta noche tan fría.

—Milord Harmach —lo saludó formalmente—. Aquí estoy.

Grigor Hulmaster miró hacia atrás y la saludó con una media sonrisa de alivio.

—Kara, me alegro de ver que estás bien —dijo—. Temía por ti, querida mía.

—Brun Osting dijo que debía traer a mi ejército aquí. Estamos de camino. En cualquier momento verás aparecer a mis primeras compañías, y mi retaguardia en menos de una hora, pero, tío Grigor, los Cráneos Sangrientos no tardarán mucho más. ¿Estás seguro de que es aquí dónde quieres estar?

—Tiene que ser aquí o en ninguna parte, Kara —dijo el harmach—. Griffonwatch está tomado. No tenemos castillo al que retirarnos.

Kara echó una mirada a los otros hulburgueses que estaban cerca y bajó la voz.

—Me han dicho que Griffonwatch fue invadido por *fantasmas*. ¿Es eso cierto?

El harmach Grigor asintió.

—Me temo que sí, y lamento decir que según parece fue obra de tu hermanastro. Él y sus aliados de Veruna trataron de matarnos a todos esta noche. De no haber sido

porque Geran y sus amigos organizaron su huida de prisión y mi rescate, creo que Sergen lo habría conseguido.

—Fue el precio que pagó el Rey de Cobre por el *Infiernadex* después de que la Casa Veruna se lo consiguiera —explicó Geran—. Accedió a enviar a sus espectros cuando los invocasen, y parece ser que Sergen decidió invocarlos esta noche.

—Dadas las circunstancias, he perdonado a Geran cualquier delito que pudiera haber cometido en su duelo con el capitán de los Veruna y en su huida —añadió el harmach—. Y si nos volvemos a encontrar con Sergen o sus aliados de Veruna, debemos tratarlos como enemigos de Hulburg.

Kara bajó la voz.

—Los Veruna que forman parte de mi ejército han cumplido su parte hasta ahora. Han combatido tan bien como todos los demás. Esto no tiene sentido. ¿Quieres decir que en algún momento se van a volver contra nosotros?

—Sería prudente estar prevenidos —dijo Geran—. Tal vez estén esperando la oportunidad propicia para mostrar sus verdaderos colores.

La exploradora rió amargamente.

—Geran, han tenido muchísimas oportunidades para traicionarnos esta noche. Bastaba con que abandonaran el campo de batalla y probablemente habrían sido destruidos tres veces.

Sarth carraspeó.

—Perdóname por lo que voy a decir, pero la explicación puede ser muy simple: tal vez las cosas no hayan salido como lo había planeado la Casa Veruna. Tras tu derrota inicial es posible que hayan decidido que sería una locura seguir adelante con su plan ante la inminencia de una invasión de los orcos.

Kara frunció el entrecejo. No sabía cómo había llegado el hombre astado a ocupar ese lugar junto a Geran, pero ahora no tenía tiempo para satisfacer su curiosidad. Con gran esfuerzo apartó las preguntas que bullían en su cabeza y se centró en la crisis inmediata.

—Más tarde pediré una explicación completa —dijo—. Tío Grigor, creo que los Cráneos Sangrientos llegarán a este lugar en una hora, tal vez dos. Según mis cálculos no cuento con más de seiscientos hombres cansados... menos, si me dices que no se puede contar con los Veruna. ¿Cuántos hombres de la Hermandad de la Lanza tienes contigo?

—Unos ochocientos, creo —respondió Geran—. Aproximadamente la mitad están aquí ahora, y el resto viene de camino desde Hulburg, tan rápido como pueden. —Kara frunció el entrecejo incrédula. Geran advirtió su escepticismo y añadió—: No son tan buenos como tu Guardia del Escudo o tus mercenarios, pero pelean por sus hogares y por sus familias. Lo harán mejor de lo que piensas, Kara.

—No creo que sea suficiente —dijo Kara—. Los Cráneos Sangrientos nos

superan al menos por dos a uno, puede que tal vez, por tres a uno.

—No hemos elegido esta lucha, pero de todos modos es nuestra —le dijo el harmach Grigor—. Tenemos que encontrar alguna manera de ganar. Simplemente no tenemos otra alternativa. Veamos, Kara, por lo que has visto hasta ahora ¿qué podemos hacer para tener la mejor oportunidad de triunfar?

Kara miró el antiguo terraplén que se perdía en la oscuridad a uno y a otro lado. Observó que una pálida franja gris se insinuaba por encima de las sombras irregulares de las colinas y de los picos de los Altos Páramos al este. No faltaba mucho para el amanecer... si duraban hasta entonces. Pensó afanosamente, y consideró el problema desde todos los ángulos mientras los demás esperaban a que organizara sus ideas.

—Tenemos que intercalar a los miembros de la Hermandad de la Lanza y a los soldados profesionales —dijo por fin—. Alterna una compañía de milicianos y una compañía de la Guardia del Escudo o de mercenarios en la parte superior del terraplén. Además tendremos que mantener a la mayor parte de nuestra caballería como reserva detrás del terraplén, para intentar cubrir las brechas que aparezcan en nuestra línea.

—Bien —dijo el harmach Grigor—. ¿Qué más, Kara?

Estudió a los hombres y mujeres que trabajaban sobre el muro y suspiró.

—Supongo que rezar no puede hacernos daño —dijo.

VEINTIOCHO

II Tarsakh, Año del Intemporal

Si Geran entendía algo del tiempo, el día que estaba a punto de comenzar prometía ser soleado y frío. En el cielo no se veía una nube, pero un viento frío soplaba y gemía en rachas por el valle, ondeando y sacudiendo el puñado de estandartes y pendones que enarbolaban los defensores de Hulburg. Le habría gustado que el viento soplara de otro lado para la batalla que iban a entablar. Les daba en la cara a los cientos de hombres y mujeres que esperaban en lo alto del terraplén, lo que dificultaría el trabajo de los escasos arcos que habían logrado reunir para defenderse. Por otra parte, a los orcos no les gusta mucho la luz del sol, pensó Geran, de modo que las desventajas eran compartidas.

—¿Cuándo crees que nos atacarán, Geran? —preguntó en voz baja Durnan Osting. El cervecero y su compañía de voluntarios de la Hermandad de la Lanza estaban desplegados en lo alto del terraplén a uno y otro lado de Geran.

Kara y el harmach Grigor le habían confiado a Geran el mando del ala derecha de su pequeño ejército: dos compañías de la Hermandad de la Lanza, un grupo de magullados guardias del Escudo y una variopinta colección de mercenarios de Marstel, Sokol y la Doble Luna. Habría necesitado dos veces más hombres para defender como es debido esa extensión de pared, pero simplemente no los había.

—Pronto, Durnan —respondió Geran—. Antes de que salga el sol, y pienso que ya queda poco para eso.

El fondo del valle era un mosaico de sombras grises, que se iban haciendo más luminosas a cada momento. En el extremo de la línea en que se encontraba Geran, el Terraplén de Lendon subía al encuentro de la empinada pared del lado oriental del valle del Winterspear. Desde el puesto elevado que ocupaba, podía ver la línea salpicada de antorchas del terraplenado que cruzaba el fondo del valle hasta la oscura sombra del lago Hul, unos dos kilómetros por debajo de la linde occidental del valle. El viejo enano Dunstormad Goldhead y la compañía de la Hermandad de la Lanza capitaneada por Burkel Tresterfin defendían el lugar donde el terraplén se encontraba con el lago, reforzados por los mercenarios de Veruna. En el centro de la línea, donde el Camino del Valle atravesaba la vieja obra defensiva, flameaba el estandarte del harmach. Kara y la mayor parte de la Guardia del Escudo estaban allí, junto a los mercenarios Mazas de Hielo y las compañías más endebles de la Hermandad de la Lanza. La parte central de la línea sería la que soportaría lo más duro del ataque; Geran podía ver la oscura y agitada masa de orcos que se reunía a escasos cientos de metros de la pared.

El valle se estremecía con gritos y cánticos orcos. Batían docenas de enormes

tambores que competían los unos con los otros, y el golpeteo de las lanzas contra los escudos era apabullante. Geran miró a los milicianos que le rodeaban; tenían las caras grises por la ansiedad y los nudillos blancos de tanto apretar los astiles de sus lanzas.

—¡Vamos, muchachos! —les gritó a los que tenía cerca—. Vamos a hacer un poco de ruido nosotros también. ¡Demostrémosles que todavía estamos aquí! — Lanzó un penetrante grito de guerra y los demás lo repitieron. Al cabo de unos momentos, el grito se expandió arriba y abajo por el terraplén hasta que fueron cientos de hombres los que gritaban juntos contra la horda. Los orcos hacían mucho más ruido, pero Geran insistió hasta que oyó el eco de las voces de sus guerreros devuelto por las montañas entre el clamor orco.

—Un gesto vano —farfulló Sarth allí cerca, pero después, el tiplin sumó su voz a la de Geran y gritó en señal de desafío.

Vano o no, Geran tenía la sensación de que los hombres que tenía a su lado parecían mucho menos asustados. Tal vez ellos tuvieran la misma sensación. Le habría gustado tener a Hamil como apoyo, pero el halfling no se encontraba en condiciones de combatir; Geran le había dejado en *El Bock del Troll*.

El cántico de los orcos fue *in crescendo* hasta que se descompuso en incontables rugidos y gritos individuales. La primera línea del ejército de los Cráneos Sangrientos avanzó y arrolló los campos en rastrojo hacia la fortificación... miles de guerreros orcos se lanzaban de cabeza a la batalla armados con hachas y lanzas.

—¡Aquí vienen! —gritó Durnan Ostring—. ¡Disponéos a recibirlos, muchachos! ¡No van a encontrar aquí un solo punto débil!

Geran desenvainó su espada y entrelazó conjuros de ruina en su hoja. El acero élfico despidió un temible brillo gris-azulado bajo la incipiente luz del alba, y Geran describió arcos a uno y otro lado para asentar el acero en su mano. No había supuesto que los orcos se lanzarían sobre toda la línea al mismo tiempo; habría sido más eficaz concentrar un golpe en un punto. Claro que la carga masiva, le impediría enviar ayuda a otra parte de las defensas mientras combatiese para mantener su propia posición.

—¡Arqueros! —gritó—. ¡Disparad a discreción!

Tenía apenas unas cuantas docenas de arqueros bajo su estandarte, tan pocos que casi no tenía sentido tratar de lanzar una andanada. De todos modos, la mayor parte de ellos no estaban familiarizados con esa táctica, ni siquiera eran milicianos, sólo hulburgueses o trabajadores venidos de fuera que se habían unido al esfuerzo de defender la ciudad. Sus flechas silbaron por encima de la muralla de tierra. Muchos erraban, pero a medida que se acercaban los orcos, Geran vio que unos cuantos vacilaban y caían.

—Sarth, reserva tus conjuros para el momento adecuado —le dijo Geran al hechicero—. Quiero tu magia en el punto decisivo.

—Lo entiendo —respondió Sarth.

Geran observó cómo la marea oscura se aproximaba, apoyó la mano en el hombro de un joven miembro de la Hermandad de la Lanza y le dijo:

—Ve hasta el extremo derecho y dile a quienquiera que esté al mando de los Marstel y los Sokol que traiga a todos sus hombres aquí, ahora mismo. Vamos a necesitarlos. ¡Corre!

El jovencito asintió y salió disparado hacia el este, donde estaba el grupo de combatientes mercenarios que tenía Geran en ese extremo de su línea. Los orcos se dirigían hacia el lado del terraplén que subía ladera arriba. Geran contempló la horda que se les venía encima, pronunció entre dientes unas cuantas palabras de custodia y se preparó para la lucha que se avecinaba.

Los primeros Cráneos Sangrientos llegaron a la base del terraplén. La antigua fortificación no tenía más de cinco metros de altura, pero rápidamente se había cubierto de espesa maleza y pequeños árboles; a pesar de la ferocidad de su carga, los guerreros orcos tenían grandes dificultades para abrirse paso entre la espinosa maraña.

—¡Mantened la formación! —gritaba Geran—. ¡Dejad que sean ellos los que lleguen a nosotros!

Un grupo de furibundos orcos logró subir la pared cerca de donde estaba Geran; éste corrió entre las zarzas para hacerles frente cuando coronaron el ascenso. Llevó su espada al cuello de un orco, armado con un hacha, que terminaba de subir la cuesta y apoyaba la mano en el suelo. El simiesco guerrero lanzó un bramido, se llevó las manos a la herida y trataba de alcanzar a Geran con el hacha. El mago de la espada retrocedió ágilmente unos pasos, evitando el feroz embate del hacha del orco hasta que a éste le fallaron los pies y cayó pesadamente al suelo. Geran se encontró de pronto rodeado de orcos que subían la pendiente y durante largo rato no hizo más que lanzar estocadas y tajos, y retroceder trazando con la espada un enceguedor torbellino de luminosidad blanco-azulada.

—¡Por Hulburg! ¡Por el harmach! —gritó Geran.

A su alrededor, los hulburgueses interpusieron sus lanzas formando un cerco letal en lo alto del terraplén que afectó, fuertemente, a los orcos que, con temeridad, atacaban de frente sus defensas. Entre ellos también hubo quienes murieron, vencidos por la fuerza bruta y la furia del asalto orco. Cerca de Geran, Durnan Oosting blandía una maza de guerra con la que mató a tres orcos, hasta que varios se abalanzaron sobre él y lo hicieron pedazos con sus hachas. Más miembros de la Hermandad de la Lanza cayeron vencidos por los Cráneos Sangrientos, y la pendiente quedó repentinamente indefensa; fue entonces cuando el hechicero Sarth dio un paso adelante y cerró la brecha a la mayoría de atacantes, con una devastadora descarga de fuego que surgió de su temible vara.

—¡Al estandarte! —gritó el tiflin.

Frenó el asalto orco hasta que los mercenarios, que Geran había hecho venir del extremo inactivo de su línea, acudieron y cubrieron la brecha dejada por Durnan Oosting y los demás caídos.

Un chillido desde lo alto distrajo la atención que Geran centraba en la rugiente línea de orcos que trataban de sobrepasar el terraplén. Al mirar hacia arriba, vio una enorme figura con alas de murciélago que volaba bajo sobre la línea de los defensores. Asió a un hombre con sus garras y movió las alas para remontar el vuelo otra vez.

Al apartarse de la fortificación, agitó la cola y clavó una larga y punzante púa en la espalda de otro hombre que luchaba allí cerca. El hombre herido tensó el cuerpo de dolor y se desplomó en el suelo mientras el monstruo dejaba caer a su primera víctima entre las filas de orcos furibundos que se afanaban por trepar la pared de tierra.

—¿También un wyvern? —farfulló Geran. ¿Qué más podían haber? Corrió tras el monstruo alado, tratando de adivinar dónde iba a descender a continuación.

Sarth conjuró un rayo relampagueante y lanzó a media docena de orcos de lo alto de la pared. El brillante destello luminoso y el trueno ensordecedor atrajeron la atención del wyvern. El monstruo reptiliano se lanzó en picado hacia Sarth, mientras descendía, golpeaba a diestro y siniestro con el mortal aguijón de la cola.

—¡Sarth! —gritó Geran, pero el hechicero no lo oyó; lanzaba otro conjuro contra más Cráneos Sangrientos que intentaban escalar la pendiente. Geran se dio cuenta de que aunque consiguiera llamar la atención del mago, el wyvern estaría encima de él demasiado rápido como para que pudiera esquivarlo o evitarlo. No había tiempo para llegar a él; Geran aprovechó los símbolos florecientes de un conjuro que tenía en su mente y acompañó las palabras arcanas con su voluntad.

—¡*Sierollanie dir mellar!* —gritó, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró donde Sarth había estado antes. Sarth se tambaleó en el terraplén, pero Geran no reparó en él ya que tenía los ojos puestos en el wyvern que estaba a punto de atacarle. Apenas tuvo tiempo de pronunciar una palabra escudo cuando ya tenía al monstruo encima. Le lanzó un tajo al hocico, saltó a un lado y bloqueó el mortal aguijón con su conjuro escudo, giró sobre sí y le hizo una raja en el ala al pasar por su lado. El wyvern dio un chillido rabioso y trató de volver a tomar altura, pero estaba demasiado bajo. Su ala dañada quedó colgando y el monstruo se precipitó encima del terraplén. Por un momento quedó inmóvil, enredado entre la vegetación, pero después se sacudió y se puso en pie sobre sus patas, echando a Geran una mirada de odio.

—Creo que sólo conseguí enfurecerlo —dijo Geran en un susurro.

Apuntó al wyvern con su espada y adoptó una postura de ataque, al tiempo que

mantenía el conjuro escudo firmemente en la mano izquierda. El monstruo cargó contra él con la velocidad de una víbora al ataque, mucho más rápido de lo que Geran podría haber imaginado. Hasta dos veces pudo bloquear el aguijón, pero entonces el wyvern cerró sus mandíbulas como un perro de presa sobre la pierna derecha de Geran. Lo sacudió de un lado a otro y después lo lanzó despedido; a Geran se le escapó la espada y cayó al suelo con tal fuerza que, por un momento, todo se oscureció. Cuando pudo ver otra vez, el wyvern se lanzaba como una flecha contra él, mostrando los amarillos colmillos. Intentó ponerse en pie, pero al incorporarse se dio cuenta de que el mundo le daba vueltas.

El wyvern venía hacia él, sibilante, pero en ese momento, un rayo verde centelleante lo alcanzó en mitad del salto y lo derribó hacia un lado. Un instante después, apareció Sarth junto a Geran y, con voz tonante, pronunció otro de sus conjuros. De su cetro brotó una andanada de crepitantes dardos purpúreos que clavaron al wyvern al suelo. El monstruo gruñía contra las fantasmales jabalinas que lo inmovilizaban, luego se estremeció y quedó inmóvil.

—¿Estás bien? —preguntó el tiflin.

—Creo que sí —le respondió el mago de la espada. Sarth le tendió la mano y le ayudó a ponerse en pie. Geran se tambaleó hacia su espada y la recogió—. Espero que no haya más de esos por aquí.

El tiflin escudriñó el cielo con mirada ansiosa.

—Gracias, Geran Hulmaster. No vi al monstruo que se me venía encima, pero la próxima vez te pido que me avises un momento antes de teletransportarme.

Geran miró a su alrededor y trató de hacerse una idea de cómo iba la batalla. Pudo ver varios puntos en los cuales los orcos habían traspasado el terraplén, y docenas de feroces guerreros luchaban para ampliar las brechas y abrirse camino a través de las debilitadas defensas. Los jinetes humanos hacían todo lo que podían para cubrir los espacios desprotegidos, y los ayudaban bandas fortuitas de voluntarios que se habían ofrecido a combatir. Con lanzas y arcos trataban de mantener a raya la negra marea, pero su impulso decaía rápidamente.

—¡Por los dioses! ¡Vaya caos!

—Da la impresión de que el resultado no está decidido todavía —replicó Sarth con un clarísimo eufemismo.

Geran echó una mirada a una gran brecha que había a menos de cien metros de ellos. Los orcos se abrían camino hacia el este y el oeste por la cima del terraplén, arrollando a los defensores que todavía trataban de repeler el resto del ataque.

—Allí —señaló—. Trata de hacer algo al respecto y yo veré lo que puedo hacer aquí.

El tiflin asintió con aire sombrío y se alzó por los aires. En un momento sobrevolaba la brecha abierta por los orcos y lanzaba ráfagas de fuego sobre los

guerreros Cráneos Sangrientos. Geran se dispuso a reincorporarse a la batalla, pero un jinete llegó galopando desde detrás del Terraplén de Lendon.

—¡Lord Geran! ¡Lord Geran! —lo llamó el mensajero—. ¡Lady Kara dice que acudas de inmediato al centro con las tropas que te sobren! Necesita ayuda allí.

—¿Sobrar? ¡No me sobra nadie! —replicó Geran.

El jinete era un joven de la Guardia del Escudo, cubierto de sangre y despeinado, y se limitó a mirar a Geran con aire confundido. El mago de la espada hizo una mueca y miró hacia esa parte del campo de batalla. Kara no pediría ayuda a menos que la necesitara, se dijo. Sabía perfectamente cuántos soldados tenía en su parte de la línea.

—No, espera —le dijo al mensajero, alzando la mano—. Acudiré con todos los que pueda.

El mago de la espada volvió a subir a la pared y encontró al joven soldado que portaba su estandarte.

—¡A mí la Guardia del Escudo! —gritó—; Masrstel, Doble Luna, a mí ¡Reunios en la cara sur del terraplén! ¡Hermandad de la Lanza, Casa Sokol, defended la posición!

A lo largo de toda la muralla de piedra, soldados de Hulburg empezaron a abandonar sus puestos, bajando por el terraplén, mientras los milicianos de ambos lados se distribuían tratando de cubrir su ausencia. Eso dejó la línea de Geran terriblemente debilitada. Otro ataque concertado sin duda se abriría paso; pero Geran se dio cuenta de que su variopinta fuerza había repelido sin problema los embates de los Cráneos Sangrientos. El alba era ya una delgada línea color naranja pegada a las colinas de los Altos Páramos orientales; no podía faltar mucho para el amanecer. A la creciente luz pudo ver que el terraplén estaba sembrado de orcos muertos o heridos y que muchos de los guerreros cubiertos de armadura de los Cráneos Sangrientos, se desplazaban hacia la parte central de la batalla.

Geran miró a su alrededor y vio a Brun Osting, el hijo de Durnan, de pie junto a la harapienta bandera de su compañía de Hermandad de la Lanza. Se acercó corriendo al joven cervecero y le apoyó una mano en el hombro.

—Tengo que ir a ayudar en el centro —le dijo—. Te dejo al cargo de esta zona. Los de la Hermandad de la Lanza tenéis que defender solos este extremo de la línea. Te dejo a los Sokol como ayuda, y también al hechicero Sarth. ¿Crees que podrás hacerlo?

El joven asintió seriamente.

—No tenemos otra opción ¿verdad? Resistiremos o moriremos en el intento, lord Geran.

—Buena suerte —dijo Geran.

Apretó el hombro del joven y salió corriendo hacia el otro lado, donde se estaba

reuniendo su pequeña compañía. No eran ni cien, y se preguntó si eso bastaría para establecer alguna fuerza en la encarnizada lucha que se mantenía en el centro. Se tomó un momento para hablar con la capitana de los Sokol, una turmishana de aspecto feroz cuyo destacamento no pasaba de doce jinetes. Le señaló a Brun. No tenía la menor duda de si la veterana cumpliría las órdenes de Brun, pero al menos todavía no había abandonado el campo de batalla.

—¿Adónde vamos, lord Geran? —preguntó un soldado raso de la Guardia del Escudo a la que había llamado.

—¡Al Camino del Valle! —respondió Geran—. Nos necesitan en el centro, muchachos. Vamos a echarles una mano. ¡Seguidme!

Se puso en marcha a paso enérgico, pero no tan rápido como para que no pudieran seguirlo los soldados con sus pesadas armaduras. Los favorecía el hecho de ir cuesta abajo y de que sólo tuvieran que recorrer entre quinientos y seiscientos metros. A la derecha de Geran, en lo alto del terraplén, se mantenían combates esporádicos, pero a su paso no encontró brechas importantes.

En unos instantes tuvo a la vista la furiosa refriega que tenía lugar donde el Camino del Valle atravesaba la fortificación. Cientos de orcos asediaban el lugar y empujaban hacia dentro contra una línea de Mazas de Hielo y Guardia del Escudo que se hacía cada vez más delgada.

Geran miró a su alrededor en busca del estandarte de Kara o del harmach y no vio más que una batalla encarnizada. Le habría gustado saber dónde quería su prima que atacase, pero una mirada le bastó para darse cuenta de que no podía esperar. «Es extraño —pensó—, con los años que llevo con una espada en la mano y jamás he participado en una verdadera batalla, sólo duelos y escaramuzas, nunca más de veinte o treinta guerreros a cada lado. Después de haber viajado diez años por todo Faerun, me encuentro la mayor batalla de mi vida, a menos de cinco kilómetros del castillo donde nací».

Los hombres que lo seguían no dijeron nada, sólo miraban la escena en medio de un nervioso silencio. Geran se desprendió de sus cavilaciones y trató de pensar rápido y bien sobre lo que tenía ante sí. No tenía grandes dotes de estrategia, de modo que trató de imaginarse la batalla como una especie de duelo. La punta de lanza orca había penetrado a fondo en el centro, como una atrevida y poderosa estocada que penetra en el torso de un adversario; si alguien le atacara de ese modo ¿qué haría?

—Trataría de detenerlo —murmuró—. Desviaría la punta, dejaría que me sobrepasara y a continuación me lanzaría a por la mano de mi enemigo.

Eso le hizo pensar en un golpe no en el extremo de la lanza, sino un poco más atrás. Geran se volvió a mirar la brecha abierta en el terraplén y vio que unos cuantos soldados hulburgueses todavía combatían a lo largo de la fortificación a uno y otro lado de la brecha. Si se movía siguiendo el lado interno del terraplén y golpeaba a los

orcos por el flanco, tal vez consiguiera desviar su impulso.

Enarboló la espada y les hizo una señal a los hombres que le acompañaban.

—¡Seguidme, muchachos! —gritó—. ¡Vamos a aislarlos y atraparlos dentro de nuestras líneas! —Entonces lanzó un grito de guerra y corrió a la cabeza de su variopinta compañía, conduciéndolos bajo la protección de la antigua muralla de tierra. Oyó un coro de rugidos y gritos a sus espaldas. Tanto los orcos como los humanos se volvieron a mirar en su dirección, pero Geran no redujo el paso. En lugar de eso, pronunció las palabras de un conjuro para encender su espada con una brillante luz blanca, y se plantó en medio del torrente de guerreros orcos que trataba de abrirse paso por el bajo desfiladero. Sacó del medio a tres o cuatro Cráneos Sangrientos, incluso antes de que pudieran darse cuenta del peligro que corrían, y entonces la masa de la Guardia del Escudo y los mercenarios que venían detrás impactó contra los orcos con un golpe audible que pareció conmover el helado aire de la mañana.

Geran se dispuso a eliminar a cuanto enemigo se le pusiera a su alcance, con toda la pericia y la intención letal aprendidas en sus ejercicios de juventud y en los largos años de estudio, con los legendarios cantores de la espada de Myth Drannor. Recurrió también a los conjuros que herían a sus enemigos con estallidos de fuego dorado; y dejaba estupefactos a aquellos musculosos enloquecidos, con encantamientos que les deslumbraban y desorientaban hasta que el acero elfo les atravesaba carne y huesos. Los miembros de su pequeña y castigada compañía lucharon como leones en el estrecho paso del Camino del Valle. Y recuperaron la brecha abierta con la fuerza de su carga. Geran miró hacia arriba y vio a Kara, con su hermosa yegua blanca, corriendo de un lado a otro en medio de la barahúnda y disparando con su mortífero arco a galope tendido. De un flechazo derribó a un orco que estaba a punto de entrar en combate, y también a otro que trataba de sacar de su camino a un guardia del Escudo que no estaba a más tres metros de distancia.

—¡Por el harmach y por Hulburg! —gritó.

El mago de la espada giró en redondo, buscando más enemigos con los que combatir. Comprobó atónito que los Cráneos Sangrientos que se habían abierto camino a sangre y acero se habían evaporado. En torno a él continuaban docenas de duelos y escaramuzas, pero el primer gran embate había pasado... los guerreros de Hulburg habían defendido el Camino del Valle y seguía siendo suyo, al menos por el momento.

—Se están replegando —le gritó Geran a su prima.

—No por mucho tiempo —respondió Kara. Señaló hacia el norte, hacia los campos del otro lado de la fortificación. Geran siguió la dirección que marcaba la punta de su espada y se le cayó el alma a los pies. A unos cientos de metros de allí, en torno a los grandes estandartes negros de la horda de los Cráneos Sangrientos, cientos

de guerreros orcos golpeaban el suelo con los pies y gritaban, al tiempo que aporreaban sus escudos con las lanzas. A la cabeza iba una cuña acorazada de ogros amenazantes que bramaban burdas amenazas. Los ojos de Kara brillaron con su característico y misterioso fuego azul, echando chispas en las sombras de su yelmo—. Eso no fue más que el primer ataque. Ya están preparando el segundo.

Geran sacudió la sangre de su espada y se volvió hacia los ogros y orcos que se reincorporaban a la lucha como un torrente. Se disponía a vender su vida lo más cara que pudiera... cuando un soplo de viento leve, frío, conmocionó de repente el terreno en torno a él, haciendo que la hierba húmeda se cubriera de blanca escarcha. El aire traía voces siniestras que susurraban cosas terribles, y sintió que el corazón se le encogía como oprimido por una mano asesina. Se estremeció y retrocedió varios pasos. El rosado resplandor de la aurora se convirtió en un gris apagado, y jirones de niebla pálida parecían surgir del aire mismo, oscureciendo el amanecer. Los enanos de corazón curtido gruñeron de miedo y se taparon los rostros, mientras que hombres que habían luchado con bravura durante horas dejaron escapar sus inútiles espadas de los dedos inermes. Hasta los orcos ávidos de sangre, que cubrían los campos en manadas redujeron el paso y se detuvieron a poca distancia de la siniestra niebla.

A Geran le llamó la atención un ruido sordo que venía de debajo de sus pies. Cuando miró, vio que la tierra negra se movía, como empujada desde abajo. Entonces salió una mano esquelética como si quisiera asir la helada y letal niebla de la mañana. Se apartó de ella, pero sólo consiguió que otra mano igualmente huesuda lo cogiera por un talón. Se soltó de un puntapié llevado por un súbito acceso de pánico. Docenas de esas cosas, de esos esqueletos cubiertos de tierra y con restos herrumbrosos aún de antiguas armaduras, se arrastraban hacia la superficie.

—¿Qué nauseabunda nigromancia es ésta? —gruñó Kara enfrentada a la gélida niebla. Su yegua *Bailarina* se retrajo con los ojos en blanco, presa del pánico. La exploradora dirigió a Geran una mirada aterrorizada—. ¡No podemos luchar al mismo tiempo con muertos vivientes y con orcos!

—¡Esto es obra de Sergen! —dijo Geran con furia contenida. Los aliados no muertos del descastado Hulmaster no habían conseguido matar al harmach en Griffonwatch, de modo que volvían a la carga... y eso quería decir, que su primo debía de estar cerca, pues Esperus había dicho que el portador del amuleto no podía enviar lejos a los súbditos del lich. Geran se preguntó si los aliados de Sergen de la Casa Veruna estarían haciendo su jugada también. Indudablemente, Sergen ordenaría a los espectros que no atacaran a los Veruna, pero el resto del ejército hulburgués corría grave peligro—. ¡Mantente firme todo lo que puedas, y protege al harmach! —le gritó a Kara—. ¡Yo tengo que encontrar a Sergen antes de que los muertos nos maten a todos!

Dando la espalda a las formas esqueléticas que formaban filas ante los defensores

de Hulburg, Geran envainó la espada y se internó en la heladora niebla.

VEINTINUEVE

II Tarsakh, Año del Intemporal

Geran avanzaba a grandes zancadas a través de aquella penumbra sobrenatural, mientras la noche descendía sobre el valle por segunda vez. La niebla fantasmal se espesaba por momentos y se cerraba en torno a él como una tumba de fría piedra gris. Tenía la sensación de deambular por una húmeda bóveda grisácea, una mazmorra espectral que lentamente se hacía más real y se volvía más amenazadora a cada momento. Los soldados parecían fantasmas en la niebla, formas oscuras que pasaban o simplemente estaban de pie, temblando de terror. A punto estuvo de ensartarse en la lanza de un esqueleto envuelto en restos de ropaje de un señor, y retrocedió rápidamente ante un par de luchadores enloquecidos, que llevaban la mandíbula colgando en aullidos silenciosos de locura combativa y furia.

A su alrededor, en la niebla, oyó que se reanudaba la lucha en una docena de lugares al mismo tiempo, pero en lugar del bramido de los ogros y los gritos de guerra de los orcos sedientos de sangre, oyó sólo los susurros de voces muertas y gritos humanos de terror y de dolor. En el ambiente cargado de escarcha, los sonidos llegaban distantes y confusos; Geran realmente no podía saber si se alejaba del combate o daba vueltas en redondo para volver a meterse en él. Se culpaba por no haberse asegurado de matar a Sergen cuando tuvo ocasión. Tal vez los mercenarios de Sergen se lo habrían impedido de haberse tomado el tiempo necesario para asentar un golpe mortal, pero habría dado con gusto su vida para asegurarse de que el traidor no sobreviviera para convocar a más muertos vivientes.

Geran llegó a un pequeño promontorio y subió a su cima helada, con la esperanza de quedar por encima de la densa niebla. Desde la cima de la pequeña colina vio que la niebla que tenía directamente sobre su cabeza parecía notablemente más brillante, pero poco más pudo ver. Giró en redondo, en busca de señales de su primo.

—¡Piensa, Geran, piensa! —se dijo con tono admonitorio. Sergen estaba herido y probablemente no le interesaba acercarse más de lo necesario a la lucha contra los Cráneos Sangrientos. Tenía que estar en algún lugar hacia el lado sur de la vieja fortificación y bastante retirado de la batalla... tal vez próximo a los Veruna. La Casa Veruna estaba en el flanco izquierdo de la línea junto al lago Hul, defendiendo el extremo occidental del Terraplén de Lendon.

Alcanzó a ver un caballo de guerra de pie junto a su jinete caído, un joven de la Casa Sokol. Corrió hacia el animal y lo cogió por las riendas. El caballo relinchó y se mostró arisco, pero Geran le palmeó el morro para calmarlo, le susurró algunas palabras en elfo y se subió a la silla. Su nueva montura piafó nerviosa, pero le aplicó los talones a los flancos y la puso al trote. Por suerte el caballo estaba bien entrenado

y ansioso de un jinete que lo guiara; sus cascos levantaban terrones con hierba húmeda al avanzar por los campos embarrados.

De repente apareció en su camino un esqueleto que llevaba un escudo redondo de bronce y una flecha herrumbrosa dispuesta para atacar. Geran interpuso su propia espada y bloqueó el hierro antiguo; el impacto le hizo correr por el brazo un calambre de fuego helado, pero consiguió meter la punta por debajo de la espada del esqueleto e introducirla en la cuenca vacía de la criatura. Saltaron esquirlas de hueso del cráneo y el espectro se tambaleó hacia atrás. Geran arrancó su espada y siguió cabalgando. Cuando miró por encima del hombro, el esqueleto ya estaba en marcha para encontrar otro enemigo con el que combatir, aparentemente insensible a la horrible herida que acababa de sufrir. La magia nigromántica recompuso sus tendones muertos y volvió a unir sus amarillentos huesos. ¿Qué era una herida de espada para semejante criatura?

Geran evitó varios encuentros más con los guerreros esqueléticos. En una ocasión, espoleó a su montura arrollando a un esqueleto que se alzaba frente a él. El caballo de guerra derribó a la horrenda criatura, aplastando huesos bajo sus pesados cascos herrados, y aquél no volvió a levantarse. Más adelante tuvo la impresión de haber dejado atrás la niebla más espesa y se encontró a unos cientos de metros al oeste del Camino del Valle, un poco por detrás del viejo terraplén. El frío sobrenatural de la niebla disminuyó un poco, y pudo ver una porción mayor de cielo gris encima de su cabeza... el día hubiera sido claro y frío, pero dudaba de que tuviera fuerza para imponerse a las funestas nieblas.

En aquel extremo de la línea, vapuleadas compañías de la Hermandad de la Lanza seguían defendiendo la pared de tierra, y numerosos hombres de Veruna reforzaban sus líneas. Unos cuantos hombres miraban con nerviosismo hacia el centro del campo de batalla; Geran se giró hacia el lugar del que había venido y vio que la niebla se adensaba sobre el centro del campo como una tormenta estacionaria, extrañamente persistente a pesar del frío viento que barría el resto del campo de batalla. A escasa distancia por detrás de la línea del terraplén, treinta jinetes de Veruna y un puñado de guardias del Escudo constituían la reserva de la caballería del ala izquierda. Estaban esperando sobre sus monturas. El asalto orco parecía haberse retirado por el momento, probablemente los Cráneos Sangrientos esperaban a ver si el ejército de Hulburg todavía les hacía frente una vez dispersas las nieblas malignas. Geran no podía objetar nada al instinto de los orcos. Si un horror sobrenatural se abría camino entre las filas de tu enemigo, no había mucho motivo para volver a la lucha cuerpo a cuerpo sin pensárselo dos veces.

Hizo que su montura diera la vuelta, buscando a Sergen... y entonces le vio. A su falso primo y a un cuarteto de hombres de la Guardia del Consejo a lomos de sus caballos, bajo un bosquecillo de cicutas a unos cien metros de distancia, parcialmente ocultos por jirones de niebla que se iban deshaciendo. A Geran no le resultó fácil

determinar qué estaba haciendo el traidor dada la distancia y la mala visibilidad, pero pudo distinguir a varios oficiales Veruna con sus tabardos de color verde y blanco que hablaban con él. Bajo la atenta vigilancia del mago de la espada, los hombres de Veruna dieron media vuelta y se alejaron a medio trote hacia donde estaban sus tropas.

—¿Qué les has dicho, Sergen? —dijo Geran en voz alta—. ¿Que abandonen el campo? ¿Que se vuelvan contra la Guardia del Escudo? ¿O que esperen y no hagan nada hasta que la batalla esté perdida?

Sin más intención que asegurarse de que Sergen no se saliera con la suya, Geran aplicó los talones a los flancos de su caballo y salió a media carrera hacia donde estaban Sergen y sus guardias. La humedad de la tierra y la niebla amortiguaron el ruido de los cascos de su caballo. Sentía que el aire se tornaba cada vez más frío e inerte a medida que se acercaba. Sergen no le veía. Estaba inclinado hacia delante en su silla, observando atentamente la batalla mientras grupos dispersos de soldados desesperados se afanaban por ahuyentar a los guerreros no muertos del Rey de Cobre. Lo más crudo del combate estaba en torno al estandarte del harmach, donde más de un centenar de soldados hacía frente a una oleada harapienta de esqueletos que salían del suelo y atacaban con la misma rapidez con que eran aniquilados o mutilados por los soldados que luchaban por proteger al gobernante de Hulburg. El caos y la atmósfera cargada no le permitían ver a su tío, pero pudo entrever a Kara sobre su hermosa yegua blanca en lo más encarnizado de aquella barahúnda.

Sergen seguía ajeno a la cercanía de Geran, y ahora el mago de la espada estaba apenas a treinta metros de él. Distraídamente, Geran se dio cuenta de que los oficiales de Veruna que iban a reunirse con sus tropas le habían visto. Dieron la vuelta y se lanzaron al galope para interceptarlo, pero en la mente de Geran ya se había fraguado un plan desesperado, y espoleó a su caballo en una carga directa. No le quedaba mucha magia tras la furiosa emboscada en el Camino del Valle, pero todavía tenía unas cuantas palabras de las que echar mano. Tendría que bastar con eso. Se puso de pie en los estribos asiendo la espada desnuda.

—¡Lord Sergen! —gritaron los oficiales de Veruna—. ¡Detrás de ti!

El guardia del Consejo más próximo a Geran se volvió al oír la advertencia. El guardia bajó el visor de su yelmo y desenvainó, gritando algo a los hombres que le rodeaban. Todavía no habían terminado Sergen de volverse y los demás guardias de dar la vuelta a sus monturas para hacer frente al ataque de Geran, cuando el mago de la espada superaba ya la montura del primer guardia y daba un mandoble con su sable. Geran se abrió camino atravesando la defensa del hombre, y el brillante acero relució en medio de la fría niebla, emitiendo dos veces un agudo chirrido. Le sacó del medio con un revés de su espada que atravesó el visor del guardia. El hombre dio un grito y cayó hacia delante en la silla, llevándose la mano a la cara; el caballo de

Geran embistió al del guardia sacándolo del camino y Geran siguió adelante, directo hacia su traicionero primo.

—¡Sergen! —dijo con voz ronca.

—¡A mí! ¡A mí! —les gritó Sergen a sus mercenarios. Geran ni reparó en ellos. Sergen, con su brazo sano, echó mano torpemente de la espada que llevaba a la cadera, pero Geran no le dio oportunidad de desenfundar. Con un rugido mudo de ira, se lanzó de la silla y embistió a Sergen, arrastrándolo al suelo cenagoso. El impacto dejó a Geran sin respiración, pero Sergen lanzó un grito de dolor al caer sobre el brazo herido. El impulso los hizo rodar por el suelo mientras Geran sujetaba a su primo con mano de hierro.

—¡Necio! —dijo Sergen entre dientes—. ¡Juro que ésta es la última vez que interfieres en mis planes, Geran! ¡Te veré muerto antes de que esto termine!

—Entonces deberías haberme matado cuando me tenían indefenso en una celda —replicó Geran.

Sergen trató de asir una daga con la mano buena, pero Geran ya estaba encima suyo y le atizó dos buenos puñetazos en la mandíbula antes de tener que esquivar la espada de uno de los guardias del Consejo. Volvió a rodar para colocar a Sergen encima, a modo de escudo contra sus propios guardaespaldas, y su lucha llevó a ambos a una zanja no muy honda que había al lado del Camino del Valle.

Sergen se las ingenió para sacarse la chaqueta y apartarse de su primo. Se puso de rodillas y con dificultad salió de la zanja.

—No volveré a cometer ese error —dijo con ferocidad. Hizo señas a sus guardias que corrieron en su ayuda.

Geran se puso en pie, reuló unos pasos y se apartó de los fieros mercenarios que le rodeaban. Entonces alzó la mano y le mostró a Sergen el amuleto de Esperus que le había arrancado durante su corta lucha. El cobre antiguo destelló bajo la escasa luz.

—Creo que ya has causado problemas suficientes con esto, Sergen —dijo.

Sergen se llevó la mano al pecho y miró hacia abajo horrorizado. Cuando volvió a alzar la vista, sus ojos oscuros eran ascuas furiosas.

—¡Matadlo! —les gritó a sus guardias—. ¡Matadlo ahora!

Geran miró a su alrededor e invocó la poca magia que le quedaba.

—¡*Seiroch!* —gritó. Los guardias de Sergen descargaron su acero contra el aire que había ocupado el lugar donde antes estaba Geran, y el conjuro de teleportación le transportó a cien metros de distancia en un abrir y cerrar de ojos.

Se encontró cerca del estandarte del harmach, rodeado por guardias del Escudo que luchaban desesperados contra la marea de guerreros esqueléticos. Geran alzó la mano en que sostenía el amuleto y gritó:

—¡Alto, guerreros de Esperus! ¡Yo os lo ordeno!

A su alrededor, los esqueletos dejaron de moverse de forma repentina. Unos

cuantos hulburgueses descargaron sus hachas y espadas contra guerreros esqueléticos inmóviles. Algunos cayeron mientras que otros recibieron las heridas sin responder, absolutamente quietos. Los humanos y los enanos presentes en el campo lanzaron gritos de sorpresa y entusiasmo, al ver a sus atacantes inmovilizados.

—Que me condenen —dijo Geran en voz baja—. ¡Ha funcionado! —Sintió los vacíos ojos de los guerreros muertos fijos en él, y los fríos susurros que traía el aire parecieron intensificarse y hacerse más siniestros. Se estremeció. Si tenía que comandar a estas crueles criaturas, debía hacerlo antes de perder la calma—. ¡Guerreros de Esperus, escuchadme! ¡Tenéis que atacar y destruir a los Cráneos Sangrientos y a sus aliados, no a los defensores de Hulburg! ¿Me habéis entendido?

Las filas de guerreros esqueléticos parecieron estremecerse y los no muertos se apartaron de sus anteriores adversarios y se pusieron de cara al norte.

—Sí, te entendemos —respondieron con sus voces frías, ásperas—. Vamos a cumplir tu orden. —Empezaron a marchar y se alejaron de los vapuleados guerreros humanos y enanos a los que habían estado combatiendo hacía apenas un momento, acompañados de un crujir de huesos viejos, y un traqueteo y tintineo de eslabones herrumbrosos.

Los defensores de Hulburg alzaron sus voces en una mezcla de gritos de alivio y pedidos de auxilio, cientos de voces balbucearon al mismo tiempo. Varios de los hombres que estaban cerca de Geran le sonrieron y se acercaron para darle palmadas en la espalda y estrecharle la mano. Entonces sonó dos veces un cuerno por encima de la barahúnda. Geran se volvió y vio a Kara que bajaba el cuerno.

—¡Volved a lo alto de la fortificación! —gritó—. ¡Recomponed las filas atravesando el camino! ¡Todavía no hemos terminado!

Geran se volvió a mirar el bosquecillo donde se había encontrado con Sergen y que ahora apenas se veía a través de la niebla. Su primo volvió a montar y miró furioso en dirección a Geran, el mago de la espada le vio y dudó de que realmente pudiera verlo rodeado como estaba por los guerreros del estandarte del harmach. Sergen clavó las espuelas a su caballo y se lanzó a galope tendido, seguido de sus guardias, hacia el sur, hacia Hulburg. Poco después, los soldados de la Casa Veruna que estaban en el lado izquierdo de la línea, se apartaron del terraplén y tomaron también rumbo al sur, alejándose del campo de batalla. Geran se vio seriamente tentado de hacer volver a algunos de los esqueletos de Esperus para que persiguieran a Sergen y a los Veruna, pero no tenía la menor idea de lo fuerte que era su dominio sobre los guerreros no muertos ni del daño que podían hacer a los orcos.

—Déjalos que se marchen por ahora, Geran. —El harmach Grigor se acercó cojeando y apoyó una mano en el hombro de su sobrino siguiendo la mirada de Geran. El anciano estaba pálido y demacrado, pero una chispa desafiante animaba sus facciones—. Por el momento, prefiero dejar que un adversario potencial abandone el

campo de batalla si le apetece. Debemos concentrarnos en repeler a los Cráneos Sangrientos antes de emprender otra lucha. —Grigor miró a los de Veruna que se alejaban y suspiró—. Suceda lo que suceda hoy, Sergen y la Casa Veruna ya no tienen nada que hacer en Hulburg.

—Ya lo sé, tío —respondió Geran—, pero temo a las fechorías que pueda cometer Sergen antes, incluso, de tomar conciencia de ello.

Grigor asintió.

—También yo, pero como dijo Kara, todavía no hemos terminado. ¿Cómo conseguiste controlar a los guerreros del Rey lich?

Geran le mostró el amuleto.

—Se lo quité a Sergen. Es el amuleto que Esperus les dio a los Veruna en pago por el libro que buscaba. —Ahora la niebla que les rodeaba se estaba despejando notablemente, aunque todavía podía oír a través de la niebla los rugidos de los guerreros orcos, el sonoro entrecocar de acero contra acero y los temibles bramidos de los obtusos ogros—. No sé a cuántos guerreros puede convocar ni por cuánto tiempo.

—Supongo que más nos vale averiguarlo —dijo el anciano sonriendo—. Bien hecho, Geran.

El mago de la espada dio a su tío un apretón en el hombro antes de apartarse de él. Extendió la mano libre y entrecerró los ojos, buscando mentalmente los símbolos arcanos que necesitaba para el conjuro de retorno.

—*Cuilledyrr* —susurró, y un momento después su espada de Myth Drannor llegó atravesando la niebla sobrenatural al encuentro de su mano. La había soltado al tirar a Sergen de su silla, y era un arma demasiado valiosa para dejarla abandonada en el campo de batalla. Con la espada en una mano y el amuleto en la otra, Geran corrió a la vieja pared de tierra y subió a la cima para ver qué sucedía en las filas de los orcos.

La cacofonía de la batalla era tremenda, una mezcla espantosa de cientos de voces salvajes, magia despiadada y monstruos rugientes. La niebla fantasmal era demasiado densa como para permitirle ver algo, pero entrevió señales de lucha a un tiro de flecha del terraplén cubierto de maleza. Los orcos eran combatientes fieros y valientes, pero ni a sus luchadores más enloquecidos y sedientos de sangre les apeteecía una batalla contra un enemigo que esquivaba casi todos los golpes y volvía a ponerse en pie cuando era derribado. A su alrededor, la Guardia del Escudo y los Mazas de Hielo supervivientes escudriñaban entre la niebla tratando de ver con sus propios ojos cómo iba la lucha, con una curiosa mezcla de alivio momentáneo por estar al margen, y de miedo a los aliados que se habían puesto de su lado.

Geran estuvo largo rato, o eso le pareció, observando en medio del atroz frío. Entonces se dio cuenta de que el amuleto que sostenía en la mano empezaba a calentarse. Bajó la vista sorprendido y vio que el cobre antiguo estaba tomando un

color naranja brillante.

—¿Qué demonios? —murmuró. La niebla gris que cubría el campo de batalla tomó una tonalidad parecida y empezó a disiparse. El ruido de las armas de las líneas orcas decayó notablemente... y de repente la mañana se llenó de gritos triunfales de los orcos. Al asomar el sol por encima de la línea dentada de colinas que rodeaba el valle de Winterspear, el antiguo amuleto se transformó en polvo y los guerreros esqueléticos volvieron a desaparecer bajo el suelo.

—¡Geran! ¡Los esqueletos! —gritó Kara.

Él la miró con gesto de impotencia.

—Es el amanecer —le dijo—. Seguramente que Esperus los prometió sólo por una noche.

Kara asintió, y sus ojos celestes lanzaron un destello a la luz de la mañana.

—¡Todos en sus puestos! —ordenó a la Guardia del Escudo. Acto seguido bajó el visor de su yelmo, desmontó y enviando a *Bailarina* hacia la retaguardia con una palmada en la grupa, ocupó su puesto al frente de la infantería que protegía la brecha donde el Camino del Valle atravesaba el terraplén—. ¡A las armas!

La niebla sobrenatural desapareció con la misma rapidez con que había aparecido, disipándose como los malos sueños que se olvidan con las primeras luces de la aurora. El día fue cobrando brillo rápidamente, como si la niebla jamás hubiera existido. Ahora Geran pudo echar por fin una buena ojeada a la horda de orcos a la que se enfrentaba Hulburg. Pudo ver a cientos de orcos muertos en las desordenadas líneas de batalla dejadas por el ataque de los esqueletos; los guerreros de antaño habían asestado un duro golpe a los Cráneos Sangrientos, pero no los habían derrotado. Los orcos también miraron en derredor y vieron que sus enemigos de otro mundo se habían marchado, pero también que el terraplén se les seguía resistiendo... y entonces empezaron a avanzar enfurecidos, quizá creyendo, erróneamente, que había sido una estratagema del harmach lo de enviar a los esqueletos de los muertos contra ellos.

—¡No cedáis terreno! —gritó Kara, y docenas de capitanes y sargentos hicieron suyo el grito y los transmitieron línea abajo. Con el gesto adusto y decidido, los defensores de Hulburg plantaron sus lanzas en el suelo y prepararon sus espadas y sus arcos. Entonces, con un coro de salvajes rugidos, gritos de batalla, maldiciones y estridentes cantos de guerra, los guerreros de Thar se lanzaron una vez más contra los defensores de Hulburg.

—¡Magos y arqueros... disparad a discreción! —gritó Kara y, a modo de respuesta, penetrantes proyectiles de fuego de los magos, flechas negras y brillantes estallidos relampagueantes surcaron el aire sembrando la devastación entre las filas enemigas. Geran vio que Kara había reunido a la mayoría de los magos alquilados por las compañías mercantiles bajo su mando en torno a la brecha del Camino del

Valle, y éstos cobraron un oneroso peaje a los orcos y ogros. Pero también había otros conjuros en el aire: esferas rezumantes de ácido que partían de la retaguardia de las líneas orcas y se estrellaban contra el viejo terraplén, y nubes negras llenas de rojas cenizas arremolinadas que abrasaban y erosionaban todo lo que tocaban.

Geran se protegió de una fiera tormenta de cenizas con una palabra de custodia, al tiempo que se cubría los ojos con el brazo y hacía un movimiento con su espada de atrás hacia delante para dispersar las chispas ardientes. Puntos de fuego señalaban los lugares donde las brasas habían conseguido traspasar sus defensas. Con un silbido se sacudió una del hombro y sintió en la nariz el hedor ardiente y acre.

—¿En qué Nueve Infiernos encontraron los orcos magos que les ayudaran? —preguntó. A su alrededor nadie le oyó, porque estaban muy ocupados en maldecir, rezar, gritar de ira o de dolor al mismo tiempo.

La horda de los Cráneos Sangrientos chocó con la desfalleciente línea de defensores de Hulburg como un poderoso puño acorazado. Geran luchaba en un furioso frenesí, decidido a no perder terreno, pero el empuje era irresistible. Tuvo que retroceder veinte metros en segundos, empujado simplemente por la carga orca mientras mataba uno tras otro a los guerreros que arrasaban como un torrente. Entonces, la oleada rugiente de los salvajes pareció estremecerse y parar en seco. En todo lo ancho de la brecha, los enanos Maza de Hielo y la Guardia del Escudo de Kara formaron con sus escudos una fortaleza de acero y determinación, negándose a ceder más terreno. La carga de los Cráneos Sangrientos se convirtió en una barahúnda furiosa que chocó contra la brecha, una marea tormentosa que rompía contra una costa batida. A pesar de toda su furia, los orcos y los ogros no podían avanzar, encauzados hacia el estrecho espacio del camino y del hueco que formaba.

En el atestado campo de batalla, los magos humanos y los chamanes orcos causaban terribles estragos. Bocanadas ardientes de brillantes chispas amarillas y nubes hirvientes de verde vapor venenoso iban y venían entre los combatientes. Una brillante esfera de luz carmesí explotó cerca de Geran, enviando proyectiles penetrantes de luz roja relampagueante contra un grupo de Mazas de Hielo y guardias del Escudo que luchaban por defender la brecha. El mago de la espada desvió el feroz conjuro con su espada encantada, pero por todas partes caían humanos y enanos retorciéndose de dolor. Geran se volvía a uno y otro lado tratando, desesperadamente, de detectar la presencia de los lanzaconjuros del enemigo en medio del caos y la confusión del combate, hasta que por fin vio a un humano alto de negra armadura que llevaba un yelmo negro y astado.

—Un Caballero de Warlock —dijo Geran en voz baja.

Eso explicaba muchas cosas. Los orcos no eran muy dotados para la hechicería, pero los señores de Vaasa eran unos formidables usuarios de la magia. Se preguntó si habían sido ellos quienes habían incitado a los Cráneos Sangrientos contra Hulburg.

¿O acaso habían acudido atraídos por las promesas de botín de los orcos? Fuera como fuese, el mago vaasano era un enemigo peligroso que protegía a los Cráneos Sangrientos de los conjuros de los defensores de Hulburg y derribaba a un soldado tras otro con una eficiencia fría e inhumana. Había varios soldados vaasanos de negra armadura rodeando a su señor, protegiéndolo de la refriega. Geran frunció el entrecejo. Seguramente que los soldados eran espadachines consumados elegidos como guardaespaldas. Le resultaría muy difícil llegar al Caballero de Warlock mientras estuviera rodeado de su guardia, y a él, simplemente, se le habían agotado los conjuros y las palabras arcanas capaces de superarlos rápidamente.

Un rojo rayo relampagueante impactó desde un lado contra el grupo de los vaasanos, abriendo una brecha entre los espadachines. El Caballero de Warlock bloqueó el conjuro con una defensa arcana propia, pero varios de sus guardias cayeron. De su armadura quemada salía un humo espeso. Geran miró hacia su derecha y vio al tiflin Sarth encabezando un contraataque desde aquel lado de la línea. El hechicero lanzaba bolas de fuego y ráfagas de truenos a discreción, achicharrando a los orcos.

—¡Volveos a Thar, viles criaturas! —gritaba entre conjuros—. ¡Hoy no conseguiréis aquí ninguna victoria!

Era precisamente la oportunidad que estaba esperando. Mientras los vaasanos dirigían su atención a Sarth y a su barrera de conjuros, Geran se escabulló por entre la maleza ennegrecida y las brasas que cubrían la superficie del terraplén, esquivando a los orcos y hulburgueses enzarzados en combates cuerpo a cuerpo. Llegó a los vaasanos y eliminó a uno de los guardaespaldas del mago de una sola estocada entre los omóplatos. Dariel, su viejo mentor, no lo hubiera aprobado, pero éste no era un combate de destreza y honor; era una lucha por la supervivencia.

El mago vaasano lanzó a Sarth un conjuro que hizo que el suelo bajo sus pies se elevara como movido por la maza de algún titán subterráneo. Entonces miró por encima del hombro y vio a Geran que se lanzaba sobre él. El Caballero de Warlock pronunció una palabra arcana y alzó un escudo de deslumbrante luz azul que bloqueó la punta de la espada de Geran con tanta fuerza como una pared de granito. Entonces lo apuntó con su bastón y le lanzó una descarga invisible, semejante a un trueno, pero Geran la desvió hacia un lado con una palabra en elfo y un movimiento con la punta de la espada.

—¡Sigues las maneras elfas! —dijo el mago frustrado.

En lugar de responder, Geran volvió a atacar, tratando de encontrar una forma de superar la defensa mágica del vaasano. Su espada encantada resonó y se estremeció al golpear los bordes de la reluciente niebla azul que protegía al Caballero de Warlock. Consiguió introducir la punta de acero rodeando el borde y hacer al vaasano un feo tajo en el brazo izquierdo; el mago maldijo de dolor y dio un paso atrás, pero perdió

pie y cayó por terraplén abajo, rodando hasta el pie de la colina. Geran intentó correr tras él, pero varios ogros amenazadores subieron de repente en lo alto de la pared ocultándolo. Geran se libró de ellos, pero cuando volvió a mirar, el vaasano había desaparecido. Había huido de la escena, simplemente se había escabullido en medio del fragor de la batalla.

Los orcos que le rodeaban alzaron de repente feroces vítores y Geran miró hacia arriba. Cerca de él se alzaba un gran estandarte, un cuadrado de color amarillo mostaza con la imagen de una calavera roja de la que caía sangre. Debajo del estandarte vio a un grupo de corpulentos guerreros orcos vestidos con hermosas cotas de malla negras que llevaban pintada una calavera encima del corazón... y en el centro, un semiorco con negra armadura de placas. Se dio cuenta de que ése debía de ser Mhurren. El jefe de los Cráneos Sangrientos debía de haberse cansado de observar los asaltos desde el Terraplén de Lendon y ahora se proponía liderar la victoria de sus hombres.

El mago de la espada salió corriendo hacia los soldados humanos que tenía más cerca, un grupo de vapuleados y exhaustos guardias del Escudo. A los soldados de Hulburg ya no les quedaban fuerzas, pero tuvo que pedirselo de todos modos.

—¡El estandarte! —les gritó—. ¡Tenemos que apoderarnos del estandarte! ¡Seguidme, muchachos!

Los soldados lanzaron un grito enardecido y se lanzaron hacia el estandarte orco, corriendo terraplén abajo detrás de Geran. Un enorme orco, desmesuradamente gordo, les salió al paso y trató de aplastar a Geran con un mazo cuya cabeza era como un barril de cerveza, pero éste lo esquivó de un salto. El monstruo alzó su poderosa arma para intentar otro golpe, pero el mago de la espada se lanzó contra una de sus contrahechas piernas y le dio un buen corte en los tendones. La criatura bramó y cayó agitando los brazos.

—¡A mí! —gritó Geran, siguiendo adelante.

A escasos metros oyó otro grito para infundir valor. Kara, a la cabeza de un reducido grupo de hulburgueses se incorporaba a la refriega desde el otro lado, abriéndose camino hacia el estandarte. Llevaba el arco en la mano, y su mortífera canción se sobrepuso a los rugidos y gritos de los combatientes. Derribó, de una flecha en el corazón, a dos de los guardias de la Calavera del señor de la guerra, y a continuación se retrajo ante un súbito embate, dejando que sus soldados les hicieran frente con la espada. Un momento después, se adelantó y volvió a disparar, matando al orco que portaba el estandarte. La bandera se tambaleó y empezó a caer pero otro de los guardias de la Calavera la cogió de manos de su portador moribundo y volvió a enarbolarla.

—¡Hulburg es *mío*, puerca marcada! —le gritó Mhurren—. ¡Ésta es la última vez que me desafías! —Saltó hacia Kara, blandiendo una pesada lanza de batalla. Ella

tranquilamente montó la flecha en el arco y disparó, apuntando a la abertura de los ojos de su visor... pero fue rápidamente apartada a último momento por uno de los guardias de la Calavera, que la sacó de en medio y a punto estuvo de arrancarle el brazo con su hacha. Kara saltó hacia atrás y cayó al suelo.

Mhurren lanzó un rugido triunfal y alzó la lanza para el golpe final, pero Geran se abrió camino empujando al guardia de la Calavera que estaba en su camino y se lanzó contra el señor de la guerra. Mhurren dio la vuelta con velocidad felina para repeler el ataque de Geran, frenó su espada con el escudo y respondió con una furiosa sucesión de lanzazos que buscaban siempre el corazón de Geran. El mago de la espada bloqueó el primero, esquivó el segundo, paró el tercero, pero entonces Mhurren se acercó y golpeó con el escudo, en el lado derecho de Geran. El escudo tenía una pequeña púa que abrió una herida profunda en el hombro de Geran. Este se tambaleó y se le escapó la espada de entre los dedos que de repente se le debilitaron, y empezó a jadear, como si le faltara el aire.

—¡Bien por los campeones de Hulburg! —dijo burlón el señor de la guerra.

Trató de clavar la lanza en el vientre de Geran, y el mago de la espada se hizo a un lado una vez más y cogió con la mano izquierda el asta de la lanza justo por detrás de la punta. Mhurren mostró los dientes y trató de recuperar su arma, pero Geran afirmó bien los pies y siguió el movimiento giratorio del semiorco, manteniéndose apartado de la púa del escudo y también de la espada. Mhurren era fuerte como un buey, y estaba mucho más fresco que Geran; iba a recuperar su arma, y pronto. Desesperado, Geran soltó la lanza y con la mano izquierda dio un golpe en la base del yelmo del semiorco. El visor se cerró unos centímetros tapando momentáneamente los ojos de Mhurren. Geran aprovechó el momento de ceguera para liberarse de un salto, pero la pesada lanza le hirió en el muslo derecho.

—¡Maldito seas! —dijo Mhurren con rabia. Alzó la mano para reacomodar el visor... y entonces el arco de Kara volvió a silbar.

El visor que Geran había desplazado unos centímetros, le dio a Kara la referencia que necesitaba. Su flecha alcanzó a Mhurren por debajo de la línea de la mandíbula y le atravesó la garganta hasta la parte posterior del cuello. El señor de la guerra abrió la boca sin emitir sonido mientras una espuma sanguinolenta le caía por la barbilla. Llevó las manos a la flecha y a continuación cayó al suelo y se quedó inerte.

—*¡El señor de la guerra ha caído!* —gritó en orco uno de los guardias de la Calavera—. *¡Mhurren está muerto!*

Los orcos que estaban cerca se volvieron a mirar, se desentendieron de los combates cuerpo a cuerpo que estaban manteniendo, y un silencio sobrenatural cayó sobre el campo de batalla en torno al jefe de guerra caído; un silencio que lentamente se fue extendiendo a medida que la noticia de la muerte de Mhurren se difundía entre la horda de los orcos. A lo largo de toda la pared de tierra, los orcos y sus aliados

perdieron empuje y miraron confusos hacia el centro, donde ya no ondeaba el estandarte del rey. Dos de los guardias de la Calavera que quedaban se inclinaron sobre el cuerpo de Mhurren y levantaron a hombros al jefe caído; otros orcos acudieron a ayudar y el reducido grupo de guerreros se retiró de la brecha. Geran, Kara y los hombres de la Guardia del Escudo que estaban cerca retrocedieron lentamente y dejaron que los orcos se llevaran a su jefe. Poco a poco, los Cráneos Sangrientos que estaban a uno y otro lado empezaron a retirarse, mirando con odio a los defensores de Hulburg y agitando las lanzas con rabia.

Cientos de guerreros Cráneos Sangrientos yacían muertos al pie del terraplén o dispersos por la brecha del Camino del Valle, muchos más de los que Geran había pensado. Entre el primer intento de atacar el muro, el asalto de los guerreros no muertos y el segundo ataque contra el terraplén, los orcos habían pagado un terrible tributo de sangre. A lo lejos, detrás de las líneas orcas, Geran vio a una docena de jinetes de negras armaduras que subían a sus caballos, más vaasanos. Examinaron el campo un momento antes de volverse y ponerse en marcha hacia el norte.

El mago de la espada se dio cuenta de que seguía allí de pie, desarmado; con la mano izquierda recuperó su espada. Todavía podía combatir si era necesario, pero no muy bien. Respiró hondo y miró a Kara.

—¿Deberíamos atacar a los orcos ahora que no tienen líder?

—¿Con qué? —preguntó ella a su vez—. Me sorprendería que nos quedara un tercio de las fuerzas con que empezamos. No, creo que lo mejor es que mantengamos el terreno durante un rato y veamos qué hacen los Cráneos Sangrientos. Si Mhurren no tiene un sucesor claro, seguramente empezaran muy pronto a pelear entre ellos.

Geran hizo un gesto de asentimiento, súbitamente sorprendido de encontrarse vivo y todavía en pie. De la herida del hombro manaba sangre que le corría por todo el brazo derecho, y se dio cuenta de que también le sangraba la herida del muslo.

—Entonces, supongo que la batalla ha terminado —dijo.

TREINTA

2 Mirtul, Año del Intemporal

La tormenta primaveral que había azotado el puerto de Hulburg, se desplazaba hacia el este y extendía el retumbo de truenos por encima de las verdes picas de los Altos Páramos coronados por la niebla. Estaba lloviendo, pero era una llovizna blanda, fresca, no como los helados chaparrones de Tarsakh o de Ches.

A algo más de un kilómetro, los magníficos Arcos que adornaban el lado sudoriental del puerto lanzaban destellos blancos bajo la luz de un deslumbrante amanecer. A Geran le pareció un buen augurio. Alzó la vista al cielo y dijo:

—Tendrás buen tiempo para la travesía, Hamil.

El halfling hizo una mueca.

—Creo que ya me lo merezco —respondió. Ya no llevaba el brazo en cabestrillo y apenas cojeaba a consecuencia de la herida que había recibido en la pelea de la puerta de la poterna—. Para serte sincero, preferiría rodear a caballo el Mar de la Luna que atravesarlo en barco.

—Eso significaría un rodeo de casi mil kilómetros —dijo Kara con una sonrisa. Había bajado al puerto para despedir a Hamil, a pesar de sus muchos deberes como comandante de lo que quedaba de la Guardia del Escudo. Y no sólo ella había acudido. Mirya y su hija, Selsha, también estaban allí para decirle adiós y, por supuesto, Natali y Kirr habían insistido en acompañar a Hamil hasta el barco. La exploradora apoyó una mano en el hombro de Natali y le sonrió a Hamil—. Y la mayor parte son montañas inexpugnables y extensiones salvajes llenas de monstruos hambrientos. ¿Estás seguro de querer ir por allí?

Hamil hizo como si se lo estuviera pensando largamente antes de contestar.

—No, supongo que no —dijo con un suspiro final—. Mejor el mar conocido que las montañas por conocer. Además, si tardo demasiado en volver a Tantras, la Doble Luna, los Sokol o los Marstel se harán con todo lo que han dejado los Veruna antes de que los Velas Rojas puedan aspirar a algo.

—No te preocupes por eso —lo tranquilizó Geran—, mi tío ya ha prometido a la Vela Roja lo mejor de los muelles y almacenes de los Veruna.

Por supuesto, la Casa Veruna ya no era bien vista en Hulburg. Tras su participación en el ataque contra Griffonwatch, Darsi Veruna se había defendido con vehemencia de esa acusación, aunque no tenía forma de refutar los cargos sobre los tratos de sus mercenarios con el Rey de Cobre ni de su abandono del campo durante la Batalla del Terraplén de Lendon. Los Veruna se habían atrincherado en sus recintos fortificados y habían permanecido allí tres días, hasta que Darsi se dio cuenta de que una turba de hulburgueses podía prenderles fuego y obligarlos a salir a ella, a sus

empleados, a sus sirvientes y a sus mercenarios. En la oscuridad que precede al amanecer, los Veruna habían subido a sus barcos y habían vuelto a Mulmaster, abandonando todo lo que tenían en los dominios del harmach. De todos modos, el harmach Grigor ya había revocado sus concesiones y el Consejo Mercantil había optado por no atender a las protestas de los Veruna... una sabia decisión en opinión de Geran. Lo único que lamentaba era que se hubieran llevado consigo a su primo Sergen, que había escapado a bordo de uno de los barcos de Veruna.

—Creo que el capitán está ansioso de partir, Hamil —dijo Kara—. Deberías subir a bordo.

El halfling suspiró.

—Hay quienes dicen con resignación que no tiene sentido posponer lo desagradable —comentó—. Por mi parte, nunca entendí esa forma de pensar. Si supiera que me va a partir un rayo dentro de un minuto, preferiría no haber pasado mis últimos momentos mareado. —Recogió su petate y se lo echó al hombro, poniendo un pie en la pasarela.

—¡Adiós, Hamil! —dijo Natali, y le dio un impulsivo abrazo que imitó a continuación su hermano menor.

—¡No te vayas, Hamil! —pidió Kirr—. ¡Puedes quedarte con nosotros en Griffonwatch!

—Bueno, ya está bien. —Consiguió decir Hamil, y Geran sonrió al ver un brillo sospechoso en los ojos de su amigo. Daba la impresión de que Hamil no era tan desapegado como le gustaba aparentar. Los dos niños eran apenas media cabeza más bajos que él, y al halfling le costó desasirse de su abrazo. Les sonrió a ambos afectuosamente y se agachó para susurrar al oído de Kirr—: Siempre me gustaron los niños humanos. Es la única época en que los tuyos tienen un tamaño razonable. De todos modos, estaré de vuelta al cabo del verano, chicos, lo prometo.

Geran dio un paso atrás y se llevó la mano a la frente.

—Que tengas un viaje rápido y seguro, Hamil. Te veré en Tantras muy pronto. Dulces aguas y risas ligeras hasta que volvamos a vernos.

—Algún día tendrás que explicarme esas tonterías elfas —murmuró el halfling. Después de saludar a Geran y a los demás con una inclinación de cabeza, subió al barco, un sólido queche de dos mástiles llamado *Estrella de Thentia*. El capitán del barco empezó a gritar órdenes a sus marineros. Para apartarse del muelle, recogieron la pasarela y las líneas del amarre, y levantaron una media vela en el palo mayor. Kirr y Natali corrieron por la dársena, diciéndole adiós a Hamil con la mano, mientras el barco empezaba a alejarse de Hulburg. Hamil permaneció apoyado en la barandilla de popa devolviéndoles el saludo a los niños, hasta que el barco empezó a cabecear por el oleaje.

—Le voy a echar de menos —dijo Kara mientras observaba el *Estrella de Thentia*

que empezaba a ganar velocidad—. Un buen amigo, y mejor hombre de lo que quiere hacer creer.

—Jamás lo admitirá —dijo Geran. Le complacía que Kara y Hamil hubieran hecho tan buenas migas. Pocas personas conseguían impresionar al halfling, y Kara nunca había sido muy dada a permitir que la gente se le acercara. La marca del conjuro tenía algo que ver con eso, sin duda. Había mucha gente que la consideraba un defecto de carácter y no un accidente de nacimiento. La lluvia empezaba a arreciar, y con un estremecimiento, Kara apartó la vista del barco que se alejaba—. Deberíamos irnos. Hamil va a dejar atrás esta lluvia, pero nosotros no tendremos tanta suerte.

—Vamos, niños —dijo Mirya con firmeza. Había conseguido reunir a los jóvenes Hulmaster y a su propia hija, y trataba de calmarlos; los tres niños marchaban por delante de los adultos, abriendo camino mientras subían desde los muelles hacia el centro de la ciudad. Todavía había muchos extranjeros por las calles, pero Geran tuvo la impresión de que los mercenarios y los bravucones de las Casas que se encontraban a su paso no se contoneaban tanto como antes. Por supuesto, la mayor parte de los frentes de las tiendas tenían pequeños escudos de plata con una media luna azul, y en dos ocasiones habían pasado junto a pequeños grupos de hombres hulburgueses que llevaban brazaletes azules en el brazo izquierdo. Más de cien hombres de la Hermandad de la Lanza habían muerto en el Terraplén de Lendon, y cientos más habían resultado heridos; pero los que habían hecho frente a los Cráneos Sangrientos ya no se guardaban de proclamar su apoyo al harmach y su disposición a hacer frente a cualquiera, fuera quien fuese, que tuviera pensado desoír la voluntad del pueblo de Hulburg.

—¿Cuándo piensas marcharte, Geran? —preguntó Mirya mientras andaba.

—Supongo que en un par de días. Quiero terminar de revisar los papeles de Sergen antes de irme. —Su traidor primo postizo se había visto obligado a abandonar su villa privada y sus habitaciones en el Consejo y a refugiarse en el recinto de Veruna de forma muy repentina, de modo que Geran había asumido la tarea de revisar la correspondencia y las cuentas que Sergen no había tenido ocasión de llevarse consigo ni de destruir. También había ayudado a Kara a organizar grupos de jinetes en los veinte últimos días para perseguir a los orcos y ogros que se habían quedado en las inmediaciones de Hulburg. Tras su derrota en el Terraplén de Lendon, la horda se había dispersado rápidamente, y las tribus vaasanas habían abandonado a los orcos, retirándose a Thar. Por lo que Geran había oído, varios jefes menores de los Cráneos Sangrientos se estaban disputando el control de la tribu—. Y he oído que se vio a un wyvern cerca del lago Sterrit. Debería ir allí con unos cuantos guardias del Escudo...

—Geran —dijo Kara, interrumpiéndolo—, por nosotros, encantados de contar con tu ayuda, pero si tus obligaciones en el sur te reclaman, entonces debes irte. En

Hulburg nadie te lo reprochará.

Mirya echó una mirada a Geran pero no dijo nada. Él siguió caminando un rato en silencio, observando a Natali, Kirr y Selsha que iban explorando la calle delante de ellos. No tenía él mucha más edad que Natali cuando se había dispuesto a descubrir las calles y plazas familiares por primera vez, aunque por entonces Hulburg era un lugar más pequeño y tranquilo. Buscó en el fondo de su corazón, tratando de ver qué estaba escrito allí, y se dio cuenta de que ya no podía saberlo. Sin duda había venido a Hulburg, con la intención de volver a Tantras una vez que hubiera comprobado que se habían atendido debidamente las cosas de Jarad Erstenwold, que la justicia se había ocupado de sus asesinos y que la familia y la casa de Jarad estaban bien. Todo eso lo había hecho en la medida de sus posibilidades, y si Darsi Veruna o el traidor de su primo volvían a cruzarse en su camino, también se ocuparía de ellos. Tenía una casa en Tantras, y amigos, e intereses en la Compañía de la Vela Roja, pero no podía decir sinceramente que su corazón le pidiera volver a la ciudad de Dragón Reach. Si había un lugar al que se sintiera llamado a volver, era Myth Drannor, y eso le estaba vedado. Tal vez hubiera alguna costa lejana, algún tesoro escondido capaz de curarlo de eso, y por un momento pensó en la posibilidad de ir en su busca. No había sido muy diferente cuando se había marchado de Hulburg por primera vez a los veinte años, con todo el mundo por delante.

—Me temo que mi corazón no está en condiciones de decirme muchas cosas desde hace tiempo —dijo por fin—. Tengo algunos asuntos que atender en Tantras, pero después de eso... No tengo ni idea. Me cuesta recordar qué era lo que me parecía tan importante hace apenas un par de meses.

Llegaron a la tienda de los Erstenwold, y los tres niños subieron corriendo los escalones del porche y entraron en el local. Hacía diez días que Mirya había vuelto a abrir, y le iba bastante bien. Los mineros y leñadores que habían quedado abandonados por la retirada de Veruna, habían recurrido a Erstenwold para conseguir provisiones, especialmente porque muchos de los campamentos de las afueras, habían sido incendiados o saqueados por las bandas de merodeadores de los orcos.

—¡Natali! ¡Kirr! —llamó Kara. Hizo una mueca cuando oyó un ruido de cristales rotos dentro de la tienda—. Será mejor que los saque de ahí antes de que te destrocen el local, Mirya —dijo—. Perdonadme.

Entró rápidamente persiguiendo a los dos pequeños Hulmaster. Geran y Mirya subieron los escalones para protegerse de la lluvia, y Geran se detuvo en el ancho porche cubierto para sacudir el agua de su capote.

—¿Siempre ha llovido tanto? —se preguntó en voz alta.

—¿En primavera? Sí —respondió Mirya.

Colgó su propia capa de un colgador que había junto a la puerta y luego ladeó la cabeza para deshacerse la larga trenza, pero la encontró demasiado enredada para

recomponerla. Con aire ausente se sacudió el pelo y empezó a recogerlo otra vez, y Geran se sorprendió contemplándola en silencio. El pelo de Mirya seguía siendo tan largo y oscuro como lo recordaba, y las aguzadas facciones de su cara se suavizaban sin la adusta trenza. Ese año cumpliría los treinta, pero por un momento parecía la niña de la que se había enamorado hacía doce años, con su pequeño grupo de pecas en la nariz y una mirada melancólica y soñadora cuando creía que nadie la miraba. Entonces Mirya alzó la vista y le sorprendió observándola. Frunció el entrecejo.

—¿Qué estás mirando, Geran Hulmaster?

—Nada —respondió él—. Supongo que me preguntaba por qué te trenzas el pelo.

—¿Tal vez porque es lo propio en una mujer casada?

—Bueno... sí. ¿Lo haces por el padre de Selsha?

Mirya hizo una pausa y apartó la mirada.

—No, no es eso. Él está muerto, Geran, murió hace siete años. Y no soy una viuda que lleva luto. Nunca nos casamos. Cuando nació Selsha ya no pensé que a alguien pudiera interesarle cortejarme. Supongo que empecé a trenzarme el pelo porque era más fácil para mí.

—No debería haber preguntado. No es de mi incumbencia.

—Tienes más derecho a esperar una respuesta de lo que piensas —dijo Mirya en voz baja—. Hice algo terrible poco después de marcharte tú, Geran. Estaba enfadada contigo, y resentida, y tal vez pensé que si hería a alguien tal como tú me habías herido a mí, me sentiría mejor. Me relacioné con una especie de hermandad, un círculo de mujeres que se reunían en secreto y nunca mostraban la cara. Decían que comprendían lo que me atribulaba, y yo las creí. Después de unos meses me arreglaron una cita con el padre de Selsha. —Mirya se cruzó de brazos y caminó unos pasos por el porche de madera. De los aleros caían gotas de lluvia—. Era un noble de Melvaunt, y además casado. Ahora veo que querían que yo tuviera un hijo suyo para poder hacerle chantaje, pero por entonces no me di cuenta. —Sus propias palabras provocaron una mueca de dolor, pero se obligó a terminar—. Más tarde me enteré de que se había quitado la vida para ahorrarle a su familia esa vergüenza.

Geran guardó silencio largo rato. Oía los gritos de los niños que jugaban en la tienda, el ruido atronador de sus pies sobre las viejas tablas, pero todo parecía estar a mil kilómetros de distancia.

—¿Quiénes eran, Mirya? ¿Quién lo arregló todo?

—Es mejor que no lo diga, Geran. Además, no me *obligaron* a hacer nada. Sólo me lo pidieron, y yo me presté. —Se volvió a mirarlo—. Le di la espalda a la hermandad en cuanto me di cuenta de lo que había pasado. De todos modos, ya no les era útil, pero me he pasado todos los días de mi vida desde entonces preguntándome cómo enmendar lo que había hecho.

Geran hizo una mueca, pensando en una fría mañana de otoño en los bosques de

Myth Drannor, no hacía tanto tiempo. Nadie le había obligado a mutilar a Rhovann; había sido un impulso nacido en lo más profundo y oscuro de su ser, algo que esperaba su oportunidad para hacer daño. Es extraño cómo el corazón humano puede verse obligado a hacerse daño de una forma tan deliberada.

—Nadie puede cambiar el pasado, Mirya —dijo Geran en voz baja—. Los dioses saben que hay cosas por las que volvería atrás si pudiera. Todo lo que podemos hacer es mirar de frente cada nuevo día y tratar de hacerlo mejor. —Señaló con la cabeza la puerta que llevaba al interior; las risas de los niños salían desde algún lugar detrás del mostrador de madera—. Tienes una hija preciosa. Es lo mejor que tienes ¿verdad? A veces las cosas buenas nos llegan aun cuando pensemos que no los las merecemos, y ésa es una razón más para valorarlas.

—Ya lo sé. —Mirya bajó la vista al suelo y se frotó los ojos. Después respiró hondo y le miró de frente—. Entonces ¿te marcharás pronto? —preguntó.

—Supongo. Pero creo que volveremos a vernos dentro de poco. Esta vez no van a ser diez años, te lo prometo.

—Geran... me alegro de que volvieras a Hulburg. Sé que han sido tiempos difíciles para ti, bueno, supongo que para todos, pero Jarad estaría contento de ver lo que has hecho estos días. También has honrado su memoria.

—Si todo salió bien, Mirya, no fue gracias a mí. Fui yo mismo quien condujo a los Veruna al libro de Esperus. Yo os puse a ti y a Selsha en grave peligro. Yo estaba en una celda cuando la Hermandad de la Lanza se enfrentó a las compañías foráneas. Y la mía fue sólo una espada más en el Terraplén de Lendon. —Geran rió entre dientes—. Si algo hice bien, fue por accidente. No creo merecer tu gratitud.

Mirya esbozó apenas una sonrisa.

—Pero de todos modos, la tienes. —Se acercó a él, le cogió las manos en las suyas y le dio un suave beso en la mejilla. Entonces se apartó y volvió a la tienda.

—¡Selsha, si has roto algo vas a limpiarlo ahora mismo! —dijo.

—¡Natali, Kirr, nos vamos ahora mismo! —oyó Geran la voz de Kara—. En casa os esperan vuestras lecciones.

Como era de esperar, los niños protestaron. Geran sonrió y volvió a salir a la calle, esperando que Kara y Mirya sacaran a los jóvenes hermanos de la tienda. Estaba dejando de llover; se detuvo en la calle, sin saber muy bien adonde ir. La calle Mayor bajaba hacia el malecón, donde varios barcos más se disponían a levar anclas para aprovechar la marea. En una hora podía estar en camino a Thentia, Melvaunt o Hillsfar... y desde esas ciudades podría embarcarse hacia alguno de los puertos del Mar Interior. El mundo era ancho y abierto. Los camaradas del Escudo del Dragón estaban dispersos por media docena de ciudades del Mar de las Estrellas Caídas, y podía encontrar buenos motivos para visitar cualquiera de ellas, pero lo único que realmente añoraba eran las torres blancas de Myth Drannor.

—¿Qué es lo que acabo de decirle a Mirya? —murmuró en voz alta—. Mirar de frente cada nuevo día y tratar de sacarle el mejor partido. Además, Hulburg no era una ciudad tan pequeña como él la recordaba. Se dio cuenta de que por primera vez estaba en las calles de su ciudad y no se sentía como si allí no hubiera espacio para sus ambiciones. Resopló, divertido con sus propias ideas. O bien la ciudad había crecido en los dos últimos meses, o sus ambiciones se habían reducido.

Kara, Natali y Kirr salieron del establecimiento de los Erstenwold y bajaron ruidosamente los escalones de madera. Su prima vio la expresión de su cara y lo miró inquisitiva.

—¿Qué pasa, Geran? —le preguntó.

Volvió a mirar las aguas frías y grises del Mar de la Luna, más allá de los tejados y mástiles, y meneó la cabeza.

—Nada —dijo. Levantó por los aires a Kirr, que chilló encantado y lo montó sobre sus hombros. En la otra dirección, las viejas torres de Griffonwatch brillaron bajo otro fugaz rayo de sol, desgastadas y familiares por encima de las bulliciosas calles de la ciudad—. ¿Sabes? No hay nada en Tantras que Hamil no pueda resolver por mí —decidió—. Hala, vamos a casa.

EPÍLOGO

29 Mirtul. Año del Intemporal

Una lluvia persistente golpeaba en las ventanas del estudio de Sergen. Era una habitación modestamente amueblada, pero por el momento era la que prefería de la casa ya que tenía una hermosa vista del puerto de Melvaunt. Su villa estaba situada un poco al oeste de la ciudad, de modo que los vientos predominantes, por lo general, mantenían a la pequeña villa a salvo de los humos y el mal olor de las fundiciones de Melvaunt. Mientras observaba el crepitar de las llamas en la chimenea de mármol y saboreaba un buen brandy enano, Sergen se felicitaba de su previsión al haber dispuesto la compra del lugar años atrás por si en algún momento lo necesitaba como refugio.

Melvaunt no era su lugar favorito para una vida de exilio. Hubiera preferido Mulmaster, sin lugar a dudas, pero desgraciadamente allí era donde vivían Darsi Veruna y su acaudalada familia. La amistad especial que mantenía con lady Darsi había sufrido un serio revés, cuando quedó claro que la Casa Veruna iba a tener que abandonar sus grandes inversiones y propiedades en Hulburg, debido en gran parte a que él no había podido hacerse con el trono del harmach. Darsi le había permitido huir con ella de Hulburg, pero cuando apreciaron en toda su extensión la magnitud del desastre, su actitud hacia él había empezado a enfriarse... y Sergen sabía que se enfriaría más aún cuando los Veruna se dieran cuenta que la misteriosa participación de sus mercenarios en el complot para matar al harmach, había sido en realidad un intento de implicarlos. De hecho, Sergen consideraba probable que Darsi Veruna se lo tomara como una ofensa mortal, y en Mulmaster eso podía muy bien desembocar en una cuchillada en la oscuridad de una hermosa noche. No, en vista de todo ello, era mejor iniciar su exilio en un ambiente más propicio.

Alguien llamó a la puerta del estudio, y su valet entró calladamente.

—Perdón, milord —dijo el hombre—. Hay un visitante en la puerta principal. Un elfo, milord. Me pidió que te dijera que tiene una propuesta interesante que hacerte.

—¿Un elfo? —Sergen frunció el entrecejo. No conocía a muchos representantes de la Bella Gente, y no podía imaginar qué clase de asunto querría tratar con él esa persona. Desde el giro desagradable que habían tomado los acontecimientos en Hulburg, Sergen había estado considerando perspectivas de lo más diversas. Tal vez no tuviera oportunidades de hacerse dueño de una ciudad, pero todavía era inmensamente rico, y no veía motivo por el cual no pudiera constituir una compañía mercantil propia para amasar más fortuna, y más poder. De hecho, Sergen había empezado ya a hacer indagaciones en esa dirección; tal vez lo que venía a plantearle el elfo tenía que ver con eso—. Dile que entre, pues. Con las precauciones habituales,

por supuesto.

El valet se retiró con una inclinación de cabeza; Sergen se puso en pie y se dirigió al bonito escritorio situado junto a la ventana. Cogió una ballesta de mano y tras cargarla con un virote envenenado escondió el arma en un soporte especial debajo del escritorio. Después puso otra arma similar en una hornacina que había detrás de un cuadro en la pared. También tenía dos pociones muy útiles en el bolsillo y nada menos que tres maneras de huir de la habitación en caso necesario. Satisfecho con los preparativos, se sentó detrás del escritorio.

Su valet volvió a llamar.

—Adelante —dijo Sergen.

La puerta se abrió y su sirviente dejó pasar a un alto elfo lunar de pelo oscuro, con sorprendentes ojos color violeta y un gesto levemente sarcástico que alzaba la comisura derecha de su boca. Iba vestido elegantemente de gris y lavanda, y llevaba una levita bordada en oro y una pesada capa con capucha. Cuando entró en la habitación, alzó las manos para echar hacia atrás la capucha y Sergen vio que la mano derecha del elfo no era real, sino una réplica perfecta hecha de plata reluciente cubierta de diminutas runas. La mano de metal se flexionaba y movía del mismo modo que lo habría hecho una de carne y hueso, realmente un tipo de magia de lo más inquietante.

—Buenas noches —dijo el elfo—. ¿Eres Sergen Hulmaster, sobrino del harmach de Hulburg?

Sergen lo miró inquisitivo, preguntándose qué podría querer de él el mago elfo, pero asintió.

—Lo soy —dijo—. ¿Puedo saber cuál es tu nombre y qué asunto quieres tratar conmigo?

—Soy Rhovann Disarnnyl, de la Casa Disarnnyl —replicó el elfo—. Y en cuanto al asunto que me trae, bueno, es muy simple. Tú y yo tenemos algo en común, lord Sergen. Ambos hemos sido terriblemente agraviados por tu primo, Geran Hulmaster. Estoy aquí para determinar cuál es la mejor manera de corregir los insultos e injusticias que hemos sufrido de su mano.

Sergen enarcó una ceja. No sabía cómo podría haber esperado que comenzara su extraño visitante, pero no así, sin duda. Con un pequeño gesto, invitó al elfo a sentarse.

—Ya has despertado mi interés, señor —dijo—. Te ruego que continúes.